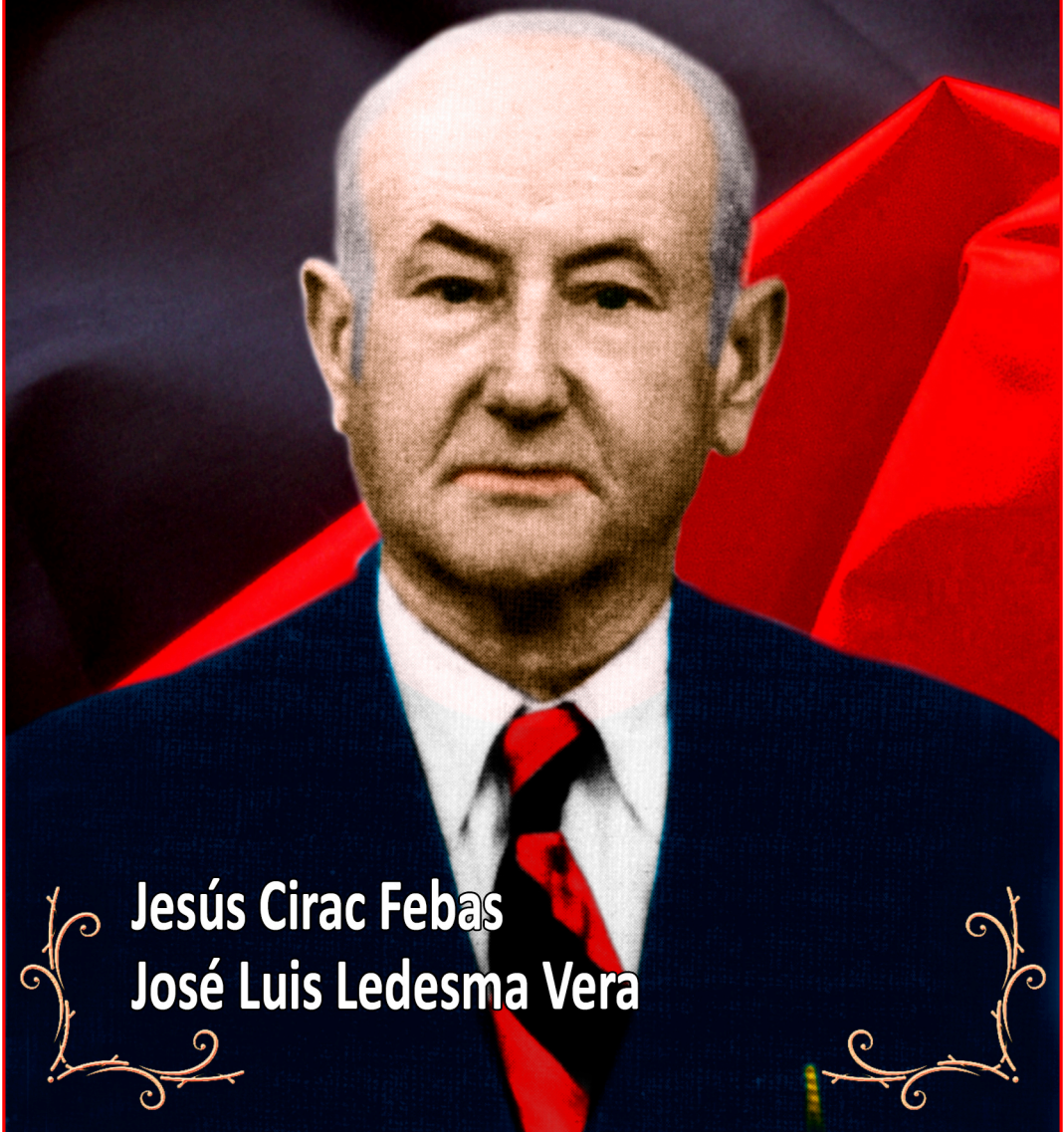


MANUEL BUENACASA

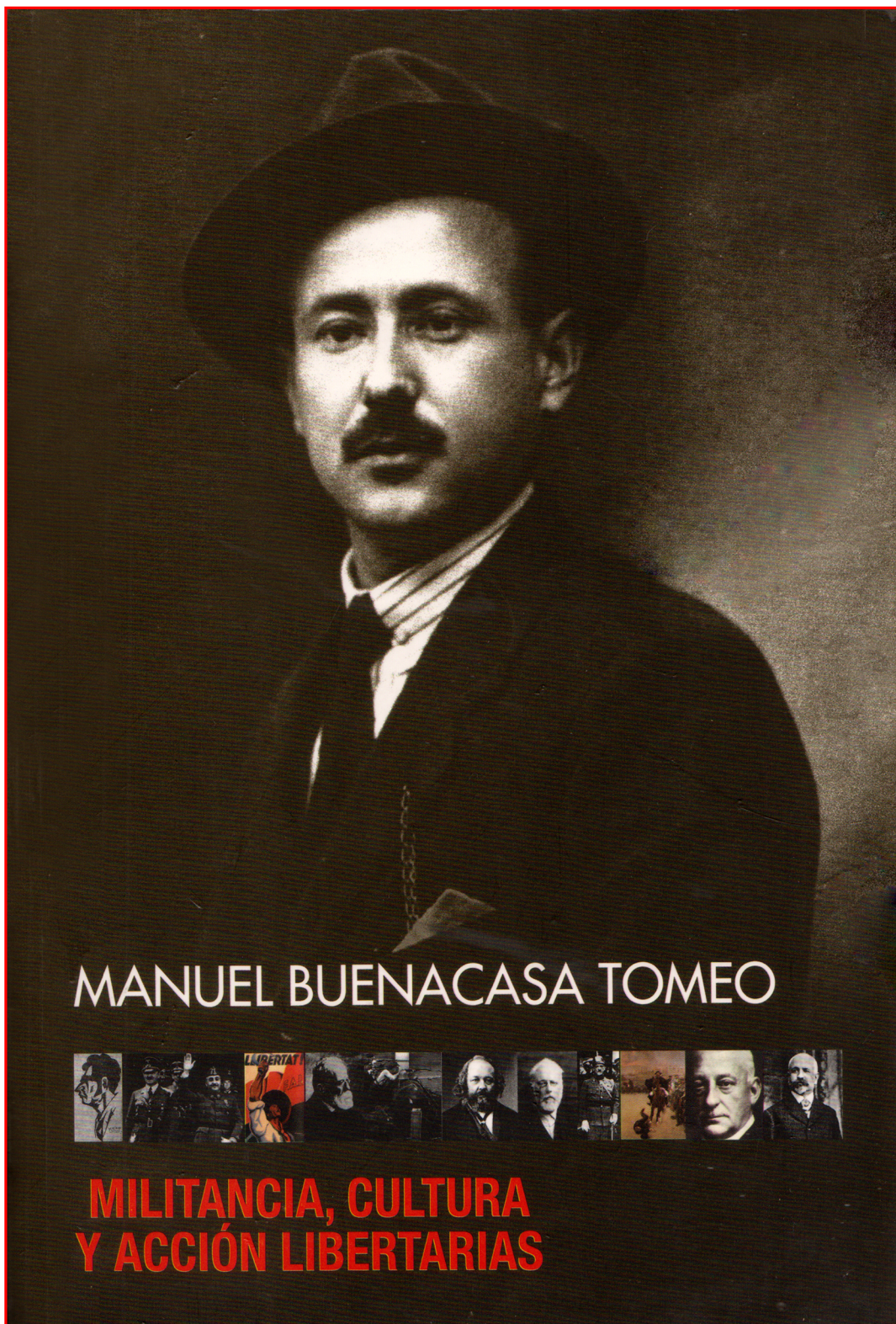
Militancia, cultura
y acción libertarias



Jesús Cirac Febas
José Luis Ledesma Vera

Manuel Buenacasa transitó por la Historia del anarquismo español del pasado siglo sin dejar huellas importantes en su memoria colectiva. No las dejó en la obra de los historiadores. Tampoco entre los habitantes de Caspe, el pueblo en el que nació en 1886.

La presente obra no es más que un intento modesto de reclamar la atención de militantes, historiadores y caspolinos que, entusiastas de la figura de Manuel Buenacasa decidieron impulsarla dispuestos a deshacer un viejo entuerto. El resultado es una mezcla de datos biográficos, opiniones, sentimientos expresados en voz alta, notas severas y conjeturas cuya finalidad última es subrayar el carácter libre y arriesgado de parte de la obra de Buenacasa que, en este volumen, se presenta por primera vez al público.



MANUEL BUENACASA TOMEIO



**MILITANCIA, CULTURA
Y ACCIÓN LIBERTARIAS**

Jesús Cirac Febas

José Luis Ledesma Vera

MANUEL BUENACASA
MILITANCIA, CULTURA Y ACCIÓN LIBERTARIAS

(Miscelánea de textos, 1917–1964)



Centro de Estudios Comarcales Del Bajo Aragón–Caspe, de la Institución «Fernando el Católico»

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Preámbulo

Presentación

Prólogo

Fotografías personales

Manuel Buenacasa. La rabia y la idea

Imágenes de su obra

Manuel Buenacasa en sus textos, 1917–1964

Algunos personajes

Otros autores, otros textos

Bibliografía citada

Siglas utilizadas

PREÁMBULO NO SÓLO INSTITUCIONAL

Suele reservarse este pequeño espacio en las ediciones para glosar con palabras más o menos acertadas la actuación gestora de la entidad que promueve su publicación.

Contagiado por el impulso vital de Manuel Buenacasa quisiera trascender aquí un poco ese fin.

He tenido la gran suerte de asistir a parte del periplo vital de la presente obra y por ello mis consideraciones difícilmente pueden discurrir por el camino de una perspectiva distante. Más se aproximan a las animosas charlas que con los autores hemos ido manteniendo durante los meses de preparación definitiva.

Su nacimiento se debe a la voluntad férrea de Jesús Cirac Febas, quien ha investigado, viajado, entrevistado, charlado, redactado, sondeado en archivos y bibliotecas hasta

conseguir aproximarse lo más posible a sus originales inquietudes. Entre sus logros, el principal, que no es poco, la plasmación de la primera semblanza biográfica sobre Buenacasa.

Cuando nos conocimos a la hora de preparar la publicación, y creo que como a él le ocurriera en sus entrevistas por tierras de Francia con algunos exiliados, sólo que al revés, hubo un momento de cierta tensión, de recelo hacia lo que en mi papel de representante del CECBAC pudiese alterar de su trabajo, motivado por esa experiencia que sabe de los inconvenientes que acarrea –todavía hoy– tratar sobre temas que se apartan de lo *políticamente correcto*, aunque metodológicamente sean impecables.

Pronto rompimos el hielo. Saber de Manuel Buenacasa, anarquista, nacido en Caspe era una obligación. Un orgullo para nuestra Institución cultural ser la editora de una miscelánea de los escritos del creador, entre otras cosas, de la Escuela de Militantes Libertarios, donde se prodigó un inmenso esfuerzo para extender la educación a personas que de otra manera nunca la hubieran tenido.

Nos acompañaba en aquella ocasión José Luis Ledesma. El año anterior había presentado, fruto de su investigación histórica, «Los días de llamas en la Revolución» editado por la Institución «Fernando el Católico» y centrado en el análisis histórico riguroso sobre los convulsos acontecimientos desarrollados en la parte republicana de Aragón durante la

Guerra Civil, acto organizado por nuestro Centro de Estudios Comarcal. Aquello nos dio pie para pedirle que formara parte de él y colaborara con nosotros, a lo que amablemente accedió¹.

Pronto los dos comenzaron un diálogo al respecto de Manuel Buenacasa, de esos que pueden durar horas –como efectivamente ocurrió– y que responden al interés y conocimiento emocionalmente compartido. A partir de ahí surgió la idea de colaboración entre ambos, a la hora de poder ofrecer en este trabajo una visión lo más completa –dada la dificultad de acceder a todos ellos– de los textos menos conocidos que a lo largo de su vida publicó el anarquista caspolino, y que en su mayoría son sólo patrimonio de investigadores especializados. Así pues, a ellos dos debemos agradecer este homenaje a Buenacasa que dedicó su vida entera al colectivo y a la causa que defendía, sin importarle nada la trascendencia histórica personal. No han querido quitar relevancia al autor principal, pero justamente ha de reconocerse su mérito.

Vivimos en el mundo visual posmoderno, donde el pasado es sólo estéticamente recuperable. Nos rodea el espectáculo

1 Es Investigador en el *Instituto Universitario Europeo*, Florencia (Italia), donde ultima su tesis doctoral sobre la violencia en la zona republicana durante la guerra civil. Además del libro comentado, ha sido coordinador en: *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Editorial Siete Mares, Madrid, 2005 y autor de una veintena de artículos en libros colectivos y revistas.

por el espectáculo como tendencia general. Afirma Gregorio Parra que nuestro entorno diario es un enorme simulacro de imágenes y ello presupone el fin del sujeto y la historia². Este libro intenta ir contracorriente, incide conscientemente sólo en los textos, como no podía ser de otra manera, huyendo del pastiche histórico de consumo. Por nuestra parte, y desde el Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón–Caspe estamos intentando potenciar y afianzar los estudios relacionados con la Historia Contemporánea, como una parte más de nuestra memoria, y a la que hay que aplicarse como a cualquier otra, desterrando sus mitos. Esta obra es un nuevo hito de la tarea. Tiene su antecedente en el trabajo que publicamos de Julián Casanova «Caspe, 1936–1938» hace ya más de veinte años. Salvo muy honrosas excepciones, desde entonces no se han acometido muchos estudios sobre esta materia en nuestro inmediato entorno del Bajo Aragón zaragozano.

Queremos insuflar vida al proyecto y sentar las bases de un grupo de trabajo histórico que pueda situar Caspe entre las referencias de la investigación. Habrá que esmerarse en la eficacia y acción, como Manuel Buenacasa, o al menos intentarlo.

Salvador Melguizo Aísa. Presidente del Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón–Caspe

² Parra, Gregorio: *La Gran conspiración. El cine como imagen de nuestro tiempo*. Celeste/Rne3, Madrid, 2001.

PRESENTACIÓN

Poderoso signo de los tiempos que nos toca vivir, diríase que el pasado está de moda. O, al menos, que los referentes individuales y colectivos de nuestro presente tienden a buscarse antes bien en el pretérito –real o imaginado– que en cualquier tipo de horizonte futuro. Así, en razón de uno de los imprevisibles meandros y vericuetos de lo que por doquier se denomina *memoria*, y que entre los historiadores se tiende a relacionar con las «gestiones» del pasado y los «usos públicos» de la historia, la atención de las sociedades actuales se dirige a menudo hacia el convulso siglo XX. Y en ese bucear por las aguas del pasado reciente, en España como en otros países de nuestro entorno, las miradas de la opinión pública apuntan hacia determinadas latitudes y momentos de los que se rescatan las voces de los actores individuales y anónimos en general, y de los «perdedores» de ese pasado en particular. En otras palabras, parecería que ha germinado en este cambio de siglo y milenio una

demanda por conocer un cierto tiempo pretérito donde se recojan las acciones, esperanzas y testimonios de las *víctimas* de la historia reciente. El fenómeno, sin embargo, es complejo y cuando menos bifronte. Por un lado, resulta indudable que ha arrojado luz sobre algunas de las dimensiones más oscuras del último siglo, y que ha abierto las ventanas de las narraciones históricas a las voces y ecos emancipadores de muchos olvidados y derrotados. Pero también, por otro lado, ha suscitado aproximaciones de todo jaez, procedentes de los más variopintos orígenes y registros. Aproximaciones en no pocas de las cuales el análisis crítico de los hechos, personas y colectivos se difumina tras las urgencias editoriales, afanes conmemorativos, móviles políticos y «modas» que en buena medida las nutren, y que reproducen así la «consagración de la memoria» que parece definir nuestra época.³

En ese marco, y aunque resulten excesivas pretensiones para tan humilde trabajo, el presente volumen surge teniendo como horizonte ideal tratar de contribuir a lo primero evitando incurrir, en la medida de lo posible, en lo segundo. Y, entre el sinfín de libros, estudios, testimonios, memorias, antologías, etc. ya disponibles, propone hacerlo a partir de uno entre tantos posibles protagonistas del siglo XX aragonés y español. Un protagonista que, a las vivencias, avatares, sueños y sinsabores de sus contemporáneos,

3 Ignacio Peiró: «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer*, 53 (2004), pp. 179–205.

añade en sus credenciales históricas el papel de primer orden que desempeñó en las agitadas aguas de la política y la sociedad a través de su longeva militancia en uno de los movimientos sociales que caracterizan sin lugar a dudas, al menos en su primera mitad, el Novecientos de nuestro país: el anarcosindicalismo.

Manuel Buenacasa no fue un caspolino más, ni siquiera un aragonés como tantos otros, sino acaso uno de los que mayor proyección histórica han tenido en la España del siglo anterior. Y tampoco fue un mero militante libertario más. Se trata antes bien, como se verá aquí, de uno de los de mayor y más largo recorrido. Su figura está inextricablemente unida a la historia del anarquismo hispano y de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Por lo común no aparece entre la panoplia de «grandes nombres» que suelen acaparar los focos de la atención en las evocaciones del fenómeno anarquista. De ningún modo se le puede contar entre aquellos, ya veteranos cuando él nacía, detentadores del título de «padres» del anarquismo español, cual Anselmo Lorenzo. Resultaría impropio ubicarle a la par con quienes –caso del matrimonio Urales o Abad de Santillán– pasan por sus principales teóricos. No suele figurar entre los grandes oradores, propagandistas e ideólogos de la CNT, como A. Pestaña, J. Peiró o S. Seguí. Y eso es así sobre todo, tal vez, porque no añade a su labor el liderazgo en una escisión de la Confederación, al modo de los dos primeros, ni la muerte a manos de los pelotones de ejecución

franquistas o de los pistoleros «blancos», respectivamente, según ocurriera con los dos últimos. Hablando de finales dramáticos, no comparte los ensordecedores ecos – anatemas o exaltaciones según los casos– que rodean a los famosos «hombres de acción» Ascaso, Durruti y García Oliver, sobre todo los dos primeros, elevados también a los altares de la memoria ácrata por su muerte en plena lucha en los albores de la Guerra Civil. No atesora el indudable protagonismo e inacabables polémicas futuras que suscitó para el último citado, para el mismo Peiró o para Federica Montseny su entrada en el gobierno de la República en guerra, en noviembre de 1936⁴. Y por último, no será uno de los protagonistas principales –al modo de la propia Montseny, G. Esgleas o J. Peirats– del drama de extrañamiento, querellas intestinas y nostalgias en que se convirtió en buena medida la CNT en el exilio durante la dictadura de Franco. De ahí que Buenacasa tenga escasa o nula presencia no sólo en la memoria del anarquismo sino incluso en algunos estudios sobre el tema. O que no haya merecido las monografías, semblanzas o ediciones de textos que se han dedicado a los ilustres personajes a los que venimos refiriéndonos, sobre todo en el otoño del Franquismo y la Transición y, después, en los últimos años.⁵

4 Casi todos ellos aparecen, para remitirnos a la síntesis sobre ese periodo, de Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931–1939)*, Crítica, Barcelona, 1997.

5 Cfr., entre otros, los trabajos –cuyas referencias completas se hallarán en la Bibliografía al final de esta obra– de Manuel Cruells, Ángel Pestaña (A. Elorza, ed.); Joan Peiró (P. Gabriel, ed.); Abel Paz, Ángel Ma de Lera, José

En esto último estaría en buena parte la justificación del trabajo que el lector tiene en sus manos.

Sin embargo, no por ello deja de ser una figura de primer orden a la que el tiempo, o los avatares del recuerdo a que nos referíamos, no han acabado de hacer justicia. A lo largo de su más de medio siglo de vida militante, Buenacasa se cruzó, trató y terció con todos esos personajes del anarquismo y el sindicalismo hispanos arriba nombrados, así como con otros grandes protagonistas de la España –P. Iglesias, Largo Caballero, Ramón y Cajal, J. Costa– e incluso de la Europa de su tiempo –Malatesta, Lenin, Zinoviev, Trotsky– Fue durante todos esos decenios un infatigable propagandista de la «idea» libertaria en un sinfín de conferencias, mítines, charlas y, sobre todo, escritos varios. Su prolífica pluma desplegó una agotadora labor orientada siempre, para bien o para mal, a su actividad militante. Realizó así algunas incursiones en la literatura –tan usuales en el mundo libertario como poco sobresalientes– con las novelas y dramas sociales *Un hombre de honor* (1923), *Almas gemelas* (1936), *Rosa (Historia de una mujer del pueblo)*

Álvarez Junco y Susanna Tavera, Jordi Amat, Julián Casanova (2004), Susanna Tavera (2005), Dolors Marín, o los monográficos dedicados a José Peirats, Joan Peiró y Abad de Santillán en la revista *Anthropos*, nos 102 (1989), 114 (1990) y 138 (1992) respectivamente y sus *Suplementos. Materiales de Trabajo Intelectual*, nos 18 (1990) y 36 (1993). Como ejemplo de la ausencia de Buenacasa, véase el minucioso estudio de Ángel Herrerín, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939– 1975)*, Siglo XXI, Madrid, 2004.

(1924) y *¡Más lejos! (Novela escénica en dos jornadas...)* (1938), protagonizadas estas últimas por sendas mujeres jóvenes que ponen en evidencia los prejuicios machistas de algunos anarquistas. Añadió a ello, como su más constante actividad militante, una colaboración casi ininterrumpida a lo largo de los años en periódicos y revistas libertarias, que le llevó a participar en las más importantes cabeceras de esa prensa y a ser director, y en algún caso fundador, de *Cultura y Acción* (Zaragoza), *Solidaridad Obrera* de Bilbao y Gijón, *La Ilustración Ibérica* (Barcelona) y *Uno* (Bourg–les–Valence, Francia). No faltó en su bagaje la edición de obras clásicas, como encontramos en su adaptación y versión en castellano de Fernand Pelloutier, donde Buenacasa aprovechaba para predicar la supresión de las federaciones regionales a favor de la radical autonomía de las organizaciones locales de base.⁶

Y por último, se deben a él asimismo un buen número de folletos sobre cuestiones doctrinales y organizativas, cuales *La política y los obreros* (1910), *Contra la guerra* (1915), *La Rusia roja* (1918), *Autonomía y federalismo* (1922), etc.

6 «Nuestra Confederación Nacional del Trabajo, ¿qué es sino una Federación de Federaciones locales?. Es cierto que aún existen en España organismos a los que se atribuye alguna importancia –las Federaciones regionales– y a los que se debe suprimir porque entendemos que ya cumplieron su misión»: *Autonomismo y Federalismo* (extractos comentados de Fernand Pelloutier, *Histoire des Bourses de Travail*), adaptación y versión española por Manuel Buenacasa, Imp. de R. Altuna, San Sebastián, 1922, p. 45, nota 1.

Tuvieron entre ellos cierta relevancia títulos –de los que aquí se insertarán extractos– como *¿Qué es el Sindicato Único?* (1919); el polémico intento de mediación *La CNT, los «Treinta» y la FAI* (1933); su *Manual del Militante* (1937), en el que por vez primera se fijaban de forma sintética el ideario y normas de conducta exigibles a la militancia ácrata y confederal; y *Perspectivas del movimiento obrero español* (1964), aparecida meses antes de su muerte y que él mismo consideraba «la obra más importante de mi vida».⁷ Con todo, descuella sobre ellos *El movimiento obrero español 1886–1926* (1928). Se trata de un libro no exento de errores y por el que el tiempo no siempre ha pasado bien. Pero su indudable utilidad hace que Buenacasa haya pasado a la posteridad como fuente clásica para el estudio del sindicalismo libertario de las primeras décadas del siglo XX y que, en consecuencia, pueble todavía hoy las bibliografías y notas al pie de página de los principales estudios sobre esos temas y ese periodo.⁸

7 Carta de M. Buenacasa a Fernando Gómez Peláez (Bourg–les–Valence, 17/12/1963): Archivo del Instituto de Historia Social de Amsterdam (IISG) – Fondo Gómez Peláez (signatura 32), donde hemos contado con la inestimable ayuda, que le agradecemos aquí, de Eduardo Romanos. Sobre el *Manual*, véase Anna Monjo, *Militants. Democràcia iparticipació a la CNT als anys trenta*, Laertes, Barcelona, 2003, pp. 228–234.

8 Véase desde los estudios pioneros y clásicos de Juan Díaz del Moral o Gerald Brenan, Carlos M. Rama o Edward Malefakis, hasta otros más recientes como los de Paul Preston, Xavier Paniagua, Eduardo González Calleja (1998) o Eulàlia Vega, para los que se remite al listado bibliográfico final. Como se verá, habrá que añadir los citados en las notas siguientes. El

Ahora bien, en no pocos casos Buenacasa salta de esos márgenes de los relatos históricos para aparecer además, ya no sólo como fuente sino como actor, en el texto y curso de los mismos. No será así difícil encontrar referencias a nuestro personaje, más o menos rápidas según los casos, en un buen número de obras sobre la España y el movimiento obrero de los años diez, veinte y treinta. Y entre ellos, no faltarán aquellos en los que esas apariciones sean repetidas e incluso, en ocasiones, habituales.⁹ En realidad, a poco que se escarbe un poco en su trayectoria, a nadie podrá resultar extraña esa presencia. Sin despuntar de forma estruendosa por alguno de los rasgos específicos que hicieron ilustres a

libro de Buenacasa es *El movimiento obrero español 1886–1926 (Historia y crítica)*, Impr. Costa, Barcelona, 1928. La reedición en Júcar, Madrid, 1977, cuenta con una presentación de Carlos Díaz (pp. 9–12).

9 En este segundo grupo cabría incluir los pioneros estudios y trabajos introductorios de Antonio Elorza, caso de sus extensos textos «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923–1930) (I)» y «La CNT bajo la Dictadura (1923–1930) (II)», en *Revista de Trabajo*, 39–40 (1972), pp. 123–477 y 44–45 (1973–1974), pp. 311–617, respectivamente; así como Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España (1914–1923)*, Ariel, Barcelona, 1978 [1974]; Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914–1918*, Crítica, Barcelona, 1978; Antonio Bar, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910–1926)*, Akal, Madrid, 1981; Ángeles Barrio, *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890–1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1988; S. Tavera, *Federica Montseny, op. cit.*, o Laura Vicente, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916–1923)*, I.F.C., Zaragoza, 1993. En el primer apartado, citaremos únicamente los títulos de José Peirats, César M. Lorenzo, Juan Antonio Lacomba, M. Tuñón de Lara, Juan Gómez Casas, Xavier Cuadrat, Eduardo González Calleja (1999), P. Gabriel o Carlos Gil Andrés.

sus compañeros arriba citados, lo cierto es que Buenacasa conjugaba en sí mismo, de forma acaso más discreta, muchas de las actividades y cualidades de aquéllos. Protagonizó una de las trayectorias más longevas, no sólo entre los grandes espadas, sino también de todo el ámbito de la CNT. Fue probablemente mejor organizador –de periódicos, sindicatos, conferencias, congresos– que casi todos ellos, y uno de los más solventes y eficaces con que pudo contar la central confederal a lo largo de su historia.

Se añade a ello, además, que el tiempo que pasó en la más rigurosa primera plana de la actividad sindical y «política» del país, aproximadamente entre 1917 y 1920, no fue una época cualquiera ni un periodo de reflujo e incluso declive del movimiento libertario, como los años veinte o el largo exilio. Bien al contrario, esos años fueron los de la reconstitución de la CNT –si no verdadera constitución– tras el breve e insuficiente precedente de 1909–1911 y la represión de los años siguientes. Lo fueron también de recambio generacional en la Confederación y de consolidación frente al modelo sindical más posibilista de la UGT. Significaron su evolución desde el sindicalismo revolucionario hacia el anarcosindicalismo y su teórica, y siempre conflictiva, orientación ácrata. Vivieron el poderoso impacto de la mayor revolución proletaria vivida hasta la fecha, la rusa de 1917, con toda su carga inundatoria y contradictoria. Y contemplaron la decisiva transformación orgánica que implicó la adopción del «Sindicato Único» y,

ligado a ello, los momentos de más intensa implantación y crecimiento sindical y –junto a los primeros meses de la II República y la Guerra Civil– de mayores cuotas de afiliación de la historia de la CNT. Pues bien, desde la redacción de *Solidaridad Obrera* y la dirección de otras cabeceras; en la representación de la CNT catalana y nacional en congresos y comisiones preparatorias de la huelga general de 1917; y, en suma, como miembro, secretario provisional (agosto–noviembre de 1917) y secretario general (julio a diciembre de 1918) del Comité Nacional de esa central sindical, Buenacasa pasa por uno de los protagonistas claves del momento. Fue uno de los más combativos miembros de un grupo de jóvenes militantes que, frente a los sindicalistas de la primera generación de la CNT, se auparon a la dirección del sindicato desde 1917 y aplicaron la estructura organizativa y principios anarcosindicalistas que lo definieron desde entonces. Se convirtió durante unos años en una de las voces más encomiásticas hacia la experiencia revolucionaria bolchevique. Estuvo entre quienes más propulsaron y asentaron los Sindicatos Únicos, desde su dirección del que acaso fuera el primer Sindicato Único del país hasta su ya citado folleto de 1919, pasando por su aprobación en los congresos regional de 1918 (Sants, Barcelona) y nacional 1919 (Teatro de La Comedia, Madrid). Y participó en la organización del primero de esos congresos y, sobre todo, dirigió la del segundo y la de la Conferencia de Zaragoza de 1922, lo que hace de él uno de los responsables

máximos de tres de las reuniones orgánicas de la CNT más importantes de toda su historia.

Y, por último, ocurre que, aunque de forma menos notoria que en esos años, Buenacasa figuró y se implicó en la mayoría de los grandes hitos, procesos y conflictos del resto de esa historia desde el nacimiento de la CNT hasta las puertas de su mayor declive y escisión (1965). No se trata de adelantar lo que será objeto de mayor atención en las páginas que siguen, pero conviene tal vez apuntar de forma somera algunas de esas apariciones. Pueden seguirse sus huellas en el congreso constitutivo de la central sindical en 1910. Resultará una figura clave, primero en los años de la I Guerra Mundial y luego durante su papel rector en la regional aragonesa (1921–1923), para la entrada de la poderosa Federación Local de Sindicatos de Zaragoza en la CNT y para su orientación ácrata, lo cual hará de esa ciudad el segundo gran núcleo cenetista del país. Desempeñará en los años veinte un papel fundamental en las polémicas internas entre sindicalistas y partidarios de una definición más anarquista, en particular desde las columnas de su periódico *El Productor* y a través de su papel de introductor en España de las teorías de la «trabazón» desarrolladas en Argentina. Las mismas teorías que, de hecho, conducirán en 1927 a la fundación de la FAI. Durante la II República, trató de terciar por sí solo en el conflicto y escisión de los «Treintistas», primero proponiendo una serie de congresos

y plenos para restringir su alcance a Cataluña, y luego con su discutido libro de 1933.¹⁰

Llegada la Guerra Civil, nuestro personaje participó de lo mejor de esa «edad de oro del anarquismo», como el sueño igualitario –que plasmó en la colectivización de su carpintería–, o cuando se requirieron de nuevo sus dotes organizativas para crear, organizar y dirigir la experiencia única que fue la Escuela de Militantes de Cataluña. Pero probó asimismo las hieles del periodo, caso de la muerte de su hijo en el frente aragonés, la amargura de la derrota o el drama de la retirada y el paso por los campos franceses al final de la contienda. Se cuenta así entre los miles de republicanos que hubieron de embarcarse al exilio francés, aunque en su caso éste duraría ya de por vida, 25 años, y no era el primero sino que se unía a los tres que ya había vivido por la persecución de los gobiernos monárquicos (1911–1913, 1915–1916 y 1926–1930). Tras las calamidades de la guerra mundial y la clandestinidad, vuelve a aparecer su figura en un congreso de la CNT tan relevante como el celebrado en 1945 en París. A raíz de la nueva escisión sobrevenida a finales de ese año, hace patente su postura crítica con la fracción ortodoxa y su compromiso por la unidad. Y tras una década «oscura», el ya viejo militante y

10 Sobre algunas de estas cuestiones, véase L. Vicente, op. cit.; A. Elorza, op. cit., y *La utopía anarquista bajo la Segunda República española*, Ayuso, Madrid, 1973, pp. 351–437 y 439–468; M. Buenacasa, *El movimiento obrero español, passim*, y *La CNT, los «Treinta»*, pp. 163ss.

carpintero volvía a salir a la palestra para liderar una iniciativa por la reunificación de las dos CNT existentes y, conseguida ésta en 1960, por la unión con la UGT. Lejos de postrarse en el abatimiento de la senectud y la nostalgia del veterano militante, dedicaría a ello sus últimos años a través de un buen número de escritos, viajes y conferencias. En uno de sus últimos artículos, el viejo Buenacasa tenía aún fuerzas y arrestos para reconocer las sombras de un exilio «que se nos traga enteros, aunque otra cosa digamos». E impenitente con su propia generación, y por tanto consigo mismo, pedía a los más jóvenes exiliados dar «jaque a nuestra vieja militancia..., sacudiéndola hasta sacarla de sus goznes». Carpintero incluso en el ocaso de sus días, este hombre «bajito, calvo cuando yo le conocí, y dicharachero» –en palabras de otro notorio anarquista del agro zaragozano cual José Borrás– mostraba ser también hasta el final –como lo definiera su paisano compañero y «rival» ugetista, Arsenio Jimeno– un «hombre dinámico, con lo que hoy se llama carisma; tenaz, profundamente sincero y reflexivo».¹¹ Del

11 José Borrás, *Del Radical–Socialismo al Socialismo Radical y Libertario. Memorias de un Libertario*, Fund. Salvador Seguí, Madrid, 1998, p. 220. Arsenio Jimeno, *Zaragoza en la tormenta, 1936. Testimonio de un superviviente*, UGT, Zaragoza, 1987, p. 173. Lo anterior, en M. Buenacasa, «Hoy como ayer. Honor y jaque a la vieja militancia», *Espoir* (Toulouse), 22/7/1962. En la misma revista, por ejemplo, se da cuenta de sendas conferencias de Buenacasa en Perpignan y Toulouse así como de la constitución del Comité de la Alianza Sindical (CNT y UGT) de Drôme–Ardèche, del que Buenacasa sería presidente: *Espoir*, 9/6/1963, 1/12/1963 y 1/7/1962, respectivamente. La huella dactilar a la que se alude a continuación, en Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Prisión Provincial,

mismo modo que su oficio había marcado desde joven su huella dactilar con un seco corte, su labor y compromiso habían dejado en él una impronta indeleble. Una razón de más, como en suma el conjunto de su curso vital, para que pueda merecer la pena detener la atención con el presente libro en alguien como Manuel Buenacasa.

Por supuesto, no todo en su trayectoria podrá ser descrito en tonos optimistas y términos unívocos. Como resulta en cierto modo lógico en una vida militante tan extendida en el tiempo y que atraviesa épocas tan diferentes, luminosas unas y sombrías otras, existirán asimismo los claroscuros, críticas y contradicciones. En su a menudo frenética labor militante, y de modo particular al gustar en recordar a cada paso su condición de «fundador» y ex secretario general de la CNT y al insistir a menudo en el valor y conveniente publicación de sus propios escritos, no era ajeno a un cierto prurito de vanidad no siempre disimulada. En segundo lugar, fue notable la cosecha de críticas recibidas, así de sus enemigos «de clase» como de sus rivales en el campo obrero, pero también de sus propios compañeros de filas libertarias. Entre otras razones, por las muchas polémicas en que terció con afilado verbo, desde sus primeros años hasta las controversias del último exilio. En tercer lugar, no fue tampoco del todo extraño a los rostros menos amables de esos años, como el del terrorismo y los denominados con una cierta dosis de eufemismo «hombres de acción». En

1928, escribiría que de todos los atentados sociales que se cometieron en la Barcelona de la posguerra mundial, «muy pocos podían calificarse de actos revolucionarios». Y añadía que, «todos, todos nos vemos envueltos en el sucio torbellino e imposibilitados de reaccionar contra la ola gigantesca de matones y vividores que dominan en aquel ambiente». Sin embargo, más allá de esas palabras posteriores, no se hallará en los escritos contemporáneos de Buenacasa la rotunda censura de las prácticas terroristas y los atracos que desplegara por ejemplo Pestaña.¹² Y no se puede descartar que transigiera o hiciera la vista gorda con algunos de esos grupos, como por ejemplo el de Ascaso y Durruti durante sus años de Zaragoza entre 1921 y el asesinato del Cardenal Soldevila en junio de 1923.

Y en cuarto término, es inevitable apuntar los varios aspectos inconsecuentes, virajes y cambios de rumbo que protagonizó en su trayectoria. Uno de ellos, por ejemplo, se refería al campesinado, pues el mismo Buenacasa que dejara abundantes juicios sobre el «egoísmo» de esa clase, sería también quien desempeñara un papel fundamental en la integración de la poderosa Federación Nacional de Obreros Agrícolas (FNOA) en la CNT en el último congreso de la primera en diciembre de 1918.¹³ Otro mayor, era el que

12 Ángel Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, Tebas, Madrid, 1974 (Antonio Elorza, ed.), pp. 119–136, 171–191 y 413–440. M. Buenacasa, *El movimiento obrero*, pp. 78–79.

13 Jacques Maurice, *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas*,

aparece tras la frase que acompañaba, y en parte explicaba, las elogiosas palabras de Jimeno. No sin cierta delectación, encontraba éste que el mismo Buenacasa que de joven afirmara que mientras él viviera no habría UGT en Zaragoza, después «murió en el destierro en pleno combate con los llamados “pieles rojas” y propugnando la unidad de acción de la CNT y la UGT». Ahora bien, ni siquiera era necesario irse hasta sus últimos años para buscar huellas de esa inteligencia con la central ugetista. Nuestro autor pedía la unión entre ambas desde los primeros meses de la Guerra Civil. E incluso antes, en 1923, durante sus años de mayores purismos «antipolíticos», podía encontrársele parlamentando con Iglesias y Largo Caballero y sugiriéndoles una acción común con una finalidad tan directamente política como evitar que Alfonso XIII otorgara el poder al general Primo de Rivera.

El más sonado salto fue tal vez el relacionado con la revolución rusa de 1917 y el régimen resultante. Buenacasa fue a partir de noviembre de 1917 uno de los más fervientes defensores de la experiencia bolchevique en los medios obreros ibéricos. Todavía en 1920, en un artículo reproducido aquí, se enfrentaba nada menos que a Kropotkin en defensa de Lenin y del partido bolchevique, lo que no dejaba de entrañar en sí mismo una incoherencia frente a los principios libertarios de crítica a toda violencia, coacción y poder estatal. Pero el volantazo no tardaría en

producirse. A finales de 1921, cuando ya se empezaban a conocer los informes de los anarquistas y cenetistas que habían visitado Rusia, Buenacasa se mostraba «tan destempladamente en contra de los bolcheviques como antes había estado a su favor». Tal vez el creciente maximalismo que él, como tantos otros, mostraría a partir de entonces tenía que ver precisamente con esa decepción y con el necesario marcar diferencias entre el movimiento libertario y sus nuevos competidores comunistas. Y en 1928, diez años después de la revolución, nuestro autor reconocía el «error» consistente en que «para muchos de nosotros – para la mayoría– el bolchevique ruso era un semidiós, portador de la libertad y de la felicidad comunes», y en que nadie podía pensar entonces que la revolución «había de sufrir la horrible y reaccionaria transformación que la condujera a su estado actual de tiranía y opresión». Pero este era un viaje de ida y vuelta, y de nueva ida. Otra década después, en 1937, obligada por la coyuntura de guerra civil y reflujo de la revolución, la CNT había de agradecer también la ayuda soviética. Y en ese contexto, con ocasión del XX aniversario de la revolución, encontramos a Buenacasa como representante de la Confederación en un «Comité Catalá Pro Homenatge a la URSS» y en la sucesión de actos por éste promovidos durante los días 10 a 12 de octubre de ese año en distintas localidades como Barcelona, Olot, Banyoles o Farnes de la Selva.¹⁴ Años más tarde, ya en pleno

14 Archivo General de la Guerra Civil Española (Salamanca), Sección Político–Social de Barcelona, caja 770, nº 3, fs. 450–454. Los

exilio, el sistema soviético merecía una nueva consideración negativa, esta vez definitiva y tan crítica como en los más duros años del desencanto postrevolucionario.

Y por último, aunque enmarcando en buena medida todo lo anterior, las mayores mudanzas y contradicciones las vivió en la dimensión ideológica y en la definición de la orientación y función de la propia CNT. El protagonista de este libro fue siempre, pero sobre todo hasta el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera, uno de los más activos y eficaces introductores, propagandistas y organizadores del sindicalismo cenetista. Descolló no obstante al mismo tiempo, en particular durante los años veinte, como anarquista convencido, azote de los sindicalistas «posibilistas» y en cierto modo inspirador de la FAI y de la subordinación sindical a las prédicas ácratas. Inició con la II República un viaje hacia el «centro» del mundo libertario que le llevó a tratar de mediar, infructuosamente y en solitario, entre dos bandos escindidos. La experiencia de ese régimen y de la Guerra templó sus pasadas ortodoxias y, ante las urgencias y dinámicas de los años bélicos, se implicó en la línea colaboracionista de los órganos directivos de la CNT. Y emergió del túnel de la derrota, retirada y clandestinidad, al acabar la II Guerra Mundial, intentando servir de nuevo de mediador entre los restos de la escisión libertaria en Francia, sólo que esta vez más cerca de los

entrecomillados anteriores, en G. Meaker, *op. cit.*, p. 540 y M. Buenacasa, *El movimiento obrero español 1886–1926* (edic. orig. de 1928), p. 72.

sectores moderados que de los denominados puristas. De ahí que se granjeara calificativos como «ex radicalísimo» –en una inclemente crítica de 1932 reproducida en este volumen– o, más recientemente, «moderado del término medio».¹⁵ Así se explicaría que haya pasado a la historia del anarquismo y del movimiento obrero español como un figurante ambivalente y de dos caras. Y, del mismo modo, en todo ello se hallará tal vez la explicación al hecho de que su recorrido vital y militante no se haya traducido hasta la fecha en una mayor *visibilidad* histórica. Personaje arduamente catalogable en términos de «bandos» o fracciones, y es posible que enemistado con casi todos por sus tentativas mediadoras, la figura de este cenetista caspolino tenía difícil ser reivindicada por viejos «compañeros» y posteriores estudiosos y, de este modo, ha podido pasar de puntillas por la recuperación de esa parte de nuestro pasado reciente. El mismo parecía presagiarlo, ya en 1933, cuando terciaba entre «Treintistas» y «faístas»: «Tomando partido por uno de los bandos en pugna, me hubiese enemistado con unos solamente. Permaneciendo alejado de la contienda, hubiera podido mantener la amistad de la mayoría. Interviniendo por todos y contra todos, como es mi intención, sufriré la amargura de concitar contra mí toda clase de enemistades».¹⁶

15 Miquel Amorós, *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balias y Los Amigos de Durruti*, Virus, Barcelona, 2003, p. 89.

16 A pesar de lo cual seguía convencido de que «mi papel –el de amigable

Sin embargo, se trate de contradicciones o, por el contrario, de meras adaptaciones a nuevos contextos, con ese sinuoso itinerario Buenacasa no hace sino personificar el del propio fenómeno anarquista español de la pasada centuria. Escenifica evoluciones, o golpes de timón, no tan diferentes y en ocasiones menos espectaculares a los experimentados por muchos otros libertarios de también larga trayectoria –Federica Montseny, Esgleas, Molina, el mismo Pestaña–. E incluso, cabría añadir, similares a los que tal vez hubieran protagonizado otros «santones» de las siglas cenetistas de no haberse cruzado una muerte prematura y dramática de por medio. Resulta asimismo una muestra modélica de la capacidad que mostró el anarquismo, excepto en sus corrientes más ortodoxas y catequísticas, para adaptarse a las cambiantes realidades del Novecientos español. La misma habilidad que, con todas sus trabas y algunas incoherencias, le permitió superar el individualismo y terrorismo decimonónicos, auparse al naciente sindicalismo revolucionario de masas, lidiar con mayor o menor éxito con los distintos regímenes y convertirse así, caso único en Europa y el mundo, en movimiento de masas hegemónico en el obrerismo organizado del país hasta la Guerra Civil. Y la misma que, llegada esa contienda, le puso en condiciones de afrontar todo un fenómeno revolucionario que, también por primera

componedor–, aun siendo el más triste e ingrato, he creído que tengo el deber de desempeñarlo.» M. Buenacasa, *La CNT, los «Treinta» y la FAI*, op. cit., pp. 23–24.

y única ocasión, abría las puertas para plasmar el sueño igualitario ácrata y para ensayar experiencias tan excepcionales en la historia como la de un órgano de gobierno –el Consejo de Aragón– regido por los libertarios y con sede precisamente en Caspe, la patria chica de Buenacasa. Como no deja de ser obvio, las ambivalencias e incluso posibles contradicciones resultaban en esas circunstancias mucho más probables que en los países y épocas en que el anarquismo apenas salía de los reductos e idearios minoritarios y más o menos incontaminados.¹⁷

Y por último, nuestro personaje ejemplifica en suma, con meridiana claridad, la heterogeneidad del propio mundo libertario ibérico y de la CNT. Frente a lo que en ocasiones se haya podido creer, y en contraste con otras formaciones políticas, diversos estudios sobre el anarquismo catalán y español vienen a abundar en su carácter plural, aglutinante y sintético; en las distintas concepciones que lo integraban; y en las diferencias existentes, por ejemplo, entre sus dirigentes y sus bases sindicales. Nutrido de fuentes ideológicas, sociales y políticas dispares, ese movimiento albergaba en su seno cuando menos dos «anarquismos»: el

17 J. Casanova, *De la calle al frente, op. cit.* Sobre el Consejo de Aragón, *Id., Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936–1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985; Graham Kelsey, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, 1930–1938*, Fund. Salvador Seguí, Madrid, 1994; y Alejandro R. Díez Torre, *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo en Aragón, 1900–1938*, UNED / P.U.Z., Madrid, 2003, 2 vols. En todos ellos se puede seguir asimismo la presencia de Buenacasa.

uno más individualista, purista y «utópico»; el otro antes bien societario y abierto a las masas y planteamientos sindicales.¹⁸ Así las cosas, ambas corrientes, con sus variados rostros y plasmaciones, conformarían de este modo un poliédrico entramado –la CNT– del que no podían faltar las tensiones, compases distintos y cambios de equilibrios internos. Del que, en fin, no podían estar ausentes los contrastes inherentes a un movimiento al que definía – juzgue cada cual si como riqueza o como problema– una radical complejidad.

Esa misma complejidad, o la búsqueda de la misma, es la que ha tratado de guiar la elaboración de este libro. El aquí presentado no es un trabajo académico en el sentido de lo que habitualmente se entiende por tal cosa. Ciertamente es que consta en su mayor parte de una amplia recuperación de textos variados de Manuel Buenacasa que se encontraban dispersos en multitud de publicaciones –principalmente en la prensa libertaria– y que los mismos se presentan precedidos de las correspondientes notas introductorias y, de alguna manera, eruditas. Y cierto es también que el libro se ha beneficiado de la importante ayuda, que gustosamente consignamos aquí, de sólidos especialistas en estos temas como Miguel Iñiguez, Rocío Navarro, Eduardo Romanos o

18 José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868–1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; E. Vega, *op. cit.*; François Godicheau, *La Guerre d'Espagne. République et révolution en Catalogne (1936–1939)*, Odile Jacob, Paris, 2004.

Ángel Herrerín. Sin embargo, la iniciativa de la obra surge de fuera del ámbito académico. Quien tuviera el gran acierto de concebirla y la ha iniciado y afrontado en su mayor parte, de nombre Jesús Cirac, se sitúa al margen de la investigación universitaria y aun de la historia como disciplina profesional. Su prólogo y su trabajo introductorio a la figura de Buenacasa, fruto notable de un sugerente despliegue de tesón y pasión indagadora, se ubican en algún punto entre los estudios biográficos al uso y una mirada muy personal, más cerca de lo segundo que de lo primero, y parecen caminar por parecidas sendas a las seguidas por algunos escritores para acercarse de una forma alternativa a semejantes latitudes del pasado reciente.¹⁹ Y la misma antología de textos que aquí se incluyen no sigue ningún criterio de exhaustividad, lo cual habría sido ciertamente arduo por razones de espacio y por la inagotable actividad de Buenacasa como escritor. Aspira únicamente a ofrecer una serie de escritos del mismo que muestren sus intereses y preocupaciones principales y represente los distintos momentos y épocas de su periplo militante. De hecho, el volumen sería así no tanto un estudio completo cuanto una primera aproximación a un protagonista caspolino del siglo XX español. Una mirada provisional y no definitiva que, como dijera el propio Buenacasa de su obra más notoria, pueda servir de «estimulante [...] para que otros, más preparados y capaces [...], se decidan un día a escribir nuevos volúmenes

19 Caso de Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2005.

ampliando o rectificando la modesta labor que hoy ofrecemos». ²⁰

Ahora bien, nada de ello es óbice para que este trabajo aspirara a algo más que lo que en él hay de recuperación memorial del personaje. El fin de estas páginas no es reivindicar ni construir ningún tipo de héroe. Cosa que, por cierto, el mismo Buenacasa seguramente habría censurado, a juzgar por la contundencia con que prevenía en 1926 sobre el «error, cuando presentemos a la consideración de nuestros contemporáneos las figuras sobresalientes de las épocas pasadas, de elevarles un pedestal en nuestra memoria». O a juzgar, del mismo modo, por la acidez con que añadía que en muchas de esas «recordaciones» se ha hecho «degenerar hasta el ridículo» lo recordado, que «no desenterremos a nuestros amigos para convertirlos en dioses», y que, en suma, «ensalzar las cosas bien sí, pero no crear iconos, dioses o ídolos». ²¹ El objetivo aquí ha sido, antes bien, presentar a un personaje de nuestro siglo pasado con todas sus luces, sombras y claroscuros. Con sus luchas y esfuerzos dignos de elogio, pero también, como bien se refleja en los textos que de él se ofrece, con sus dudas, evoluciones y eventuales contradicciones. Y no parece

20 M. Buenacasa, *El movimiento obrero español*, p. 28.

21 «Respuesta de M. Buenacasa», *La Protesta*, Suplemento Semanal (Buenos Aires), 240, 13/9/1926, artículo reproducido en este volumen. Véase asimismo, también aquí, la crítica a los «fastos de nuestro santoral» en «Editorial», *Uno* (Bourg-les-Valence), 3, 3/4/1958.

asunto nimio ni cuestión baladí. Son legión, y en número que no deja de crecer, las miradas al pasado reciente nutridas por ansias reivindicativas, culto a la memoria y afanes conmemorativos, que por definición tienden a simplificar las lecturas de ese pasado. Y, paralelamente, las listas de ventas editoriales están encabezadas por obras procedentes de una cierta «parahistoriografía» que abordan las dimensiones más vidriosas de la última centuria –como la II República, la Guerra Civil o la represión– desde enfoques no sólo abiertamente conservadores, sino también de un extremo maniqueísmo.²²

Por eso, frente a las visiones unívocas y a menudo empobrecedoras, no parece inútil intentar al menos guiarse por una mirada más plural. Una mirada, ni condescendiente ni anatemizadora, que muestre los rostros heterogéneos y no siempre amables tanto del protagonista como del tiempo que le tocó vivir. Que trate de no instalarse en la mera conmemoración –la adaptación del pasado a las necesidades presentes– sino acaso en la rememoración –aprehender el pasado en su verdad y complejidad–. Que no sea del todo ajena cuando menos a las fronteras, sobre las que parece cada vez más preciso insistir, entre memoria y historia.²³ Se

22 Como es notorio, entre los libros de no ficción más vendidos de los últimos años figuran Pío Moa, *Los mitos de la guerra civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002, o algunos de los firmados por César Vidal.

23 Tzevetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Península, Barcelone, 2002, p. 162. Véase también Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003.

trata por lo demás de un horizonte teórico en el que han confluído los dos responsables de este volumen, a pesar de sus procedencias e intereses, como el propio Buenacasa, también diversas y plurales. Queda para el lector valorar si, además de acercarle a este último personaje, se ha cumplido todo eso en mayor o menor grado y si eran o no excesivas pretensiones para el humilde trabajo que aquí presentamos.

José Luis Ledesma

PRÓLOGO NO SOLO PARA CASPOLINOS

Sucede en todos los lugares. Por el solo hecho de haber nacido en Caspe, cualquier caspolino posee (sin que nadie se lo haya contado, sin haberlo leído en parte alguna, sin que se lo hayan enseñado en la escuela, sin tener conciencia exacta de donde proviene su saber) una imprecisa nebulosa de ideas más o menos vagas acerca de su colectividad en las que, de forma más o menos precisa, se reconoce y ubica. Una mezcla inarticulada de difusos conocimientos sobre hechos históricos, costumbres, lengua, folclore, filias, fobias, hitos geográficos, implantada en la conciencia del individuo en paralelo al aprendizaje de las primeras letras o a la iniciación en el mundo de los adultos. El contenido de ese conocimiento irracionalmente adquirido, transmitido de generación en generación a través de misteriosos mecanismos intelectuales, presenta, en el caso de Caspe, una riqueza abrumadora.

Caspe es un pueblo antiguo, grande y extrañamente situado en el eje en el que convergen varias zonas de influencia cultural y lingüística; un inmenso territorio fronterizo entre varias regiones que lo rodean sin casi salpicarle. Su extenso término municipal, uno de sus más orgullosos símbolos, ha jugado un importante papel en la construcción de su identidad. Por un lado ha sido fuente de riqueza, por otro le ha mantenido químicamente incontaminado de influencias ajenas, aislado geográfica y sentimentalmente a pesar de haber contado tradicionalmente con dos vías de comunicación tan privilegiadas como el ferrocarril y el Ebro. Sólo Chiprana, un municipio pequeño pero con una identidad todavía más acentuada, está a menos de veinte kilómetros. Las demás poblaciones vecinas, incluidas las pertenecientes a su comarca, están demasiado lejos en casi todos los sentidos. Para bien y para mal Caspe es Caspe y no ha necesitado mucho más para ser capaz de inventarse a si mismo. Su fuerte identidad deriva de su férrea autarquía.

A pesar de los elementos nuevos que con los años se han ido incorporando (fundamentalmente tres: la desproporcionada fauna piscícola del pantano, el prestigio aportado por una potente multinacional implantada en el municipio y el despertar económico ligado a las plantaciones de frutales) la columna vertebral de la mitología caspolina, el *sancta sanctorum* de su inconsciente colectivo, está perfectamente definida en torno a una pluralidad de

símbolos de general aceptación. El Compromiso, la Colegiata, el Bolero, su condición de Ciudad, la grandeza del Mar de Aragón, la melancólica pérdida del territorio anegado bajo sus aguas, sus excelentes comunicaciones, la mesiánica redención colectiva a través del turismo, San Indalecio, la Vera Cruz, la inmensidad territorial del termino municipal, una presunta singularidad lingüística, la Semana Santa, el Castillo Sanjuanista, la romería de San Bartolomé, José María Albareda, el resquemor ante el vecino catalanohablante, la tumba del Miralpeix, el Palacio de Chacón, la difusa competencia con el lejano Alcañiz, el olvido eterno de los gobiernos de «fuera» como causa de una cierta y mal asumida decadencia. Símbolos, todos, neutros. Representaciones esquemáticas de un Caspe eterno que seguramente nunca existió. A saber: políticamente correcto, estático y sereno; abismalmente rural, castizo y señorial. En ese Caspe de sainete, sus habitantes encajan perfectamente en el rol social que por nacimiento les ha sido adjudicado cuyo arquetípico papel desempeñan sin salirse de un guión que, en esencia, difiere escasamente del de otros pueblos también grandes y antiguos. Ese tipismo al que me estoy refiriendo implica una idealización folclórica en la que resulta más que difícil establecer cotas temporales. Elementos medievales conviven con conceptos modernos. Los habitantes del siglo XVI piensan y se expresan como los del XXI. El paso del tiempo no es, pues, un elemento a tener en cuenta en la construcción del espíritu colectivo. El viento de la historia, las transformaciones sociales, los vaivenes

ideológicos son incapaces de erosionar una identidad forjada en algún lugar impreciso de la memoria por especímenes puros de una raza inmutable llamada, por encima de cualquier otra consideración, a permanecer. Todo lo anterior tiene que ver con la imagen que los caspolinos tenemos de nosotros mismos. Las bases sobre las que se sustenta nuestro ser comunitario oscilan entre la eufórica autocomplacencia ante una grandeza en parte real y en parte sólo deseada y la percepción amarga del incumplimiento recurrente de una serie de sueños colectivos.

Los años suelen proporcionar perspectiva. La necesaria, al menos, para ser capaces de cuestionarnos muchos de los fundamentos de esa identidad colectiva que yo también asumí como propia al nacer en Caspe.

En mi caso, la sensación de que esa incontestable certeza del ser caspolino cojeaba en muchos de sus aspectos fundamentales empezó a convertirse en una vaga sospecha muy temprano. En realidad, muchos de los mitos caspolinos siempre me resultaron antipáticos.

La engolada versión teatral del Compromiso a la que acudí enseguida en busca de coordenadas en las que ubicar el «acontecimiento» con mayúsculas y mito principal de la caspolinidad me pareció demasiado sombría, inapropiada para un niño que, inevitablemente, encuentra demasiado difícil empatizar con aspirantes al trono y consejeros áulicos

y muy fácil con hombres de acción a la manera descrita en novelas y películas de aventuras.

Puesto a buscar en el más remoto pasado hubiera encontrado mucho más atractivo el sitio de Numancia o las guerras napoleónicas que el advenimiento dinástico de los Trastámara. No, definitivamente no simpatice con Martín el Humano ni con San Vicente Ferrer.

Tampoco en otros destacados elementos mitológicos encontré nunca rastros de esa grandeza de la que tanto se me hablaba. La Vera Cruz no parecía ser el generoso fragmento de la cruz de Cristo que, según se dice, es sino una *fioritura* lujosa de metal que pasaba frente a los ojos curiosos de los no iniciados en sus misterios escoltada por el párroco, la corporación municipal y una pareja de guardias civiles armados en la procesión de Viernes Santo y en la que más que el abismo insondable de lo sobrenatural afloraba tan sólo una barroca manifestación de la Autoridad con mayúsculas. El célebre Castillo del Compromiso sencillamente no era tal sino una masa informe de ruinas entre la que los niños jugábamos a escondernos y las parejas de enamorados encontraban intimidad, cuyo contorno ni siquiera fue posible detectar hasta su restauración parcial y ciertamente kitsch en los setenta. En cuanto al Mar de Aragón, látigo y orgullo de los caspolinos, auténtico eje de la historia de la ciudad en los últimos cuarenta años, me ocurría como a la mayoría de los caspolinos, lo desconocía casi todo sobre él. Manejaba vagos datos acerca de lo dañino que

había resultado para el pueblo al arrebatarle parte de sus mejores tierras pero me costaba atribuirle ese impreciso papel redentor vinculado a un turismo que en aquel Caspe atrasado de los setenta más parecía frivolidad que promesa seria de futuro. Las maravillas sumergidas del Palacio de Chacón, mítica Atlántida caspolina, fueron siempre una fantasmal presencia que hasta hace muy poco ni siquiera conseguí ver materializada en imágenes.

No me engancharon los grandes mitos de la caspolinidad en el momento en que debieron hacerlo y el germen de la duda se convirtió en uno de mis más fieles compañeros. Sin embargo, hubo algo que sí consiguió despertar mi curiosidad de forma persistente y atenta, algo inconcreto de lo que nadie hablaba pero que inevitablemente aparecía en mi percepción de Caspe aunque sólo fuera como un espacio vacío que los mitos oficiales no lograban llenar. Como un ámbito deliberadamente ausente de la reflexión colectiva. Como ese espacio libre que se adivina en las célebres fotos de la revolución rusa en las que la manipulación del dictador Stalin en el laboratorio ha conseguido borrar toda huella de la presencia de su odiado Trotski. La misma inconsciencia con la que fui asumiendo los mitos oficiales de la caspolinidad trajo hasta las costas de mi entendimiento la imagen difusa de ese otro Caspe en forma de preguntas infantiles de obvia respuesta. ¿Por qué, al llegar el verano o durante la Semana Santa, el pueblo se llenaba de gente que, a pesar de vivir fuera, principalmente en Cataluña, decía ser

de Caspe? ¿Por qué tenía primos en Tarrasa o en Gavá? ¿Cómo habían llegado a Francia aquellos parientes míos que a pesar de sus nombres gabachos se apellidaban Cortés? ¿Qué sentido tenían aquellas viejas historias que oía contar en casa sobre huidas a pie, niños caminando por las vías del ferrocarril en pleno invierno, estancias en campos de concentración, miseria y miedo? ¿Por qué hombres nacidos en Caspe habían muerto en Inglaterra o Venezuela? ¿Qué motivos podían tener aquellos cientos de caspolinos que un día salieron de su pueblo para nunca más volver? Aparte de la versión «oficial» que daba nombre a calles y plazas y ornaba muros con loas a los caídos por Dios y por España, nadie me habló nunca de lo que ocurrió en Caspe entre Julio de 1936 y Marzo de 1938. Del Consejo de Aragón y las Brigadas Internacionales. Del exilio; de Argelès-sur-Mer; del campo de concentración de San Juan de Mozarrifar y la cárcel de Torrero. De hombres como Antonio Cebrián Campos, asesinado por los alemanes a la edad de 21 años en el siniestro castillo austríaco de Hartheim, la factoría de muerte más eficaz y misteriosa del régimen nazi. De los otros siete caspolinos exterminados en otros campos. De Manuel Pina Catalán que logró sobrevivir al horror de Mauthausen gracias a su pericia como mecánico y murió, sin casi haber conseguido extraer disfrute a la vida, cerca de Lyon, lejos de España y de ese Caspe que, a buen seguro, él también amaba. De Rafael Bosque y Mariano Menor, prominentes políticos republicanos que llegaron a ser Gobernadores Civiles de varias provincias españolas y a los que la muerte

violenta o el exilio alejaron definitivamente del pensamiento de sus paisanos. Nadie me explicó que aquel célebre «caspolino ausente» al que se le dedicaba un día de las Fiestas de Agosto, era en realidad un cobarde eufemismo acuñado sobre la marcha para referirse a los miles de caspolinos que habían tenido que emigrar a otras tierras en busca de ocasiones que en su pueblo no encontraron. Nadie me dijo, quizá porque no se ha llevado la contabilidad completa de todos los que faltan, que probablemente había tantos caspolinos en Caspe como fuera de él. Mucho antes de ser capaz de llenar mi curiosidad con la fuerza de los datos, de leer libros o desentrañar el verdadero significado de los testimonios dolidos de los mayores, me di cuenta de que esa imagen monolítica de una Ciudad del Compromiso idílica, justiciera, orgullosa, infanzona, muy noble y leal que retumbaba en el eco de las voces autorizadas y flameaba en las pegatinas editadas por el Centro de Iniciativas Turísticas no se correspondía con una realidad que, bajo las sucesivas capas de maquillaje, se empeñaba en mostrar toda la complejidad que una ciudad antigua y activa como Caspe atesoraba.

Sólo hace unos años tuve conocimiento de la existencia de Manuel Buenacasa. Un amigo, sabedor de mi interés por los temas relacionados con la Guerra Civil y sus protagonistas, se permitió el lujo de reírse a costa de mi ignorancia acerca del lugar en el que nací. Entre comentarios jocosos puso en mis manos un ejemplar de la obra más conocida de

Buenacasa: «Historia del Movimiento Obrero español» editada por Júcar y yo mismo pude ver en la solapa del libro el rostro del autor sobre una breve reseña biográfica en la que se leía claramente su lugar de nacimiento. Tenía razón mi amigo. Nunca había oído hablar de Manuel Buenacasa. Inmediatamente inicié mis pesquisas. No encontré a nadie más en Caspe que lo conociera. Ni jóvenes, ni mayores. No había ningún rastro de Buenacasa en la tradición caspolina. Ni en la oral ni en la escrita. Era extraño que en un pueblo tan grande como Caspe nadie conociera a una figura de la talla de Manuel Buenacasa; que ningún otro caspolino hubiera leído o al menos ojeado su libro tal y como yo hiciera y este conocimiento, siquiera accidental, se hubiera transmitido a su vez a otros caspolinos. Caspe poseía y posee una vida cultural rica. Pasan de cien, creo, las publicaciones sobre temas caspolinos editadas por el Grupo Cultural Caspolino, hoy Centro de Estudios del Bajo Aragón. Por otra parte, se reivindicaba de forma pública y activa la memoria de figuras nacidas o simplemente relacionadas con Caspe como Miguel Agustín Príncipe, José María Albareda o Juan Fernández de Heredia. En una ciudad en la que la sociedad civil se tomaba en serio la defensa de su patrimonio cultural «cantaba» mucho la ausencia de referencias a alguien que, como Manuel Buenacasa, aparece citado frecuentemente en todo tipo de obras relacionadas con la lucha obrera en España. Y es que, sin ánimo de establecer comparaciones, no hay duda de que Buenacasa es uno de nuestros más brillantes vecinos. Carpintero de oficio e intelectual

autodidacta. Fecundo colaborador en la prensa anarquista de principios del siglo XX, alguno de cuyos periódicos dirigió, todavía es recordado como el gran organizador del decisivo Congreso celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid por la Confederación Nacional del Trabajo, principal organización sindical de la época al frente de la cual ejerció su cargo de Secretario General.

Escribió novelas, teatro y ensayos. Conoció las cárceles de la Restauración y las de la Dictadura de Primo de Rivera. Experimentó el dolor del exilio y el fugaz resplandor de una Revolución con la que siempre había soñado y en la que participó colectivizando su taller de carpintería y dirigiendo la Escuela de Militantes de Barcelona en la que los obreros eran instruidos para gestionar las instituciones del nuevo mundo libertario. Sufrió atentados, viajó, frecuentó a personajes como Lenin o Ramón y Cajal, perdió a seres queridos. Padeció el horror nazi y murió lejos de una España a la que siempre soñó volver. La vida de Manuel Buenacasa representa, como pocas, el espíritu de un siglo en el que España transformó sus arcaicas estructuras y entró definitivamente en el tiempo de las demás naciones europeas. ¿Cómo puede ser que un bagaje como el de Manuel Buenacasa pasase desapercibido durante tanto tiempo para una colectividad de más de diez mil personas? ¿Era casual aquel olvido o era el producto de una anónima voluntad colectiva empeñada a toda costa en eliminar del recuerdo cualquier incomodo rastro de ese «otro» Caspe

rebelde, levantisco y desafecto cuya espectral presencia entre las sombras de una memoria nunca aniquilada siempre me fascinó?

Que nosotros sepamos, nunca hasta la fecha se habían editado los artículos y colaboraciones en prensa de Manuel Buenacasa. Ni siquiera una selección de los mismos, como ahora. Tampoco se había escrito sobre su vida. El libro que usted tiene entre sus manos es producto del empeño de un grupo de personas, no todas de Caspe, interesadas por la vida de nuestro ilustre paisano, que nos conjuramos para rendirle un necesario aunque tardío homenaje. Hemos buscado, llevados por nuestro instinto y por desinteresadas informaciones de simpatizantes con la «causa», las huellas escasas de Manuel Buenacasa. Creemos que en sus escritos, rescatados de viejas publicaciones prácticamente inencontrables hoy en día, se halla lo mejor de Buenacasa. También creemos que contribuirán de forma precisa a que ustedes consigan formarse una idea aproximada de quién fue.

Tanto para la organización del homenaje como para la edición de este volumen hemos contado con el apoyo del Ayuntamiento de Caspe y del Centro de Estudios del Bajo Aragón. Gesto que honra a ambas instituciones y amplía el sentido de la iniciativa. Que oficialmente el consistorio rubricase con su apoyo los pasos dados por una pequeña parte de la sociedad civil caspolina en su empeño por recuperar una memoria histórica que, guste o no, es la

propia, se manifestaba como imprescindible a la hora de dotar a este homenaje del alcance pretendido. Con excepción de la edición de la obra del profesor Julián Casanova *Caspe 1936–1938* a cargo del Grupo Cultural Caspolino nunca antes, al menos hasta donde sabemos, institución caspolina alguna había hecho un esfuerzo serio por honrar a ese «otro» Caspe excluido de la historia oficial; sepultado en los más profundos estratos del inconsciente colectivo por la fuerza maliciosa del olvido. Creemos que con esta publicación, el Centro de Estudios del Bajo Aragón afronta por fin la tarea de aceptar esa «otra» Historia de Caspe a la que tan poca atención ha dedicado tradicionalmente. Esperamos que esto sea sólo el principio de un largo proceso de puesta al día y modernización. Similar al iniciado por centenares de instituciones similares en toda España.

Alcanzar esa madurez que toda colectividad precisa para enfrentarse a sus propios fantasmas debería suponer un motivo de orgullo sin obstaculizar la asunción de nuestra cuota de culpa derivada del hecho de haber permitido que la mayoría de los hombres y mujeres que vivieron aquellos años agitados muriesen sin un gesto de reconocimiento, sin una palmada en el hombro, sin un recuerdo colectivo en forma de libro, efeméride o celebración. La mayoría de ellos no merecía tanto esfuerzo anulador. Eran personas sencillas. Caspolinos normales y corrientes que habían hecho muy poco para merecer una pena tan severa. Perder sus

patrimonios; ver morir a sus seres queridos; exiliarse; agachar la cabeza; trabajar mucho a cambio de muy poco; vivir en silencio mientras la España victoriosa desfilaba ruidosamente al paso alegre de la paz. Su única culpa fue haber perdido una guerra.

Hora debe ser ya de levantar el castigo; de admitir en casa a ese «otro Caspe» que sigue merodeando en las afueras sin que nadie le anime a entrar y calentarse junto al fuego. Deberíamos buscarle acomodo en nuestro rico panteón mitológico. Junto al Compromiso, la Vera Cruz y las cerezas tempranas. Al lado de San Indalecio, Adidas y el Bolero. Aunque hayan tenido que pasar casi treinta años desde la muerte del «Caudillo», estamos todavía a tiempo de atrevernos a llamar a las cosas por su nombre. Los organizadores de este sencillo homenaje, encabezado con todo merecimiento por el Ayuntamiento y el Centro de Estudios del Bajo Aragón, somos los primeros en aportar nuestro granito de arena. Sirva, pues, el presente libro, escrito en parte por nuestro vecino Manuel Buenacasa Tomeo y totalmente inspirado en él, para honrar la memoria de todos y cada uno de esos «otros» caspolinos y para resarcirles, siquiera póstumamente, de la larga y vergonzante muerte que tuvieron que padecer en vida.

Jesús Cirac Febas

FOTOGRAFÍAS PERSONALES



Manuel Buenacasa durante el servicio militar, 1909. *Fotografía cedida por Blanca Buenacasa.*



Fotografía sin fecha.

Fotografía cedida por Blanca Buenacasa.



Manuel con Simona y el pequeño Antonio durante su estancia en Zaragoza entre los años 1922 y 1923. *Fotografía cedida por Blanca Buenacasa.*



«El delegado responsable y uno de los secretarios».

Extraído de *La Ilustración Ibérica*. Año I, número 1, febrero de 1938. Se refiere a la Escuela de Militantes. Buenacasa es el segundo por la izquierda.



Manuel Buenacasa, 1960. *Fotografía cedida por Blanca Buenacasa.*



Manuel Buenacasa en una conferencia en Lyon en 1963 con varios compañeros españoles. *Fotografía cedida por Blanca Buenacasa.*



Lápida de la tumba de Manuel Buenacasa y Simona Pérez en el cementerio de Bourg-les-Valence. Junio 2003.



Estado actual del taller de carpintería en el que Manuel Buenacasa trabajó hasta el día de su muerte. Bourg-les-Valence. Junio 2003.



Blanca Buenacasa en su domicilio de Bourg–les–Valence. Junio 2003.

MANUEL BUENACASA

LA RABIA Y LA IDEA

Jesús Cirac Febas

Manuel Buenacasa es un personaje extremadamente escurridizo. A cualquiera que alguna vez haya sentido interés por la historia del anarquismo español su nombre le resultará forzosamente familiar. Su obra *Historia del Movimiento Obrero español* aparece citada de forma insistente en publicaciones y estudios sobre el tema como referencia imprescindible. Su nombre es una presencia constante en la historia del movimiento libertario y en la de su principal organización, la Confederación Nacional del Trabajo. Sin embargo, poco se sabe de su vida, larga, apasionada y rica en riesgos y conflictos. Sus datos

biográficos aparecen telegráficamente detallados en ediciones anteriores de sus trabajos o en obras generales, pero son pocos los detalles humanos que de él se muestran y muchas las facetas ocultas. El importante papel que desempeñó en los más trascendentales momentos del anarquismo español no ha bastado para provocar obras monográficas; no hay ateneos con su nombre; no constan reseñas extensas en la literatura especializada. Su presencia suele ser una fugaz alusión; una mención rápida, frecuente pero desapasionada. Su nombre acostumbra a figurar como mero adjetivo de otros personajes que, con el tiempo, han adquirido una notoriedad y un reconocimiento que a él la Historia quiso negarle.

A los efectos de generar méritos ante la posteridad, Manuel Buenacasa tuvo varios factores en contra. Nacer demasiado pronto. No ser un hombre de acción. Militar en un movimiento poco amigo del culto a la personalidad. Pensar siempre en el colectivo y en el éxito de la causa que defendía antes que en él mismo. Sobre todo, su gran error fue pretender mediar entre posturas enfrentadas. Es un hecho que Buenacasa no cultivó la acción a la manera de los legendarios Durruti o Ascaso. Ni llegó a alcanzar el protagonismo de García Oliver, Peiró o Federica Montseny en el momento en que la estrategia de la Central sindical permitió la asunción de responsabilidades políticas para las que Buenacasa estaba perfectamente dotado. Sin embargo, pocos militantes anarquistas pueden exhibir un currículum tan

extenso y brillante como el suyo. Pocos pueden jactarse de haber vivido tantos momentos decisivos para el movimiento desde la primera línea de la acción política. Pocos de haber aportado ideas y argumentos con la insistencia y la brillantez intelectual con que Buenacasa lo hizo.

Su presencia en todas las etapas del Movimiento Libertario a lo largo del siglo XX le convierte en una de sus figuras esenciales. Representa, sin quizá proponérselo, el papel de nexo entre el anarquismo decimonónico de Anselmo Lorenzo y los primeros años de la organización sindical con Salvador Seguí como figura destacada. Entre la represión pistolero de la patronal y la reacción obrera. Entre la vida casi subterránea del movimiento durante la Dictadura de Primo de Rivera y la triunfal reorganización durante la Segunda República. Entre el éxito inicial de la Revolución de 1936 y la reconstrucción del movimiento en el exilio francés. También entre los tristes años de la división y la posterior y aparente superación de los enfrentamientos entre las diversas familias libertarias. En todas estas etapas, en todas, Manuel Buenacasa exhibió una vitalidad puramente juvenil. En todas participó de forma activa y destacada. En todas demostró su extraordinaria capacidad organizadora. En todas se mostró intelectualmente irreverente, inconformista, polémico. Llama, además, la atención la consideración que sus correligionarios le profesaron. Buenacasa concitaba buenas opiniones casi unánimes. Casi todos los testimonios que hemos manejado sobre él, aún los de sus «adversarios», son

positivos en justa correspondencia con las opiniones que, en sus escritos, vertió sobre sus compañeros. Incluso cuando se mostraba crítico con las actitudes personales conseguía atemperar la carga de sus invectivas con ese acento elegante que caracterizó su prosa. Siempre dejó de lado la contundencia, anteponiendo a cualquier juicio negativo una enumeración de virtudes y alabanzas que rebajaba el tono de sus reproches. Es fácil forjarse una idea casi estereotipada del hombre bonachón, activo y optimista, casi ingenuo, que, sin duda, Manuel Buenacasa debió de ser. Eso al menos me ha sucedido a mí. Reconozco que a medida que he ido profundizando en su vida mi inconsciente ha ido desarrollando una imagen muy próxima a la idealización.

Quizá la mayor dificultad a la hora de intentar elaborar una visión aproximada de quién fue verdaderamente Manuel Buenacasa haya sido la escasez de fuentes a las que acudir. Son muchos los espacios vacíos que he encontrado. Muchos los años en blanco. He contado con la ayuda de los propios testimonios de Buenacasa diseminados en su dispersa obra, con obras clásicas de la Historia del anarquismo español, con publicaciones de la época y algunos estudios valiosos, entre los que me gustaría destacar *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916–1923)* de Laura Vicente Villanueva que, ciertamente, me resultó de gran ayuda no solo para entender mejor a Buenacasa sino para entender mejor la ciudad en la que vivo. También recibí la entrañable ayuda de la Fundación Anselmo Lorenzo y de varios simpatizantes

anónimos de «la Idea» que, de vez en cuando, ponían entre mis manos los dispersos rastros que de Buenacasa iban encontrando entre sus lecturas. Sobre todo debo estar agradecido a las extraordinarias capacidades investigadoras de José Luis Ledesma y a su aporte de rigor y orden. A la tarea de preparar estas líneas introductorias le he dedicado muchos de mis días de vacaciones y bastantes horas de mi tiempo libre. Rastreé algunos ilustres lugares. El polémico Archivo de Salamanca. El imprescindible Archivo Histórico de Barcelona. La escasa, sí, escasa, Biblioteca Nacional. El inevitable Archivo Municipal de Zaragoza y la misteriosa Biblioteca Arús de Barcelona. Las salas antiguas de la célebre biblioteca masónica presentan el mismo aspecto venerable desde el momento de su fundación en el siglo XIX. Buenacasa se refiere a la Biblioteca Arús en la introducción de *El Movimiento Obrero Español 1886–1926*. Allí acudía a recabar datos para la redacción de su libro. Ochenta años después yo acudía al mismo lugar que él, buscando entre los viejos tesoros que allí se guardan rastros de su paso por el mundo. Tenía gracia pensar que muy posiblemente en el mismo pupitre en el que yo repasé los viejos ejemplares de la *Revista Blanca*, *Tiempos Modernos* o *Solidaridad Obrera* pasara él horas y horas de lectura y reflexión. Tuve también la suerte de poder conocer a algunos exiliados españoles del Sur de Francia cuyos testimonios emocionados y demoledoramente emocionantes me ayudaron mucho más de lo que podía esperar.

De carácter determinante ha sido la colaboración de su hija Blanca. Aunque sabía de su existencia por las citas del propio Buenacasa, no me atrevía a pensar que pudiera establecer contacto con ella. No poseía datos de su domicilio, ni siquiera sabía si todavía vivía. Antes de decidirme seriamente a seguir las huellas de Manuel Buenacasa intenté encontrar varias veces el rastro de algún Buenacasa en Francia a través de Internet. No tuve éxito. Una tarde, por puro azar, logré escribir correctamente en el buscador de *La Poste*, el nombre del lugar en el que sabía que Manuel Buenacasa había muerto. Es cierto, hasta entonces había escrito «Bourg le Valence» en lugar de «Bourg–les–Valence» y sólo había obtenido fracasos. Milagrosamente apareció el número de teléfono y la dirección de alguien que se apellidaba Buenacasa. Marqué apresuradamente y una voz femenina me contestó en francés pasando, enseguida, a expresarse en un correcto castellano. Era Lolita, la nieta de Manuel. Apenas podía decirme nada del abuelo y me aconsejó hablar con su tía Blanca. Blanca Buenacasa había pasado a ser Blanca Capdevile al casarse con Pierre Capdevile, pero era la hija de Manuel y estaba viva y, previsiblemente, dispuesta a atenderme. Volví a marcar un número algo nervioso. Esperaba cualquier cosa. Una voz increíblemente vigorosa me respondió al instante. Era Blanca. Un poco azorado, le expliqué quien era y lo que pretendía. Mientras me presentaba tenía la extraña sensación de estar molestando; de violentar ese espacio íntimo y esencialmente privado de todo ser humano que es

su memoria. Puedo imaginar la alteración que debió de producirle una llamada inesperada como la mía. El teléfono suena y una voz desconocida irrumpe en el orden perfecto de una tarde primaveral para interesarse por acontecimientos ocurridos ni se sabe ya cuándo. Según me confesó después, tras aquella primera conversación muchos recuerdos que creía definitivamente archivados volvieron a ocupar su espacio y en alguna ocasión percibí un tono emocionado en su voz al otro lado del auricular. Ella, en un principio se mostró algo fría y casi desconfiada, pero no tardó en desentumecer sus recuerdos y, al momento, comenzó a hablarme de su padre. Yo intentaba anotar los nombres, las fechas, mientras ella hablaba y hablaba. Fue su entusiasmo el que acabó de decidirme a convertir un simple y vago interés por alguien nacido en el mismo lugar que yo y del que nadie me había hablado nunca, en algo que podía terminar por parecerse a una investigación.

En posteriores conversaciones telefónicas, Blanca fue abriéndose cada vez más. Le propuse aprovechar mis vacaciones para visitarla en Bourg–les–Valence y poder hablar con tranquilidad. Así lo hice poco tiempo después. Desgraciadamente Blanca me confesó que durante los trabajos de restauración de la cubierta de su casa se habían perdido las cajas en las que se guardaban los recuerdos de su padre. Fotografías, cartas, documentos, obras inéditas. Duele pensar en la cantidad de datos, quizá de secretos, que se habrán perdido definitivamente por una broma cruel del

azar. Produce tristeza aceptar que el resumen de toda una vida de viajes, de luchas y de ideas desapareciera para siempre bajo una montaña de escombros. Por otra parte, parece un final casi lógico para alguien que escogió marchar siempre en vanguardia sin hacerse notar; que afrontó las convulsiones del tiempo en el que tocó vivir sin preocuparse por el recuerdo que habría de sobrevivirle; que se entregó a la realización de su sueño transformador sin detenerse a escuchar el eco de sus pasos.

I

Entiendo, sin miedo a equivocarme demasiado, que la parte azarosa de la vida de Manuel Buenacasa se inició en un pueblo grande y rico del Bajo Aragón zaragozano llamado Caspe, una mañana cualquiera de 1893. El año en que comenzó a asistir a la escuela. No me cuesta imaginar esa mañana que habría de cambiar su vida. Seguramente descendió, bien temprano, las cuestas empinadas del barrio de la Muela; atravesó la plaza del Compromiso bajo la imponente fachada de la Colegiata; caminó ligero junto al edificio que, años mas tarde, habría de albergar la sede de las Juventudes Libertarias antes de afrontar la trabajosa cuesta de la calle Tudón. Conozco perfectamente el recorrido que, en pocos minutos, lleva desde el Cantón de la

Infanzonía, lugar señalado por su partida de nacimiento como el de su venida al mundo a las seis de la mañana del día siete de julio de 1886, hasta el Colegio de los Padres Franciscanos, en el que cursó estudios hasta los 14 años. Curiosamente Manuel nació Antonio. Así consta en su partida de nacimiento. No constan los motivos que le impulsaron a optar por un nombre distinto a aquel con el que fue bautizado e inscrito en el Registro Civil pero tal y como recuerda Blanca, durante toda su vida, cada vez que era arrestado, el agente de la autoridad se veía obligado a repetir lo mismo: «El detenido Antonio Buenacasa Tomeo conocido como Manuel...».

No deja de ser una ironía que quien habría de convertirse con los años en un destacado dirigente del anarquismo español compartiese cuna con San Indalecio, mítico acompañante del mismo apóstol Santiago en la fundación de la Basílica del Pilar y cuyo nacimiento la tradición ubica en el mismo lugar que Buenacasa en el siglo I de nuestra era. Siempre he oído contar que quienes nacían en aquel pintoresco rincón adquirirían la condición de infanzones pudiendo gozar de por vida de los privilegios inherentes a su fuero entre los que se contaban la exención del pago de impuestos y de la prestación del servicio militar. Ignoro si todo ello es cierto o sólo leyenda, pero sé que a Buenacasa le sirvió de poco nacer en tan aristocráticas circunstancias. Tal y como él cuenta, cumplió con el servicio militar en Melilla y en Barcelona donde, en 1909, coincidió con los

ominosos sucesos de la Semana Trágica y, en lo referente al pago de impuestos, hay que decir que ese fue el mas ligero de todos los enfrentamientos que, a lo largo de su vida, mantuvo con el Estado.

Tuvo mucha más importancia en su vida San Francisco de Asís. Las posibilidades que un niño de familia humilde tenía de acceder a niveles superiores de la enseñanza eran casi nulas en aquella España de finales del siglo XIX en la que la pertenencia a una clase social pesaba sobre el destino de una persona como una losa. En ese sentido, la educación religiosa desempeñaba un papel nada desdeñable. Si un niño manifestaba aptitudes suficientes podía continuar estudiando más allá de la frontera de la edad en que sus compañeros debían inevitablemente incorporarse al mundo adulto del trabajo físico y la falta de expectativas. Ambas partes obtenían ventajas del negocio. El niño podía acariciar ciertos sueños de ascenso en la escala social mientras que las órdenes religiosas disponían de un amplio aforo de brillantes desheredados entre los que cooptar a sus miembros. Para los padres de Manuel Buenacasa, como para la mayoría de nuestros bisabuelos, el destino de su hijo estaba escrito desde el mismo día de su nacimiento. Tanto su padre, Antonio Buenacasa Navarro, como su madre, Silveria Tomeo Montañés, pertenecían al inmenso y desproporcionado club de los españoles excluidos de cualquier posibilidad de elección. Manuel era hijo y nieto de jornaleros y era fácil pensar que tanto él mismo como sus hijos y nietos

también habrían de serlo. Así había sido siempre y así habría de seguir siéndolo. Pero los tiempos estaban cambiando y Manuel debió de ser un niño inteligente. Muy inteligente.

Daba vueltas a esta idea mientras conversaba telefónicamente con Hermenegildo Zamora, hermano archivero de la Fraternidad franciscana del Convento de Nuestra Señora de Loreto de Espartinas, cerca de Villanueva del Ariscal, en la provincia de Sevilla, segunda y última etapa en la carrera religiosa de Manuel Buenacasa. Don Hermenegildo me atendió con extrema amabilidad. Disfruté de la larga conversación aunque, en un principio, tuve cierto reparo en confesarle que el hombre por quien me estaba interesando fue uno de los cerebros de la poderosa Confederación Nacional del Trabajo. En contra de mis temores, el hermano manifestó su entusiasmo de inmediato. Le extrañaba, sobre todo, que un muchacho de un pueblo de Aragón llegase hasta una casa de la Orden situada tan al sur, pero estuvimos de acuerdo inmediatamente en atribuir a su paso por el Convento un peso determinante en su formación intelectual posterior. Don Hermenegildo prometió enviarme, a vuelta de correo, lo que encontrara, disculpándose de antemano ante un posible fracaso.

Apenas una semana después, en una adorable carta, de esas que ya nadie recibe, me trasladaba el producto de sus pesquisas. Manuel Buenacasa Tomeo había ingresado en el Convento en 1900 procedente de Caspe y el 24 de octubre de 1901 había tomado el hábito de Novicio de Coro

cambiando, como suele ser habitual, su nombre por el de fray Juan José. En 1902 el joven fray Juan José hubo de abandonar el noviciado al enfrentarse al voto desfavorable de la mayoría de los miembros de su Comunidad. Como bien me explicó Don Hermenegildo, eso no resultaba demasiado extraño ni implicaba necesariamente que el novicio hubiera cometido alguna falta grave. Simplemente significaba que la Comunidad no encontraba en él la fuerza necesaria para afrontar los rigores de la vida monástica. No consta a qué se dedicó en los tres años que siguió en el Convento. Probablemente a estudiar. Teología, filosofía, latín. El 1 de agosto de 1905 Manuel Buenacasa abandonó Espartinas camino de Zaragoza. Tenía 20 años, el brillo de la inteligencia en la mirada y algo de lo que carecían la mayoría de sus contemporáneos: educación. No puedo ocultar que noté cierto deje de satisfacción en la voz de Don Hermenegildo cuando le llamé para agradecerle sus gestiones y que un punto de sana vanidad me llegó a través del auricular del teléfono cuando le reconocí que, sin la ayuda de la orden franciscana, Manuel Buenacasa nunca habría podido dejar de ser un obrero más de los miles que vendían su fuerza de trabajo a cambio de una miseria. Cuando le manifesté mi convicción de que, de no haber sido por hermanos como él, Manuel Buenacasa no habría llegado a ser el brillante organizador que fue, el activo hombre de letras, el agitador incansable, el militante que puso todo su empeño, su propia vida, en combatir a los que siempre consideró enemigos de la clase obrera: el capital, la religión y el Estado.

II

Durante la segunda mitad del siglo XIX Zaragoza sentó las bases del despegue que habría de experimentar a lo largo del siglo XX. En los diez primeros años del nuevo siglo recibió diez mil nuevos habitantes al tiempo que el resto de su provincia, Huesca y Teruel perdían casi cincuenta mil. Estaba ya muy claro de qué manera habría de articularse el territorio aragonés en el futuro y, en ese sentido, la ciudad se vio obligada a asumir una serie de transformaciones que habrían de afectar a todas sus estructuras. Urbanísticas, económicas, ideológicas, sociales. En 1905 Manuel Buenacasa tenía 20 años y había perdido definitivamente la fe. Sus padres residían ya en Zaragoza. Ese mismo año se inició como aprendiz de carpintero, oficio al que se dedicó y del que dependió económicamente hasta su muerte. Asimismo, ingresó en la sección de carpinteros de la Federación Local de Sociedades Obreras. La Federación contaba con más de dos mil afiliados y agrupaba a la mayoría de las sociedades obreras de la ciudad con presencia de diversas tendencias políticas: anarquistas, republicanos, socialistas e independientes. Su núcleo central lo constituían obreros de gremios artesanales con elevada cualificación profesional, un estatus económico superior al de otros sectores del proletariado zaragozano y una cultura política y

una identidad corporativa propias. De ellos, unos doscientos eran carpinteros y ebanistas. Ya en 1904 los carpinteros y ebanistas habían acudido a la huelga por la jornada de nueve horas y en solidaridad con los presos sociales de Cataluña. En su concepción de la acción sindical, la Federación rechazaba cualquier tibieza. Unidad del proletariado frente al verdadero enemigo: el capital. Acción directa sin injerencias políticas ni mediadores en la solución de los conflictos. Lucha cotidiana como método de concienciación obrera y de agitación social. Aceptación de la huelga general, el boicot y el sabotaje como instrumentos válidos de expresión de su antagonismo con la burguesía.

En 1906, Buenacasa fue elegido secretario de la Federación. El mismo lo atribuye a su buena preparación académica. En 1907 el sindicato de la Madera se enfrentaba a una nueva huelga. La primera de Manuel Buenacasa y también su primera estancia en prisión y el primer boicot de la patronal hacia su persona. Exceptuando el periodo que pasó fuera de Zaragoza durante el servicio militar, hay que pensar que su paso por la secretaría de la Federación fue de suma intensidad. En 1910, con 25 años, asumía la dirección del periódico quincenal *Cultura y acción*. En esto hay que confiar en su propio testimonio, contrario a otros datos que fechan en 1913 el nacimiento de dicha publicación. Parecía consolidada su posición ya no sólo como militante o secretario sino como responsable del órgano de expresión de la Federación. En esa época conoció a Santiago Ramón y

Cajal y a Joaquín Costa, quien a pesar de no militar en el movimiento libertario ejerció una decisiva y larga influencia en gran parte de los intelectuales anarquistas aragoneses. Los días 30 y 31 de octubre y el 1 de noviembre de 1910, a propuesta de distintas federaciones locales de España, Solidaridad Obrera de Cataluña organizaba en el palacio de Bellas Artes de Barcelona un Congreso obrero nacional en el que se tomó la decisión de crear una Confederación Nacional que aglutinase a las distintas federaciones obreras españolas con carácter independiente de la Unión General de Trabajadores. Buenacasa asistió al mismo.

En cumplimiento de los acuerdos adoptados en dicho Congreso, al año siguiente, 1911, durante los días 8, 9 y 10 de septiembre, tenía lugar en Barcelona el llamado «Congreso de Bellas Artes», verdadera acta fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo. De las sesenta y dos asociaciones no catalanas que concurrieron al congreso, treinta eran de Zaragoza. Como apunta Graham Kelsey, la eficiente labor de líderes anarquistas zaragozanos como Buenacasa, Nicasio Domingo, Zenón Canudo, Ángel Lacort o Miguel Abós había conseguido arrinconar las tendencias socialistas del movimiento obrero local llegándose a «organizar una red sindical urbana que se haría célebre en toda la península por su fuerza, energía y radicalismo». Era lógico, pues, que se acordara que al año siguiente el consejo federativo residiera en Zaragoza y que el siguiente congreso tuviera lugar precisamente allí. Extraña, sin embargo, que un

destacado militante como Manuel Buenacasa se perdiera el evento. Quizá se debiera a que al día siguiente de su clausura, el 11 de septiembre, contraía matrimonio religioso con Simona Pérez. Quizá, por una vez, eligiera satisfacer su faceta familiar antes que las exigencias de la militancia. Debió de ser la última. Vida personal y militancia fueron, hasta su muerte, una misma cosa. En cualquier caso, es de suponer que algo tuvo que ver su reciente prisión preventiva. El día 14 de julio había ingresado en la prisión correccional de Zaragoza por orden del juez de instrucción del Pilar «por causa que se sigue contra el mismo y otros sobre sedición, atentado, resistencia y coacciones con motivo de huelga general» decretándosele, con dicha fecha, prisión comunicada hasta el día 26 de agosto en que fue puesto en libertad por el mismo juez. Aprovechamos la ocasión para transcribir los rasgos físicos que se incluyen en su ficha carcelaria: Metro sesenta y un centímetros de estatura. Pelo rubio castaño. Cejas de igual color. Ojos pardos. Nariz intermedia. Cara oval. Boca regular. Barba rubia. Cráneo corto. Cicatriz deformante que abarca todo el dedo pequeño de la mano izquierda incluyendo la uña. Un poquito sordo.

El mismo día de su boda se declaraba la Huelga General contra la Guerra en Marruecos y en solidaridad con la huelga de carreteros de Vizcaya. El mismo día de su boda se vio obligado a plantar a su esposa y escapar a Francia inaugurando lo que llegaría a convertirse en casi una costumbre

en su vida. Los sucesos de Zaragoza fueron graves. Murieron dos obreros y varios guardias civiles. Los responsables sindicales fueron encarcelados. Buenacasa era sentenciado, en rebeldía, a cadena perpetua. La represión desatada por Canalejas fue cruel e intensa. La CNT era ilegalizada en todo el Estado sin apenas haberle dado tiempo a respirar como consecuencia de la suspensión de las garantías constitucionales. En noviembre de 1912, el Conde de Romanones sucedía en el Gobierno a Canalejas después de que éste hubiera sido asesinado por el aragonés de El Grado Miguel Pardinas, a quien Buenacasa trató en sus años zaragozanos. En enero de 1913 el Conde de Romanones concedía un indulto general que suponía la excarcelación de los implicados en los sucesos de 1911. Manuel Buenacasa podía volver a España. Durante los dos años que duró su exilio, Buenacasa halló refugio en Lourdes. El mismo año de su huida, Simona acudió a encontrarse con él. Al año siguiente, en julio de 1912, nacía su hijo Antonio. En una escapada a Londres conoció al célebre revolucionario italiano Errico Malatesta. Se iniciaba así la ronda de encuentros con personalidades destacadas que otorgaría a Buenacasa cierto aire cosmopolita en consonancia con el estereotipo del revolucionario exiliado y desarraigado tan de moda en la época así como una altura intelectual que, sin duda, debieron de pesar en la ascendencia que con el tiempo llegó a tener entre los demás miembros del movimiento ibérico.

A su vuelta a España, Buenacasa fijó su residencia en Barcelona. Tras su salida al extranjero, decidió implicarse de forma más activa en la organización del sindicato a nivel nacional y ello le exigió situarse cerca de la cabeza del movimiento. En noviembre de 1915 volvía al exilio. Esta vez a Lyon y luego a París. En ésta su segunda escapada amplió el círculo de sus contactos internacionales. Tanto su hija Blanca como Pierre, su yerno, me aseguraron que llegó a conocer a Chu En Lai en París, aunque algún amigo historiador me aseguró, a su vez, que esto fue realmente imposible. También, eso lo cuenta él, en 1916, a Grigory Zinoviev y al mismísimo Vladimir Ilich Ulianov «Lenin» en una escapada a Lausana donde el líder bolchevique planificaba su vuelta triunfal a Rusia. En aquella época, Europa se enfrentaba a la primera Gran Guerra y Suiza era la patria de todos los exiliados, los desertores y los objetores de conciencia. Intelectuales y artistas de las nacientes vanguardias alternaban su presencia con la de espías y agentes de las potencias en conflicto. Se inauguraba el Cabaret Voltaire en Zurich. Florecía el movimiento Dadá. Los testimonios literarios de Stefan Zweig o Claire Goll reflejan a la perfección el ambiente que se vivía en Suiza en aquellos años. Imagino a alguien nacido en el mismo pueblo que yo, carpintero de profesión, paseándose impudicamente entre aquella abigarrada masa de desarraigados, de revolucionarios, de vividores, de snobs, de genios y siento inmediatamente una corriente de simpatía y, por qué no decirlo, de envidia.

III

En el otoño de 1916, Buenacasa se hallaba de nuevo en Barcelona. Consta su participación en un mitin celebrado en la ciudad condal el 12 de noviembre junto a Salvador Seguí en el marco de la campaña contra la carestía de la vida y en pro de la amnistía lanzada por UGT y CNT de manera conjunta contra el Gobierno del Conde de Romanones. En enero de 1917, Buenacasa se significó en el conflicto que el diario *Solidaridad Obrera* mantenía con la sociedad obrera «Arte de Imprimir», a la que estaban afiliados los tipógrafos que editaban el periódico, como consecuencia de reivindicaciones salariales no atendidas. A este conflicto se añadieron acusaciones de malversación de los fondos destinados a la ayuda a los presos que fueron utilizados en la elaboración del suplemento diario del periódico. Buenacasa arremetió contra José Negre, a la sazón director de *Solidaridad Obrera*. José Negre era un histórico del movimiento, antiguo secretario general de *Solidaridad Obrera* y CNT, mientras que Buenacasa era casi un debutante, apenas una figura emergente en los medios sindicales. La pugna entre ambos simbolizaba el enfrentamiento entre distintas concepciones de la acción

sindical y presagiaba el inminente desembarco de una nueva generación de sindicalistas entre los que destacaban Ángel Pestaña y el propio Buenacasa. Los días 27 y 28 de enero, Buenacasa y Negre se enfrentaron públicamente en un careo que tuvo lugar en el centro obrero de la calle Mercaders de Barcelona. Tal y como se encargaron de relatar los redactores de *Solidaridad Obrera*, Negre consiguió rebatir los argumentos de Buenacasa y refutar definitivamente la acusación de malversación de fondos. Lo cierto es que, a pesar del triunfo puntual que sus compañeros le atribuyeron, Negre acabaría por abandonar la dirección de *Solidaridad Obrera* en manos de José Borobio a mitad de año y éste en las de Ángel Pestaña en noviembre. Ello supuso la sustitución del viejo equipo de redacción de *Solidaridad Obrera* y la incorporación de nuevos colaboradores entre los que se contaba Manuel Buenacasa quien, muy pronto, hizo popular la euforia con que apoyó a la Revolución rusa, en cuyos primeros pasos vislumbraba la realización de sus ideales anarquistas. Para Buenacasa la grandeza de la Revolución rusa tenía que ver sobre todo con su mera existencia, con la *eficacia* con que los bolcheviques habían conseguido controlar la situación y dar el vuelco revolucionario pasando del terreno teórico a la más incontestable de las realidades. Años más tarde, habría de rectificar su opinión.

En realidad, los obreros españoles habían intentado adelantarse a los rusos. En agosto de 1917, dos meses antes

de aquellos días que «conmovieron al mundo», estalló la huelga general revolucionaria en España. La situación política española exigía un cambio que las fuerzas en el poder no estaban dispuestas a propiciar. El turnismo de la Restauración borbónica agonizaba. El 13 de agosto se declaraba la huelga general cuyos actores principales serían CNT y UGT pero en la que también tomaron parte políticos de los partidos llamados «burgueses». En el Comité de Huelga de Barcelona, Lerroux compartía tareas con Salvador Seguí, Ángel Pestaña y Buenacasa. Es probable que el mismo Buenacasa actuase como secretario de un Comité Nacional clandestino que funcionó durante los días de la huelga. La duración media de ésta no sobrepasó la semana, salvo en Asturias donde duró casi un mes. El Gobierno declaró el estado de guerra y hubo más de doscientos muertos. El Comité de Huelga de Madrid, integrado por Julián Besteiro, Largo Caballero, Anguiano y Saborit, fue condenado a cadena perpetua. Habla Buenacasa con resentimiento de la ocasión. No consiguió llegar a ser el *eficaz* acontecimiento revolucionario que propiciara el derrocamiento del poder establecido y la instauración de un orden nuevo como ocurriera en Rusia.

Aunque en 1914 la CNT había recuperado su condición de organización legal, su actividad se había resentido de forma importante no siendo hasta el Congreso de Sants de la Regional catalana en junio-julio de 1918 cuando la organización obrera volvió a alcanzar un vigor que el curso de

los acontecimientos políticos había interrumpido. En dicho Congreso se nombró un Comité Nacional Provisional encargado de orientar el rumbo de la organización hasta la convocatoria del Congreso del Teatro de la Comedia de Madrid en 1919. Dicho Comité estaba integrado por cinco miembros. Evelio Boal, Vicente Gil, José Ripio, Andrés Miguel y Manuel Buenacasa como Secretario General, cargo que desempeñaría hasta ser sustituido en enero de 1919 por Boal. El nuevo Comité fue el responsable del giro hacia el anarcosindicalismo que definitivamente tomaría la organización frente a la línea sindicalista que representaban Seguí y Pestaña. Otra de las conclusiones del Congreso fue planificar una «gira propagandística» por toda España destinada a ganar afectos entre los trabajadores de las zonas en las que la organización no había conseguido asentarse convenientemente. Buenacasa se encargó de la región valenciana y Andalucía, donde dio más de treinta mítines. También consta una charla el 24 de noviembre en la Lonja de Zaragoza con Ángel Pestaña en la que solicitaron a los obreros el ingreso en CNT. El éxito de la gira fue visto de inmediato como una amenaza por el Gobierno que, dispuesto a frustrarla como fuera, optó por encarcelar a sus artífices en enero de 1919. También a los miembros de la Confederación en Cataluña, así como los redactores del periódico *Solidaridad Obrera*. La propia organización fue declarada ilegal. El 16 de enero se suspendían las garantías constitucionales. El lugar inicial elegido para el internamiento de los presos fue el acorazado *Pelayo*. Un

viejo buque al que la casualidad impidió formar parte de la escuadra del almirante Cervera en el desastre de Santiago de Cuba y que, anclado en el puerto de Barcelona, sirvió como improvisada prisión hasta su desguace en 1925.

El conflicto de «La Canadiense» estallaba a principios de febrero. El detonante de la huelga fue el despido de varios trabajadores por su intención de sindicarse. La solidaridad de todos los trabajadores de la empresa llevó al práctico cierre de la misma. Esta se dedicaba a la producción y distribución de energía eléctrica por lo que la huelga sostenida provocó apagones, paralización de otros sectores productivos y un clima de pánico en la ciudad de Barcelona que motivó la militarización del servicio. Entre otras reivindicaciones particulares de los trabajadores de «La Canadiense», el Comité de huelga exigía la liberación de los presos y la restauración de las garantías constitucionales, así como la jornada de ocho horas. Romanones cedía finalmente a los huelguistas proclamando, en un decreto, por primera vez y al menos sobre el papel, la jornada de ocho horas. La huelga había supuesto el mayor éxito, hasta el momento, de la CNT, que contaba con más de quinientos mil cotizantes sólo en Cataluña y una imparable fuerza en calles y fábricas.

El indulto del Gobierno en otoño de ese año supuso la libertad para Buenacasa y sus compañeros. Este había recibido el encargo de llevar a cabo los acuerdos del Congreso de Sants y organizar el esperado Congreso de

Madrid. En noviembre, los empresarios contraatacaban forzando un *lock out* o cierre patronal. Un despido en masa que afectó a doscientos mil trabajadores catalanes y cuya finalidad era quebrar la fuerza de un movimiento que empezaba a hacerse demasiado poderoso. En lugar de continuar en los puestos de trabajo provocando un enfrentamiento cuyo desenlace pudiera conducir a un proceso revolucionario, la organización decidió eludir el conflicto aceptando el reto de los patronos. El *lock out* supuso un éxito para la patronal que vio como, tras varias semanas de paro forzoso, la moral de los trabajadores cedía.

1919 fue un año agitado para toda Europa. En Alemania el levantamiento espartaquista era brutalmente aplastado y sus líderes, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, ejecutados. Para la historia de la CNT fue especialmente decisivo y se cerró con el triunfal Congreso del Teatro de la Comedia. En pleno *lock out*, la situación en Cataluña era tan desesperada que el Comité Regional, sin duda el más importante del país, llegó a plantearse la suspensión del Congreso, lo cual, como expresó Manuel Buenacasa, hubiera significado un demoledor éxito para la patronal. Pero el 10 de diciembre arrancaba en el Teatro de la calle Príncipe según los deseos personales de Buenacasa y bajo el impulso de su batuta organizadora. Curiosamente en ese mismo lugar, catorce años después, el 29 de octubre de 1933, se constituiría Falange Española tras un ardiente discurso de José Antonio Primo de Rivera. El Congreso duró hasta el día 17. Asistieron

437 delegados que representaban a más de 700.000 trabajadores. Uno de los temas principales de debate fue la fusión con la UGT, imponiéndose la tesis contraria a la misma, defendida por Buenacasa. Se acordó también la constitución de Sindicatos Únicos de ramos o Industrias en las grandes ciudades y Sindicatos Únicos de trabajadores en las poblaciones pequeñas, de esa forma se ponía fin a la antigua estructuración casi gremial de los sindicatos posibilitando un agrupamiento que sería la base de su modernización y de su gestión más eficaz; la aplicación de la «censura roja» ejercida por los trabajadores de los Sindicatos de Artes Gráficas sobre las informaciones contrarias a los intereses obreros; la utilización del sabotaje y la acción directa como métodos de solución de conflictos; la adhesión provisional a la Revolución rusa. Quizá la decisión más importante fue la adopción del comunismo libertario como finalidad última a perseguir por la Confederación, a propuesta de Buenacasa y otros, lo cual suponía, de hecho, pasar de ser una mera organización de resistencia obrera a una asociación declaradamente anarquista. Significaba asumir que existía una dimensión política en el seno del movimiento y que ésta tenía derecho a buscar su espacio propio en competencia con su personalidad tradicional: la sindical.

A pesar de seguir rechazando los canales ordinarios de participación política que un régimen como el de la Restauración podía ofrecer a un colectivo como la CNT, ésta

se había convertido, de la mano de Buenacasa y otros líderes como Pestaña, Seguí o Boal, en una organización poderosa y decidida a propiciar un vuelco en el orden social. Su poder procedía de sus cientos de miles de asociados. Estaba bien organizada. Había vencido varios de los pulsos sostenidos con el Gobierno y la Patronal. Al referirse a ese momento histórico, Buenacasa no esconde un cierto tono reprobatorio. El éxito les hizo bajar la guardia. A partir de 1919, la CNT tuvo que afrontar un proceso de acoso y derribo que culminó el 13 de septiembre de 1923 con el pronunciamiento del General Primo de Rivera. El *lock out* patronal fue sólo el prólogo de una sangrienta campaña orquestada por el Gobierno, el Ejército y la Patronal para aniquilar a la Central anarcosindicalista. Los pistoleros, de uno y otro bando, cobraron todo el protagonismo. Fueron los años del Capitán General Milans del Bosch y el siniestro Gobernador Civil Severiano Martínez Anido.

Los años de los Sindicatos Libres a sueldo de los patronos catalanes y de la ley de fugas. Los líderes del Movimiento debieron ponerse a salvo. Barcelona se había convertido en la peligrosa y oscura ciudad que tan bien retrató Eduardo Mendoza en su magnífica novela *La verdad sobre el caso Savolta*. Los militantes caían cosidos a balazos por pistoleros pagados por los patronos. Los asesinos nunca eran detenidos por la policía. Los militantes presos eran liberados por sus carceleros para caer acribillados en las puertas de la prisión en aplicación de la ley de fugas. El Somatén, fuerza de

vigilancia integrada por voluntarios, recibía armas de Martínez Anido y sostén para sus acciones pistoleras. Algunas de las víctimas más destacadas fueron el propio Salvador Seguí, el célebre «Noi del sucre»; Evelio Boal o el abogado de presos y diputado Francisco Layret.

Buena parte del año 1920, Buenacasa lo pasó en el País Vasco. Dirigió durante ocho meses *Solidaridad Obrera* de Bilbao. Precisamente en la «Biblioteca de Solidaridad Obrera de Bilbao» se publicó su obra *¿Qué es el Sindicato Único?* que se vendía al precio de quince céntimos. De aquella época debe destacarse la relación con Buenaventura Durruti que Buenacasa se ocupó de glosar. Probablemente se conocieran en Gijón en 1917 y en un principio, según el testimonio de Buenacasa, no se cayeron bien. En 1920, volvieron a encontrarse en San Sebastián. En palabras de Buenacasa, Durruti era ya un hombre más maduro y «militante». Buenacasa había llegado a San Sebastián, reclamado por su amigo Moisés Ruiz, desde Barcelona. Su tarea debía consistir en articular el incipiente movimiento libertario en San Sebastián aprovechando la construcción del casino Gran Kursaal y la llegada a la ciudad de obreros procedentes de La Rioja o Aragón. Su principal fuerza opositora era el socialismo, de fuerte implantación entre los medios obreros vascos. Sus dotes organizadoras surtieron efecto de inmediato fructificando en la vertebración del primer sindicato de la construcción. Durruti se integró en la vida militante de la ciudad siendo introducido por Buenacasa en

los círculos anarquistas. Las relaciones trabadas por Durruti, al amparo de Buenacasa, fraguaron en la constitución del grupo «Los Justicieros» junto a Gregorio Suberviola, Moisés Ruiz, Adabaldetrecu y Marcelino del Campo. La dura represión que los anarquistas sufrían en Cataluña a manos de los Sindicatos Libres urgía al grupo a acudir al corazón del conflicto. Las razones de Buenacasa les mantuvieron alejados de Barcelona al tiempo que la inauguración del Gran Kursaal por Alfonso XIII, les iba a otorgar la ocasión perfecta de sumarse al caudal de acciones violentas que sacudía España. Planearon volar el edificio con el rey dentro para lo que excavaron un túnel que iba a permitirles colocar explosivos bajo el salón en el que tendría lugar la recepción de invitados. Cuando la policía desbarató sus planes, Buenacasa se encargó de facilitarles la huida. Unos amigos suyos ferroviarios les ayudaron a escapar a Zaragoza.

El siguiente destino de Buenacasa sería Gijón. Allí dirigió *Solidaridad Obrera* entre el 15 de octubre de 1920 y el 28 de enero de 1921, cargo del que tuvo que dimitir por lo que él llamó «presiones» y que no eran sino profundos desacuerdos con las directrices del Comité Nacional de la CNT por sus pactos de acción conjunta con UGT frente a la violencia patronal. Cinco años más tarde lo explicó en uno de sus artículos en *El Productor*. En 1922 Buenacasa volvió a Zaragoza. Él se encargó de organizar la Conferencia Nacional de Sindicatos, en realidad verdadero Congreso, que la Confederación celebró en dicha ciudad entre los días 11 y 14

de junio clausurándose con un mitin multitudinario en la Plaza de Toros. Entre otras cosas se acordó, a instancias de una propuesta del propio Buenacasa como representante del Comité de Aragón, La Rioja y Navarra, y tras escuchar las experiencias de Ángel Pestaña tras su viaje al país de los soviets, la separación «absoluta, inmediata y radical» de Moscú y el ingreso en la recién constituida Asociación Internacional de Trabajadores con sede en Berlín nombrando a dos comisionados para asistir al próximo congreso de dicha organización. La Asamblea de Zaragoza fue la reunión más importante después del Congreso del Teatro de la Comedia y la más decisiva iniciativa dirigida a la reconstitución de una organización que estaba siendo arrollada por el peso de los acontecimientos. También la última antes del Golpe de Primo de Rivera.

IV

Todavía los padres de Buenacasa residían en Zaragoza cuando volvió a instalarse en su querido Aragón en 1922. Seguía, pues, al tanto de la realidad zaragozana cuando se puso, nuevamente, al frente del semanario *Cultura y Acción*. Dicho periódico había dejado de editarse en 1913 y en su segunda época se erigió en órgano de la Confederación Regional de Aragón, La Rioja y Navarra y portavoz de la CNT

Su sede estuvo, en un primer momento, en el número 2 de la calle Estébanes, en el corazón del popular «Tubo» zaragozano, para pasar después a la calle San Lorenzo. Salía los sábados. Costaba 10 céntimos y era autosuficiente económicamente aunque recibía aportaciones de la Federación Local de Sindicatos. Su tirada osciló entre los cinco y los ocho mil ejemplares y mantuvo la misma estructura y diseño que *El Comunista*, periódico que se editó en Zaragoza entre 1919 y 1920. Se empezó a tirar en septiembre de 1922 y fue retirado de la circulación en septiembre de 1923, coincidiendo con el Golpe militar de Primo de Rivera. Buenacasa fue su primer director.

La Zaragoza de aquellos años era casi una réplica, en pequeño, de la convulsa ciudad condal. Entre 1917 y 1920 las huelgas parciales y generales habían sido una constante en la vida cotidiana de la llamada «perla del sindicalismo». La CNT contaba casi con quince mil afiliados. La tensión social de aquellos años desembocó en 1920 en pura violencia. El 9 de enero de ese año, se producía la sublevación del Cuartel de Artillería del Carmen, situado en el solar sobre el que ahora se alza el edificio de la Biblioteca de Aragón. Un grupo de soldados intentó hacerse con el mando con la intención de arrastrar a los obreros zaragozanos a secundar su iniciativa. La intentona duró apenas unas horas. En la toma del cuartel por la autoridad moría Ángel Chueca, célebre anarquista zaragozano. Inmediatamente se declaró el estado de guerra que duró

hasta el 1 de febrero. Los sucesos del cuartel del Carmen, el propio Ángel Chueca, y el aire misterioso y convulso de aquella Zaragoza tan distinta a la que conocemos han quedado inmortalizados por Ramón J. Sender en su gran ciclo novelístico *Crónica del Alba*. Otro acontecimiento destacado fue también la muerte a balazos de José de Yarza, Cesar Boente y Joaquín Octavio Toledo cuando se encontraban realizando reparaciones en el alumbrado durante la huelga de electricistas. Un monumento, en el actual Paseo de la Constitución, recuerda todavía el incidente. La situación en la ciudad era mala. Se sucedían las explosiones de bombas y las agresiones. Intentos de *lock out* patronal. Detenciones de militantes. Asesinatos de patronos. Suspensión de los Sindicatos. Prohibición de cotizar a las centrales obreras. Buenaventura Durruti residía temporalmente en la ciudad. También Francisco Ascaso, aragonés natural de Almudévar.

La normalidad pareció llegar con la restauración de las garantías constitucionales en abril de 1922. Era preciso reconstituir el movimiento sindical zaragozano, tan debilitado en los últimos dos años. La llegada de Buenacasa a Zaragoza probablemente respondiera a esa exigencia y en cualquier caso significó precisamente eso. Por otra parte volver a Barcelona hubiera sido demasiado peligroso para un líder tan significado que, a buen seguro, iba a estar constantemente en el punto de mira de los Sindicatos Libres. Buenacasa tenía entonces 37 años y había alcanzado una

solidez intelectual a la altura de su propia experiencia aquilatada en algunos de los momentos más delicados del movimiento obrero. Desplegó una incansable actividad en frecuentes desplazamientos a distintos núcleos de Aragón como propagandista de la organización. *Cultura y Acción* iba a convertirse en un activo órgano de debate que contribuyó a elevar el nivel doctrinario del anarquismo zaragozano con las aportaciones de brillantes militantes locales y de otros llegados desde Barcelona.

En aquellos momentos, seguía viva la discusión acerca del peso que el credo anarquista debía tener en el seno de la organización. La CNT no podía ser sólo un sindicato preocupado por la solución de cuestiones laborales que afectasen a sus miembros sino que debía perseguir la consecución de un fin revolucionario consistente en el derrocamiento del orden vigente y la instauración de uno nuevo. El ejemplo de la reciente Revolución rusa, a pesar de las desconfianzas que despertaba entre los libertarios por su carácter autoritario, estaba demasiado reciente. En octubre de 1922, Buenacasa propuso la celebración de una reunión que diera lugar a una Federación Nacional Anarquista. La corriente anarquista, de la que Buenacasa era un miembro destacado, criticaba el excesivo sindicalismo de la CNT. Con los ojos puestos en la Revolución social, la corriente anarquista se arrogaba la responsabilidad de formar en el seno de la organización un bloque revolucionario cohesionado y fuertemente ideologizado que posibilitara la

realización de la ansiada revolución. Aunque la tarea revolucionaria no podía ser producto de la acción de las minorías, en ocasiones la audacia de éstas podía despertar al pueblo y arrastrarlo, con su ejemplo, a la revolución. El secreto rodea a la celebración de dicha reunión que, parece ser, debió de tener lugar en Madrid en marzo de 1923 aunque el propio Buenacasa refiere un encuentro con Durruti en la misma ciudad con ocasión de una reunión en la que éste le entregaría una cantidad de dinero para organizar la defensa de Pedro Mateu y Luis Nicolau, acusados del asesinato del presidente del Gobierno, Eduardo Dato. En junio, a consecuencia de los acuerdos tomados en dicha reunión quedaba constituido un Comité Nacional de Relaciones Anarquistas.

Fue, sin embargo, el clima de violencia el que marcó la tensión del año previo al pronunciamiento de Primo de Rivera en Zaragoza. En 1922 venían funcionando en la ciudad varios grupos «de acción». Uno de ellos fue el ya citado «Los Justicieros» que entonces estaba integrado por Durruti, Torres Escartín, Inocencio Pina y otros. De su fusión con el grupo «Crisol» surgió el célebre «Los Solidarios» en el que compartieron militancia Durruti, Ascaso y García Oliver. Las acciones de estos grupos y la creación en Zaragoza del Sindicato Libre –a imagen del barcelonés– tras la llegada a la ciudad de pistoleros catalanes, marcaron un enrarecimiento de la situación cuyo culmen marcó el asesinato del cardenal Soldevila la tarde del 4 de junio de 1923.

El propio Buenacasa nos cuenta las circunstancias de la muerte, en Barcelona, de Francisco Comas y Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», representante del sector sindicalista de la CNT y uno de sus líderes mas significados, a manos del pistolero patronal el 10 de marzo de 1923. También narra el origen de la decisión de acabar con la vida del Cardenal Soldevila, en represalia por las muertes de Seguí y Comas, presuntamente tomada en Zaragoza por Francisco Ascaso a instancias de la vieja militante zaragozana Teresa Claramunt. Frente a la imagen de la Virgen, en la Basílica del Pilar de Zaragoza, una losa labrada señala el lugar en el que descansan los restos de Don Juan Soldevila Romero, cardenal–arzobispo de Zaragoza y senador vitalicio. Con más de ochenta años de edad era este religioso uno de los personajes más odiados por los obreros zaragozanos. Se le acusaba de alentar y proteger el pistolero de los Sindicatos Libres y de ser propietario de varias casas de juego. También de mantener relaciones sexuales con novicias de la Escuela Asilo de San Pablo situada en un paraje próximo al barrio de las Delicias. Trece fueron los disparos que dos desconocidos descargaron sobre el cuerpo del cardenal, el chófer y el mayordomo mientras, esperaban en su auto a la entrada de dicho colegio una tarde en la que, presumiblemente, el anciano cardenal se disponía a visitar a las novicias como era su costumbre. El asesinato conmocionó a España entera. La búsqueda de un culpable se convirtió en prioridad de las fuerzas del orden. Victoriano Gracia, secretario general de la Federación Local de los

sindicatos de la CNT de Zaragoza, previno al gobernador civil que «si detenían a un solo obrero que no fuese materialmente responsable del atentado, serían las autoridades y nada más que ellas, las responsables de lo que pudiera ocurrir en Zaragoza». Francisco Ascaso fue detenido como autor del mismo y encerrado en la cárcel de Predicadores a finales del mes de junio. El 8 de noviembre logró evadirse merced a la colaboración de algunos guardianes de la misma que le facilitaron la salida por la puerta trasera del penal. Se dice que Buenacasa fue el organizador de la fuga y él personalmente admite haber aconsejado a Ascaso, una vez libre, que marchase a Francia, cosa que no hizo. Sea o no cierto, él mismo cuenta cómo ese mismo día, fue encarcelado, junto a otros compañeros en la misma prisión. Allí permaneció incomunicado, durante ochenta y tres jornadas, acusado de participar en la muerte del arzobispo. Consta, no obstante, su ingreso en la Prisión Provincial de Zaragoza el 12 de febrero de 1924 procedente de la de Barcelona con oficio del Gobierno Civil de la provincia, siendo «entregado por fuerza de la Guardia Civil en concepto de procesado a disposición de la Audiencia» saliendo de la misma con destino a la Prisión Celular de Barcelona «según orden del centro directivo a disposición del Gobernador» el 11 de marzo del mismo año. El mismo explicará en un artículo posterior que fue preso por «delito de imprenta». En su ficha de ingreso, en la casilla relativa a la profesión se dice de él que era carpintero y periodista. De no existir contradicción entre sus testimonios y la ficha, cabe

deducir que una vez en libertad tras su encarcelamiento por el caso Soldevila, volvió a ingresar en prisión en Barcelona y vuelto a enviar a Zaragoza por alguna otra causa pendiente o quizá por la misma. De lo contrario habría que aceptar que fue inicialmente apresado en Barcelona y reclamado posteriormente por la Audiencia zaragozana, de forma que parte de los ochenta y tres días los pasó preso en Barcelona, parte en Zaragoza y otra vez en Barcelona. Esta última tesis se vería respaldada por la nota aparecida en el número 51 de *Cultura y Acción* del día 1 de septiembre de 1923 en la que se ponía en conocimiento de los lectores que Buenacasa había tenido que ausentarse de la ciudad en busca de trabajo por lo que dejaba de ser redactor del periódico. Una más que probable huida de una ciudad que empezaba a quemar.

El acalorado mes de junio de 1923 se cerró con el Congreso de la Confederación Regional de Aragón, Rioja y Navarra, celebrado entre los días 24 y 27, en plena crisis por la muerte de Soldevila. Más de dieciséis mil trabajadores eran representados por cuarenta y tres delegados. Aún no siendo las mayoritarias, se imponían las tesis anarquistas de Buenacasa y se responsabilizaba a la orientación sindicalista de la decadencia del movimiento. Se optaba por una orientación antiparlamentaria, revolucionaria, partidaria de la acción directa y la violencia como forma de autodefensa.

Pero el 13 de septiembre todo cambió de manera radical. El General Miguel Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña, lideraba un Golpe de Estado para salvar a España

de «los profesionales de la política» por el que se dejaba en suspenso la Constitución, se disolvían las Cortes, se prohibían los partidos políticos y se declaraba el estado de guerra para acabar con la conflictividad obrera. El anarquismo español encajaba un nuevo revés. Coincidiendo con la celebración del Congreso, diecinueve días después de la muerte del Cardenal Soldevila, en vísperas del golpe de estado de Primo y del encarcelamiento de su padre, nacía Blanca Buenacasa Pérez, el 23 de junio de 1923, en la calle de la Democracia de Zaragoza. Su venida al mundo coincidía con la muerte precipitada de toda una época. La CNT dejaba atrás sus primeros pasos, a veces titubeantes, y era obligada a encajar su hibernación forzosa convertida en la principal fuerza sindical del país. Sus principales militantes habían ido cayendo víctimas de los pistoleros, el desánimo o las tentaciones bolcheviques y una nueva tipología de militante se iba perfilando para tomar las riendas de la organización en su momento. Su próxima aparición tendría lugar en circunstancias y con aspiraciones distintas. Para Manuel Buenacasa las cosas ya nunca serían iguales.

V

Atendiendo a las circunstancias de su nacimiento, es fácil deducir que la vida de Blanca Buenacasa no ha sido

precisamente fácil. A las dificultades comunes a todos los nacidos en su época hay que añadir las derivadas de haber tenido como padre a alguien como Manuel Buenacasa. Es cierto; tal y como ella nos relató delante de una pequeña grabadora en el salón de su casa de Bourg–les–Valence, en su vida no ha faltado de nada. Ello no debe llevarnos a pensar que la dureza de los acontecimientos haya bastado para agriarle el carácter o socavar su voluntad. Como muchas personas que han vivido con intensidad, Blanca exhibe todavía una fuerza que provoca envidia.

Habíamos quedado con ella en la puerta de la Prefectura de Bourg–les–Valence. Constantemente nos habíamos equivocado de dirección pero al final conseguimos atravesar la línea imaginaria que separa Valence de Bourg–les–Valence y, aunque con cierto retraso, llegamos a la cita. Nos presentamos disculpándonos por la tardanza. Por fin el rostro que imaginariamente habíamos adjudicado a la voz telefónica a la que nos habíamos acostumbrado después de tantas conversaciones cobraba forma y volumen. Blanca se parece extraordinariamente a su padre. Lleva gafas y el pelo recogido. En absoluto aparenta la edad que tiene. Ciertamente es una mujer elegante y decidida, como su voz. Sin más palabras, montó en su coche blanco y nos indicó que la siguiéramos hasta su casa.

Durante dos días Blanca y su marido, Pierre, nos brindaron su hospitalidad y su conversación amena. Ya he dicho antes que la voz de Blanca es enérgica. Habla un castellano

perfecto con lo que yo quiero interpretar como cierto deje aragonés y sólo de vez en cuando se ve obligada a interrumpir su discurso para buscar en su memoria la palabra castellana adecuada. En general conservaba bastantes datos de su padre. Hablaba de él llamándole «papá» con indisimulada admiración y cariño. Se notaba en el tono de su discurso, en la forma en que modulaba su voz al detenerse en ciertos detalles, que su padre había sido una persona muy importante en su vida. De lo que nos contó dedujimos que también ella lo fue para él.

El Golpe Militar de Primo de Rivera supuso la caída en desgracia de la CNT Su actividad descendió hasta mínimos cuando no desapareció de forma drástica. Tras el asesinato del verdugo de Barcelona a manos de militantes anarquistas, los sindicatos de Cataluña fueron clausurados, el periódico *Solidaridad Obrera* prohibido. Sólo en algunas capitales de provincia subsistieron o fueron apareciendo publicaciones con vida desigual. Son pocas las pistas que Buenacasa dejó sobre su vida. Blanca recordaba haber vivido en Zaragoza, en Calella y Blanes antes de marchar al exilio en Toulouse en 1929. Recordaba también lo que constituyó un vicio de su padre hasta el momento último de su vida: los viajes. Buenacasa dirigió diversos periódicos en España y es de pensar que su actividad militante y propagandística a lo largo y ancho del país prosiguió en la medida en que la dura situación política lo permitió. Entre 1924 y 1929 vivió entre Calella y Blanes empujado por la necesidad de mantener una

residencia cercana a Barcelona, eludiendo a la vez la inseguridad que se había instalado en sus calles. En dichas ciudades escribió durante esos años su obra principal *El Movimiento Obrero Español 1886–1926*. Su intención fue establecer un puente con la obra del histórico Anselmo Lorenzo *El proletariado militante*, dejando constancia de sus propias experiencias en los primeros años de la Confederación.

Del 7 de noviembre de 1925 al 19 de marzo de 1926 se editó en Blanes el periódico semanal *El Productor* cuyo principal impulsor, y director, fue Manuel Buenacasa. Aunque la intención manifestada en su primer número era la de que el periódico «se haga viejo de años», fue cerrado apenas cuatro meses después por orden gubernativa. *El Productor* nacía como portavoz oficial de la regional catalana y su vocación era ser «un periódico de ideas, crítica y combate» «no sometido a la disciplina de la organización, de los intereses creados ni de las conveniencias partidistas o personales». Tal y como Buenacasa admitiría en 1933 en *La CNT, los Treinta y la FAI*, la expresa intención con que fue creado fue la de combatir la tendencia sindicalista que encabezaba los esfuerzos reunificadores en el seno de la CNT promoviendo un movimiento obrero netamente anarquista, en sintonía con lo que venía propugnando la «Federación Obrera Regional Argentina» a través de su órgano *La Protesta* que llegó a dirigir Diego Abad de Santillán, gran

amigo de Buenacasa y colaborador de *El Productor*. El nacimiento de *El Productor* provocó la aparición dos meses después de *Vida Sindical*. El número primero salió a la calle el 15 de enero de 1926 y sus principales impulsores fueron Ángel Pestaña y Juan Peiró, quienes en un manifiesto publicado en dicho primer número admitían perseguir la «normalización de la vida sindical de Barcelona» y «legalizar el funcionamiento de la Confederación Nacional del Trabajo» en el seno de la política sindical defendida por el régimen de Primo de Rivera. Su carácter netamente sindicalista chocaba con el anarquista de *El Productor* y fueron frecuentes las polémicas entre ambos medios. Las dos concepciones fundamentales del movimiento libertario español seguían sus caminos paralelos sin que sus protagonistas pudieran sospechar cuán lejos habrían de llevarles en el tiempo y aun en el espacio.

Las colaboraciones periodísticas de Buenacasa durante esos años abarcan a la mencionada publicación anarquista argentina *La Protesta*, así como a *La Revista Blanca*, publicación semanal de cultura anarquista que dirigían Federico Urales y Soledad Gustavo y que todavía hoy causa admiración por la amplitud de sus contenidos y el elevado tono de sus colaboraciones. También, *Solidaridad Obrera* y otras publicaciones del resto de España cuyo rastro, en la mayoría de los casos, se ha perdido de manera definitiva o bien resulta extremadamente difícil encontrar, y que, además de las citadas aquí o en otros pasajes del texto, son

Solidaridad Obrera de Gijón, Psiquis, Nueva Senda, de Madrid, o *Acracia*. Es de destacar, asimismo, su participación en las dos Encuestas Internacionales sobre el estado del anarquismo –una iniciada en 1926 y publicada por el «Suplemento» de *La Protesta*, la otra en 1934 recogida por *Tiempos Nuevos*– promovidas por el grupo «Los Iconoclastas» de Steubenville, Ohio (Estados Unidos), cuyas conclusiones fueron publicadas en lo que se vino en llamar *La Revista Única* y en cuya lista internacional de colaboradores Manuel Buenacasa aparecía citado junto al novelista norteamericano John Dos Passos. Su obra más popular *El Movimiento Obrero Español 1886–1926*, era editada por *Impresores Costa* en Barcelona en 1928. No consta la fecha de publicación de su novela *Rosa (Historia de una mujer del pueblo)* por Publicaciones Mundial de Barcelona en el seno de la colección «La Novela del Pueblo» cuyo lema era «cada semana una novela para instruir al pueblo en la forma más amena y agradable». En el admirable *Esbozo de una Enciclopedia del Anarquismo* de Miguel Iñiguez aparecen reseñadas varias obras más atribuidas a Buenacasa (*Almas Gemelas* (Lyon 1936); *Autonomía y Federalismo* (San Sebastián 1922); *Contra la guerra* (Barcelona 1915); *Un hombre de honor* (Barcelona 1923); *Juguete Cómico* (1936); *La política y los obreros* (Zaragoza 1910); *La Rusia Roja* (Barcelona 1918); *El terrorismo blanco* (Zaragoza 1922); *Verdades como puños* (Logroño 1920)) si bien yo no he sido capaz de dar físicamente con la mayoría de ellas y sólo me he atrevido a citarlas por boca de Miguel

lñiguez quien, sin duda, gozó de mayor pericia o fortuna que yo. En cualquier caso, su apabullante número y su variada temática debieran hacernos considerar a Manuel Buenacasa como uno de los más prolíficos e importantes autores del anarquismo español. Teniendo siempre en cuenta que lo frecuente de sus estancias en prisión y la intensidad con que llevó a cabo su labor como militante no debieron facilitar precisamente el desarrollo de su faceta como escritor. Sin olvidarnos del ejercicio de su viejo oficio de carpintero gracias al cual Buenacasa vivía.

A pesar del rigor de la dictadura de Primo, la actividad agitadora de Buenacasa no decayó. Ha dejado escritos los contactos que en esos días mantuvo con conspiradores republicanos y socialistas contra la Dictadura. Cuenta sus comunicaciones con Pablo Iglesias en los momentos inmediatos al Golpe. También con Ramón y Cajal en 1924 para ofrecerle la presidencia de la República en el caso de que las conspiraciones que llevaba entre manos fructificasen. Se le implica incluso en las tentativas llevadas a cabo por Francesc Maciá. En 1926 se unió al fallido complot de la Noche de San Juan conocido como «Sanjuanada» promovido por conocidos militares y en el que participaron también los cenetistas con la idea de instaurar una República Federal. A raíz de la represión desencadenada tras el suceso, Buenacasa fue detenido y pasó una temporada en la cárcel. También cuatro meses en el exilio parisino donde frecuentó

los ambientes de exiliados españoles y conoció, entre otros, a Sanjurjo, Unamuno y Ortega y Gasset.

En el seno de las luchas ideológicas propias de la organización anarquista, Buenacasa rechazó frontalmente el «sindicalismo posibilista» de Ángel Pestaña ante los comités paritarios introducidos por la Dictadura de Primo, manifestando «mi silencio que es desprecio a quienes trabajan por una organización legal y obediente». En julio de 1927, en El Cabañal, Valencia, se constituía la Federación Anarquista Ibérica que aglutinaba a la Unión Anarquista Portuguesa y a la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España. Se afirma que Buenacasa fue uno de sus inspiradores. El espíritu de la naciente FAI era el de aglutinar a todo el movimiento anarquista de la península ibérica representando al anarquismo más puro y tomar al asalto la CNT para despojarla de toda veleidad sindicalista. En la línea de lo defendido en Zaragoza por Buenacasa en 1923 y de las actividades del secreto Comité Nacional de Relaciones Anarquistas cuyo nacimiento él mismo propició.

En 1929 Buenacasa se exilió de nuevo. Su hijo Antonio, también militante confederal, se había convertido ya en compañero de aventuras y empezaba a compartir persecuciones con su padre. Fijaron su residencia en Toulouse. Simona y Blanca les acompañaron. Allí abrió un taller de carpintería y disfrutó de unos años de cierta estabilidad familiar hasta que, en octubre de 1932, fue expulsado fulminantemente del país por las autoridades

francesas. Aunque Blanca se empeñó en negarme la autenticidad de la anécdota, José Peirats refiere el motivo de la expulsión. Martínez Anido, la bestia negra del movimiento obrero, había tenido que exiliarse con la llegada de la República en tanto que Buenacasa todavía no había decidido volver a España aprovechando los nuevos vientos que sacudían el país. El azar quiso que ambos coincidieran en su exilio en Toulouse. Las autoridades francesas decidieron proteger a Martínez Anido limpiando su entorno de posibles peligros. Buenacasa tuvo que vender sus pertenencias apresuradamente y volvió a una España en la que adivinaba el momento propicio para la materialización de muchos de sus sueños. El 14 de abril de 1931 se había proclamado la II República. La gran aspiración de muchos españoles se hacía realidad. Un nuevo régimen debería significar nuevas reglas del juego. La lucha obrera discurriría por caminos distintos y afrontarían distintos peligros. No sabía Martínez Anido que la historia todavía habría de brindarle la posibilidad de regresar triunfal a España a tiempo de incorporarse al primer Gabinete del Gobierno de Franco como ministro de Orden Público. No sospechaba Buenacasa cuánto le quedaba por luchar. Ni siquiera conocía las caras de los nuevos enemigos a los que tendría que hacer frente.

VI

El primero de sus enemigos le esperaba agazapado en el seno de la Organización a la que había dedicado casi toda su vida; se llamaba división y habría de golpearle sin piedad. Caída la Dictadura en 1930, la CNT volvió a reorganizarse con una fuerza inusitada. Resurgieron los sindicatos, la prensa militante, los ateneos. La llegada de la República en 1931 sorprendió a la Confederación en vísperas del Congreso que se celebró en el Teatro del Conservatorio de Madrid el 10 de junio. Buenacasa participó en la organización del evento. Dos posiciones se enfrentaron con encono evidenciando una división en la concepción de la actividad de la Organización que venía ya de muy lejos. Posibilistas contra extremistas articulados en torno a la FAI. Dos meses más tarde, treinta militantes, algunos destacados miembros de la «vieja guardia» como Pestaña y Peiró, firmaron un manifiesto en el que expresaban su desconfianza hacia la iniciativa revolucionaria de las minorías y se oponían frontalmente a la violencia por la violencia. La crisis estalló. La FAI tomó posiciones e hizo valer su influencia para desalojar a los tibios. El pleno de la Regional de Cataluña en 1932 supuso la salida de los «Treintistas» del Comité Nacional.

Al tiempo que la CNT alcanzaba cifras récord de militancia —se decía que pasaban de 1.200.000 los afiliados— un auténtico relevo generacional tenía lugar en la vieja Confederación. Militantes como Federica Montseny, García Oliver, Durruti o Ascaso desplazaban a los históricos de la

lucha obrera, fajados en la práctica sindical, en largas huelgas y enfrentamientos con la patronal. Su bagaje era distinto, muchos procedían de los «grupos de acción», defendían el anarquismo puro como columna vertebral del movimiento y no hacían ascos a la violencia como vehículo de expresión de sus aspiraciones. Buenacasa asistía a la crisis profunda de una parte importantísima de su propia vida. Tenía por aquel entonces 46 años. Llevaba más de veinticinco de lucha. Se me ocurre pensar que Buenacasa, tan polémico en lo doctrinal como contemporizador en lo personal, debía tachar de verdadero desastre cualquier disensión que supusiese una merma en el potencial de una organización que había sabido salir con éxito de todas sus crisis, que había sabido sobrevivir a las campañas de desprestigio, a las agresiones físicas y a la Dictadura. Demasiados compañeros habían caído en el camino para permitir que nuevas bajas, algunas de brillantes y veteranos líderes, restasen posibilidades de conseguir el ansiado cambio social. En 1932 Buenacasa intentó mediar con ocasión de los levantamientos anarquistas del Alto Llobregat, propugnando la celebración por parte de la CNT y la FAI catalanas de sendos Congresos Regionales, en un intento de aislar los efectos de la escisión para contenerlos en Cataluña, impidiendo su propagación al resto de la organización en España. Ahondando en su actitud conciliadora, la publicación de una pequeña obra titulada *La CNT, los Treinta y la FAI* en 1933 en talleres Alfa Grafics de Barcelona con el elocuente subtítulo de *La crisis del Sindicalismo en Cataluña*.

Sus causas, sus efectos, sus remedios, fue percibida por la militancia anarquista como una inoportunidad que habría de pagar cara. Para Peirats está muy claro que haber intentado mediar entre tan enfrentadas visiones de la actividad de la Confederación fue la causa del ostracismo a que Manuel Buenacasa fue sometido durante los años de la República. Si nos detenemos un segundo a contemplar la trayectoria de Buenacasa hasta ese momento, nos resultará fácil percibir cómo, quince años después, la fatalidad le obligaba a sufrir los efectos de acontecimientos de los que él mismo había sido causa.

Blanca hizo un esfuerzo por recordar aquellos años. Habían vuelto de Francia y en 1932, me aseguró, intentaron instalarse en Caspe, su ciudad natal. Si Buenacasa buscaba estar lejos de la primera línea de batalla, es aceptable considerar que buscase descanso en el lugar en el que nació y en el que obligatoriamente conservaría familiares y amigos. De Caspe Blanca sólo recordaba que su padre se dedicaba a la fabricación de ataúdes y que la estancia duró poco. Las razones de la huida, probablemente en 1933, son confusas. Blanca hablaba de un cierto boicot por parte de sus habitantes. No resultaría extraño, Caspe nunca fue un bastión anarquista y es posible que la presencia de un militante tan destacado generase tensiones en una ciudad tan pequeña. Los recuerdos de Blanca vuelan hacia Barcelona. Su domicilio estaba en la Calle Enrique Granados número 5 y después en Consejo de Ciento número 100, donde también

se ubicaba el taller de carpintería del que Buenacasa vivía. Blanca recuerda a su padre como un hombre muy culto y de gustos refinados. Aficionado a la música clásica, en ocasiones la llevaba al Liceo. Solía acompañarle en sus giras propagandísticas por distintas ciudades. Había logrado reunir una gran colección de libros que fue lamentablemente destruida en enero de 1939 con la desbandada que siguió a la llegada de las tropas franquistas a Barcelona. También era bastante aficionado a los toros. Blanca recordaba con claridad las visitas que los nombres más destacados del movimiento anarquista hacían a su padre. Hablaba con familiaridad de tertulias improvisadas al caer la noche a las que acudían Durruti, Ascaso o García Oliver. Resultaba gracioso oírla hablar de personajes ya históricos, algunos casi míticos, con esa proximidad y esa falta de prejuicios que sólo poseen los recuerdos de la infancia.

Sería agotador resumir la actividad de la CNT durante los convulsos años de la II República. En lo que se refiere a Buenacasa habríamos de ubicarle, por primera vez, en un segundo plano como militante no destacado aunque conste su intervención como organizador en el Congreso Nacional de la Confederación celebrado en Zaragoza el 1 de mayo de 1936. El Golpe de Estado militar del 18 de julio y los sucesos ocurridos en Barcelona los días siguientes son de sobra conocidos por todos. Buenacasa acudió, con su hijo Antonio, a la llamada a la lucha contra los soldados de la guarnición sublevada que se dirigían al centro de la ciudad con la

intención de consolidar el golpe. Ambos participaron en los enfrentamientos armados ocurridos en la Plaza de la Universidad, próxima a su domicilio. La unión de Guardias de Asalto, Guardias Civiles y militantes anarquistas permitió el aplastamiento de la sublevación militar. La fuerza de la CNT había sido fundamental a la hora de contener el alzamiento y esa iba a ser la oportunidad esperada para llevar a cabo el ansiado proceso revolucionario.

El 21 se constituyó el Comité Central de Milicias Antifascistas, integrado en su mayoría por miembros de CNT–FAI, y erigido de inmediato en verdadero órgano de poder en Barcelona. Las milicias partieron hacia Aragón furiosas por las noticias de los asesinatos masivos de compañeros que llegaban de Zaragoza. Basta leer los números de *Solidaridad Obrera* de aquellos días para comprobar el grado de irritación que las malas nuevas provocaban en el ánimo de los milicianos. Zaragoza, la «perla del Sindicalismo», ocupaba un lugar destacado en el universo sentimental del anarquismo español. Las tropelías del «traidor» Cabanellas exigían venganza. El 25, las columnas tomaron Caspe. Antonio Buenacasa se integró en una de las columnas con la que intervino en la toma de Siétamo y los combates de Estrecho Quinto y Montearagón, en las inmediaciones de Huesca capital. Antes de la guerra se había casado con una joven de Alcañiz.

Barcelona entera se entregó a la febril tarea de organizar una nueva economía; un nuevo orden social. Después de

décadas de lucha, después de décadas de avances y retrocesos, de cárceles, exilio y muerte, la vieja Confederación tomaba las riendas del poder. Ya no se trataba de suspirar por la revolución sino de aprestarse a llevarla a cabo tal y como tantas veces había sido soñada. Ya no era momento de discutir sino de actuar y todos los apoyos iban a ser necesarios. Manuel Buenacasa no lo dudó ni un momento. Colectivizó su taller de carpintería y se puso a disposición de la causa por la que llevaba luchando más de treinta años. Tenía cincuenta y uno y en esos mismos días de julio de 1936, en un discurso pronunciado en radio CNT de Cataluña pedía la fusión de todos los sindicatos obreros en «un solo bloque indestructible. Quiero decir que si esta proporción es aceptada podemos ganar la guerra; pero si no, la perderemos».

Blanca recuerda a su padre trabajando en un edificio situado en la avenida Durruti, actual Vía Layetana, la sede de CNT. El 22 de agosto *Solidaridad Obrera* publicaba el informe realizado por Buenacasa bajo encargo de la CNT catalana sobre la situación en Aragón. Su periplo se inició tan pronto las columnas de milicianos partieron para el frente y duró veintidós días en los que recorrió buena parte del Aragón liberado por las columnas procedentes de Barcelona. Asistió a la toma de Siétamo. Camino del Matarranya, pasó también por Caspe.

El más terrible momento habría de vivirlo Buenacasa el día 6 de julio de 1937. Su hijo Antonio, verdadero compañero,

moría en el Hospital de Alcañiz. Tenía veinticinco años, mujer y dos hijos. Blanca se acuerda de su hermano. Cuenta que no fue bien atendido en el Hospital; que le dejaron morir. Habla hasta de envenenamiento de las aguas que bebió. Murió afectado por lo que vulgarmente llamamos «melenas» que consiste en la defecación de heces mezcladas con sangre producto quizá de alguna úlcera interna mal curada. El 10 de julio Buenacasa publicaba una nota de despedida en *Solidaridad Obrera* en la que dedicaba las mejores palabras para su hijo. Leerla causa extrañeza por cuanto en ella se mezcla el dolor propio del padre con la resignación del militante habituado a ver desaparecer compañeros en la lucha. Antonio había acudido a Alcañiz a despedirse de su mujer y sus hijos que residían allí. Según refiere Buenacasa, una enfermedad contraída en el frente de Huesca, nunca bien curada, provocó su muerte. La misma nota de despedida fue publicada en *Amanecer*, Boletín de la Escuela de Militantes de Barcelona.

Efectivamente, Buenacasa había recibido el encargo de organizar la Escuela de Militantes de Barcelona de Mariano Rodríguez Vázquez, «Marianet», Secretario General del Comité Nacional de la CNT en septiembre de 1936, justo a la vuelta de su gira por el Aragón colectivizado por encargo de *Solidaridad Obrera*. Situada en la sede de CNT en Vía Layetana, dicha escuela consistía en un centro de formación de organizadores, oradores públicos y redactores para los periódicos bajo la tutela de militantes experimentados.

Buenacasa la llamaba «universidad de la militancia obrera confederal» y llegó a contar con más de mil alumnos. Las necesidades del Frente habían provocado un movimiento masivo de cuadros. El periodo revolucionario inaugurado el 19 de julio de 1936 implicaba la asunción de diversas responsabilidades colectivas para las que muchos militantes no tenían la debida preparación. Buenacasa era ya una persona mayor cuya experiencia iba a ser más apreciada en tareas organizativas de retaguardia. El primer curso fue inaugurado por Manuel Buenacasa el 1 de junio de 1937 y constaba de ochenta lecciones. Algunas de las asignaturas impartidas eran «Historia de la Civilización», «Organización y Normas Sindicales», «Evolución de las ideas sociales y económicas», «Historia de España». Había también controversias entre alumnos y profesores sobre los temas estudiados los sábados y prácticas de oratoria y escritura los domingos, día en que se celebraban también los exámenes. Entre los profesores destacaba la presencia de militantes de la talla de García Oliver, Federica Montseny, Juan Peiró o Diego Abad de Santillán. El ejemplo cundió y fueron inauguradas escuelas similares en Tortosa, Badalona, Reus, Tarragona o en Monzón a impulso de Félix Carrasquer. Asimismo, la Escuela editaba un boletín titulado *Amanecer*, que pagaban los alumnos de su propio bolsillo, en el que Buenacasa colaboró con la asiduidad que su cargo le exigía y en el que participaban fundamentalmente los alumnos de la escuela con trabajos y artículos sobre diversas temáticas. En dicho boletín se publicó el *Manual del Militante*, redactado

por Buenacasa. Dicho *Manual* se erigía en verdadero corpus recopilatorio de las prácticas y los principios que venían rigiendo el comportamiento del militante libertario y que, en consonancia con el tono general del movimiento, no había sido debidamente plasmado por escrito. El texto fue leído el 15 de septiembre de 1937 ante representantes de los Comités Regionales de CNT y FAI así como de la Asociación Internacional de los Trabajadores para su aprobación. A Buenacasa le preocupaba el escaso nivel de muchos de los «aspirantes» a «militantes» que provenían del mundo obrero y campesino sin haber abandonado apenas el analfabetismo y concebía, casi como una obsesión, la necesidad de dotarles de la adecuada formación en los saberes de la militancia. Como pedía en el párrafo final del Preámbulo del *Manual del Militante*, «seamos lo que debemos ser: conscientes, buenos y capacitados». Como continuación a su tarea intelectual en la retaguardia republicana, el seis de febrero de 1938, tenía lugar en el Teatro Romea de Barcelona el estreno de *Más Lejos*, novela escénica en dos jornadas, por miembros del Sindicato de Industrias del Espectáculo de CNT. También en febrero se publicaba en Barcelona el primer número de *La Ilustración Ibérica*, revista mensual que dirigía Jeremías Roig y de la que Buenacasa fue redactor jefe. Contaba entre sus colaboradores con algunas de las más destacadas plumas de la escena libertaria: Federica Montseny, Felipe Alaiz o Gastón Leval.

Ya sabemos que la evolución del conflicto supuso la derrota primero de las milicias ante el creciente peso del comunismo en el seno del ejército republicano y posteriormente la victoria definitiva de los sublevados. En enero de 1939, Barcelona se aprestaba a caer en manos del ejército franquista. La duda de sus defensores se planteaba entre resistir a muerte emulando la defensa legendaria de Madrid o darlo todo por perdido y tratar al menos de ganar la frontera con Francia. Buenacasa se mostró partidario de lo primero pero el 26 de enero los cuerpos italiano, navarro y marroquí ocuparon la ciudad entre la desbandada de sus escasos defensores y los gritos de júbilo de los partidarios de Franco. El 9 de febrero las fuerzas nacionales llegaban a la frontera de Francia.

Buenacasa había conseguido escapar al segundo de sus enemigos. Conocido de antiguo. El mismo día en que aceptó la secretaría de la Federación Local de Sindicatos Obreros de Zaragoza fueron presentados formalmente. Durante más de treinta años mantuvieron un enfrentamiento cuyos resultados habían sido desiguales. Pero ahora su victoria era definitiva. Ya no se trataba de las acciones de los sindicatos libres ni de la suspensión de garantías constitucionales o de la frecuente ilegalización de la Confederación. Ni siquiera de la cárcel intermitente o el corto exilio. Ahora el enemigo había llegado para quedarse, tenía más fuerza que nunca y traía la determinación de borrar cualquier huella de las viejas luchas. Buenacasa cruzaba la frontera por última vez. En su

domicilio de Barcelona quedaban todos sus libros a merced de la rapiña de los vencedores. Tenía 54 años. Durante un tiempo había paladeado el sueño revolucionario. Había visto morir a muchos de sus compañeros. Había perdido a su hijo pero no había perdido la fe. Aunque todavía no había tenido ocasión de conocer al nuevo enemigo que le esperaba al otro lado de la frontera, sabía de su existencia y no le temía. Buenacasa cruzaba la frontera derrotado pero no vencido. No volvería a pisar suelo español.

VII

Antes de la caída de Barcelona, Blanca y Simona, su madre, partieron hacia Francia. En un principio se establecieron cerca de Beziers, en Agde, una pequeña ciudad próxima a la frontera con España. Un lugar de costa, hoy muy turístico, en el que permanecieron nueve meses.

Buenacasa salió con el grueso de las tropas que se retiraban de Cataluña. Su destino fue un pequeño pueblo de la Borgoña llamado Parigny-la Rose en el departamento de Nièvre. En su castillo permaneció recluido hasta septiembre. Blanca atribuye el hecho de que Buenacasa corriera distinta suerte que el resto de los refugiados que ingresaron en los campos próximos a la frontera a una voluntad de especial

vigilancia dispuesta por las autoridades francesas en su condición de significado dirigente anarquista. Una vez Buenacasa pudo abandonar el castillo, se dirigió a Agde donde se reuniría con su mujer y su hija.

La familia Buenacasa, de nuevo unida, dirigiría sus pasos a Lyon. El 3 de septiembre de 1939 Francia declaraba la guerra a Alemania. Ese mismo día tomaron un tren que les habría de llevar al encuentro de Manuel, el hijo de Antonio. Este había padecido la poliomielitis y fue enviado a Francia durante la guerra. Se encontraba en la «Colonia Iberia», asilo de niños españoles gestionado por refugiados españoles. Blanca y Simona consiguieron ser aceptadas en la colonia. Blanca trabajaba como ayudante de enfermera y Simona ayudaba en las tareas domésticas. Buenacasa también fue admitido y ayudó como maestro de los niños. Blanca recibía clases de secretariado en una Academia por indicación de la directora de la colonia. Basta hablar con ella para darse cuenta de que es una persona muy inteligente y además hablaba francés ya que había asistido a la escuela en Toulouse durante el exilio en 1929. La ocupación de Lyon por las fuerzas alemanas en 1940 provocó el traslado de la colonia a Ecully y el paso de su gestión a manos de cuáqueros americanos. A principios de 1941, Buenacasa fue detenido por los nazis. Blanca afirma que fue personal y expresamente el delfín de Pétain, Pierre Laval, quién ordenó el internamiento de Buenacasa en Mornant, una pequeña localidad situada en el departamento de Loire, a medio

camino de Lyon y Saint–Etienne. En el diario en lengua francesa que Buenacasa escribió durante su cautiverio, se refiere a una orden del ministro del interior de Francia mostrando su extrañeza ante el carácter de la misma: Se le prohibía abandonar el pueblo, se le negaba el derecho a trabajar y se le obligaba a residir en un hotel de la localidad (el hotel de la Poste) corriendo de su cuenta el coste de la estancia. Podía moverse libremente dentro de Mornant y cada quince días se le permitía recibir visitas de sus familiares. El extraño cautiverio se inició el día 4 de abril de 1941 prolongándose hasta el 12 de noviembre. Blanca trabajaba y Simona cosía en casa para obtener recursos con los que pagar la prisión de Buenacasa, pero sus esfuerzos no eran suficientes. Buenacasa manifiesta constantemente el disgusto que le provocaba tener que depender económicamente de los demás. El relato de sus días recoge cuidadosamente la contabilidad de las cantidades recibidas de sus familiares y numerosos amigos. También llegó a un acuerdo con la patrona del hotel: impartiría clases a sus hijas a cambio de la comida del mediodía, la única que haría al día. Sin embargo, la principal ayuda consistió en un subsidio mensual que la República de Méjico, a través de su legación en Vichy, le asignó a partir del mes de agosto y sin la cual le hubiera resultado imposible hacer frente a los gastos de su estancia. Las conversaciones mantenidas por correo con los funcionarios mejicanos incluían la posibilidad de viajar a Méjico que Buenacasa desechó de inmediato persuadido como estaba de poder volver a España. El tono del diario es

muy triste. Buenacasa no ocultaba su abatimiento, su escaso ánimo. Paseos, noches en vela, reflexiones banales sobre el frío y el calor, noticias alarmantes acerca del delicado estado de salud de su nieto y su hija Blanca, preocupación por la traducción de alguno de sus trabajos, enumeración exhaustiva de su abundante y variada correspondencia, lectura de obras de Víctor Hugo, dolor por la muerte de varios compañeros, recuerdo para la muerte del poeta indio Rabindranath Tagore ocurrida durante el cautiverio. El final de la reclusión en Mornant llegó después de numerosas gestiones iniciadas a partir de un contrato de trabajo que un tal «monsieur» Bourdet, por mediación de un amigo de Buenacasa al que se refiere como Padrós, le ofreció en firme remitiéndolo, además, a la gendarmería a principios de septiembre. Buenacasa necesitaba obtener del Prefecto el correspondiente permiso de trabajo. El nerviosismo provocado por la lentitud de los trámites burocráticos preside el discurso de los dos últimos meses. El 3 de noviembre llegaba el deseado permiso y el 6 los gendarmes le comunicaban la autorización del ministerio del interior para regresar a su casa. El 12 abandonaba Mornant camino de Ecully.

En 1943, la Colonia Iberia se trasladó a la Saboya. Ello movió a Blanca y Simona a abandonarla y buscar alojamiento en un piso en alquiler en Ecully. Tras abandonar Mornant, Buenacasa había vuelto a vivir con Simona, Blanca y su nieto Manuel. El hijo de Antonio se había quedado con ellos en

tanto que su madre seguía en España con su otra hija, Lolita, la misma que sesenta años después me atendió al teléfono la primera vez que contacté con los Buenacasa. Entretanto Blanca había conocido a Pierre. Pierre era francés. Provenía de una familia acomodada, de tradición izquierdista, y había conseguido escapar a un convoy que le enviaba a Alemania a cumplir el célebre Servicio de Trabajo Obligatorio pactado por Laval como contribución francesa a la Alemania de Hitler. Pierre se hizo cargo de un almacén de vinos, propiedad de su familia, en Bourg–les–Valence. Blanca y Pierre se casaron en 1944 pero antes de ello, en 1943, los Buenacasa se trasladaron a Bourg–les–Valence. Un día, una vecina advirtió a Blanca de la existencia de una lista de prisioneros que integrarían un convoy con destino a Alemania en la que venía el nombre de su padre. Buenacasa decidió ponerse a salvo aceptando una oferta de trabajo como carpintero en un taller de la Saboya donde residiría hasta la liberación. Ni que decir tiene que, de inmediato, se incorporó a la Resistencia que, de forma activa, venía operando en las montañas de la región.

Sin duda, el matrimonio de Blanca con Pierre puso fin al deambular de la familia Buenacasa por territorio francés. En Bourg–les–Valence, cerca de su hija, su yerno y después sus nietos, vivirían Simona y Manuel Buenacasa ya hasta su muerte. Durante la guerra, Buenacasa había trabado amistad con el aragonés, juez y poeta, autor del *Romancero de la libertad*, Gregorio Oliván, quien, una vez en Francia,

debió ofrecerle la ya referida posibilidad de ir a México con otros exiliados, donde las cosas sin duda hubieran resultado más sencillas, pero Buenacasa siempre pensó que Franco no iba a durar demasiado y rehusó alejarse del país al que seguía soñando volver. Tuvo siempre presente a España y muy especialmente a Aragón. Sólo una vez se aproximó a la frontera española con la intención de encontrarse con una de sus hermanas, pero nunca se planteó volver mientras Franco siguiera en el poder. Sin embargo, no hay que valorar su gesto como una romántica renuncia. En realidad, como a otros muchos exiliados, a Buenacasa no se le había ocurrido pensar que Franco pudiera sobrevivir a la caída de los demás regímenes fascistas europeos. Ni Buenacasa ni los demás exiliados libertarios confiaban en la capacidad de supervivencia de aquel «Generalísimo» corto de estatura, pero largo en ambición y odio; en que las potencias aliadas fueran capaces de aceptar hipócritamente su anómala forma de Gobierno como un quiste en la Europa democrática. Finalizada la Guerra europea, la militancia libertaria se aprestaba a preparar su vuelta a España. Sus miembros no habían dejado de combatir. Habían conocido los campos de refugiados franceses, las organizaciones clandestinas de la Resistencia, la represión nazi. Tenían fresca en la memoria la experiencia revolucionaria de 1936 y querían continuar su labor allí donde había sido interrumpida. La ansiada vuelta parecía acercarse. Poco sabían lo mucho que había cambiado España. Ni siquiera los compañeros que se habían quedado dentro compartían ya algunos de sus puntos de

vista. La vieja división entre anarquistas puros y sindicalistas; entre «ortodoxos» y «posibilistas», que había agitado la vida del movimiento en tantas ocasiones; que había provocado el abandono de destacados miembros; la misma que Buenacasa había ayudado a alimentar casi treinta años antes, iba a estallar a finales de 1945 marcando el inicio del definitivo declive de la organización. En 1945 Manuel Buenacasa tenía sesenta años y se había visto obligado a dejar demasiadas cosas en su largo camino, pero no tenía ninguna intención de quedarse quieto a contemplar cómo se desmoronaba aquello por lo que llevaba toda la vida luchando.

VIII

Cometí el gran error de pensar que los años del exilio apenas habían sido importantes en la vida de Buenacasa. Casi no tenía noticias de su actividad entre el final de la Guerra europea y su muerte. Sabía, por su hija y por testimonios como el de Peirats, que no había dejado de escribir, de viajar, de mantener el contacto con sus compañeros, pero era inevitable pensar en él más como un «vejete» acomodado que como un militante arriesgado y polémico. Ni siquiera en la literatura del exilio aparecía citado de forma

preeminente. Comencé a darme cuenta de mi error durante una visita a Toulouse.

Parece mentira pero, después de tantos años, todavía es posible percibir rastros de la intensidad con que se vivió la división en el exilio libertario español. En Toulouse intenté contactar con algunos exiliados. Esperaba, sólo de manera vaga, que alguno de ellos hubiera conocido a Buenacasa y pudiera referirme alguna anécdota jugosa, alguna impresión personal que incorporar a esta exposición. En realidad, no me atrevía a esperar más que la confirmación de lo que yo ya sabía; de esa imagen casi beatífica que me había ido forjando de él a medida que había ido conociendo más detalles de su vida. Habiendo pasado tanto tiempo desde su muerte, era difícil encontrar a alguien que le hubiera tratado con suficiente cercanía. Añadamos a ello la edad avanzada de los pocos exiliados que van quedando para perfilar exactamente el nivel de mi confianza en el éxito de la misión. Pero la suerte decidió acompañarme.

Antes de utilizar los números telefónicos que me habían facilitado en España, preferí dirigirme a la rue Belfort, muy cerca del centro de la ciudad. Buscaba la sede de CNT. Un lugar cargado de significación histórica. El nombre de la calle aparecía citado en multitud de textos como un personaje más de la azarosa historia del exilio libertario y creía, no sé si equivocadamente, que aquel era el lugar casi mítico por el que habían desfilado cientos de militantes; el santuario en el que se habían tomado decisiones de tanta trascendencia

para el movimiento libertario español. Encontré fácilmente la calle y el inmueble pero ningún signo exterior. Penetré en un amplio patio con varios portales. Di muchas vueltas, desorientado. Pregunté a vecinos y transeúntes pero nadie acertaba a indicarme dónde se hallaba la dichosa sede. La ansiada puerta con el cartel de CNT apareció semiescondida en un entresuelo, tras una puerta que abrí por casualidad cuando ya estaba a punto de marcharme. Llamé varias veces pero, después de unos minutos de espera, nadie respondió. Decidí dar por terminada la visita francamente decepcionado.

La opción telefónica surtió mucho más efecto y a la mañana siguiente un viejo militante cenetista me recibía en su casa durante casi una hora. El arranque de la conversación estuvo presidido por su enorme desconfianza hacia aquel extraño que se presentaba en su domicilio para interrogarle acerca de alguien que llevaba cuarenta años muerto. Además era evidente, y eso lo percibí apenas hube transpuesto la puerta, que Buenacasa no era santo de su devoción. Sus primeras palabras, medidas, sopesadas, escasas, me hicieron pensar que, quizá, no hubiera acudido al lugar apropiado. Por primera vez escuchaba un testimonio negativo sobre Buenacasa. «Siempre quiso mediar. Nunca tuvo valor para hacer lo que tenía que hacerse», me espetó apenas empezamos a hablar. Poco a poco me fui ganando su confianza o simplemente él mismo decidió otorgármela sin ninguna razón. Admitió que apenas le había conocido sin

molestarse en ocultar el rechazo que su figura le producía. Terminamos charlando animadamente de otras muchas cosas y, ablandado por la conversación, se ofreció a llamar a un compañero que sí conoció a Buenacasa y podría aportarme más información que él. Le oí hablar por teléfono en voz baja. Había concertado una entrevista para esa misma tarde. Antes de despedirnos me obsequió con un libro escrito por Manuel Buenacasa y publicado en Méjico en 1964 con el título *Perspectivas del movimiento obrero español* recomendándome no enseñarlo demasiado.

A mí me daba la impresión de que poco después del mediodía ya empezaba a anochecer en aquellas carreteras que, entre interminables rotondas y minúsculos núcleos urbanos, atraviesan la campiña que rodea Toulouse. No me costó encontrar la dirección que había anotado apresuradamente en un trozo de papel a pesar de la espesa niebla que parecía surgir de la tierra emborronándolo todo. Se trataba de una preciosa casa rodeada de árboles en las afueras de una población pequeña. En la puerta de entrada dos inequívocos apellidos aragoneses confirmaban mi acierto. Fui recibido en el porche y conducido por una escalera a la habitación que servía de dormitorio y escritorio a mi anfitrión en la primera planta del edificio. Tendría unos ochenta y cinco años y mostraba una delgadez casi cadavérica. Me saludó con una cordialidad que se convirtió en emoción cuando tuvo conocimiento de que también yo era bajoaragonés. Sentados uno a cada lado de su mesa de

trabajo, rodeados de libros, periódicos, notas manuscritas, tutelados por un retrato de Anselmo Lorenzo que ocupaba buena parte de la pared, iniciamos una conversación que duró varias horas.

Está claro que, desde el primer momento, Buenacasa se puso al servicio de la CNT en sus esfuerzos por reorganizarse en el exilio francés. Está documentada su presencia en el Pleno clandestino que en diciembre de 1943 se celebró en Marsella. Asimismo, consta su asistencia al Pleno celebrado en octubre de 1944 en Toulouse en cuya clausura, celebrada con un mitin en la Bolsa de Trabajo, participó. Entre otras cosas, en el Pleno de Toulouse, volvió a plantearse la oportunidad de la Unidad con la Unión General de Trabajadores. En su intervención Buenacasa dijo: «Sin la unión de las dos centrales sindicales CNT–UGT nada podrá lograrse en España. Esta unión es el bloque angular del edificio que llevamos en la mente», así como «La CNT y la UGT suman el 80% de la clase trabajadora. Es un bloque tan enorme que nadie lo podrá destruir. El camino es difícil pero juntos lo allanaremos». El debate acerca de la unidad de acción con UGT condujo al nombramiento de una ponencia compuesta por las delegaciones de Burdeos, Marsella y Toulouse y a la que se sumó Buenacasa.

La siguiente, y decisiva, cita del movimiento libertario español tuvo lugar, sin dar casi tiempo a que finalizase la guerra, en el Palacio de la Química de París entre el 1 y el 12 de mayo de 1945. Fue el primer congreso del exilio. Ese

mismo año, Buenacasa pronunció dos conferencias en Toulouse, una sobre Bakunin titulada «El león de Siberia» y otra titulada «Los trabajadores en la España futura». En el Congreso de París se ventilaron algunos de los temas fundamentales del movimiento libertario en el exilio y comenzaron a hacerse patentes las divergencias entre las dos visiones principales acerca de lo que la Confederación debía ser. A grandes rasgos la orientación «ortodoxa», mayoritaria y cuyas figuras destacadas eran Federica Montseny y Germinal Esgleas, planteaba un cierre de filas en torno a los «principios, tácticas y finalidades» adoptados por la CNT en el Congreso de Zaragoza de 1936, lo que se traducía en la defensa irrenunciable del comunismo libertario como aspiración última del movimiento con la consiguiente aversión hacia toda forma de participación política. Para los «ortodoxos», la colaboración de los anarquistas con el resto de las fuerzas que formaron el llamado «Frente Popular» en 1936, incluida la entrada en su primer gobierno con varios ministros, constituyó un error imperdonable y en consecuencia la CNT no debía volver a colaborar con ninguna otra fuerza política. Ni siquiera para intentar acabar con Franco. Por el contrario, y en consonancia con los planteamientos de los miembros de CNT que habían quedado en España e intentaban reorganizar el movimiento en los más oscuros días de la posguerra, la facción «posibilista» no daba por finalizada la guerra civil y consideraba fundamental la colaboración con el resto de las fuerzas de oposición al franquismo para conseguir vencer al

dictador. En palabras del Comité Nacional, para la solución de todos sus problemas, el Congreso acordó «la constitución de una ponencia gigantesca compuesta de 52 miembros, elegidos por el Congreso, en la que están ampliamente representadas todas las corrientes de ideas manifestadas en el mismo». Dicha ponencia se dividía en ocho secciones. Buenacasa formaba parte de la quinta, que se encargó de los puntos 16 y 17, relativos al ingreso o reingreso en CNT y a las normas para restablecer la disciplina orgánica y el respeto de los acuerdos.

Pero la ponencia no sirvió para solucionar el mayor de los problemas de la Confederación. Finalizado el Congreso en el que Germinal Esgleas fue elegido General y Federica Montseny, vocal, estalló la división entre las dos facciones del movimiento con ocasión de la entrada de los libertarios en el primer Gobierno de la República en el exilio. El 17 de agosto de 1945, Martínez Barrio fue elegido Presidente de la República. José Giral sustituyó a Negrín como jefe del ejecutivo y formó Gobierno. José Leyva, en la cartera de Agricultura, y Horacio Prieto, en la de Obras Públicas, representaban en él a los anarquistas. En septiembre se reunía una Plenaria del Comité Nacional de CNT en el exilio, en la que se desautorizaba a los ministros libertarios, lo que implicaba desvincularse de las decisiones del Comité del interior (el residente en España) que según el Congreso de París era el «único Comité Nacional» del movimiento y no reconocer su autoridad fuera de la Península. El sector

«posibilista» vio en este gesto un ataque a las conclusiones del Congreso de París y procedió a desautorizar al Comité Nacional en el exilio y a nombrar a un nuevo Comité que tomó el nombre de «Subcomité Nacional de Francia». Por su parte, y a instancias de Esgleas, la Regional de Toulouse, en diciembre de 1945, decretaba la expulsión fulminante de los militantes que hubiesen colaborado con el sector «escisionista». A la de Toulouse le siguieron el resto de las Regionales de Francia y del mundo. Por fin, la escisión se había materializado. Y habría de durar 16 años.

La conversación se había ido alargando más de lo debido. Mi compañero hablaba y hablaba y yo le escuchaba embobado sintiéndome un privilegiado. Mis preguntas sirvieron como guión inicial pero enseguida él se apartó del mismo para saltar ágilmente de un lugar a otro, de un tiempo a otro. Citaba a Víctor Hugo, a Voltaire, a Machado, a Kropotkin. Pasaba de las colectividades al Congreso de París, de Bujaraloz a los mártires de Chicago. Esgleas, Montseny, Cipriano Mera, Buenacasa. Los había conocido a todos. De todos recordaba algo. Para todos tenía buenas palabras. Lo que más me impresionaba de aquel hombre tan increíblemente lúcido era, además de una vitalidad que parecía no estar en consonancia con la edad que aparentaba, la falta de prejuicios con que se atrevía a arremeter con lo que él consideraba errores históricos del movimiento. Los años y las penalidades no habían conseguido doblegar su espíritu crítico, su voraz afán de conocimiento. Más allá del

cristal de las ventanas todo estaba oscuro. Para España la hora era más que razonable, pero para Francia era casi una aberración. Aún no habíamos hablado de la reunificación y me quedé todavía a escucharle.

Las palabras de mi primer contacto, a pesar de su hostilidad, no parecían confirmar que Buenacasa hubiese sido uno más de los militantes expulsados. Tampoco Blanca recordaba que su padre hubiese dejado de cotizar a la CNT en ningún momento. El testimonio de mi compañero apenas sirvió para aclarar tal extremo. Hay que pensar que Buenacasa mantuvo la militancia y los contactos con el sector «ortodoxo», si bien colaboró activamente con *España Libre*, el periódico oficial del sector «posibilista», con artículos en los que mantenía una postura más que crítica con la situación. Buenacasa volvía a la postura mantenida en 1933 con la publicación de *La CNT, los Treinta y la FAI*. Tozudo como afirman que era quienes le conocieron, Buenacasa seguía pensando que era absurdo fragmentar el movimiento en banderías sin haber llevado a cabo la finalidad para la que había sido creado. Conseguir la unidad de la vieja confederación se convirtió en su obsesión.

La ansiada reunificación tuvo lugar formalmente en 1961. En marzo del año anterior, la facción «posibilista», reunida en Pleno Nacional en Clermont–Ferrand se manifestó partidaria de la unidad. Ese mismo año, en agosto, los «ortodoxos» se reunieron en Limoges para debatir las circunstancias en que aquella habría de producirse. El

primero de noviembre los Secretarios Generales de ambas facciones firmaron un documento ratificando su voluntad de hacer efectiva la reunificación. En agosto de 1961 se celebró en Limoges el Congreso de Federaciones Locales en el que la Unidad quedó sellada. Mi interlocutor participó de forma destacada en el Congreso asumiendo responsabilidades orgánicas de tal forma que sus recuerdos al respecto eran extraordinariamente claros. Concretamente recordaba cómo, a la entrada del recinto en el que se celebraba el Congreso, un «vejete» hiperactivo de 76 años era interceptado por varios camaradas que pretendían impedirle el paso. No le perdonaban su actitud crítica durante todos aquellos años. «¡Cómo íbamos a permitir que el histórico Manuel Buenacasa se quedase sin entrar!» recordaba casi llorando mientras se esforzaba en explicarme cómo él y unos cuantos militantes considerados le facilitaban el acceso a aquel Congreso en el que la Confederación volvía a ser una pero ya no la misma.

La conversación hubiera podido durar años, pero era ya demasiado tarde. Tenía que volver a Toulouse a tiempo de encontrar un lugar en el que poder cenar. Estaba seguro, además, de haber colmado toda mi curiosidad. En la pared, la fotografía de Anselmo Lorenzo seguía tutelando nuestra velada. Me acordé del encuentro relatado por Buenacasa en *Figuras ejemplares que conocí* con un Anselmo Lorenzo al que quedaban pocos días de vida. Ocurrió en 1914. De la misma forma mi compañero había conocido a Buenacasa en

sus últimos años de vida y yo a él también al final de sus días. En aquella fría habitación abuhardillada la presencia de Lorenzo se mezclaba con la evocación de Buenacasa y los recuerdos personales de quien me hablaba en una cadena imaginaria que empalmaba a Lorenzo, Buenacasa, a él y a mí mismo. La sensación que yo tenía era la de estar asistiendo a los últimos coletazos de una especie frágil y preciosa en irreversible proceso de extinción. La muerte de los últimos protagonistas de aquellos años quebraría definitivamente la cadena. A partir de entonces sólo podríamos echar mano de los libros y de los recuerdos enlatados. Mi compañero me acompañó hasta el coche. Apretó mi mano con lágrimas en los ojos y me despidió con hermosas palabras. Mientras maniobraba, las luces del coche iluminaban su frágil figura recortada sobre la oscuridad que invadía los campos. Cuando el rayo de luz enfocó hacia la carretera, la noche pareció engullirlo y ya no volví a verlo más.

IX

A partir de aquel encuentro no dejé de plantearme la siguiente pregunta: ¿Qué sentido tenía negar el acceso de Buenacasa a un Congreso cuyo principal objeto era precisamente finiquitar la histórica división que venía debilitando al movimiento libertario desde hacía tanto tiempo? Mi

«fuente» repitió la misma versión de los hechos en cartas posteriores sin contradicciones por lo que sigo inclinado a pensar que todo ocurrió según su relato. Ello significa que Buenacasa, en el momento de celebrarse el Congreso, había adquirido el estatus de «persona non grata» entre determinados sectores de la militancia capaces de llegar al extremo de exteriorizar su disgusto casi con la fuerza física. Conseguí entenderlo tiempo después cuando cayeron en mis manos varios números de *Uno*, el boletín mensual «al servicio de los amigos de la Unidad de la CNT de España» que el llamado «Consejo pro-Unidad de la CNT». vino editando, entre febrero de 1958 y 1960, desde el mismo domicilio de Buenacasa en Bourg-les-Valence y pude leer los deslenguados artículos que el viejo Buenacasa se atrevió a publicar en él. Como decía en su cabecera, *Uno* era «el indicativo del verbo unir y el primer número de la aritmética», también era el portavoz oficial de dicho Consejo, del que Buenacasa formaba parte junto con Paulino Malsand, Francisco Troyas, Gregorio Oliván, Pablo Serrano, José Martí y Francisco Rodríguez. El hecho de que se editase desde el domicilio de Buenacasa lleva a pensar en él como un proyecto casi personal. Ello se deduce también de las copiosas contribuciones económicas que Buenacasa hizo al proyecto y de la profusión de sus colaboraciones. Su presencia llegó a ser tan frecuente que decidió resucitar varios de sus alias clásicos, tales como M.B. Tomeo o Manuel S. Ordo (recordemos que su ficha de ingreso en prisión en

1911 nos decía que Buenacasa era «un poquito sordo»), para intentar camuflarse.

El Buenacasa que empuñaba la pluma en *Uno* no tenía ningún miedo a llamar a las cosas por su nombre. Era el mismo que cuarenta años antes pretendió, al frente de *El Productor*, iniciar una vía de debate autónoma al margen de los órganos oficiales de expresión del movimiento. Su irreverencia le llevaba a cuestionar actitudes e incluso certezas con la clarividencia que le otorgaban sus años y la energía que sólo podía ser producto de su eterna juventud militante. Su aspiración, como la del resto de los integrantes del Comité, era propiciar la unidad del anarquismo español. Para ello, como ya hiciera en *El Productor*, no dudó en desenterrar viejas polémicas si eso le ayudaba a dar consistencia a sus argumentaciones. En uno de los números de *Uno* se publicaba una carta que Buenacasa dirigió a Germinal Esgleas con fecha 7 de septiembre de 1946 en la que proponía la creación de una ponencia integrada por miembros de ambas facciones de CNT como medio de superar diferencias y de evitar la división. Hasta que la ponencia fuera constituida él mismo se ofrecía para mediar entre ambos sectores. Según se decía en *Uno*, Germinal Esgleas, nunca le respondió.

Pero no terminó la labor agitadora de Buenacasa con la tan largamente deseada reunificación. Quedaba llevar a cabo la Alianza Sindical Obrera. Constituida en 1961 en Francia, significaba una nueva aproximación entre UGT y CNT a la que

se sumaba también el sindicato vasco STV. Los motivos de la entente entre las viejas fuerzas sindicales respondían principalmente a la necesidad de contrarrestar la incipiente influencia de los sindicatos comunistas y la penetración del sindicalismo vertical franquista. Buenacasa dedicó sus últimas fuerzas intelectuales a conseguir ir más allá de la Alianza. Aquellas viejas palabras pronunciadas en 1936 reivindicando la unidad sindical como presupuesto para alcanzar la victoria en la guerra resonaban todavía en su memoria no como un eco del pasado sino como un verdadero proyecto de futuro para el sindicalismo de izquierdas. En julio de 1964, cuatro meses antes de morir, Ediciones Salvador Seguí publicaba en México, bajo el título explícito de *Por la Unidad CNT-UGT*, la que iba a ser la última obra de Manuel Buenacasa. En apenas noventa páginas se recogía el texto ampliado de una conferencia que Buenacasa pronunció en Valence el 2 de febrero de 1964 con el título de *Perspectivas del Movimiento Obrero Español* en una reunión conjunta de las fuerzas que integraban la Alianza Sindical en el departamento de Drôme. El objeto de dicha conferencia, también pronunciada en Toulouse, Montpellier y Grenoble, era ser aprobada por dichas fuerzas presentes para ser remitida al Comité Coordinador de la Alianza y éste, de estimarlo conveniente, a las fuerzas sindicales representadas. Buenacasa, viejo y disciplinado militante, acataba el conducto reglamentario y canalizaba a su través su última iniciativa dirigida a conseguir eficacia. La eficacia que admirase en los primeros días de la Revolución rusa. La

eficacia con la que consiguió sacar adelante el mítico Congreso de la Comedia. La misma eficacia que vio desvanecerse ante la crisis de «los Treinta» en 1931. La que volvió a amenazar al movimiento en la escisión de 1945. Su vida como militante fue una larga y accidentada carrera en pos de la eficacia. Y todavía en sus últimos días, entendía que la más eficaz de las estrategias que el movimiento obrero español podía afrontar era la de fusionar las dos grandes centrales en un poderoso frente sindical.

El relato de los esfuerzos realizados por Buenacasa para conseguir que lo que él llamó «la obra más importante de mi vida» llegase a la imprenta nos llega a través de varias cartas manuscritas depositadas en el Instituto de Historia Social de Amsterdam y ofrece el mejor resumen de lo que fue su vida. Las cartas van dirigidas a Fernando Gómez Peláez, antiguo director de *Solidaridad Obrera* y en ese momento del Centro de Estudios Sociales de París, solicitando su colaboración en orden a obtener la ayuda del Centro para su publicación. Buenacasa en ese momento tenía setenta y nueve años. Tal y como reconocía en sus cartas tenía problemas de salud. Hablaba de dejarlo todo arreglado por si tenía que «marcharse» pronto. El tono de sus cartas no es, sin embargo, el de alguien exhausto. Muy al contrario, solicitaba la colaboración de su amigo en un tono optimista, cargado de ilusión, ofreciendo sus «propias» fuentes de financiación (un préstamo de 500 francos de su hija Blanca). Su lucidez llegaba al punto de intuir las dificultades que Gómez iba a

tener para atender a su demanda culpando de ello a las presiones que sin duda recibiría de las «altas y medianas instancias orgánicas de la CNT». Altas instancias a las que no duda en llamar «clan dominante». Todavía rebelde y capaz de plantar batalla se revolvía ante la falta de financiación tanto de su Federación Local como propia para preguntar «¿a quién puedo dirigirme para que el papel impreso no se pierda?»

También los recuerdos de Blanca sobre aquella época resultaban intensos. Paradójicamente, había olvidado casi todo lo relativo a la militancia. A lo largo de las conversaciones que fuimos manteniendo tuve el placer de revelarles detalles sobre la vida de su padre que ella decía ignorar. Sus recuerdos se ceñían a los aspectos más sentimentales de aquellos años en los que vivió en compañía de su padre y su madre en Bourg–les–Valence por fin de manera sedentaria. Recordaba a la perfección el intento de asesinato que sufrió Buenacasa poco antes del final de la guerra, probablemente en 1944. Vivían todavía de alquiler en una casa de la ciudad y Buenacasa estaba asomado a una de las ventanas del último piso. Una bala pasó rozándole. Blanca repetía todavía sus palabras: «Han sido los comunistas». Tras la muerte de Simona, Buenacasa se fue a vivir con su hija estableciendo su taller en los bajos de la casa en la que aún hoy viven Blanca y Pierre. Cuando yo visité a Blanca, las máquinas del taller de carpintería de su padre seguían dispuestas en el mismo lugar en que él las dejara. Pierre era

ahora el que en ocasiones las hacía funcionar pero eran las mismas que Buenacasa utilizó y seguían allí como testimonio del oficio manual que le había proporcionado el sustento económico durante toda su vida. Con respecto a las peculiares relaciones de Buenacasa con el dinero, Blanca recordaba cómo los 36.000 francos que recibió de los nazis en concepto de indemnización por su internamiento fueron repartidos entre sus compañeros de exilio a los que personalmente llevó su parte a diversos lugares de Francia o cómo le reconocía que la pensión de jubilación que percibía apenas le llegaba para pagar los sellos de la numerosa correspondencia que mantuvo hasta el último día de su vida. Los recuerdos de Blanca situaban a su padre en un viaje constante. De hecho, su lugar favorito para pasear era la estación de tren de Valence de la que conocía todos los horarios. Dos días antes del 6 de noviembre de 1964, había vuelto de Ginebra de participar en un mitin. A su edad ya no era amigo de pasar las noches fuera de casa. Solía tomar el tren a las dos o las tres de la madrugada y dedicaba toda la jornada a viajar llegando a casa siempre a tiempo de dormir. Ese día se encontraba en casa de un compañero español cuando la muerte le llegó de repente. Simona, su eterna compañera, la mujer que le acompañó en sus múltiples desplazamientos, que le esperó a la puerta de la prisión, y le apoyó sin fisuras en su arriesgada opción personal, había muerto en 1955.

La preocupación que en los últimos momentos de su vida manifestó por la pervivencia de su trabajo resultaba totalmente fundada. Algunas de las obras que escribió se encuentran solo en archivos (muy pocos) o bibliotecas muy especializadas. Otras muchas probablemente han desaparecido para siempre. Su principal obra *El Movimiento Obrero Español 1886–1926* fue oportunamente reeditada no hace muchos años en España. Gracias al empeño de las personas que conocieron a Manuel Buenacasa y que, por encima de la consideración hacia el militante, sintieron admiración y respeto por el hombre, ha llegado hasta nosotros. Probablemente gracias al texto que su amigo Juan Manuel Molina remitió a «todos los amigos de Buenacasa» solicitando su colaboración para evitar que su obra se perdiera y que felizmente recuperó Blanca entre los trastos viejos de su casa.

A TODOS LOS AMIGOS DE MANUEL BUENACASA

A TODOS LOS LIBERTARIOS

Compañeros: Aunque desaparecido físicamente en fecha reciente, Manuel Buenacasa sigue viviendo en nuestro recuerdo.

Con él ha desaparecido uno de los luchadores idealistas últimos que quedaban y que fueron los fundadores de nuestro movimiento. Su figura, eternamente sonriente y optimista, llena toda la Historia de la CNT.

Con la esperanza de que un día pudiéramos publicar algunos de sus escritos más importantes, antes de morir, nos confió la documentación que ha podido salvar en su vida de militante eternamente perseguido.

Fieles a su memoria, tenemos el firme propósito de que su obra no quede en el olvido.

Por ello hemos resuelto publicar inmediatamente sus dos obras más importantes:

. EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL, 1886–1926. (Historia y crítica) con prólogo de Max Nettlau, libro rarísimo de encontrar desde 1926 en que apareció y que recoge la Historia del movimiento obrero desde que la dejó Anselmo Lorenzo en EL PROLETARIADO MILITANTE hasta 1926, y que es el único documento existente para conocer las luchas obreras en España en el primer cuarto de siglo.

. FIGURAS EJEMPLARES QUE CONOCÍ, que es una especie de autobiografía, y en donde desfilan los más destacados militantes de la CNT como Vicente Carmona, Teresa Claramunt, Ramón Acín, Anselmo Lorenzo, Juan Pey, Evelio Boal, Salvador Seguí, Max Nettlau, Durruti, Mauro Bajatierra, etc. Así como relevantes figuras de la vida política española como Don Joaquín Costa, Eduardo Barriobero y Pablo Iglesias.

Este último manuscrito lo escribió en los últimos años de su vida.

Los dos libros se publicarán en un solo volumen, ya que por su carácter histórico se complementan.

Para poder llevar a cabo tan necesaria e interesante empresa recabamos el concurso de todos los militantes que habiendo tratado y querido a Manuel Buenacasa quieran contribuir a esta edición suscribiéndose con un anticipo que será reembolsado a medida que se vayan colocando los ejemplares del libro, o a cuenta del libro cuando aparezca.

En la seguridad, de que contribuiréis el mayor número posible, os saluda, **POR UN GRUPO DE AMIGOS DE BUENACASA**

Juan Manuel Molina.

El libro del que habla Molina fue efectivamente publicado en París en 1966 por «Familia y amigos del autor». Fue él quien firmaba el prólogo que se incluía en dicha edición. Salvo en dicho prólogo, dicha edición coincide casi en su totalidad con la realizada por Editorial Júcar en 1977 que, probablemente, ustedes conocen.

X

Difícilmente podré corresponder algún día a las atenciones con que Blanca y Pierre nos obsequiaron durante nuestra visita a Bourg–les–Valence. Dejaron que grabásemos las conversaciones y que tomáramos fotos. Nos invitaron a su mesa y nos abrieron el cajón de sus recuerdos para que dispusiéramos de ellos de la manera que nos pareciese conveniente. Teníamos ya que volver a España y antes de la despedida les pedí ver la tumba de Manuel. En el cementerio, me llamó la atención la ausencia de símbolos religiosos. Estábamos en Francia, un país laico y aconfesional de verdad. También me fijé en los apellidos que aparecían en muchas lápidas. Su terminación delataba su origen: armenios. Miles de ellos llegaron a Valence huyendo del genocidio turco a principios del siglo XX. La tumba que compartían Simona y Manuel era blanca, muy sencilla. En aquel lugar, lo mismo que mientras redacto estas líneas que ya tocan a su fin, hice un rápido inventario mental de la vida de Manuel Buenacasa. Había nacido en el mismo lugar que yo. Había vivido en la misma ciudad que yo. Poco más. El había elegido caminos que ya no pueden recorrerse. Había exhibido un coraje que yo no poseo. Había terminado sus días lejos de su lugar de nacimiento rodeado de supervivientes de uno de los peores genocidios de la historia. A veces pensamos que nacer en un determinado lugar nos marca de forma definitiva para el resto de nuestras vidas,

que una especie de amable determinismo guía nuestros pasos. Pero casi nunca es así. La vida de Buenacasa es un ejemplo claro de ello. Por su nacimiento, por su pertenencia a una determinada clase social, su destino estaba escrito desde mucho antes de venir al mundo. Cientos de caspolinos nacieron en condiciones similares y sus vidas discurrieron exactamente dentro de los parámetros esperados. De haber cumplido con lo que de él se esperaba, probablemente habría sido enterrado en el cementerio de Caspe, rodeado de cruces, en compañía de mis propios abuelos. Pero Buenacasa hizo del incumplimiento norma y es, sin posibilidad de duda, en el cementerio de Bourg–les–Valence, rodeado de perseguidos, donde su lápida ocupa el lugar que le corresponde.

Tanto en este preciso momento, mientras escribo estas líneas, como hace un año en el cementerio de Bourg–les–Valence, viene a mi mente Manuel Buenacasa no como un aguerrido líder sindical o un fugitivo de la justicia, sino como un niño de ocho años que atraviesa las calles desiertas de Caspe camino de la escuela. Su madre le ha peinado cuidadosamente y él desciende las cuestas empinadas de su barrio todavía medio adormecido, con la extrañeza y el miedo que asaltan a todos los niños en su primer día de colegio. Le veo entrar, acobardado, en el aula y ocupar su sitio en un pupitre. Puedo verle, con claridad, mientras garabatea torpemente sobre el papel. En ese preciso momento, que tan nítidamente percibo, un orden viejo y

sagrado se resquebraja sin posibilidad de enmienda. A veces la vida de una persona se decide en un pequeño acto; en un detalle sin apenas relevancia cuya determinante importancia se manifiesta nítidamente muchos años después. Hoy veo claro cómo ese pequeño gesto cambió la vida de Manuel Buenacasa. En el mismo instante en que empuñó su plumilla, una ventana se abrió ante sus ojos permitiéndole atisbar territorios vedados, hasta ese momento, a la mayoría de sus paisanos.

Buenacasa no cumplió las expectativas que la férrea sociedad española de finales del siglo XIX había depositado en alguien como él. Precisamente él y otros muchos como él habrían de poner en quiebra todo el sistema de valores sobre el que dicha sociedad se asentaba. No hay duda de que Buenacasa encarna a la perfección el paradigma de una determinada España que había confiado a la educación y la cultura todas sus posibilidades de redención y progreso. Una España que, por inercia o quizá por mezquindad, se identifica recurrentemente con la burguesa Institución Libre de enseñanza y la recua de intelectuales y profesionales nacidos en su seno pero que también hunde sus cimientos en la anónima labor de cientos de heroicos maestros rurales; en la escuela racional de Ferrer y Guardia; en la rica vida cultural de los ateneos libertarios y los casinos republicanos; en la efervescencia de la prensa obrera, en el asociacionismo; en el culto a las teorías higienistas; en las primeras experiencias naturistas y vegetarianas; en la novela popular; en cientos de

compañías teatrales formadas por campesinos y obreros; en las primeras experiencias cinematográficas. En definitiva, en la concienciación por parte de los sectores más desfavorecidos de la sociedad española de que su ansiada liberación económica y social era esencialmente inseparable del acceso al saber y que éste, por primera vez en la infausta historia del país, estaba al alcance de sus aspiraciones como colectivo. Una España *eficaz*. La España de la cultura y de la acción; de la teoría y de la práctica; de la rabia y de la idea. ¿Algún parecido con la que ustedes conocen?

IMÁGENES DE SU OBRA



apasionados
puedan volar todas

LA LUCHA

285

C.N.T. A.I.T. F.A.I.
ESCUELA DE MILITANTES
AVENIDA B. DURRUTI, 22 Y 24

BARCELONA, 12 de Junio de 1937

Comaratas del Sindicato de la Industria de
Papel y Artes Graficas. Recibida vuestra comunicaci
on la que nos comunicais el acuerdo de agitar a
nuestra Escuela os damos las gracias y os adjuntam
el recibo correspondiente al mes en curso.

Con nuestros saludos anarquicos

Por la Comite Regional
C.N.T. F.A.I.

Manuacasa



sobre todo será la más ga
periódico viene a la vida, y

Para propagar el ideal

Para revisar la actuación
atas españoles en el sindica
os últimos años.

Para propulsar un movi
ero netamente anarquista, y

Para defender a todos los
de la tierra y principalmen
que se hallan encarcelados o

los, s. expuesto a grandes rasgos,
programa.

decimos más arriba, EL PRO
R no es de nadie, lo que quiere

es de todos los buenos. A dis
de ellos lo ponemos desde hoy.

nuestro saludo fraternal, por
de las fronteras, a cuantos lu
or el adve

los igual
as tendr
eresados

Por el

Redac
ta Adela

Buenac
inguez,
anes.

Tercera. Porque se consintió
perdiciar algunas buen
realización resu

Este

El

tercer

comen

tido qu

las cau

C. N. de

do) "se

nas ocas

naia."

Peiró dice

hablamos, ten

ra (sic.) que

naia debía pla

bertario.

Y luego dice:

el espejo

MANUEL BUENACASA

¡Más Lejos!

Novela escénica en dos jornadas,
divididas, la primera, en tres
capítulos y otros tres la
segunda, más un
prólogo en
prosa.



ROSA (historia de una mujer del pueblo)
por MANUEL BUENACASA

El haberm
car la labor reformis
representativos de la
vez de ir directamente
ción de toda la const
Nosotros sólo vimos
Confederación, la fin
libertaria, puesta en
calor de las discusiones
ros que acudieron a los
después ha servido d
entreteener anarquistas.
ta posición, hemos que
hombres representati
francamente anarquista
mo se les podía pedi
historial ideológico, q
matizada de anarqu
oportunistas de adapta
lítico y económico de
fatalmente resultante
nidad del organizam

MANUEL BUENACASA

**EL MOVIMIENTO
OBRERO
ESPAÑOL**

HISTORIA Y CRÍTICA

1886

CNT

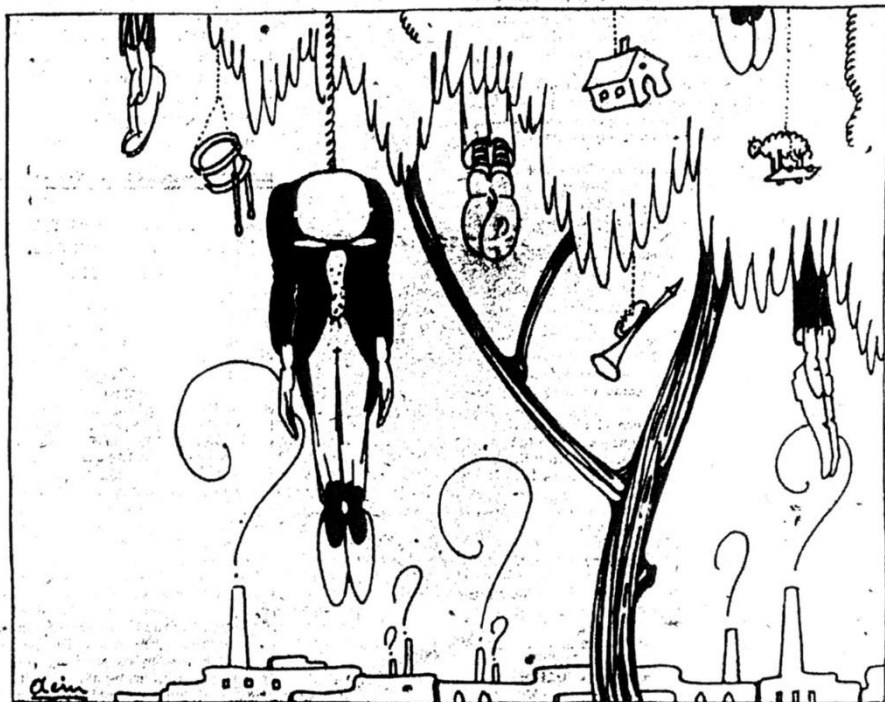
1926

El libro de Buenacasa y los presos

El compañero Buenacasa nos ruega hagamos saber a los que le adeudan cantidades por su libro *El Movimiento Obrero Español*, que renuncia a ellas en beneficio de los presos.

Tomen nota de ello particularmente los camaradas de Manresa, el compañero Beraza, de Zaragoza, y sobre todo Manuel Pérez, de Huelva.

Bien entendido que es voluntad del donante que las dichas cantidades sean entregadas a LA REVISTA BLANCA y a nadie más.



«Hay quien se ahorca por no poder adquirir para sus hijos ciertos juguetes, ¡están tan altos!»
Dibujo de Ramón Acín. Publicado en *El Productor*, 8 de enero de 1926, pg. 5.

Steubenville, Ohio, Enero 1928.

Revista Unica



COLABORADORES DE LA ENCUESTA

M. Nettlau, M. Buenacasa, E. López Arango, Juan Grave, Miguel Giménez, Un médico rural, Sebastián Suñe, C. M. Marino, Federica Montseny, Artemis Minerva, W. C. Cwen, J. J. Pastor, M. Pierrot, M. Torres, R. Pérez, Paul Reclus, Carlos Malato, E. Armand, P. Ramus, F. Barthe, L. Bertoni, A. Botelho, G. Durante de Cabarga, J. M. Blázquez de Pedro, G. Damiani, Dionysios Lu-Chien-Bo, C. Berneri, J. Martín, F. Quintal, A. Estévez, J. Agostinho Neves, David Díaz, Rudolf Rocker, Luigi Fabbri,

apasionados
puedan volver todas

E.BÉNISTERIE

MENUISERIE

E. BUENACASA

ARTISAN

11, CHEMIN DE CHONY, 11
BOURG-LES-VALENCE

E. M. Romons 7.876

E. M. Romons 7.876

13 - 9 - 954

Compañero Director de "Soli"

Te adjunto, para que lo conozcas,
un manifiesto que acaba de ver la luz.

Si se puede publicar o dar cuenta de él
en "Soli", te lo agradeceremos y si no, tan
amigos. Lo hemos enviado también a
C.N.T. y a "España Libre" por que ca-

recemos de direcciones suficientes para darlos
a conocer a un número de compañeros. Si crees

al mayor número de compañeros. Si crees
- caso de no poderlo reproducir en el perio-

dico - que podéis intercalar algunos ejemplares
dentro de los paquetes que enviáis - por lo

menos a las localidades más importantes de
fuera de París - me lo dices y te enviaré

un centenar o dos de ellos.

Con nuestros saludos

los mios más fraternos

aquella practi-

Gabriel Alomar

defender ni un solo instante

tiempos
NUEVOS



TIEMPOS
NUEVOS



los mon
e much
ontrár
d, per
dad
adq
en
e

125-B-2-2

AÑO III

Barcelona, 1.º Diciembre de 1936

NUM. 9

REVISTA DE SOCIOLOGÍA, ARTE Y ECONOMÍA
tiempos nuevos

Administración: UNIÓN, 7, Entlo. • Teléf. 23658 - Barcelona

[illegible]

Empie

Tema: Revisión de la obra.

El PROHIBITOR viene a cumplir su
palabra de mejorar la revisión de la obra
de las actividades en el sindicalismo en
sus motivos del desahogarse y de la
Nacional del Trabajo son tantos y
tan diversos, que reputamos como fun-
damentales y merecedores todos.
nuestros por los temas
siempre sobre la base de
exquisitas en pri-

[illegible][illegible]

Aquí está la gran tentación, mejor di-
 cho, la gran cooptación de los hijos,
 aquí tienen su castigo. El principio tan luminoso
 es, de que para conocer la luz, uno
 sea absolutamente necesario que sien-
 ta y no siempre sea sólo el haber-
 presenciado, por más que sea sólo admitido en
 la sombra. Pero parece increíble
 haberlo ingenuamente en el número que
 preguntado si el espíritu humano
 tras el tan vasto, por el espíritu humano
 está intrínseco al mismo, pero en esta
 que después de todo, no podría
 ser el fundamento de todo, no la razón
 de la instrucción de las leyes del
 que instruíste. El hombre que
 que necesitaba de consultar una
 que no piensa; si el alma
 que en la ciencia, el orientador
 no, la interior virtud de los
 que la idea de
 que...

de los anarquistas en el movimiento obrero. Que la discusión sea serena, y la tarea y que sus consecuencias sean beneficiosas para la causa obrera, es lo que desea

El Proletario.

Barcelona, Noviembre de 1920.

—

de la palabra

Auto sea el derecho que me da parte en esta discusión y en esta discusión de cinco años. Mi su- cribición parte, se lo que de lo que de auto- amigos o admi- On-

que contra-
personales,
el compa-
en su pa-
ría estar
a. Hace
dándolos
de decir-
EL
con-
a ne-

ser tanto queda dis-
tución y el fin de
de todo lo expre-
gún parecer al expe-
necesario que conste
en un momento des-
o algo peor es lo es-
olo que si pueden ser crui-
har de estar siempre inus-
a las ideas en pri-
ni efecto a todos los
tinción sea total de
me separo de esta
ción de la
vida civil de
a ne-

PRO

4 mil millones

NÚM. 1

Adarén y...

a que sea eficaz la propaganda

... que el socialismo de Estado aparece vaci...
... para resolver, ni siquiera de momento, los pro...
... en su aspecto reformista—ligatras, por lo p...
... revolucionario—Rau— se le ofrecen al an...
... en los que pasará, con seguridad de re...
... se propaga...
... que ésta, no se mlogre, es preciso, a...
... Para que ésta, no los méritos hasta aquí usado...
... muchos que en toda ocasión y circunstancia...
... que, cuando, no además, f...
... sus rñidos...
... ar del cony...
... de ca...

de una observación penosa, esto es, el efecto de la unión heterética del alma y el cuerpo, unido en la causa de la sustancia, ofuscado por la materia, la conciencia y su grandísima parte de la función que de su penetración, de sus elementos que formaban sus principios y su propiety? Otros atribuyen el obscurocimiento a los sentidos. Según de gustar, El hombre, de la inteligencia, El fruto de la orden eterna, según de la fruición de la Ciencia, las intenciones de los, cegado la Ciencia, la mental y la vida con una buena voluntad, la vida, no puede ser una buena idea. Los ojos, se puede ser una buena idea.

Quieran

Estamos seguros de que serán cont...

que siguen
cuantos palos por par
a quienes queremos
a pesar de el
tentación o
en actu

polémica

movimiento obrero

por haber estado al frente del Comité
nacional como secretario general en el
sitio de gracia 1915-1918 «los en
tuché y el proletariado de la Confeder
naron táctica» y desde siempre, porque no
podían transigieron.»
El Regional y «Solidaridad
e encontraron acendradamente di
de mi era de oportunidad la
de mis trabajos.» Al salir
al estar en cargo porque no
transigieron que al servicio retr
y el cont

Buen
envío
servir d
Siénta

ODV
Barcelona
Calle Celestina, 98, 1º, 2º
El tabernador

El vagabundo es comunista
permanente. El trabajador no com-
parte la propiedad, el vagabundo
prende la vida y odia la
propiedad. El trabajador conser-
va, el vagabundo la de-
struye, el vagabundo cam-
pea.

El uno quiere que
se le dé el otro que
no quiere.

En presencia del
diccionario nacional
El antiguo pas-
por nuestro le
ofreció toda la
literatura de la
institución.

Gabriel Alomar

LA PENA DE MUERTE

deben leer todos los hombres de ge
sentimientos y amantes de los
diciones: una a
de lujo

xión, calen-

quieran..
M. MRATCHUY

Y nos dirigimos al Comité de los anarquistas presos en Rusia. El secretario de dicho Comité es homónimo de mi hermano, pero es justo e imparcial; de cultura nada común y de profundo conocimiento de las sucesiones en la vida social, es un fiel observador, veraz en sus noticias ha remitido unas cuartillas del valor documental de los hechos y por tanto innegables.

Profundamente humano, totalmente desinteresado, se preocupa por la defensa de los no anarquistas del poder ominoso de los tiranos.

OR
PRECIO 15 CÉNTIMOS
debe ser
productor"

...as amansa e
...los personas
...concedida y a
...ta de nuestra
...en España una
...el empuje;
...mbres de buena
...en principio,
...en período, de
...Se trata de un
...preguntar si algu
...de nuestra intenc
...nos proponemos dar
...responde a una necesidad
...a la necesidad que
...publicaciones de
...Sparecen.
...a cabo la labor que abaja
...lleva a cabo el órgano
...nos, precisa de las dispo
...nos, socorrido a los intere
...organización, de los intere
...no convencionales par
...ción

[illegible][illegible]

Quieran o no quieran
M. MRATCHUY

Estamos seguros de que, las ideas que siguen serán contestadas con unos cuantos palos por parte de los camaradas quienes queremos aludir. Sin embargo a pesar de ello, no podemos rehusar la tentación de escribirlos y publicarlos en un acto de obligado agradecimiento.

Los colaboradores han hecho bastante, ¿no es verdad? ¿no decirlo nosotros?

Queríamos saber algo de los miembros del partido gobernante de los países que hacen allí contra los hombres de ideas.

Lo que nos cuentan los periódicos de la burocracia o de los partidos reaccionarios, no lo creemos.

Tampoco habríamos de creer en los testigos que nos presentan esos testigos que están en todas partes, ninguna parte aferrados al fanatismo.

Comité de

EL PRODUCTOR
NÚM. 1 | Redacción y Administración Calle Cataluña, 29, 1.ª
Barcelona 7 de Noviembre de 1925 | PRECIO 15 CÉNTIMOS

Lo que debe ser "El Productor"
En todos los amigos y simpatizantes
... error, analizar la responsabilidad de cada y cada el moun...
... eficacia desinfectiva que...
... la más clara y luminosa...
... air en que los desvelos...
... paciones no se pr...

El tabernador y el magabundo
... eficaz
... por tem...

[illegible]

El labrador y el vagabundo

peramento;
ta. El labrador no
sine la propiedad, el va
prende la vida y odia la
El labrador construye talle
don, el vagabundo las sala
dur accla campos, el va
crusa.
El uno quiere que su
ra sea, el otro que la d
todos.
En presencia de la t
ción natural, del hom
El antiguo pastor o
lor, nuestro lejano co
nifista todavía co
institutos.
El labrador ve
inter

Lo que debe ser
"El Productor"

[illegible]

MANUEL BUENACASA EN SUS TEXTOS

Miscelánea, 1917–1964²⁴

²⁴ *Selección de Jesús Cirac y José L. Ledesma. Notas de José L. Ledesma.* En la presente antología de textos, se ha respetado la grafía original del autor, tal como aparece en los artículos publicados, excepto en el caso de las erratas y faltas ortográficas más incontestables, que han sido corregidas. Ello implica que han sido mantenidos los numerosos galicismos –cada vez más abundantes a medida que se prolongan sus exilios franceses–, expresiones equívocas y confusas, puntuación, etc. achacables al autor, así como, incluso, algunos «neologismos» y transcripciones particulares de nombres de personas y ciudades extranjeras.

¡¡RUSIA!! ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA ²⁵

25 *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época IV, año XI, nº 653:12 de noviembre de 1917. Con los «diez días que conmovieron al mundo» (John Reed) todavía recientes, y sólo un día después de que la «*Soli*» la recogiera por vez primera en su editorial, Buenacasa aborda en este artículo el proceso aún abierto de la Revolución rusa. Como se verá en esta selección de textos, sus posturas hacia el fenómeno revolucionario ruso, como en otras grandes cuestiones, sufrirán drásticas mudanzas. Pero por lo pronto, según se lee en este temprano artículo, Buenacasa muestra un indisimulado optimismo hacia esa revolución. Una recepción esperanzada que, aunque compartida por la mayoría del mundo libertario en los primeros meses, y acaso años, del régimen soviético, hará de nuestro autor uno de los más radicales entusiastas de la experiencia bolchevique en las filas cenetistas. Con cartas de presentación como ésta o su fe anarcosindicalista, Buenacasa estaba en esos momentos irrumpiendo en el primer plano de la CNT en el marco del recambio generacional que se vivía en su seno. De hecho, este artículo llegaba también en un momento significativo, pues la víspera había accedido al control de *Solidaridad Obrera* un nuevo equipo redactor que, encabezado por Ángel Pestaña, sustituía al de la vieja guardia de «sindicalistas revolucionarios» fundadores de la CNT. *Solidaridad Obrera* —«Diario Sindicalista. Órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo»— representó sin lugar a dudas la principal publicación periódica del mundo libertario en sus distintas etapas entre 1907 y 1939 —y después en el exilio—, su más poderoso órgano de propaganda y una pieza clave en los equilibrios de «poder» entre las distintas corrientes del entorno cenetista catalán e ibérico. Véase, para enmarcar estas cuestiones, Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914–1918*, Crítica, Barcelona, 1978 (esp. pp. 257–264, 284–291 y 362–376), y Susanna Tavera, *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista (1915–1939)*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1992.

Un telegrama de Londres, dice lacónicamente que no se reciben de Rusia otras noticias que las que remite el soviet de Petrogrado, lo que demuestra claramente que las comunicaciones y la capital de Rusia están en poder de los revolucionarios.

¿Cuál es el motivo real de la «última» revolución rusa? Esto es lo que nos proponemos explicar a nuestra manera.

En Krostandt, importante población del ex imperio moscovita, y en toda aquella provincia, sus habitantes viven ya lo que muchos han considerado una quimera o una utopía. Desde mayo del presente año, después de la revolución que hiciera rodar el trono de los zares, se vive en krostandt en plena libertad económica y política; enfrente del actual estado ruso se encuentra la región mencionada que vive felizmente su nueva vida, sin trabas ni estorbos de ninguna clase.

Ya en las primeras etapas de la revolución, el municipio comunista (sic) hizo equitativamente el reparto de la tierras y útiles de producción a los Comités que así lo reclamaban. Y no deben pasarlo tan mal en su nueva existencia los habitantes de Krostandt, cuando todos los Comités Agrícolas de Rusia, siguiendo aquel ejemplo, han pretendido exigir del Gobierno que acaudillaba Kerensky el reparto de las tierras y la riqueza. Y es lógico suponer que el Gobierno provisional, como todo Gobierno, no se hallaba dispuesto, ni mucho menos, a acceder a tales exigencias, y así, ha sucedido lo que

fatalmente para la vida del Estado había de suceder. Los soviets representan hoy en Rusia lo que en España las federaciones obreras, aunque su composición es más heterogénea que éstas, puesto que no son organismos de clase aunque la mayoría de sus componentes sean obreros y en los que tienen una influencia preponderante los llamados maximalistas, anarquistas, pacifistas que siguen a Lenine y Máximo Gorki.

La situación de Rusia, pues, está en manos afortunadamente de los mejores en la actualidad.

El soviet ha reconocido justa la revolución actual, pues se funda en el deseo expresado por los Comités Campesinos de que el Gobierno cumpliera con lo que había prometido a éstos y que no ha cumplido. Consecuencia de todo esto es que el Soviet se ha hecho cargo del poder nombrando a Lenine presidente del gobierno (?) y arrestando al ministerio destituido. El Soviet cumplirá, si la ola reaccionaria no lo impide, con lo que es su bandera de lucha, dando satisfacción a los campesinos rusos y obligando a toda Europa a concluir cuanto antes la guerra. A tal efecto, los emisarios del Soviet se encuentran hoy en Londres, París, Berlín, Viena, Roma, etc., donde proponen y discuten con los gobiernos y con los proletarios, la necesidad de acabar con la masacre universal. Los pacifistas rusos, hoy en el poder, ya triunfaron antes de la actual revolución, puesto que sin firmarse una paz separada con Alemania, dejaron de hacer la guerra.

Hoy tienen todas las probabilidades de triunfar sobre el mundo. Consíganlo o no, sus ideales levantados influirán beneficiosamente en la marcha de la humanidad, y la lección de los revolucionarios rusos tendrá ciertamente imitadores en otros países.

Incapaces de afirmar que el Anarquismo se implante en Rusia como consecuencia de la Revolución, podemos no obstante señalar *el caso de Krostandt*, y la misma revolución realizada con carácter libertador verdadero.

Malgré tout («Aurora Roja»), nos envía desde Rusia sus primeros vivificantes desvelos; la Revolución avanza implacable destruyendo tronos y jerarquías, los revolucionarios se preocupan de la revolución (?) al contrario de lo que sucede en España, por ejemplo. Las minorías demuestran una audacia casi inconcebible y así se explica el éxito progresivo de sus colosales esfuerzos. «Tierra y Libertad», «no más luchas entre pueblos», este es el grito que les lleva al combate...

Así y sólo así se escribe la historia.

Tomemos buena nota los que en España combatimos, tenuemente aún, por el advenimiento de una era de paz y de justicia.

SILUETAS PACIFISTAS: KARL LIEBKNECHT ²⁶

Uno de los fundadores con Rosa Luxemburgo del célebre grupo alemán titulado *Los Once*.

26 (Sic.) *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época IV, año XI, nº 681:10 de diciembre de 1917. Después de inaugurar la sección «Siluetas pacifistas» dos semanas atrás (26/11/1917) con un laudatorio artículo sobre Lenin, Buenacasa la continúa aquí con el alemán Karl Liebknecht. Liebknecht (1871–1919), hijo del fundador del SPD y diputado en el *Reichstag* (1912), combatió la orientación reformista de dicho partido y fundó en 1916 la «Liga de los Espartaquistas», de la que surgiría el Partido Comunista alemán. En enero de 1919 dirigió junto a Rosa Luxemburg en Berlín una insurrección revolucionaria cuyo ahogo en sangre incluyó el asesinato de ambos por fuerzas paragubernamentales. Resultan significativas tanto la sección en su conjunto como la inclusión del espartaquista germano. En primer lugar, muestra que la empatía de la CNT hacia la experiencia soviética se ubicaba en el marco más amplio del que fuera uno de los ejes nucleares de la Confederación de esos años: la postura antibelicista y atentista hacia la I Guerra Mundial. En segundo término, da fe de la atención cenetista hacia figuras señeras (Liebknecht, el francés Merrheim, a quien se dedica otra «silueta», o los propios bolcheviques) de un «pacifismo» tan arduo en esos años y que era campo de batalla central en la competencia sindical –y «política»– con los socialistas. Y por último, anticipaba el notable interés de la CNT hacia los intentos revolucionarios producidos en la Alemania de la posguerra, coherente con la búsqueda de cualquier ejemplo susceptible de ser imitado en España.

Cfr. Antonio Bar, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910– 1926)*, Akal, Madrid, 1981 (esp. pp. 428–451).

¿Y quién es, el que durante la guerra actual no ha oído hablar siempre con entusiasmo del célebre diputado socialista?

Su labor combatiento el kaiserismo y propagando el antimilitarismo en los momentos de mayor peligro le han dado la fama de audaz y atrevido.

Hablando de Lenin, el célebre agitador ruso, decíamos que para conseguir la paz era capaz de todo. Pero es fuerza reconocer que Lenin podía operar sobre un terreno más propicio a la consecución de sus objetivos.

Liebnecht ha tenido que luchar contra todo un estado de cosas adverso a sus ideas.

No pretendemos afirmar con esto, que el pueblo alemán quiere o desea la guerra; no hay pueblo que a tal extremo le lleve su disciplina; pretendemos solamente hacer ver la diferencia que hay entre ponerse contra los designios de un gobierno zarista en Rusia o de un gobierno imperialista de Alemania. El Estado Ruso estaba en plena descomposición y las fuerzas diversas que pudieran operar contra él tenían ganada, por la causa expuesta, la mitad por lo menos de la partida; por eso ha sido también relativamente fácil que, puestos a derrocar gobiernos, los maximalistas hayan conseguido incluso batir por la revolución y por el mismo plebiscito electoral *a los gobiernos* más democráticos y revolucionarios.

Pero al Estado Alemán era, y es aún, más difícil hacerle una seria y positiva obstrucción.

El Estado Alemán es un Estado moderno, bien constituido y organizado, que ha sabido, por una diplomacia bien estudiada, orientar a todo el país en un sentido previamente meditado y regresivo. La *Unión Sagrada* no era necesario crearla en Alemania, puesto que ya desde largos años estaba hecha y funcionaba de un modo completo sin faltarle el apoyo de nadie, ni aun el de la misma Social Democracia.

Primero fue en el Parlamento alemán que el bravo socialista se opuso a que prosperasen los nuevos impuestos y créditos de guerra, y cuando vio que en su colosal tarea parlamentaria se quedaba casi solo, recurrió a lo que debemos recurrir todos los que tenemos fe en las revoluciones: recurrió a la hoja clandestina, a la proclama y, por fin, al motín callejero en las calles de Berlín, llegando incluso a ponerse resueltamente contra la constitución estatista.

La prensa francesa encomiaba ¿y cómo no? la noble actitud de Liebnecht.

Pero un día, al hablar de las *hazañas* del diputado alemán, la prensa francesa nos sirve sus columnas en blanco. ¿Qué ha dicho Liebnecht? ¿Qué ha hecho Liebnecht? ¿Habló contra Francia? No. Habló y procedió contra el Estado. ¿El diputado y, por lo tanto, partidario del Estado, ponerse

contra el Estado? Esto no puede consentirlo ningún gobierno, aun cuando el que consume los hechos pertenezca a un Estado enemigo. Por eso la prensa socialista no nos quiso contar la última hombrada de Liebnecht.

Pero nosotros supimos lo sucedido. Algunos obreros franceses que fueron a la Conferencia de Kiental, hablaron con Liebnecht y otros compañeros alemanes y convinieron publicar una hoja explicando el caso; a nuestras manos llegó el preciado documento que yo traduje para los lectores de SOLIDARIDAD OBRERA, pero que se extravió porque la censura tenía en ello interés; no recordamos fijamente los bellos párrafos de aquella pequeña hoja, pero en ella se decía que el 1º de mayo de 1917, Liebnecht, secundado por otros abnegados compañeros de la paz, promovieron en Berlín y otras importantes ciudades del imperio, serias y tumultuosas manifestaciones que fueron ahogadas en sangre por la imbécil y disciplinada soldadesca.

En uno de los sitios más céntricos de la capital, Liebnecht repartió proclamas excitando a la revuelta contra la guerra y contra el Estado capitalista causante de esta y de todas las guerras.

Es más; los que le vieron, aseguran que defendió su vida a tiro limpio y que al ser detenido, juzgado y condenado a dos años de presidio y a la inhabilitación para poder ejercer cargos públicos, ante la estupefacción general del Reichstag declaró que le era indiferente el fallo de las Cámaras, toda

vez que con dicho proceder se demostraba lo que él había dicho al pueblo alemán: el Estado es precisamente la tiranía entronizada, por más liberal que este Estado se apellide.

Liebnecht sigue preso y contento con su suerte y, siempre optimista, debe pensar que la semilla por él lanzada en terreno por él abonado, dará óptimos frutos en su día.

¡Pobre imperialismo el día que el pueblo se decida a darle la batida! ¡Aquel será el último día de tu existencia!

SILUETAS PACIFISTAS: TROTSKY ²⁷

He aquí un retrato auténtico de Trotsky:

La prensa burguesa de todas las naciones ha dicho pestes del gran revolucionario ruso que hoy ocupa en el gobierno maximalista la cartera de Negocios extranjeros.

No hablaremos de la Conferencia de Brest–Litovsk, por cuanto la prensa dijo bastante al hablar de Trotsky, después de haberle quitado, aunque a regañadientes, el sambenito de la traición.

²⁷ *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época IV, año XII, nº 773: 30 de mayo de 1918. Tras las actividades, exilios y confinamientos a los que se alude en el artículo, Liev Trotsky (1879–1940) –con quien Buenacasa continúa sus semblanzas de «pacifistas» notorios y su canto a la experiencia soviética– había llegado a Petrogrado en mayo de 1917. Allí se unió a los bolcheviques, presidió el soviet y coordinó la insurrección de octubre. Tras el triunfo de ésta, dirigió las conversaciones de Brest–Litovsk como comisario de Relaciones Exteriores, aunque dimitió del puesto en marzo de 1918. Pero desde julio de ese año era ya comisario de la Guerra, cargo desde el que fue pieza clave en la victoria sobre la intervención extranjera y los ejércitos «blancos». Desde la muerte de Lenin en 1924, protagonizó con Stalin una lucha por el poder de la que resultaría derrotado, deportado, expulsado de la URSS en 1929 y, tras una década de exilio y actividad propagandística, asesinado en 1940 por el agente del estalinismo Ramón Mercader.

Las memorias que siguen como una fotografía auténtica (la gran prensa no ha publicado ni un solo retrato que se parezca) del gran polemista, han sido entregadas por él mismo a nuestro amigo el conocido socialista revolucionario ruso Rapoport, hoy preso por pacifista en la cárcel de París.

«Detenido en enero de 1900 por propagar las ideas revolucionarias entre los obreros de Nicolaieff, estuvo preso durante dos años y medio. Enviado a Siberia por cuatro años y otros dos años en la Siberia oriental, se escapó, en 1905, dirigiéndose a Suiza, donde colabora con la Revista Marxista «l'Yskra», en compañía de Plekhanoff, Lenine, Martoff, etc.

Vuelto a Rusia con el falso pasaporte de un comisario de policía, se defendió en las barricadas en un domingo sangriento en que el zar hacía fusilar a los obreros que pacíficamente iban en manifestación a reclamar diversas reivindicaciones económicas.

Fue miembro del Consejo de diputados durante la revolución de 1905. Después de la detención de su primer presidente, fue él elegido para presidir el Soviet de aquel entonces. Fue redactor de «Natchalo». Y de la «Gaceta Rusa», diarios socialistas que aparecían en San Petersburgo y que tenían un tiraje de 240.000 ejemplares.

Fue detenido, con todo el Soviet, del 3 al 16 de diciembre de 1905, al principio de la contrarrevolución.

En 1907 fue condenado a cadena perpetua en Siberia oriental.

Después de una estancia de seis días en Beresoff, logró escapar del presidio, recorriendo a pie y con todas sus ligaduras más de 800 verstas».

Aquí acaba la nota manuscrita que Trotsky dio a Rapoport.

Añadamos nosotros que cuenta hoy 42 años, pues nació en 1876 en Nicolaieff.

León Trotsky vivía en Zurich (Suiza) en el momento de estallar la gran guerra. Poco después fue a Francia, donde vivió dos años, hasta que fue expulsado. Buen número de amigos españoles, residentes en París, le han visto frecuentemente en el Comité de relaciones internacionales. Caso extraño para los que le creían traidor o vendido a Alemania. Ha sido condenado por los tribunales alemanes por la publicación de su folleto «La guerra y el internacionalismo».

Se le ha tratado de «défaitiste» (alarmista), cuando sólo él y sus amigos denunciaban en el «Naché Slovo» (nuestra palabra) la duplicidad de la Corte de los zares, de los cien negros y de Sturmer. Trotsky y sus amigos fueron los primeros que en París, antes que todos los imbéciles de la gran prensa, denunciaron las tentativas de «paz separada» de los rasputines del zarismo.

Como recompensa, fue expulsado de Francia y tratado de traidor por el Gobierno y por algunos periódicos socialistas, tales como la «Acción Socialista», órgano semanal de los mayoritarios extremistas.

El decreto de expulsión de Francia se le notificó, sin motivos expuestos, el 16 de septiembre, violando el antiguo derecho de asilo. Ya la víspera, el periódico ruso de París «Nuestra Palabra» acababa de ser suprimido.

Después de la intervención de los diputados socialistas Brizon y Longuet, el Gobierno acordó un plazo de un mes para su expulsión y la promesa de que sería «expedido» a Suiza y no a España.

El 30 de octubre los dos polizontes que vigilaban a Trotsky se presentaron en su casa y lo detuvieron, conduciéndole como a un bandido cualquiera a la frontera... española por orden de Malvy, Jules Guesde, Sembat y Alberto Thomas, ministros de la república burguesa.

A su llegada a Madrid, Trotsky fue encarcelado «porque sus opiniones eran demasiado avanzadas para un país como España» (Palabras de la policía de Madrid). Y es que la policía francorusa de París lo había señalado a las autoridades españolas como un terrorista sumamente peligroso.

El partido socialista español se interesó por su libertad y se le «expidió» a América.

Condenado en Alemania, expulsado de Francia, de España, de Inglaterra y del Canadá, llegó por fin a Rusia. Lo demás ya es del dominio público.

El 1º de enero de 1918, en una interviú acordada a un redactor del «Daily News», Trotsky ha dicho: «Las proposiciones de Alemania no sólo representan la victoria de las democracias rusa y alemana sino la victoria de un movimiento revolucionario de conjunto, que se deja ya entrever por todas partes».

«En Austria y la Hungría están en vísperas de una revolución que no harán ellas solas».

«Cada Gobierno de Europa ve elevarse la amenaza de los pueblos, dispuestos y con razón, a saldar todas las cuentas atrasadas». Según Trotsky «la revolución universal está próxima».

LAS IDEAS DE LENINE ²⁸

Un grupo de amigos entusiastas de la revolución rusa, han organizado una discusión libre sobre «Maximalismo» en el Centro de Cultura Racional.

Estas conversaciones que empezaron hace ocho días y en las que se exponen opiniones muy diversas y contradictorias, pueden sufrir una desviación si antes no damos una explicación de lo que es el maximalismo y lo que éste significa.

28 *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época IV, año XII: 13 de septiembre de 1918. Casi un año después, el mundo de la CNT seguía atento a la experiencia soviética. Experiencia que supondría, unido a su recepción y consecuencias —«bolchevización» de las prácticas y políticas obreristas, creación de partidos comunistas, postura hacia la III Internacional—, uno de los principales ejes y retos de la CNT en sus primeros años (1910– 1923) junto al posicionamiento antibélico ante la I Guerra Mundial, las relaciones con la UGT, la disyuntiva vida legal/clandestinidad, las formas de organización sindical (adopción del «Sindicato único» en 1918–19) y la respuesta al terrorismo patronal y sindical. A esas alturas, la postura ya no era de un entusiasmo unánime hacia el fenómeno bolchevique. Así, por ejemplo, las páginas de «*Soli*» solían introducir matizaciones e incluso cautelas a las estruendosas alabanzas de *Tierra y Libertad* (Valencia). Pero no era difícil encontrar en ellas visiones optimistas como las de Buenacasa en este texto, donde el por entonces secretario general de la CNT aludía a la Rusia revolucionaria en términos de «simpatía» y «apoyo incondicional».

Hay quien ha confundido, por ignorancia acaso, el maximalismo y el anarquismo. A esto, pues, vamos a responder por boca de Lenine, a fin de que en las reuniones sucesivas puedan orientarse en la discusión los compañeros que a ellas asistan.

El bolchevismo y el menchevismo (1903–1908)

«Durante el curso de nuestra revolución burguesa–democrática hemos visto nacer una nueva lucha de tendencias en el seno de la social democracia que, bajo otra forma, no era sino la continuación lógica de la lucha anterior. El «economicismo» se transforma en «menchevismo». La táctica revolucionaria preconizada por el antiguo diario «Iskra» hizo nacer el «bolchevismo».

En los años agitados de 1905–1907 el menchevismo fue la corriente reformista en nuestro partido, dando su apoyo al liberalismo burgués en el seno del proletariado.

Su espíritu era la adaptación de la lucha obrera al liberalismo. El bolchevismo, por el contrario, consideraba que el proletariado tiene la obligación de sublevar las masas obreras por la lucha revolucionaria a pesar y contra las indecisiones y traiciones de la burguesía.

Y durante la revolución el bolchevismo –como los menchevistas han tenido que reconocer– ha podido contar con el apoyo incondicional de las masas proletarias en los momentos más decisivos de la lucha.

La revolución de 1905 ha fortificado en Rusia una táctica revolucionaria, social democrática e irreductible.

En la lucha de clases se ha podido observar más de una vez las afinidades estrechas del oportunismo, «menchevismo», con el liberalismo» –Lenine y Zinovieff–.

Bolchevismo es maximalismo, menchevismo es minimalismo. Todos son socialistas de Estado.

Los minimalistas transigen con la burguesía y el liberalismo, y están apartados casi por completo de la lucha de clases, son oportunistas, mejor dicho.

El maximalismo es intransigente y va directamente por la lucha revolucionaria de clases, a la supresión de la propiedad privada, rural e industrial y a la anulación de todo privilegio. Vincula el suelo y el subsuelo, las industrias y todas las ramas de la producción y la distribución de todos los productos al Estado.

El maximalismo, socialismo de Estado, es menos que el sindicalismo, que atribuye a las organizaciones obreras las funciones administrativas, lo que parece más lógico.

Del anarquismo está aún más lejos; esto no es óbice para que los anarquistas hayan apoyado con todas sus fuerzas el movimiento revolucionario de Rusia.

Allí, como en todas partes, los anarquistas no pueden ser obstáculo a la lucha revolucionaria.

Precisamente porque el carácter de la revolución rusa es eminentemente transformador y porque ha demostrado la quiebra del socialismo oportunista.

El maximalismo, pues, y los hombres que tan dignamente han hecho prácticas del mismo, merecen nuestra simpatía y nuestro apoyo incondicional.

¿QUÉ ES EL SINDICATO ÚNICO? ²⁹

A modo de prólogo

29 «A modo de prólogo», «¿Qué es el Sindicato Único?» y «La acción directa», extractos de Manuel Buenacasa, *¿Qué es el Sindicato Único?*, Editorial Aurora, San Sebastián, 1919, pp. 3–6, 7–8 y 29–32, respectivamente. Uno de los principales desafíos de la CNT en su primera década fue sin duda su reorganización orgánica, en particular la adopción de la estructura basada en los Sindicatos Únicos. Un desafío y, con toda seguridad, uno de los principales logros de la Confederación de cara a consolidarla como gran central sindical adaptada a las nuevas realidades del desarrollo industrial y la economía capitalista, cada vez más compleja en la era de los *trust* y *cartels*. Los Sindicatos Únicos –la unificación de los diversos sindicatos de una localidad, ramo o industria– constituyeron toda una revolución organizativa de amplias consecuencias. Significaban el paso a una estructura sindical lineal, más ágil y eficaz, frente a la pluralidad de sociedades obreras previas. Implicaban, por lo mismo, un ejercicio de centralización organizativa, aunque la misma afectara sólo al plano territorial–regional y no al profesional, en la medida que no se aprobó la creación de federaciones de industria de ámbito nacional. Y suponían, asimismo, la definición, control y contenido orgánico anarcosindicalistas de la Confederación, a costa de la autonomía tan cara tanto a los sindicalistas societarios moderados como a los anarquistas más doctrinales y de acción. Véase A. Bar, *op. cit.*, pp. 715–744 o, para años posteriores, Anna Monjo, *Militants. Democracia i participació a la CNT als anys trenta*, Laertes, Barcelona, 2003, pp. 87–91 y 187–211. En ese marco, Buenacasa fue uno de sus primeros y mayores partidarios y articuladores, desde su participación en la constitución del primer Sindicato Único de oficio –el de carpinteros y ebanistas– hasta su papel en la aprobación de la nueva estructura en los congresos regional de 1918 (Sants, Barcelona) y nacional de 1919 (La Comedia, Madrid), pasando por su defensa en varios artículos y en el presente folleto.

Algunos camaradas de los que más se interesan por las cuestiones sociales, me han «ordenado» que escriba algo para explicar lo que es lo que debe ser el Sindicato Único.

Allá en los comienzos del año 1916, una docena de amigos del Sindicato de carpinteros y seis o siete del de ebanistas de Barcelona, nos unimos y lanzamos la idea de transformar de modo radical todos los estamentos orgánicos de las Sociedades obreras.

Nos propusimos abolir «el profesionalismo» sindical, fusionando en uno «todos los profesionalismos» afines, en el orden industrial, y lo conseguimos. Pero ¡cuánto trabajo nos costó! Los eternos secretarios, los eternos directores de las viejas Sociedades de trabajadores, combatieron rudamente nuestras ideas renovadoras.

Los cuarenta presidentes y secretarios de las veinte organizaciones de obreros en madera, a la sazón existentes en Barcelona, habían de reducirse a un solo presidente, a un solo secretario; ¡qué herejía! Los figurones se escandalizaron, aduciendo que nuestros propósitos, caso de llevarse a cabo, matarían las características profesionales del obrerismo y que se llegaría al caos.

Nosotros, persuadidos de la necesidad de fusionar energías y voluntades, y de dar a la organización obrera el carácter futurista que necesitaba, a la vez que los medios de resistencia precisos para los triunfos del día contra el

capitalismo, seguimos impertérritos nuestra ruta, hasta llegar a constituir lo que era nuestra más firme y noble obsesión, «el frente único contra el capitalismo único».

Se constituyó pues el Ramo de la Madera de Barcelona a base de siete secciones, no muy numerosas, pero que consiguieron apenas fusionadas el primero y más resonante triunfo alcanzado por el sindicalismo español hasta aquel entonces.

El triunfo de los ebanistas fue el triunfo de lo que más tarde se ha dado en llamar el Sindicato Único.

El proletariado catalán, tras largas y apasionadísimas discusiones, aceptó nuestros principios sobre materias de organización, acordando en su Congreso Regional la constitución de los Sindicatos Únicos de Ramo y de Industria en las grandes aglomeraciones industriales y los Sindicatos Únicos de Trabajadores en las poblaciones menos importantes.

El segundo Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, reunido en Madrid a finales de 1919, acordó suprimir, cosa que no pudo hacer el Congreso de Cataluña, por no ser de su competencia, las federaciones de oficios, Ramos e Industrias, creando en su lugar Comités de Relaciones Regionales y Nacionales e implantando los Sindicatos Únicos.

Nuestros principios sobre organización futura y sobre organización de resistencia, en el presente, han triunfado.

La idea de constituir el Sindicato Único, se ha dicho, no es nueva; eso lo sabemos de sobra; pero el Sindicato Único, eso sí que es nuevo, según el sentido que nosotros damos a la moderna organización.

Sindicatos Únicos existían ya antes de que nosotros lanzásemos nuestra idea; pero ¡qué Sindicatos Únicos! Sin enjundia, sin nervio, sin espiritualidad, sin hombres, en una palabra, los Sindicatos que mencionamos no merecen el nombre de tales; son centralistas, absorbentes, castradores; no son capaces de crear nada ni de sustituir al capitalismo en un momento dado. Y es que los Sindicatos en cuestión, se habían constituido con el fin casi exclusivo de «mantener» a unos cuantos señores que se nombraban para formar los Comités ejecutivos, flamantes Comités de burócratas eternos.

El Sindicato Minero Asturiano, el Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, el Sindicato Minero y el de Panificación y Confitería de ídem, por no citar otros, nos dicen claro la diferencia que existía entre las ideas de «ellos» y las nuestras.

Nuestros Sindicatos, los que siguen las normas de la Confederación Nacional del Trabajo, esos son otra cosa; ni son centralistas, ni son absorbentes, ni son (no pueden serlo) conservadores.

Nuestros Sindicatos... Veamos lo que son nuestros Sindicatos; cómo funcionan y cómo se desarrollan; qué tácticas emplean o deben emplear y la finalidad que persiguen.

Explicaremos todo esto sin ampulósidades, con toda la sencillez y con toda la brevedad de que seamos capaces, yendo al grano, como vulgarmente se dice. Háganse cargo todos nuestros lectores a quienes interesen las instrucciones que damos y cumplan con ellas, en el bien entendido de que obrarán de acuerdo con los principios de organización y acción sustentados por el último Congreso confederal.

¿Qué es el Sindicato Único?

El Sindicato Único es la reunión en un solo organismo de todos los trabajadores de una población poco importante, o bien la reunión en un solo organismo, igualmente, de todos los trabajadores del mismo Ramo o Industria y sus derivados o anexos, de una población de importancia.

El Sindicato Único es, pues, la suma, la fusión o la aglomeración ordenada de todas las inteligencias y de todas las voluntades.

Cómo se constituye un Sindicato Único

Hablemos de un Sindicato Único de Trabajadores: En un pueblo o ciudad de 1.000, 5.000, 10.000 y hasta de 40.000 habitantes, se reúnen por afinidad seis, ocho, diez o veinte amigos de los diversos oficios organizados o no organizados en la localidad; los reunidos entienden necesario agrupar a todos los trabajadores, sin distinción, en un Sindicato Único; si «los iniciadores» están afiliados a otras Sociedades obreras, deben realizar en el seno de las mismas una propaganda lo más rápida y eficaz en el seno de aquéllas, a favor de la fusión de todas las Sociedades organizadas; lo mismo deben hacer «los iniciadores» cerca de los obreros de la localidad no organizados.

Queremos aceptar que la idea no cuaje de un modo absoluto y que sólo la acepten un diez por ciento de los trabajadores del pueblo.

No hay que desmayar por ello, pues es lógico pensar que ese diez por ciento de que hablamos es la calidad, que no se asusta ante lo desconocido y que desea renovarse. Como consecuencia, pues, «los iniciadores», los conformes con la iniciativa y ese diez por ciento de los trabajadores simpáticos a ella, deben inmediatamente reunirse y constituir sin más contemplaciones el Sindicato Único de Trabajadores.

Lo que acabamos de decir, para los trabajadores en general de una población poco importante, lo decimos también para los de una Industria o Ramo determinado de una gran ciudad.

La Comisión que nombre la primera reunión para constituir el Sindicato, redactar sus estatutos, etc., debe estar integrada por elementos de todos los oficios asistentes a la asamblea.

Hecho el bloque, y suponiendo que a él no se hayan precisamente sumado secciones enteras, vamos a constituir éstas.

[...]

La acción directa

Queríamos decir algo y no poco de los procedimientos que los Sindicatos obreros deben emplear en sus luchas contra el capital, pero nos falta el espacio.

En cuanto nos sea posible (lo más pronto) escribiremos un folleto sobre este tema.

Por hoy nos limitaremos a decir de forma general y sintética lo que «acción directa» y las derivaciones que acumula.

La «acción directa» determina:

Que una entidad en litigio con la burguesía no debe consentir jamás la intromisión de elementos ajenos al

conflicto, autoridades, intermediarios, sean los que sean, miembros de las juntas de reformas sociales, etc., para «liquidar» y solucionar el litigio.

Este debe ser solucionado entre el patrono o patronos y la representación oficial del Sindicato.

Cuando los patronos hagan oídos sordos a las reclamaciones de la organización obrera, y ésta no pueda responder oficial y colectivamente por cualquier causa a la actitud de la burguesía, los hombres conscientes deben practicar y recomendar a los demás el sistema de «a mala paga mal trabajo».

El «boicotage» declarado por las organizaciones federadas, sean del Ramo que sean, debe ser secundado y apoyado por todas las demás, según las conveniencias de cada una, pero procurando hacer sentir al «boicoteado» los efectos del boicot.

Y no decimos más sobre este tema.

Las Cajas de Resistencia

Las Cajas de resistencia las consideramos inútiles, para el sostenimiento de las huelgas que, deben ser declaradas en momento oportuno sin contar con el dinero que el Sindicato pueda tener en el acto de declaración de huelga.

Las recaudaciones regulares de los Sindicatos, deben servir, en primer lugar, para cubrir las necesidades de la administración interior y las obligaciones federativas, prensa y presos sociales.

Todo el sobrante debe destinarse a la propaganda por el folleto, la hoja o el libro, que el Sindicato debe entregar (gratis, si es posible) a los asociados.

Las cotizaciones extraordinarias, para sostener huelgas, sólo deben acordarse por el Sindicato en general, cuando los elementos en huelga se hagan dignos por su comportamiento, de la solidaridad de todos los trabajadores.

Hay que convenir, que, en los actuales tiempos, el Sindicato Único, más que una entidad, para hacer huelgas a troche y moche, debe ser un organismo cultural que capacite a las masas trabajadoras y las prepare para entrar en posesión del nuevo mundo económico y social que vislumbramos, el mundo del trabajo, del amor y de la libertad, sin amos y sin esclavos de ninguna clase.

Es preciso que los compañeros que estén al frente de los Sindicatos, no estimulen nunca el egoísmo de los que pretendan sumarse a la organización, pues ello supone un engaño, cuyas fatales consecuencias no se puede determinar.

Hay que hacer comprender a todos, que el Sindicato tiene el deber primordial de realizar la expropiación pura y simple del capitalismo, haciéndose cargo de la dirección, de la producción, distribución y administración, de todo lo que el mundo burgués está detentando.

El Sindicato debe ser, más que un Banco, una Escuela.

El Sindicato, grande o pequeño, tendrá justamente el valor moral que a él aporten cada uno de sus componentes.

Si éstos no han sido previamente aleccionados sobre lo que al Sindicato deben dar, (el Sindicato no puede dar nada) la organización por numerosa que sea, no pasará de ser una máquina de egoísmos y concupiscencias.

Si por el contrario, los asociados son advertidos de la finalidad que el Sindicato persigue, éstos, en menor número acaso, pero más conscientes que los no advertidos, formarán una organización que no podrá ser destruida jamás, porque será consciente, altruista, inteligente y creadora.

El Sindicato Único debe ser esto; no siendo así, no abusemos del remoquete, cambiando las cosas solamente de nombre y dejándoles todas las lacras que tenían antes: Sindicatos Únicos o Sindicatos «Ful»: he aquí el dilema.

LA CARTA DE KROPOTKINE SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA.

REFUTACIONES³⁰

Dirigida a los obreros ingleses, ha publicado casi toda la prensa europea una carta del viejo anarquista ruso Pedro Kropotkine.

30 *Solidaridad Obrera*, Bilbao, año II, nº 58: 27 de agosto de 1920. Casi dos años después de la revolución bolchevique, Buenacasa se presenta como uno de sus grandes defensores en la CNT. Su juicio cambiará con el paso de los años, de modo que, por ejemplo, en la Conferencia de Zaragoza de la CNT (11/6/1922), en la que se revisó la adhesión al régimen soviético, sería él mismo quien, representando a la regional de Aragón, Rioja y Navarra, propusiera la ruptura radical con la III Internacional. Y años después reconocerá tanto su «error» como que «el resplandor del incendio ruso nos cegó», aunque se justifica aludiendo a que «hubo pocos a quienes no cegara» y preguntándose «¿quién en España –siendo anarquista– desdeñó de motejarse a sí mismo de bolchevique?»: M. Buenacasa, *El movimiento obrero español 1886–1926 (Historia y crítica)*, Impr. Costa, Barcelona, 1928, pp. 72 y 141 [edic. original]. Pero hasta ese momento, pesaría más la búsqueda de la *eficacia* revolucionaria que la pureza doctrinal; y por ello mismo todavía cabían alegatos que pasaban incluso, como aquí, por «refutar» nada menos que lo escrito por un «padre» del anarquismo como el conde Kropotkin. El artículo procede de *Solidaridad Obrera* de Bilbao, de la que Buenacasa fue uno de los tres directores que se sucedieron junto a Antonio Pena y Juan Ortega. Era el «órgano de la Confederación Regional del Trabajo del Norte y portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo» durante su recorrido entre 1919 y 1920.

La carta en cuestión es un alegato contra el gobierno de los soviets, que perjudicará ciertamente los intereses de la revolución rusa y por consecuencia de la Revolución universal.

Suponiendo como exactos, todos los conceptos que en tal carta vierte el camarada Kropotkine, vamos a refutarlos, sin tener en cuenta la calidad del escritor, ni nuestra insuficiencia para discutirle.

Declaremos previamente que somos anarquistas, lo que no obsta, para que declaremos también que, no es en nombre del anarquismo ni mucho menos, que se puede hacer la crítica de una cosa, sin haber previamente ejecutado por sí la acción objeto de la crítica.

Toda la prensa burguesa, se agarra como una lapa a las declaraciones del viejo anarquista, cuando manifestándose contrario a toda dictadura, aunque ésta sea la del proletariado, declara que la dictadura en Rusia la ejerce un partido, con toda su cohorte de burócratas.

No es el soñado sistema de soviets de obreros y campesinos –dice Kropotkine– el que regula las condiciones de la vida social y económica en el antiguo imperio de los Zares.

«La libertad, incluso la de opinar, está restringida en Rusia; disponen de aquélla a su antojo, los directores del partido maximalista».

Nos informaron en cierta ocasión que la ferocidad de los bolcheviquis había llegado hasta el extremo de hacer encarcelar al propio Kropotkine.

Creímos aquello, como creemos otras muchas cosas; el proletariado internacional protestó del hecho mientras indagaba la certeza.

Los bolchevikis, enterados, hicieron saber al mundo que los únicos prisioneros políticos que había en Rusia eran burgueses partidarios del régimen zarista, a Kropotkine no le había ocurrido nada.

Decimos con el maestro: «todo poder es tiranía»; pero el poder será más tiránico cuantos más procedimientos y resortes de opresión contenga.

«El Estado es malo»; hay Estados que son peores que los malos.

Cualquier Estado de los constituidos en el mundo actualmente, es seguramente peor que el Estado Maximalista Ruso; esto no quiere decir que defendamos el Estado como órgano de opresión que es.

Parece ser, según se expresa Kropotkine, que el partido que en Rusia ejerce la dictadura, niega a los anarquistas el derecho de combatir al maximalismo, o mejor dicho al gobierno llamado de los Comisarios del Pueblo.

A nosotros, no nos extraña esa actitud antiliberal del poder maximalista, como no nos extraña que el Estado asuma funciones que habrían de ser competencia de los soñados soviets de obreros y campesinos.

Queríamos nosotros que Kropotkine asumiera la dirección y la responsabilidad de los asuntos todos de orden político, económico y social de Rusia.

¿Qué haría Kropotkine en tal caso?

Los soviets no saben regir los asuntos de carácter económico social o político que les incumbe; los soviets no tienen capacidad; cuestiones de analfabetismo o falta de organización hace posible que los dichos órganos de expresión proletaria no puedan cumplir la misión que se les encomienda. Todo esto es así; el poder político de la burguesía, está hoy en manos del partido social demócrata, el poder político lo ha conquistado la revolución del Pueblo; ¿qué pueden hacer, qué deben hacer en tales condiciones, los que hoy están al frente del poder en Rusia? ¿Abandonarlo todo al enemigo?

Esto es lo que Kropotkine no dice en su carta; y sin embargo debía decirlo. De toda la misiva del viejo camarada penden críticas acerbas, censuras asaz injustas contra los maximalistas que en Rusia «ordenan y mandan»; pero él, no nos dice lo que haría de hallarse en el puesto de Lenine.

¡Es tan fácil la labor de crítica de los que están al margen de las responsabilidades!

A la Anarquía llegará la Humanidad mediante una evolución lenta pero continua de las condiciones de educación científica y moral de la especie, esta evolución será más rápida cuanto los medios para realizarla, sean más buenos y numerosos; la expropiación del sistema capitalista, por medio de la Revolución (no hay otro medio) y la implantación, acto seguido, del comunismo, nos puede proporcionar muchos más medios de educación científica y racional que el Estado actual, para llegar a la Sociedad de los iguales.

A lo mejor, el proletariado de un país cualquiera, hará una revolución con ánimo de llegar hasta el comunismo, pero por diversos motivos apenas si podrá sostenerse en los marcos de un Estado colectivista, centralista y burócrata.

Se podrá hacer la crítica de aquel Estado, pero convendrá no destruir «su poderío político», mientras los que tal pretendan no sepan hacer una revolución material, que cree «otro Estado mejor».

Porque suponemos que, ningún anarquista en tal caso, desearía retrotraer a «su país» al peor de los Estados al Estado burgués.

«AU REVOIRE» A LOS SINDICALISTAS NORTEÑOS ³¹

Ayer fue Regueral el que me echó de Bilbao.

Hoy me marchó yo porque me da la gana.

SOLIDARIDAD OBRERA, cuya Redacción y Administración estuvo en mis manos durante ocho meses, será redactada y administrada desde hoy por otro u otros camaradas.

En esta hora decisiva para el proletariado es preciso enterar públicamente al Comité de la Confederación

31 *Solidaridad Obrera*, Bilbao, año II, nº 61: 17 de septiembre de 1920. Como se apunta en este texto, Buenacasa dejó Bilbao y su «*Soli*» tras ocho meses a la cabeza de la misma. Durante ese periodo, a pesar de todo su voluntarismo, no pudo dejar de toparse con la aplastante mayoría de PSOE y UGT entre las filas obreristas de la región vasca, feudo de grandes figuras del socialismo como Indalecio Prieto y Julián Zugazagoitia. De hecho, según recogiera el propio Buenacasa en un artículo de 1925 también recogido en este volumen, no faltarían los enfrentamientos sangrientos entre cenetistas y ugetistas. Esos enfrentamientos nutrieron con toda seguridad la particular oposición del núcleo cenetista vizcaíno a las alianzas con la UGT. Una oposición que se hizo patente precisamente en ese otoño de 1920 que mediaba entre las últimas semanas bilbaínas de nuestro autor y su siguiente destino en la dirección de Solidaridad Obrera de Gijón (octubre a enero del año siguiente), y que devino en un cierto litigio con la dirección nacional de la CNT que no es difícil percibir en el presente artículo.

Nacional de algo que por lo mismo que le interesa debe resolverlo sin demora.

La Región del Norte, camaradas de la Confederación Nacional, es el hueso duro donde apenas si el sindicalismo puede hincar el diente.

De todas las Regiones españolas, ésta es la más «difícil» de ganar.

Y sin embargo, el Comité Nacional la tiene en el mayor desamparo.

Hay en Vizcaya, que es la parte más dura del hueso de marras, más de mil sindicalistas; he dicho sindicalistas, no sindicados, puesto que éstos son tres mil.

Mas, a pesar de haber mil sindicalistas y anarquistas en Vizcaya, no se puede contar sino con la buena voluntad de ellos.

Faltan hombres de iniciativa, hombres de tribuna, hombres de acción cultural, en una palabra.

Para la «acción directa», para eso sí, para eso hay en Vizcaya 1.000 hombres. Pero faltan los otros, dos docenas de los otros; y el Comité Nacional que es el llamado «a ordenar» que venga gente aquí, no encuentra o no obliga a venir a Vizcaya no ya a esas dos docenas, sino que, ni a dos individuos.

Dos meses he tenido que realizar el repugnante papel de insustituible, como si en España no hubiera periodistas obreros a docenas.

Y después de dos meses, me veo forzado a quitar Bilbao, sin poder dejar en mi puesto un camarada o dos camaradas que no sean «provisionales».

¿Es que asusta Bilbao a los periodistas y propagandistas del Sindicalismo?

En verdad que aquí se vive peor que en ningún otro pueblo de España; que aquí los enemigos son numerosos; que aquí sin bombos ni campanas los militantes del Sindicalismo van a la cárcel en mayor número que en Barcelona (en comparación) y que habitan en ella cinco, seis y siete meses por orden gubernativa. Todo esto es así, pero ¿y las ideas, queridos camaradas? Desde el 1º de año, la Regional del Norte ha doblado sus efectivos y es de esperar que en breve habrá «absorbido» a las fuerzas todas del obrerismo.

Desde el 1º de año también la SOLI, nuestra querida SOLI, ha doblado su tirada.

Hoy sale y se tira en imprenta propia.

Si en vez de administrarla y redactarla me hubiera podido ocupar sólo a lo segundo, ¡qué SOLI la de Bilbao!

No me daba cuenta del autobombo.

La Regional del Norte es la única de España que tiene todos sus efectivos cotizantes al corriente con la Confederación Nacional.

¡Camaradas periodistas y propagandistas del sindicalismo!
¡Venid a Vizcaya!

Había dicho al empezar que yo ahuecaba porque me daba la gana; pero no hay tal; me obligan a ello compromisos contraídos hace tiempo; sino fuese así, yo no marchaba de aquí aunque me lo ordenase Dato.

¡Estaba ya tan encariñado con las huestes sindicalistas del Norte!

Eso sí, yo me comprometo a bregar otros ocho meses aquí, en cuántico los Seguí, los Quemades, los Pestaña, los Boal y etc., etc.; que no abandonan ni pa cristo sus «lares», se pasen una temporadica, que comprenda huelgas como la de Echevarría, «La Delta» y Bolueta. ¡Qué mal les vendría después una inteligencia con la Unión General de los Trabajadores!

Hermanos todos, del Norte y «ailleurs».

Perdonad el desahogo por esta sola vez. Aunque me voy, tened en cuenta que pienso volver, por eso os digo: Camaradas, «A revoire».

HAY QUE TOMAR ENSEÑANZAS.

¿CUÁNDO CAMBIAREMOS DE CONDUCTA? ³²

El último conflicto de Barcelona, que aún perdura, según dice *Solidaridad Obrera*, nos ha hecho pensar en la conveniencia de ir por lo derecho y al grano, como suele

³² *Cultura y Acción*, Zaragoza, época II, nº 47: 4 de agosto de 1923. *Cultura y Acción*, en sus distintas épocas, fue el título por antonomasia de la prensa anarcosindicalista aragonesa hasta la Guerra Civil. En su primera aparición, en 1910, era, según narrara el propio Buenacasa, una «pequeña hoja quincenal, de la que fui el director responsable» (*El movimiento obrero español*, 1928, p. 203) distribuida gratuitamente. Tras una segunda tirada entre 1913 y 1915, en 1921 es refundada como sólido semanario y órgano de la CNT zaragozana primero, y de la regional de Aragón, Rioja y Navarra después, siendo de nuevo su primer director Buenacasa. Según una nota a la que nos referimos más adelante, lo era precisamente en este verano de 1923. Suprimida por la Dictadura primorriverista ese mismo año, la cabecera retornará con el nuevo régimen en 1931 y continuará durante la Guerra Civil con sede en Alcañiz. En este texto en particular, vemos a un Buenacasa firme partidario de las formas de lucha de «acción directa», en contraste con la preponderancia de la labor huelguística por parte de los sectores «sindicalistas» de la CNT. Sectores frente los que el autor posiciona en buena medida tanto el semanario como la propia regional aragonesa de la que es portavoz.

decirse, a enfrentarnos con ciertas situaciones promovedoras de ciertos conflictos.

Sostenemos firmemente el criterio de que no debemos cambiar de conducta de modo radical si no queremos estrellarnos a dos por tres.

A consecuencia y con motivo de la huelga del transporte de Barcelona, el que estas cuartillas firma hizo algunas insinuaciones en el último Congreso de los Sindicatos de Aragón, Rioja y Navarra.

Dijo el que esto escribe que el conflicto en cuestión se desarrollaba contra las tácticas de acción directa y que lo consideraba un fracaso para la organización barcelonesa.

Estas frases se consideraron injuriosas para los elementos en lucha de la ciudad condal, por parte de una mayoría de congresistas.

El hallarse la lucha en su periodo álgido, nos obligó a callar, porque, aun contra nuestra voluntad, tenemos la delicadeza de callar en ciertos casos y ocasiones.

El conflicto ya ha terminado aunque Solidaridad Obrera diga que ello es un simple aplazamiento o un alto en la marcha. No nos engañemos.

Y porque consideramos que ya no existen ahora «razones de estado» que nos impongan el silencio, vamos a decir lo

que sentimos y pensamos, no sólo de aquel conflicto, sino de los que puedan surgir en lo sucesivo.

• • •

¡Razones y motivos de dignidad colectiva! ¿Con que se come eso en la actualidad? Un patrono, sea el que sea, despidе injustamente a un trabajador; ¿Qué deben hacer los compañeros del obrero ultrajado?

He aquí la cuestión; cuando un obrero se cree despedido injustamente, a él corresponde principal y casi únicamente rechazar la injusticia.

Si el ofendido no se yergue gallarda y serenamente contra el enemigo, nada deben hacer los demás por él. Si el individuo acepta el despido y la injuria que ello supone, acepta también el sacrificio de cambiar de amo.

Lo digno, a nuestro entender, en estos casos es que el despedido no consienta el sacrificio de los demás, ¿no será más factible combatir al enemigo, al que ofende la dignidad de uno o varios de los nuestros, estando cerca de él que alejándonos de su lado?

¿No ha llegado ya la hora de ganar todos los litigios y todas las causas sin abandonar el taller ni un solo instante?

¿No es un absurdo que en nombre de la dignidad ofendida, en la persona de uno o varios compañeros, miles y miles de

trabajadores se vean obligados a holgar y a pasar hambre durante semanas y meses?

¿No es hora ya de hablar al individuo en el sentido de que afirme su personalidad por encima de todas las colectividades? Porque si así no se hace, ¿Qué valor será el de esas colectividades integradas por hombres tan poco celosos y enterados de lo que es la dignidad? En una palabra; individuos y colectividades tenemos la obligación de cambiar de normas y de conducta, si no queremos estar siempre comprometidos y entretenidos en luchas estériles, cuyo resultado no puede ser más que funesto en la mayoría de los casos.

El «sabotage», el «label», el «boicot» y todas las manifestaciones de la lucha directa, sólo los que trabajan en el taller, en la fábrica, en el campo y en la mina, etc., etc., pueden cumplir el deber revolucionario y conseguir sin esfuerzo, o con menos esfuerzo del que supone la huelga corporativa, todas las reivindicaciones que deseen. No creemos haber incurrido en herejía diciendo lo que acabamos de decir; precisamente por no haberlo dicho antes y a su tiempo, hemos estado abocados a una verdadera catástrofe. El tema es bastante sugestivo e interesante para que le demos fin con estas cuartillas; hay aspectos de la cuestión que debatimos, que merecen más detenido estudio unos y ser tratados aparte otros.

Lo que haremos otro día.

EL SINDICALISMO EN TERUEL ³³

Hay en la vieja ciudad aragonesa un campesino idealista, revolucionario sincero, que es revolucionario y es idealista sin que él mismo lo sepa, a veces se cree todo lo contrario de lo que es cuando es bueno; a tal arriba su humildad y su hombría. Contra lo que es corriente en las colectividades modernas el caso que suele presentarse por excepción es en Teruel regla general. Sin que ellos lo sepan ni se lo expliquen todos los militantes de la «Sociedad de oficios varios de Teruel» son igual que el campesino al que aludimos y cuyo nombre callamos por no causar daño a su modestia.

33 *Cultura y Acción*, Zaragoza, época II, nº 48: 11 de agosto de 1923. Narra aquí Buenacasa, por entonces secretario de la CNT aragonesa, su breve estancia de trabajo y propaganda en Teruel, de la que no en vano saldría la incorporación a aquélla del escueto sindicato local turolense. Se unía así a la central confederal, por vez primera, una sociedad obrera de la capital de una provincia que hasta la fecha sólo había contado en la CNT con los entre 510 y 781 obreros –según fuentes– de las Sociedades de Albañiles y de Obreros de Alcañiz representados en el Congreso Nacional de Madrid (Teatro de la Comedia) de 1919. La inmediata llegada de la Dictadura de Primo de Rivera interrumpiría la lánguida vida del cenetismo turolense hasta 1930.

Para ellos estas líneas, demostración de sincera amistad, enemiga de lisonjas.

El amigo Aldanondo y yo hemos estado trabajando en Teruel tres semanas. No conocíamos el Toledo de Aragón más que como los viajeros que moran unas horas en los pueblos al paso. En unas horas no es posible que nadie pueda formar un juicio exacto de lo que un pueblo es y significa. Sobre todo, los espíritus inquietos o impresionables estamos siempre expuestos al error cuando juzgar pretendamos, en todas sus complejidades, las condiciones de un pueblo al que sólo por unos instantes visitamos.

• • •

Ahora ya es otra cosa, hemos habitado en Teruel casi un mes, un mes que nos ha parecido un minuto, y hemos conocido sus hombres. Cuando vemos en las narices de algunos las etiquetas del anarquismo, nos sonreímos; cuando observamos el cinismo encubierto de los sabihondos que quieren ridiculizar a los que, analfabetos, son más buenos que ellos, un rictus de amargo dolor asoma a nuestra alma.

Para ser anarquista no es preciso apellidarse tal, que ello cuesta poco; lo que hace falta es hacer honor a las ideas silenciosa y humildemente. (Ruego a los que me lean, que no den a la palabra «humildemente» la interpretación que le da el diccionario).

• • •

Hemos preguntado a muchos hombres de Teruel acerca de sus ideas. Y lo hemos hecho después de estudiar y analizar las condiciones morales de los interrogados.

Esperábamos que cada uno de ellos nos respondiera con arrogancia fiera ¡soy anarquista!

Pero hemos sido defraudados. Los más nos han dicho que no conocían ideas de ninguna clase; ¿es que alguien se ha preocupado de propagar ideas en Teruel? No; nadie se ha preocupado de esa humana misión, y si ello es así ¿podemos exigir que conozcan ideas aquellos que no han tenido medio de conocerlas?

• • •

Algunos se llaman republicanos; otros que forman parte de una agrupación socialista fundada allí hace muchos años, se dicen tímidamente socialistas; otros societarios a secas.

Ninguno se atreve a llamarse sindicalista o anarquista, y sin embargo, la verdad es que en Teruel no hay ni republicanos ni socialistas; los que allí sienten –aun sin conocerlo– un ideal, son anarquistas; al menos como anarquistas se conducen. Y la prueba de ello está en que todos dicen que, si no se llaman anarquista, es debido a que consideran demasiado grande y elevado el ideal anárquico.

¡Que más quisiera yo, decía en la Asamblea un campesino, que ser anarquista!, pero me considero demasiado pequeño, me conformo con ser un simpatizante de ese bello ideal.

• • •

Asistimos a la Asamblea llenos de optimismo. Proponemos que se cambie el nombre de la «Sociedad de oficios varios», entidad que hasta ayer perteneció a la Unión General de Trabajadores.

Sentimos atacar dogmas y prejuicios que son respetables, cuando los que los sufren creen que prejuicios y dogmas son ideas. Por fin nos decidimos. Un asambleísta propone que la «Sociedad» se intitule en lo sucesivo *Sindicato Único de Trabajadores* y que este ingrese en la Confederación Nacional del Trabajo. La Confederación –dice lleno de entusiasmo un compañero– es el único organismo en España capaz de hacer la Revolución; pido, por tanto, que la Asamblea acuerde el ingreso en dicho organismo revolucionario.

No basta cambiar de nombre ni de lugar –dice otro– lo que nos debe interesar más profundamente es cambiar nuestra estructura moral, porque es posible que la Confederación no nos admita en su seno por considerar que no somos dignos de ellos todavía.

¡Que delicadeza!



La Asamblea ha tomado por unanimidad el acuerdo de constituir un Sindicato que ingrese «ipso facto» en la Confederación Nacional del Trabajo. Tomado en firme el acuerdo, nos disponemos a usar de la palabra Aldanondo y yo.

Nos hemos dado cuenta de que los acuerdos adoptados responden al instinto revolucionario de aquellas gentes y a la simpatía que por nuestro organismo nacional sienten los oprimidos; pero ellos nos desconocen. En la Unión General entraron porque se les requirió para ello; la Unión General tampoco la conocían. Sin embargo, de un modo instintivo, como decimos, se dan de baja allí, y sin que les hayamos coaccionado un adarme, ingresan en la Confederación.

Les explicamos lo que es nuestra organización; les hablamos más de nuestros fracasos y defectos, que de nuestras victorias y nuestras virtudes.

Nos elevamos a un plano ideal, que les place más que el materialismo histórico del socialismo marxista.

Nos llevamos de Teruel la impresión de que hemos sido comprendidos y estimados.

Y lamentamos que la falta de trabajo nos obligue a salir casi violentamente de la simpática ciudad de los Amantes famosos.

¡Con cuanto agrado hubiésemos permanecido allí por mucho tiempo más! ¡Y con cuanta congoja nos vieron partir! ¡Si hubiese sido por ellos no hubiésemos salido de allí en nuestra vida!

• • •

Marcial Buj, el redactor del *Heraldo*, ha publicado unas cuantas crónicas dedicadas a Teruel. Ellas se han titulado «La ciudad alegre y confiada», «La ciudad de los amantes», «La ciudad calumniada», «La ciudad envenenada», etc., etc. Buj ha publicado de Teruel una sarta de tonterías y sandeces.

Teruel ha aparecido a través de la pluma de palo de Marcial Buj como una ciudad calamitosa y empedernida, sin inquietudes y sin ideas. ¿Por qué no hablar de los pueblos en su aspecto político, social y revolucionario? Porque en un grado de mayor o menor intensidad todos los pueblos realizan la misión histórica de ir en pos de la libertad y de la justicia. El deber del periodista está en informar de todo; de todo.

• • •

Y acabemos, que esto, si no para los amigos de Teruel, se hará pesado para los lectores de las otras provincias.

Hace cuatro meses escribíamos en estas columnas «Teruel vendrá a la Confederación tarde o temprano y vendrá, como quien sabe bien a donde se dirige, con todos los hombres»

«a gran señor gran honor», dijimos, «nuestras puertas están abiertas de par en par».

Ahora que ya estáis dentro, cerramos nuestros brazos, hasta ayer abiertos, para estrecharlos con los vuestros.

• • •

Yo considero que el ingreso de Teruel en la Confederación es un suceso de la más trascendente importancia. Si hace falta lo demostraré otro día; y por considerarlo así, me he permitido emplear un espacio en el periódico que acaso estaba reservado para otros preciosos menesteres.

Perdón a todos.

NUESTROS PRESOS. VERGONZOSA SITUACIÓN ³⁴

No sabemos si se nos escuchará, ni el concepto que merecerán nuestras diatribas de hoy a los que en todo instante se jactan de revolucionarios; pero a fuer de

34 *Cultura y Acción*, Zaragoza, época II, nº 49:18 de agosto de 1923. En esta dura requisitoria, Buenacasa se erige en fiscal de unas instancias policiales y judiciales que distaban de respetar las 72 horas de detención preventiva, en un momento en que las cárceles zaragozanas estaban atestadas de presos cenetistas a causa de las actuaciones y represalias por distintos sucesos violentos. Entre otros, por ser el más reciente y espectacular, el asesinato del cardenal arzobispo de Zaragoza Juan Soldevila dos meses atrás, el 4 de junio, la instrucción de cuyo sumario se iniciaría ese mismo día y se prolongaría hasta noviembre de 1924 (AHPZ, Sumario ns 237 de 1923: Asesinato del Cardenal Soldevila, 3 piezas). Pero nuestro autor dirige sobre todo su acerba pluma hacia la poca «hombría» de los medios y «superhombres» de la propia CNT por no ser capaces de garantizar la libertad de los presos. Una libertad que parece exigir a toda costa pero sin clarificar los medios. Pero entre los mismos podían estar los plasmados tres meses después en la planificada fuga de la prisión de Predicadores por parte de siete militantes. Entre ellos estaban precisamente cinco de los seis aludidos en el artículo, aunque sólo Ascaso y Muñoz eludirían el cerco policial de las semanas siguientes. Cfr. AHN, FC, M9 Interior, Serie A, legajo 58A, nº 18: 9/11/1923 y 30/11/1923. Sobre la Zaragoza de estos años, véase Laura Vicente, *Sindicalismo y conflictividad social. Zaragoza, 1916–1923*, IFC, Zaragoza, 1993, y Jesús I. Bueno, *Zaragoza, 1917–1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora*, IFC, Zaragoza, 2000, esp. cap. IV.

sinceros, venimos obligados a decir las cosas con absoluta claridad.

Empezaremos diciendo que si no hemos perdido completamente la hombría y la vergüenza, muy pocos vestigios deben quedar en nosotros de esas preclaras condiciones.

Para demostrar que no hincamos la pluma en las cuartillas llevados de algún exceso de epilepsia, ahí están los tres presos preventivos de Zaragoza; que digan ellos si se nos debe tachar de desvergonzados y desagradecidos.

Terminemos de acusar a los jueces y a los policías y empecemos por acusarnos a nosotros mismos de ser peores que los jueces y peores que los policías. Ante la comisión de un delito cualquiera, la autoridad, a la busca y captura de los delincuentes, detiene y encarcela a varios hombres.

El juez y el policía cumplen el deber que a su misión compete. Los tribunales fallan luego y... en paz. Todas las tramitaciones han llevado su curso; se condena o se descarta la culpabilidad de los encartados. Y en las tramitaciones procesales si hay inocentes o irresponsables, el código les acuerda la libertad o el sobreseimiento del proceso. Es cuestión de que haya quien se tome interés en ello, aparte de que el propio juez pueda tener que hacer que la justicia brille.

En el caso de nuestros presos preventivos, de «nuestros queridos presos» como decimos enfáticamente para demostrarles nuestra adhesión. Se está demostrando que si algo sabemos hacer bien es dar gritos o mentir.

Nosotros no queremos a «nuestros queridos presos»; si los quisiésemos y amásemos la libertad de ellos, como amamos la nuestra, es bien seguro que no estarían entre rejas a estas horas y que algo más haríamos, si algo menos hablásemos.

Digamos de nuevo, pues, que no demostraremos tener vergüenza mientras ellos no alcancen la libertad.

Para los señores jueces

Lejos, muy lejos de nosotros, coaccionar la obra de la justicia. La prolongada estancia en prisión de nuestros compañeros Yagües, Sobrevida y Victoriano Gracia, es la mejor prueba de lo que decimos.

Hemos callado o muy poco hemos dicho de los procesos en que dichos compañeros se ven envueltos, porque abrigábamos la esperanza de que la inocencia de nuestros compañeros sería más patente y brillaría más después de las actuaciones judiciales. Pero ya no podemos callar por más tiempo. Hay centenares de personas en Zaragoza que

pueden afirmar la inocencia absoluta de los procesados Ascaso, Gracia, Sobrevida y Yagües. En cambio, no creemos que haya nadie, no interesado en perderles, que les acuse de delito alguno. Igual diremos de los compañeros Mur y Muñoz.

En buenas practicas de justicia, no pueden considerarse justos ni imparciales los testimonios conocidos como enemigos políticos o personales del procesado. Es cierto que hay muy pocos amigos que acusen al amigo, pero esto último no destruye la teoría que anteriormente sustentamos. Y preguntamos a los señores jueces: ¿Quién acusa a nuestros compañeros? ¿Qué confianza les merecen los acusadores? ¿Son ellos personas cuya solvencia moral y rectitud pueden inspirar respeto a la justicia? ¿Han cotejado los señores jueces la honradez y la conducta de acusadores y acusados? ¿Sirven de algo los numerosos testigos de descargo que han depuesto en los sumarios?

Ya sabemos nosotros lo que «in mente» contestarían los señores jueces.

¿Es el caso de Pons detenido con una pistola disparada y aún caliente después de una refriega –llamémosle así– donde hay un muerto, compañero nuestro por más señas, es este, repetimos, el mismo caso y contiene los mismos motivos «probables» de culpabilidad que los que pueden invocarse para encarcelar a compañeros que no han matado a nadie y que nadie demuestra tan siquiera que hayan

disparado sus armas, el que las tenía, ni de que se hallasen en los lugares del suceso?

Vayamos al grano ya, señores jueces.

Solicitamos respetuosamente la libertad de nuestros presos, sobre cuya inocencia no creemos tengan ustedes dudas.

Si ustedes creen que el detenido y acusado como asesino del compañero Navarro es también inocente, bien palpable está que ninguna presión habremos de hacer para que se le retenga en la cárcel, ni a él ni a ninguno de su clase. Somos hombres de espíritu libre que amamos como la nuestra la libertad de todos los humanos, hasta la de los más perversos. Porque además somos enemigos del castigo legislado «hors consciencia».

Al comité Pro-presos

El comité pro-presos está espiritualmente formado por todos los comités, juntas y militantes de la organización de Zaragoza.

Vuestro deber es el de alcanzar por vuestra acción la libertad de los presos sociales.

Dar a ellos o a sus familias, treinta o cuarenta pesetas semanales como subsidio, no es una demostración suficiente de solidaridad; su libertad vale más que ocho duros y que todo el oro del mundo.

A vosotros corresponde, porque ello no está entre las atribuciones de quien hace esta llamada, el determinar de qué modo y manera puede darse fin a la vergonzosa situación por que atravesamos.

Al pueblo de Zaragoza

Al pueblo muy poco hemos de decirle; sabemos de sus nobles sentimientos y de su decisión para ayudar a todas las nobles causas. Este artículo lo escribimos precisamente para por encargo de gentes del pueblo, gentes que, anónimas, demuestran por la causa de la libertad mayor entusiasmo y fe que los que de libertarios nos preciamos.

Porque hace ya algún tiempo que el pueblo nos pregunta, ¿para qué queremos ahora una organización que ni siquiera se ve capaz de defender a los que por ella perdieron la libertad?

Y el pueblo tiene razón.

¿Qué contestan a esto los superhombres?

¿Para qué queremos nuestra organización? Preguntamos también nosotros.

¡Compañeros todos! Acabemos, serios y enérgicos, con nuestra actual vergonzosa situación.

N. del A.— Ascaso está procesado como presunto autor de la muerte del señor Soldevila. Yagües y Sobrevida como actores en la «refriega» que costó la vida al compañero Navarro. Victoriano Gracia lo está como autor de una agresión a un sujeto del «libre», agresión de la que sólo da fe el agredido contra numerosos testigos de todas las clases sociales que afirman lo contrario. Mur y Muñoz se hallan procesados como consecuencia de un tiroteo habido en el Paseo que costó la vida al agente señor Solórzano.

DIVAGACIONES ³⁵

¡Alza la frente, hijo mío!

Hemos salido a la estación pueblerina para saludar, a su paso hacia el presidio, a un camarada nuestro.

Se detiene el tren y aparece a nuestra vista el rostro jovial y risueño del condenado.

Toda su familia, su padre anciano, sus parientes, sus hijos, ¡¡sus pequeños!!, sus tías y cien compañeros más, que son como la continuación de su propia familia, nos acompañan.

Los guardianes del preso se sienten humanos y le quitan las ligaduras, primero estrecha fuertemente nuestras

35 *Cultura y Acción*, Zaragoza, época II, n2 51: 12 de septiembre de 1923. Tres ejemplos de las breves «divagaciones» que firmaba Buenacasa, y que en este caso dejan constancia, por un lado, de la cuestión de los «presos sociales», candente en esos meses, y aquí desde un prisma un tanto literario y emotivo. Y, por otro lado, del difícil diálogo de los anarquistas con los «cultivadores». Una ardua comunicación que no sólo se debía al «egoísmo» achacado a estos últimos; también a la escasa comprensión de la realidad rural por parte de un movimiento cuyos repertorios de protesta, estrategias y cultura sindical —y política— eran en buena medida industrial—urbanos. El texto está fechado en Épila, agosto de 1923.

manos, después coge en sus brazos robustos a los pequeñuelos de su alma.

El tren, que apenas se ha detenido, silba furioso la señal de partida. Conversamos con el preso y le aconsejamos que al llegar a Zaragoza a la cárcel pregunte por Victoriano y pida lo que le haga falta. Los guardias nos miran recelosos. Casi todos los circunstantes lloran. En el revuelo de la triste despedida una mujer del pueblo deja oír su voz fuerte y aguda: –¡Hijo mío! ¡Alza la frente! Tu no eres un bandido, eres un preso social, no llores, ya volverás.

El caso es que nosotros, que teníamos ya agotado el sentimiento por el mismo sufrir de estos últimos años, hemos llorado al oír la vibración de aquella mujer del pueblo:

¡Tú eres un preso social! Tú no eres un bandido de esos que...

Y hemos llorado, más que por la pena que nos causa la injusticia de que es víctima el presidiario, por la impresión confortadora que nos infiltra la mujer del pueblo estimulando al luchador.

¡Alza la frente hermano!, le decimos como ella.

¡Que falta nos hace que las mujeres nos alienten en la lucha y nos reconforten el espíritu en la desgracia! Tú eres un preso social. ¡Un preso social!.

Cuando después de cumplir el deber revolucionario se ve asistido en la desgracia por el valor y el aliento de su madre, de su hermana, de su anciano, de sus amigos, el preso social respira satisfecho. El preso social es hoy el símbolo de la justicia. Sus hijos le aman más intensamente.

Los cultivadores

Son egoístas. Están arruinados y temen la revolución: para ellos, la revolución, salvadora y justiciera causa más estragos que las tormentas y las plagas. No tienen fe; a los industriales y obreros de la ciudad los miran con más prevención que a los vagos y los diputados.

La prueba está en que nos escuchan dormidos, asienten sumisos, porque su vida es una sumisión eterna— y luego nos injurian o cuando no se olvidan, son desagradecidos. ¿Qué pensarán de nosotros, cuando ni siquiera les pedimos el voto «para sacarles» de su ruina? Porque es verdad, que nosotros no damos ni daremos nunca por su causa más que la libertad o la vida, que ya es dar.

Pero nuestra vida no es preciosa para ellos. Ellos quieren pesetas, pesetas y pesetas.

Egoísmo y egoísmo.

¡Hermanos! Que la revolución proletaria ¡pensadlo bien! jamás os causará los perjuicios que la oruga o la frase retórica del señorito, del vividor o del diputado del distrito, plagas que también son dañinas. A no ser que penséis que somos otra plaga los que trabajamos y os ofrecemos desinteresada ayuda.

El autorretrato

Nuestras últimas «divagaciones» han levantado enorme revuelo entre los amigos que nos leyeron. No hablábamos en ellas de nosotros, somos enemigos del autorretrato, porque degenera casi siempre en autobombo. Retrataros a un amigo del alma a quien nuestros desvíos apenaron.

La resolución de Perico no es pesimista, a nuestro juicio, porque Perico no puede ser pesimista. Tiene en sí mismo la fe de los hombres superiores.

Y si Perico no es pesimista, bueno es que digamos que tampoco lo somos nosotros, y lo demostramos rompiendo el anónimo.

¿Verdad que nadie que nos conozca a fondo nos tachará de pesimistas?

A LA ASAMBLEA. SALUD ³⁶

Soy de los que creen que sobran largos y floridos discursos para decir alto y fuerte que la tierra y los que la trabajan son la base única y principal de la vida de la humanidad; que hay que tratar a la tierra como la madre amorosa de todos los humanos, y a sus hijos, a los que la siembran y laboran, como a los tipos superiores de las razas creadoras.

Sois los parias de la tierra, los árbitros del mundo, y por extraña paradoja, los seres más desgraciados de la creación.

Si vosotros quisierais podríais reducir en un instante a la nada al estado que os oprime y al propietario que os estruja.

36 *Cultura y Acción*, Zaragoza, época II, nº 51:1s de septiembre de 1923. Este texto aparece poco antes de que un aviso afirmara en el mismo periódico que «por tenerse que ausentar de Zaragoza en busca de trabajo, deja de pertenecer a nuestra Redacción el que hasta hoy fuera director de CULTURA Y ACCIÓN, compañero BUENACASA. Sépanlo todos y principalmente los que sostenían relaciones y correspondencia con nuestro camarada». Y lo hace apenas dos semanas antes de que el golpe del general Miguel Primo de Rivera suspendiera el ordenamiento constitucional e inaugurara una dictadura de 7 años. La naturaleza oral de la intervención, observable en el estilo enfático y los lemas de propaganda, no impide que resurja el discurso del «egoísmo» respecto de los agricultores.

Pero sois ignorantes y egoístas; la concepción individualista que tenéis de la vida, os lleva a la desgracia y a la ruina; y sólo cuando llega la catástrofe que os aniquila, como ocurre ahora, pensáis que unidos podáis salvaros.

La salvación vuestra y la de la humanidad entera está supeditada a concepciones superiores de convivencia que vosotros no habéis sentido hasta ahora. Pensad que todo esto que os pasa os volverá a ocurrir cien veces más y que no saldréis de la miseria, de la esclavitud y de las incertidumbres, mientras no desechéis el egoísmo personal para cambiarlo por el sacrosanto egoísmo colectivo que concede a todos el bienestar que cada uno desea para sí.

Unios por tanto todos y luchad todos por la justicia de cada uno; pero no cometáis la torpeza de romper esa unión por ningún motivo; si ganáis la partida que empeñáis hoy contra el estado y los grandes terratenientes, seguid luego más unidos aún, porque el enemigo es astuto y os robará lo que pueda en cuanto se de cuenta de vuestro decaimiento; y si no ganáis el pleito— yo confío en que sí— con la urgencia que el pleito actual tiene que ser por vosotros ganado, razón de más para estrechar y fortificar los lazos de esta unión sagrada del proletariado que aspira a crear una nueva vida.

No confiéis en los servidores del Estado, que ellos no os pueden defender; nadie tira piedras a su tejado; el diputado, el miembro de los institutos de las cataplasmas sociales y el parásito en general, no tiene otra misión que la de engañar

al pueblo, modo único de poder ir tirando ellos. Vuestros intereses deben ser defendidos por vosotros mismos. Basta vuestra unión y la voluntad de vencer.

La sociedad está dividida en dos clases: una que trabaja y no come y otra que vive en la vagancia y en la opulencia, una y otra son enemigos irreconciliables.

Sólo la unión de los que trabajan puede destruir el privilegio, la ignorancia, la injusticia y el parasitismo.

Por el porvenir de nuestros sucesores y el bienestar de nosotros mismos.

¡Trabajadores! ¡Unión!.

Fraternalmente, de todos.

LAS SECCIONES Y LOS INDIVIDUOS ³⁷

³⁷ *Solidaridad Obrera*, Barcelona: 30 de enero de 1924. Desde el inicio de la Dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923, la CNT y sus cuadros dirigentes se vieron ante la disyuntiva de pasar a la clandestinidad o mantener la estructura sindical en el hostil nuevo marco político. Los sindicatos barceloneses, los más potentes de la Confederación, habían decidido su propia clausura en octubre de 1923, aunque se daría marcha atrás a esa decisión en la asamblea de Granollers un mes antes de aparecer este artículo (30/12/1923), para finalmente ser clausurados por decisión gubernativa en mayo del 24. Mientras tanto, en otras latitudes del país, como Asturias y Galicia, se mantenían en la legalidad. Sea como fuere, se entabla en el seno de la CNT un conflicto entre los partidarios de la clandestinidad y de su definición anarquista aprobada en el Congreso de la Comedia, por un lado, y aquellos otros, por otro lado, que, como Peiró y Pestaña, apostaban por reabrir, legalizar y fortalecer en su estructura los sindicatos. La aportación de Buenacasa en este artículo muestra su alineamiento con los primeros, al apostar por un sindicato menos «burocrático» y con mayor participación e implicación de los individuos de las bases, según la tradicional prédica ácrata. En general, sobre la CNT y los anarquistas en el periodo primorriverista, véase Antonio Elorza, «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923–1930) (I)» y «La CNT bajo la Dictadura (1923–1930) (II)», en *Revista de Trabajo*, 39–40 (1972), pp. 123–477 y 44–45 (1973–1974), pp. 311–617, respectivamente.

Dijimos el otro día que, a nuestro entender, todos los trabajadores pertenecientes a un Sindicato deben tener y ostentar cargos en la organización.

Todos a la vez, –entiéndase bien– debemos ejercer cargos; y si todos ejercemos cargos, si todos somos elementos actuantes, si la masa se ha convertido en un órgano de actividad, realizando cada uno de sus componentes las funciones que le sean gratas y propias, ¿no se habrá convertido en realidad nuestro cacareado furor federalista?

Se nos dirá que no es fácil convertir en elementos actuantes a todos los asociados; nosotros creemos, por el contrario, que sí; que es fácil el conseguir que todos y cada uno de los trabajadores sindicados –y aun a veces los que no lo están– sean elementos activos. Interesa, en primer término, que los cargos «principales» de la organización, o sea «los altos puestos representativos» se despojen del aspecto de supremacía de que con tanta frecuencia se les reviste. Si en los archivos del Gobierno debe hacer la inscripción de «secretarios generales» y «presidentes» de los Sindicatos, en el seno de éstos debe practicarse la teoría de que todos somos iguales.

Mataremos así todas las pedanterías, y los «humildes» se verán estimulados por un sentido igualitario de la actuación a intervenir ellos también cuando hayan comprendido que no han de ser absorbidos los más por la centralización de funciones en manos de los menos.

Cada individuo tiene una aptitud que le es peculiar, y por lo tanto una actuación a desempeñar que le será propia. No hemos de ser «amos» los menos cuando nos cansamos de preconizar que «cada uno debe ser dueño de sí mismo».

No se olvide que somos enemigos de la reglamentación escrita; hacemos esta declaración para que los falsos intérpretes del federalismo no se asusten; así pues, declaramos a la vez que todo cuanto hagan los diversos elementos actuantes en el seno de las distintas y numerosas instituciones que dan vida al conjunto de la organización obrera, puede discutirse y realizarse en cada caso sin necesidad de un reglamento uniforme, que sería inútil y perjudicial a veces, por no decir siempre.

Hasta los no sindicados, hemos dicho, pueden ser miembros militantes de la actuación obrera.

Expliquemos esto en dos líneas: Nuestra organización, como tal, debe estar integrada por elementos voluntarios; nos hallamos, pues, en el caso de una fábrica o de un taller donde hay un treinta por ciento de compañeros no asociados por motivos que no es del caso mencionar. ¿No creéis que esos individuos no asociados pueden en cambio aceptar un cargo en los llamados Comités de fábrica, por ejemplo?

• • •

El Comité de fábrica, de composición ilimitada, se forma casi siempre por iniciativa de la organización del Ramo o de alguna de sus Secciones; ¿es ninguna herejía que acepten cargos –y que se les invite para ello– aquellos compañeros que, aunque no sindicados, no puedan ser considerados elementos «afines» a la burguesía?

Hay que desechar la teoría de que sólo somos buenos los trabajadores asociados; los hay sin asociar que también son buenos, aunque algunos sindicalistas opinen de otro modo; y esos elementos no asociados se asociarán de seguro en cuanto comprendan «prácticamente» que la asociación no es centralista ni autoritaria.

Y volvamos al tema, después de esta pequeña y necesaria digresión.

Hemos organizado una Sección de oficio. Al frente de la misma hay dos Comisiones: una llamada administrativa y otra técnica y de estadística. La Comisión administrativa, cuanto más numerosa mejor, tiene a su cargo, subdividiendo el trabajo, la propaganda entre los afiliados, la relación con el Comité Sindical y la intervención en cuantas cuestiones competan a la vida del trabajo en relación con los desahogos patronales.

Además, como su nombre mismo indica, esta Comisión debe realizar por sí o por medio de los delegados de taller y fábrica las cotizaciones de los asociados.

La Comisión técnica y estadística, independiente de la administrativa en sus funciones, será un complemento, y debe ser integrada por uno o dos o más miembros de los que componen en el taller y en la fábrica las Comisiones respectivas en este aspecto.

También los Comités de fábrica pueden, indistintamente, engrosar con uno o más miembros la Comisión de Sección citada.

Los delegados de taller o fábrica, «los representantes políticos» del Sindicato, como los calificamos el otro día, deben ser tan numerosos como la explotación lo requiera, y nombrados siempre por los trabajadores que con ellos han de convivir.

• • •

Conjunto global de los individuos en el taller o fábrica.

De este conjunto vamos a entresacar los actuantes:

Delegados «políticos» representantes de la organización.

Comisión técnica y estadística.

Comité de fábrica o taller.

He aquí las tres instituciones nervio de toda la vida corporativa, que son nombradas por los mismos obreros entre sí, trabajando en la misma explotación.

Delegados que se destacan para las Comisiones técnicas y estadísticas de la Sección.

La Sección: Nombra su Junta administrativa y sus delegados al Comité Sindical en Asamblea general.

Luego hablaremos de los miembros que deben actuar en la dirección del Sindicato.

A estas alturas nada más hemos logrado ya que sean elementos actuantes en la organización una gran mayoría de asociados. Y contamos que, no la mayoría, sino todos, deberán y podrán actuar conjuntamente. Y lo demostraremos.

Llevamos el movimiento corporativo –como se ve– desde abajo hacia arriba. Por algo somos federalistas.

¿Verdad que no es imposible, ni destructible, una organización como la que estamos propulsando?

EL INDIVIDUO EN EL SINDICATO ³⁸

¿Qué es el Sindicato? El Sindicato, tal como nosotros lo entendemos, es el punto de convergencia de todos los trabajadores ansiosos de manumitirse y emanciparse de todas las esclavitudes.

38 *Solidaridad Obrera*, Barcelona: 8 de febrero de 1924. Aparecido como el anterior en una rúbrica «De Organización», y ubicada por el autor su escritura en la cárcel Modelo de Barcelona, este artículo muestra con aun mayor claridad la preferencia de Buenacasa, en el marco del conflicto citado en la nota precedente, por las tesis no sindicalistas y por una mayor carga ideológica anarquista en los sindicatos cenetistas. No otra cosa implican su preferencia por una organización más pequeña pero más «consistente»; su apuesta por que las «conveniencias» —esto es, reivindicaciones— económicas no primen sobre las «espirituales» o «ideas»; y, en suma, su defensa de un sindicato de «individuos» y no sólo de «masas». Recupera en este punto las críticas a la dirección barcelonesa de la CNT que ya vertiera por ejemplo en el dictamen —con toda seguridad obra suya— aprobado en el Congreso de la regional de Aragón, Navarra y Rioja en junio del año anterior, donde se afirmaba que «se propagó más la idea de aumentar los salarios —que es tanto como dejar subsistente el régimen actual— que la idea de suprimir el salariado. Y por eso nuestro ejército, educado algún tiempo para una lucha principalmente grosera y egoísta, no fue, en definitiva, ese ejército de combatientes de la revolución que planteara sus luchas en un plano elevado». (Recogido en *Cultura y Acción*, 7/7/1923 y en M. Buenacasa, *El movimiento obrero español*, 1928, p. 206).

El valor de un Sindicato, de una organización cualquiera, está en la relación directa con el valor de todos y cada uno de los individuos que la integran.

Nunca nos cansaremos de repetir lo que acabamos de expresar.

Si el individuo sindicado comprende y practica el «yo» consciente e inteligente, el Sindicato del cual forma parte será un organismo poderoso e invencible por la misma fuerza de la inteligencia de sus componentes.

No ignoramos cuan difícil resulta el que todos los componentes de una organización sean inteligentes, generosos y activos, pero es cosa que no reputamos imposible.

Podrá ocurrir que al constituirse la organización de la cual nos estamos ocupando, ésta no sea fuerte numéricamente; quisiéramos que todos los trabajadores estuviesen conscientemente organizados.

Ya hemos dicho que la fuerza proviene, en su grado máximo, de la inteligencia y de la bondad.

La fuerza, por tanto, reside en las unidades activas y positivas y no en los ceros puestos a la izquierda. Creemos, sin embargo, que todos los hombres pueden ser unidades positivas en una u otra proporción.

De todas las maneras, puestos a elegir entre una organización numerosa, cuyos miembros tengan más fe en el «jefe» que los guía que en las ideas que son la razón de ser de toda organización humana, y entre una organización reducida por su número, pero en la que cada sujeto sea celoso de su «yo», nos quedaríamos con esta última.

El resultado del sumando en ambas organizaciones sería «Uno» –el jefe– para la primera, en la que parecen existir tantos, y «Varios» en la segunda, donde parecen existir menos.

La organización más pequeña tendrá un valor superior en todos los órdenes –menos en el del sometimiento– sobre la grande.

He aquí explicadas, a grandes rasgos, nuestras teorías acerca de lo que deben ser –calidad ante todo– las organizaciones obreras.

No crea nadie, por lo que acabamos de decir, que somos contrarios a la organización de masas. La prueba de esto está en que hemos sido propulsores de la más poderosa organización de muchedumbres que ha existido en España; pero por esto mismo y por la experiencia que hemos deducido de los hechos acaecidos, queremos organizar ahora nuestra labor organizadora de las masas sobre una base «lo más consistente posible».

Los que hayan leído los trabajos anteriormente escritos sobre la materia que estamos tratando, habrán podido darse cuenta de que iniciamos la constitución de nuestra organización sobre bases y métodos distintos a los que rigieron en la época pasada.

En las épocas pasadas conquistamos la adhesión de las multitudes por el ofrecimiento de mejoras materiales y por el halago hacia «la fuerza ingente» de aquéllas.

Y las masas que son menos estúpidas de lo que algunos piensan se dejaron conquistar, no tanto por el halago como por la conveniencia que sentían de mejorar su situación. El halago es agradable para unos momentos, pero no es conveniente; por el halago no es posible conquistar la adhesión de toda una clase para un tiempo ilimitado.

No acusemos únicamente al pistolero y a las «huelgas injustas» de ser los factores determinantes de la desmembración de las organizaciones obreras.

Los causantes somos, por una parte, los que no tuvimos una visión clara de las realidades de cada hora, y, por otra, las circunstancias adversas a más no poder que determinaron el alejamiento de nuestros Sindicatos de gran número de trabajadores, al ver que las conveniencias bajo cuyas bases se organizaron desaparecían.

Es más que seguro que si hubiésemos propagado al igual que las conveniencias económicas las conveniencias espirituales, nunca la clase obrera se hubiera considerado llamada a engaño.

Si yo voy al Sindicato para exigir más jornal –y así hemos propagado muchas veces–, ¿para qué continuar en él cuando no puede exigir esa mejora?

Así han razonado muchos individuos en estos últimos tiempos.

Es cierto que también hemos hablado de ideas muchas veces, pero no es menos cierto que no hemos sabido hacerlo bien.

La mayor parte de los propagandistas desconocemos o quitamos importancia a las ideas cuando nos dirigimos a los trabajadores con ánimo de organizados.

Y, sin embargo, los trabajadores, gran número de ellos, son capaces de organizarse por motivos espirituales, tanto como por motivos materiales.

La prueba la tenemos hoy en que, a pesar de todo lo ocurrido y de la enorme crisis en la producción por que atraviesa el país, son muchos los miles de obreros que desean permanecer unidos, no ignorando que la unión voluntaria que ellos reclaman no les ha de proporcionar de

momento ni en cierto plazo de tiempo mejoras de orden material.

• • •

Sin darnos cuenta nos habíamos apartado del tema simplemente orgánico que veníamos tratando, metiéndonos en el terreno de las disquisiciones morales.

Con un par de artículos más sobre el desenvolvimiento orgánico de las Federaciones y acerca de la autonomía que debe regir en todas instituciones del organismo obrero, desde la institución individuo hasta el Comité federativo internacional, daremos cima a la labor que nos habíamos propuesto.

No olvidemos nunca que el individuo en la Sección, en el Sindicato y en la Federación es la «materia prima y única».

LO QUE DEBE SER «EL PRODUCTOR»

A TODOS LOS AMIGOS Y SIMPATIZANTES ³⁹

³⁹ *El Productor*, Blanes y Barcelona, nº 1: 7 de noviembre de 1925. En el marco del conflicto al que se aludía en las dos notas previas, el papel de *El Productor* y de su director Buenacasa es de primer orden. Este semanario editado en Blanes primero y Barcelona después entre noviembre de 1925 y su suspensión por la Dictadura de Primo de Rivera en abril del 26 –aunque tuvo una efímera reaparición en verano de 1930–, recogía una cabecera cara a la tradición ácrata hispana desde que diera nombre a un rotativo dirigido por Anselmo Lorenzo tres décadas atrás. Como se puede apreciar en este editorial programático en su primer número, *El Productor* fue concebido y creado, por un lado, como principal arma para «revisar» y combatir sin paliativos las prédicas y tendencias sindicalistas en el seno de la CNT. No en vano, provocaría la aparición y se convertiría en rival y reflejo en negativo de *Vida Sindical*, que fue portavoz de quienes, como hacían Peiró y Pestaña en un manifiesto en su primera página, pedían la legalización de los sindicatos (16/1/1926). Y, por eso mismo, tenía como misión encauzar la Confederación hacia la tradición anarquista, a la manera de lo que predicaban desde *La Protesta* los hombres fuertes de la FORA argentina, en particular los españoles emigrados López Arango y Diego Abad de Santillán, quien no por casualidad se cuenta entre los colaboradores de *El Productor*. Este periódico tuvo en su redacción a militantes como Alberola, Suñé o el zaragozano Miguel Chueca, además de a otros muchos colaboradores. Sin embargo, tanto su fundador como su *alma materna* fue otro que el propio Manuel Buenacasa. Como lo es, aunque no venga firmado, este editorial.

Hace como cosa de seis semanas o siete, enviamos a todas las personas cuya dirección nos era conocida –y a los periódicos y revistas de nuestro campo que ven la luz en España– una circular que decía al empezar:

«Un grupo de hombres de buena voluntad, hemos decidido en principio la publicación de un periódico de ideas, crítica y combate. ¿Se trata de un periódico más? –preguntarán algunos– nada más lejos de nuestra intención –contestamos–.

El periódico que nos proponemos dar a la luz responde a una necesidad imperiosa, necesidad que no pueden satisfacer las publicaciones de nuestro campo que hoy aparecen.

Para llevar a cabo la labor que abajo insinuamos, precisa de un órgano independiente no sometido a las disciplinas de la organización, de los intereses creados ni de las conveniencias partidistas o personales.

Queremos dar vida a una publicación que por no ser de nadie sea de todos, para propagar en primer lugar los ideales libertarios.

A la vez que a la propaganda de las ideas, nos ocuparemos con la extensión que se requiere, de un problema dominante en los medios revolucionarios; nos referimos a una Revisión severa e imparcial de las actuaciones de los anarquistas en

el movimiento obrero de los últimos diez años. Nos interesa demostrar y señalar las causas del actual desbarajuste que sufre la familia trabajadora –su organización de clase– y la familia anarquista. Es muy posible que en la discusión que plantearemos sobre el tema referido, hagamos alusión a ciertos hechos y por tanto a las personas que los motivaron, pero conste por adelantado que a todos guardaremos los debidos respetos y para todos estarán abiertas las columnas del periódico, pues no seríamos dignos de nosotros mismos si –como otros colegas hicieron y hacen– negásemos a nadie, no ya el derecho de defensa, pues a nadie ofenderemos sino el derecho de restablecer la verdad en la discusión. Hay quien sostiene que no merece la pena hablar del pasado; nosotros opinamos que mientras haya quien del pasado se ocupe en las reuniones y en las peñas de amigos y amigachos –sin tener el valor de hacerlo públicamente y a plena luz– el pasado resurgirá con todas sus sinuosidades, con todos sus prejuicios, con todos sus errores. Y, como lo que pretendemos es enterrar ese pasado que nos envilece ante los ojos del pueblo, y lo que deseamos es hacer la luz, desvanecer el error, señalar la responsabilidad de cada cual y exponer el modo de una rectificación definitiva que nos ponga en la ruta clara y luminosa de un porvenir en que las desviaciones y las desorientaciones no se produzcan más, es por lo que creemos necesario practicar la obra revisionista que muchos han propuesto.

Tenemos la pretensión y el deseo de hacer obra buena y positiva; si el estímulo de unos y otros no nos falta y el apoyo intelectual y material de los que hacerlo pueden, no se nos regatea, estamos seguros de llegar al fin propuesto.

• • •

A nuestra redacción han llegado numerosas cartas de compañeros y en todas menos en una, se manifiesta el mismo vehemente deseo que a nosotros animara a lanzar la iniciativa:

«El Productor» por lo tanto es un hecho y aquí está el primer número para demostrarlo.

¿Vivirá mucho tiempo este vocero, portavoz de los oprimidos?

Nosotros queremos que se haga viejo de años; si nuestro deseo lo comparten cuantos con la obra simpaticen, la obra llegará a buen término.

Los propósitos expuestos en la circular de que hacemos referencia, los cumpliremos sin desmayos a menos que una mayoría de amigos del periódico nos hagan comprender que incurrimos en error; sólo entonces rectificaríamos nuestro criterio en lo que al tema de la Revisión propuesta se refiere.

• • •

Como en el mundo, sin olvidar el de los anarquistas, existen espíritus demasiado suspicaces, queremos declarar cómo y de qué manera EL PRODUCTOR ha podido ver la luz; nos referimos al aspecto administrativo.

El grupo editor lo componemos diez y seis amigos, cada uno de los cuales hemos suscrito la cantidad de trece duros con el objeto de hacer frente a los gastos de publicación de los cuatro primeros números.

Y como creemos que a partir del cuarto número los ingresos de la venta se habrán ya regularizado, consideramos que con dichos ingresos el periódico vivirá, pues calculamos que el precio de venta cubre exactamente los gastos de cada edición.

• • •

Sólo cuando notemos la existencia de individuos que compren papel y no pagan y que la tirada del periódico disminuye sensiblemente crearemos que ha llegado la hora de acabar con EL PRODUCTOR. Pero mientras así no sea, seguiremos nuestro camino deshaciendo entuertos, sin pararnos a mirar si nuestra obra es o no grata a los enemigos de la luz y los falseadores de nuestras ideas que no son pocos por desgracia los que hay en nuestro campo.

Ni desmayaremos ni vacilaremos.

EN TORNO A UNA POLÉMICA. SE DICE POR AHÍ... ⁴⁰

Hace ya algún tiempo que en «Solidaridad Obrera» de Galicia se ha planteado una discusión acerca de las causas que han determinado el desmoronamiento de CNT. Numerosos camaradas, los más significados en el movimiento sindicalista español, han intervenido en el

40 *El Productor*, Blanes y Barcelona, nº 1: 7 de noviembre de 1925. Con quien aquí polemiza ácidamente Buenacasa es uno de los mayores pesos pesados de la historia de la CNT. Nacido en 1887 y muerto ante un pelotón de fusilamiento franquista en Paterna (1942), Joan Peiró fue un obrero del vidrio que de analfabeto hasta los 22 años pasó a figura señera de la primera generación de anarcosindicalistas de la Confederación junto a Seguí o Pestaña, e incluso a Ministro de Industria durante la Guerra Civil. Tras haber ocupado la secretaría general de la CNT entre 1922 y 1923, durante la Dictadura de Primo de Rivera definía su posición por un lado –al menos hasta que aquélla impusiera los Comités Paritarios en 1926– el aprovechamiento de los cauces legales existentes para asegurar la supervivencia y acción sindical de la CNT. Y por otro lado, la crítica al maximalismo de los «anarcobolcheviques» y la apuesta por un mayor realismo fundado en la situación y conciencia de la clase obrera, que es lo que aquí se le censura. Cfr. Joan Peiró, *Escrits, 1917–1939* (Pere Gabriel, ed.), Edicions 62, Barcelona, 1975, esp. pp. 61–109.

debate haciendo constar cada cual a su manera los motivos que son causa de la crisis del organismo sindicalista.

Yo también fui uno de los que eché mi cuarto a espadas en las columnas del colega haciendo las siguientes afirmaciones que procuraré probar desde esta tribuna.

Decía yo, poco más o menos:

«Las principales causas del hundimiento de la Confederación Nacional del Trabajo son tres, a saber:

Primera. Porque se traicionaron las tácticas y los principios que son la razón de ser del organismo confederal.

Segunda. Porque se concedió, en muchas ocasiones, más importancia a determinados hechos episódicos que a las ideas anarquistas que deben informar a la Confederación y

Tercera. Porque se consintió en desperdiciar algunas buenas ocasiones de realización revolucionaria».

Esto es lo que yo dije y sostuve con mi firma en el órgano de los sindicalistas de la región galaica.

Ahora bien; mi amigo Peiró, en un artículo publicado en «Solidaridad Obrera» de Asturias y reproducido y comentado con alborozo por el órgano de los socialistas catalanes, comenta la tercera de mis afirmaciones y la rebate comenzando por decir: «Habréis advertido que por ahí se

asegura que una de las causas del desmoronamiento de CNT consiste en que (subrayado) «se consintió perder algunas buenas ocasiones de realización revolucionaria».

Peiró dice que muchos de los que así hablamos, teníamos metido en la mollera (sic) que una realización revolucionaria debía plasmar en el comunismo libertario.

Y luego dice: Preguntad a los atacados por el espejismo revolucionario, qué haremos al día siguiente de verificado aquel hecho y os dirán, que hay que tomar posesión de la tierra y de los instrumentos de producción, transporte y cambio y organizar el trabajo y distribución de su producto común. Y aún os repetirán la formula: « A cada cual según sus fuerzas; a cada cual según sus necesidades».

Pero preguntadles –sigue hablando Peiró– cómo organizarán la producción y cómo la distribución al consumo, y aquí será Troya; y será Troya, porque después de la citada confesión «de supina ignorancia», los obreros se enzarzarán en agria disputa, que no discusión, para ponerse de acuerdo y de fijo oiréis los estribillos «desviación», «confusionismo», etc... Y Peiró sigue por ese tono, para terminar afirmando sobre poco más o menos que no hay nada que hacer hasta que todos y cada uno de los revolucionarios no se hayan convertido en unos perfectos estadistas que sepan hasta el más mínimo detalle de la capacidad industrial, agrícola, minera, etc. de España.

No sabemos si Peiró es un enamorado –ya que no un obseso– de la revolución; lo que si podemos decir que es un fanático de la estadística, cual yo lo fuera en otro tiempo del Sindicato Único, como forma de organización para los trabajadores.

Seguiremos a Peiró en otros trabajos si el tiempo nos lo permite, limitándonos por hoy a invitarle a contestar la misma pregunta, un poco alterada, que él hace a «los atacados del espejismo revolucionario»: ¿Qué deben de hacer los trabajadores el día de la revolución? O bien: ¿Qué debemos hacer antes; una revolución para ensayar la estadística o la estadística para hacer la revolución?

¿Cuál debe ser el objetivo inmediato de los trabajadores el día de la revolución, apropiarse colectivamente de la tierra, de las minas, del transporte, de los útiles del trabajo, etc., etc., o discutir el modo más científico y elegante de hacer todo eso? ¿O es que cree Peiró que una revolución como la que él propulsa, no debe tener aquella práctica e inmediata finalidad?

Por hoy hacemos punto en espera de que Peiró nos ilustre sobre todo aquello que nuestra pobre mente no puede vislumbrar.

También los «supinos e ignorantes» campesinos que sueñan con una pronta realización revolucionaria que tan ayunos parecen estar de esa gran ciencia social que es la

estadística y de la que tan enamorado está Peiró, le agradecerán como nosotros unas lecciones a este respecto.

Y *EL PRODUCTOR* que tan supuesto está a consentir nobles y elevadas polémicas en sus columnas, espero que no se las negará al camarada, como no me las ha negado a mí.

Venga, pues, de ahí, que no porque seamos más ignorantes que Peiró, nos hemos de condenar al silencio cuando nos parece estar en posesión de la razón.

EMPIECE LA POLÉMICA. TEMA: REVISIÓN DE LA OBRA DE LOS ANARQUISTAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO⁴¹

El Productor viene a cumplir su palabra de realizar la revisión de la obra de los anarquistas en el sindicalismo en los últimos diez años.

Los motivos del desbarajuste y de la confusión en que se debate la Confederación Nacional de Trabajo son tantos y de índole tan diversa, que reputamos imposible apuntarlos y esclarecerlos todos.

Nos pronunciaremos por los temas fundamentales y argumentaremos acerca de ellos siempre sobre la base de

41 *El Productor*, Blanes y Barcelona, nº 2: 13 de noviembre de 1925. Aunque no aparezca firmado, es evidente la pluma de Buenacasa tras este artículo que alumbra y anima un debate alrededor de una cuestión cara a nuestro autor como la «revisión de la obra de los anarquistas» en el sindicalismo, y en particular los motivos del «desbarajuste» y «confusión» que encuentra en la CNT de esos años. Relevante resulta este texto por servir de llamada y acicate a un debate coral entre los cenetistas y por no derivar éste hacia las culpas ajenas sino hacia las de la propia organización. Pero también porque define ya los términos de la polémica —«hubo desviaciones y componendas» y por ende un «divorcio» con la masa trabajadora— y porque apunta a quienes desde los cuadros directivos del sindicato habrían sido a su juicio los responsables.

acusar a los anarquistas en primer término de los males que aquejan a la organización obrera.

Y hacemos esta última afirmación porque no es cosa, a estas horas, de venir culpando de todas nuestras desgracias al capitalismo y al Estado. El Estado y el capitalismo cumplen su misión histórica impidiendo los avances del proletariado emancipador. ¿Qué han hecho en cambio los anarquistas por contrarrestar, entre las masas del pueblo, la influencia del adversario? A veces han hecho algo, otras veces nada, o lo que es peor aún: han hecho labor perniciosa.

Nosotros consideramos anarquistas— ya que no somos nadie para dar o negar patentes a los demás semejantes— a cuantos se consideran anarquistas a sí mismos y a cuantos a voz en grito han pronunciado la frase: «Yo anarquista...», «Nosotros los anarquistas...»

Ahora bien: conviene distinguir entre anarquistas que intervinieron o intervienen en el sindicalismo y los que, sin intervenir directamente en el movimiento obrero se permiten enjuiciar a los que intervinieron.

A nuestro amigo Pestaña se le acusaba en cierta ocasión, por los camaradas de Madrid, de reformista político y algo más. Los compañeros de Madrid le hacían responsable de pactos y componendas que por su naturaleza desviaron el movimiento obrero de su cauce ideológico y sus tácticas de acción directa. Igual que los compañeros de Madrid— y

conste que no va para todos ellos nuestra amistosa insinuación— se conducían y se conducen camaradas de otras provincias que, como los de Madrid, no se habían torcido en las luchas por la razón sencilla de que no habían luchado, porque el movimiento obrero en aquella como en otras localidades estaba en manos de elementos no anarquistas.

A tales acusaciones Pestaña hubo de replicar sobre poco más o menos con las frases siguientes: «Es más fácil que rompan platos los que platos tocan, que no los que jamás tocaron uno». Es esta una verdad, aunque ella pertenezca a la clase de las que inventaba Perogrullo; es una respuesta lógica que no puede servir para imponer el silencio a los que no tienen derecho de enjuiciar, pero que no exime al que contesta de las faltas que cometiera.

• • •

La realidad es que hubo desviaciones y componendas y, como lógica consecuencia, un divorcio que nunca debió producirse entre los que las realizaban y la masa de trabajadores en cuyo nombre y representación se realizaron aquéllas.

EL PRODUCTOR quiere aclarar muchas cosas invitando a todos a que le presten ayuda en ese sentido, procurando todos conceder a los hechos demostrados la justa importancia que tienen o tuvieron y haciendo por que la alusión a las personas sea fraternal y amistosa. Que en nadie

se vea un deseo de exhibición, de recelos o malas intenciones, y sobre todo sería de desear que, los que intervengan en la discusión en pro o en contra tengan la autoridad que concede a cuantos enjuician la obra de los demás, el que la obra propia no les reste méritos.

No ignoramos que acaso no somos los más indicados para tirar la primera piedra pero ya que nadie lo hace por nosotros, nos aventuramos con la esperanza de hacer un bien a todos, a los que discutiremos, a nosotros mismos, a los trabajadores en general y a la familia anarquista en particular.

Desde este momento queda abierta la polémica. Que la discusión sea serena, veraz y razonada y que sus consecuencias sean beneficiosas para la causa obrera y anarquista es lo que desea.

PIDO LA PALABRA ⁴²

Ignoro cuanto sea el derecho que me asiste a tomar parte en esta discusión de cuya necesidad estoy enamorado y convencido hace ya cinco años. Mi autoridad para hacer de

42 *El Productor*, Blanes y Barcelona: ne 2:13 de noviembre de 1925. Continuación del anterior, en este texto Buenacasa inaugura el debate ya con su firma. Su intervención se lleva a cabo en primera persona, pues la enmarca en vicisitudes personales como el paso por las cárceles de Barcelona y Zaragoza (cfr. AHPZ, Prisión Provincial, exped. 5863/24), su labor y posterior dimisión como redactor de *Solidaridad Obrera* y la serie de «Cartas a Pestaña» que escribiera para ese periódico. Cartas que serían el embrión de su más notable libro (*El movimiento obrero español 1886–1926 (Historia y crítica)*, 1928), que a su vez, según se sugiere aquí, habría sido concebido como continuación de la gran obra de Anselmo Lorenzo (*El proletariado militante*, 1902). Pero la intervención se produce también en segunda persona, pues está dirigida a otro prohombre de la historia cenetista como Pestaña, tomado aquí como emblema de la «desviación» que imputa a la CNT. Ángel Pestaña (1886–1937), máximo representante del ala sindicalista desde el asesinato de Salvador Seguí, así como de la vía legalista durante la Dictadura, había sido director y reactivador de *Solidaridad Obrera* (1917–1919) y habría de ser también secretario del CN de la CNT y fundador en 1934 del Partido Sindicalista. Véase una antología de sus textos en Á. Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, Tebas, Madrid, 1974, con un completo prólogo de Antonio Elorza (pp. 5–77).

juez en cuestiones de las que soy también parte, es lo que me decide a echar por la calle de en medio sin preocuparme de lo que de mí puedan decir u opinar amigos o adversarios.

Declaro por anticipado que contra nadie siento enojo o antipatías personales, porque nadie a excepción del compañero Pestaña me dio motivos de enojo. Es preciso, para que las cosas queden en su lugar, que yo diga el porqué debería estar y no estoy enojado con Pestaña. Hace de esto año y medio, que hallándome preso en Barcelona y siendo redactor de «Solidaridad Obrera» intenté, sin decirlo, iniciar la discusión del tema que *EL PRODUCTOR* plantea. Procurando conservar el anónimo inicié unas «cartas a Pestaña» en las que con la firma de Manuel S. Ordo pretendía hacer la «Historia de la Confederación Nacional del Trabajo».

Cuando yo consideraba hallarme en el lugar más interesante del tema, la Guardia Civil hubo de conducirme a Zaragoza, ante cuya Audiencia había de comparecer para responder de un delito de imprenta. En la cárcel de la capital aragonesa estuve un mes sin poder continuar mis «cartas a Pestaña», bien contra mi voluntad. Al ser conducido nuevamente a la prisión de Barcelona remití a «Solidaridad Obrera», de cuyo periódico seguía siendo redactor, una carta para publicar que decía sobre poco más o menos: «me parece que ya que el compañero S. Ordo no continúa con sus «cartas a Pestaña» alguien capaz de hacerlo debería escribir la «Historia de la CNT», con lo que podría editarse un libro

que fuese como la continuación del «Proletariado Militante», la notable obra del maestro Lorenzo. Considero de necesidad que esto se haga, y más si se tiene en cuenta que la vida de nuestro organismo confederal ha sido en pocos años más vibrante e intensa que la de la Asociación Internacional de los Trabajadores en España. Y terminaba yo mi carta diciendo: «Si alguien con más capacidad, inteligencia y autoridad que yo no intenta proseguir la obra de Lorenzo, yo me atreveré y la llevaré a cabo como pueda y sepa». La carta fue publicada.

A los tres días de publicarse esta carta en «Solidaridad Obrera» Pestaña me envió a la cárcel una misiva que decía: «A Manuel Buenacasa: he leído asombrado tú carta de «Soli» y te escribo para decirte que si bien es sensible que Anselmo Lorenzo no tenga un continuador, sería más sensible aún que ese hubieses de ser tu. Te invito por tanto a que no escribas más sobre el tema de tus «cartas», pues de otro modo me veré obligado a desmentir cuanto digas. Ángel Pestaña».

Como contestación a Pestaña, me limité a enviar dicha carta al director de «Solidaridad» y al Comité Regional de Cataluña, acompañada de cinco artículos más sobre el mismo tema, con la nota siguiente: «envío para su publicación cinco artículos más que van firmados, con la esperanza de que verán la luz y de que publicareis lo que Pestaña pueda contestar sobre los mismos. Es llegada la hora de hacer la luz y de desnudar de una vez a todos los santos de nuestra iglesia. Modestia aparte— no debéis ignorar que vengo

obligado más que nadie en España a conocer la vida de la Confederación por pertenecer a ella desde hace quince años por haber propulsado la creación del primer sindicato Único de España— del que fui el primer secretario— y por haber estado al frente del Comité Confederal como Secretario General en los años de gracia 1918–1919, años en los que el proletariado de la Confederación luchó y venció siempre porque no se traicionaron tácticas ni principios que más tarde se han traicionado».

Comité Regional y «Solidaridad Obrera» me contestaron escuetamente diciendo, «que no era de oportunidad la publicación de mis trabajos». Al salir de la cárcel dimití mi cargo porque no creía digno de mí estar al servicio retribuido de un organismo que atentaba contra la claridad y contra la independencia individual. Y volví al taller.

• • •

Cuanto queda dicho aquí tiene la intención y el fin de demostrar que, a pesar de todo lo expuesto, no guardo ningún rencor al compañero Pestaña. Es necesario que conste así para que nadie crea en un momento dado que el despecho o algo peor es la causa de mis juicios, que si pueden ser crudos y severos, han de estar siempre inspirados en mi amor a las ideas en primer lugar y en mi afecto a todos los camaradas sin distinción sea cual fuere la distancia que me separe de ellos en cuestiones de

apreciación de hechos y sucedidos de nuestra vida corporativa o individual. Que conste así y vayamos ahora al grano.

• • •

Germinal Esgleas, la más joven y tal vez la más elevada mentalidad de nuestro campo conocida en Cataluña, díjome un día: «Pero, ¿es que han existido en efecto desviaciones de tácticas y traiciones como por doquier afirman ciertos espíritus simples?».

Yo contesté afirmativamente; él se concentró en sí mismo y al poco rato insistió: «Lo interesante sería probar todo esto».

Y a ello vamos, no sin hacer antes una afirmación rotunda, y es la de que casi los causantes del mal, son camaradas de buena fe que obraron al revés de como debieran, creyendo que lo hacían mejor. Ahí está todo: y ahora a razonar y a argumentar y a proponer y a rectificar.

Mi obra de exposición y crítica no es para un solo día; es necesario llegar a las demostraciones concretas y ello no se conseguiría si quisiese decirlo todo de una vez.

Calculo yo que debo escribir bastantes artículos para demostrar mis asertos y no pocos para proponer las soluciones y los aciertos que la curación de nuestras dolencias exigen.

Por hoy terminamos y sucesivamente demostraremos que hubo desviación y por lo tanto fracaso, en los casos y ocasiones que mencionaremos. Que todos se conduzcan con la corrección con que yo me conduciré y el tema, abordado en estas condiciones, tendrá fin en favor de todos y de la causa común.

Veamos si es posible que cuando la normalidad constitucional se restablezca de uno u otro modo, la revisión de nuestra obra haya llegado a feliz término.

Entonces será llegada la hora de reanudar la marcha con seguridades de éxito que hoy no podríamos contar habida cuenta del desbarajuste y el confusionismo que dominan nuestros medios.

Desbarajuste y confusionismo con el cual hay que terminar de una vez, sin pararnos a considerar si el momento es o no propicio u oportuno.

Yo creo que para toda obra de depuración la oportunidad es de todas las horas.

EL PACTO CON UGT ⁴³

No recordamos si fue en septiembre o en octubre de 1920. La fecha es lo de menos.

Nos hallábamos a la sazón en Vizcaya.

43 *El Productor*, Blanes y Barcelona, nº 6: 11 de diciembre de 1925. Además de jalonar algunas de las andanzas anteriores de Buenacasa –su fugaz paso por la dirección de la *Solidaridad Obrera* de Bilbao y Gijón–, este texto muestra su denuncia de las «faltas, errores y equivocaciones» de la CNT en los primeros años veinte. El marco en el que surge el texto es muy preciso y se define como tiempo de dictadura, clandestinidad, hemorragia afiliadora y replanteamientos tácticos. Pero tanto la acritud dialéctica como sobre todo la polémica concreta –la colaboración con «los hombres políticos, parlamentarios, sean del color que sean»– son un buen exponente de las tensiones y contradicciones que palpitaban en el seno del heteróclito mundo cenetista y que le acompañarán a lo largo de su convulsa historia. La trayectoria del propio Buenacasa será un buen ejemplo. El artículo servirá de base para el tratamiento del tema por el mismo autor en su obra *El movimiento obrero español* (1928), donde también se repasan el Pleno de Barcelona de octubre de 1920 y la huelga de Riotinto –a los que se alude al final del texto– con sus consecuencias en la «traición» de la UGT y la ruptura del pacto (pp. 119–129).

El Comité Nacional tronaba en «España Nueva» y en los órganos de la Confederación, contra los reformistas del organismo obrero Unión General de Trabajadores.

Hacía justamente cuarenta y ocho horas que el aludido diario madrileño había publicado, suscrita por la Confederación, la mayor de las acusaciones contra los socialistas dirigentes del mentado organismo obrero, cuando fuimos sorprendidos por la noticia del pacto.

Algunos camaradas de la región del Norte tan duramente castigados por las hordas sedicentes socialistas y fanatizadas de Bilbao, Éibar, Tolosa y otros centros de aquella zona nos dieron, asombrados, el tremendo notición.

Pocos días antes de lo que relatamos, nos henchía de entusiasmo la gesta de los metalúrgicos italianos, apoderándose de las fábricas, y el llamado de la Internacional de Moscú dando el grito de guerra social a los productores del mundo entero.

También en Vizcaya habían ocurrido sucesos lamentables; los socialistas habían acuchillado en la Arboleda al vendedor de «Soli» de Bilbao y en las minas Sílfide y San Luis, en los alrededores mismos de la capital, habían sido muertos a tiros tres camaradas más por haberse atrevido a denunciar las traiciones de los jefes socialistas con Prieto a la cabeza.

En esas condiciones nos sorprendió la noticia del pacto. Aquella misma noche todos los camaradas de Vizcaya se dieron cita como respondiendo a una consigna. Fue aquella una reunión memorable que empezó en un local de las Cortes y se terminó en pleno monte con la asistencia de casi todos los camaradas de la provincia.

La indignación cundía contra el Comité Confederal por la «pastelada» hecha –así se calificó el pacto–. El Sindicato Único del Hierro de Vizcaya propuso: «Que se publicara un manifiesto de carácter nacional denunciando el pacto; que lo suscribiera la Confederación del Norte y que se repartiera en toda España». La proposición fue unánimemente aprobada.

El sindicato de Zaramillo propuso a la vez que ese manifiesto lo redactara yo y que se distribuyera rápidamente. Como representante hasta cierto punto de la Confederación, acepté el encargo de escribir el manifiesto, con la condición de no repartirlo sin que antes lo conociera el Comité Nacional. Aceptando mi punto de vista se compuso la hoja y se envió a Barcelona un ejemplar impreso con una nota al pie que decía: «Denunciaremos el pacto si este no ha sido impuesto por exigencias o conveniencias de orden internacional o revolucionario». El Comité contestó telegráficamente: «No publicuéis manifiesto, va delegado».

Y en efecto; 24 horas más tarde se presentaba en Bilbao un delegado nacional; yo no estaba en Vizcaya aquel día. El

delegado dijo a los camaradas del Norte que ante la amenaza de una represión próxima, el Comité había considerado urgente la realización de una alianza con la UGT a fin de hacer ver al Gobierno que todo el proletariado estaba unido.

Algunos camaradas protestaron de lo hecho por el Comité Nacional, además, sin previa consulta a las organizaciones adheridas, pero el delegado, después de invocar nuevamente los motivos del pacto, invocó los de la disciplina sindical, asegurando que «toda vez que sólo era la Región Norte la que protestaba, que esta se abstuviera de hacerlo públicamente a fin de no dar el espectáculo de una división o lucha interna que, más que nunca, convenía evitar».

Aquellos compañeros del Norte me comunicaron luego que el delegado nacional les había convencido; y tanto fue así, que algunos días más tarde empezó una campaña de mítines para afirmar el pacto, en los cuales podía verse y oírse juntos en la misma tribuna a Saborit y Ortega, a Besteiro y a Seguí, a Lacort, a Piera y Viadiu, etc., etc. El pastel estaba hecho. Pero no todos se lo comieron. Si el Comité Regional del Norte quedó «convencido», no así algunos de los sindicatos a él adheridos. Por eso más tarde pudimos ver como denunciaban el «hecho» en documentado manifiesto los Sindicatos Únicos de Éibar, Tolosa, Elgoibar, Villafranca y algunos más de la comarca guipuzcoana.

Yo mismo reclamé mi libertad de acción y, previa consulta con la Regional de Asturias, adonde me había dirigido, invitado por aquellos compañeros para dirigir la «Soli de Gijón», publiqué en el primer número de dicho periódico un artículo como de redacción que decía entre otras cosas:

«Hace apenas ocho meses que la Confederación Nacional del Trabajo, reunida en Madrid en un Congreso extraordinario acordaba «declarar amarilla a la Unión General de Trabajadores, y absorberla si, en un plazo de tres meses, no ingresaba en el sindicalismo».

«Entre otros muchos, de los motivos que se invocaron para tomar tal acuerdo –que la delegación asturiana combatió sañudamente– se exponía el de la indiferencia con que veían los elementos de UGT la obra de represión que el Gobierno venía ejerciendo contra los afiliados a la CNT».

«¿Había rectificado acaso su conducta UGT para que los que están al frente de CNT firmasen un pacto con aquélla?».

«Afirmamos que no...».

«Por eso mismo consideramos equivocado el pacto de Madrid...».

«Los que creen que la Confederación Nacional del Trabajo no se basta por sí sola para hacer cesar al

Gobierno en su obra de represión, se han equivocado; y aún se equivocan más, los que creen que entregándonos a los dirigentes de UGT ganamos en fuerza combativa».

«Este es el principal error de los que tal opinan».

«Precisamente el Gobierno no ignora lo que significan estas alianzas nuestras, y por ello no las teme».

«Por el decoro de nuestro potente organismo, que tiene su mejor ejecutoria en las más memorables jornadas y en su actuación antipolítica y revolucionaria hasta su «entrada» en la Comisión Mixta de Barcelona, conviene que el Comité Nacional ejecutivo cese en sus cabildeos con los hombres político–parlamentarios, sean del color que sean y aunque estén al frente de organismos como la Unión General de los Trabajadores».

«La Confederación Nacional no tiene que hacer más, para conseguir lo que se propone, que, «como única parte interesada en la lucha contra el poder público» tomar la exclusiva dirección del movimiento libertador».

«Con pactos o sin pactos, los hombres buenos nos prestarán su ayuda; con pactos y sin pactos los malos nos traicionarán, siempre».

«Además, que si no se rectifican los errores que apuntamos, se expone la Confederación a perder sus mejores efectivos».

«El confusionismo creado por el pacto de Madrid y algunos síntomas que hemos observado en los medios obreros, nos inducen a hablar como lo hacemos».

«Sería de lamentar que el susodicho pacto causara el rompimiento del bloque hoy tan unido y tan compacto que forma la Confederación Nacional del Trabajo».

«A pesar de ello, la organización asturiana procurará cumplir con la mayor fidelidad las instrucciones que emanan del Comité Nacional, siempre que hayan sido previamente sometidas a referéndum y consulta».

Cuando la «Soli» de Gijón llegó a poder del Comité Nacional, este envió un telegrama a la Regional Asturiana en el que decía: «Negamos nuestra confianza a Buenacasa para que nos represente como director de vuestro órgano en la prensa.— El Comité».

En contra de toda la opinión de la organización asturiana dimití, enviando a Barcelona la comunicación telegráfica siguiente: «Me pongo al margen, pero exijo explicaciones concretas». El Comité me respondió con otro despacho diciéndome: «Ven aquí y te las daremos». Y a Barcelona fui. Al día siguiente de salir yo de Gijón, se invitaba a las regiones a asistir a un pleno y asamblea a la vez que debía celebrarse en la capital de Cataluña. De ello me enteré al llegar a

Barcelona y presentarme ante el Comité, el cual tuvo la amabilidad, al ver que no me podía vencer ni convencer, de invitarme a la reunión plenaria, si bien a título individual.

Lo que pasó en aquel Pleno, el más importante de los celebrados por la Confederación, en donde se hallaba una nutrida representación de los huelguistas de Riotinto, lo diré en el próximo y último artículo de los que a propósito de estas faltas, errores y equivocaciones de la CNT me propuse escribir.

A dicho artículo le pondré por título: «La oportunidad revolucionaria de Riotinto». Por hoy basta; y dispensa, lector amigo, que el más enemigo se considera de escribir artículos largos o pesados, te obsequie por una o dos veces más con unos trabajos que pueden bastar para terminar con tu paciencia.

QUIERAN O NO QUIERAN... ⁴⁴

Estamos seguros de que, las líneas que siguen serán contestadas con unos cuantos palos por parte de los camaradas a quienes queremos aludir. Sin embargo y a pesar

44 *El Productor*, Blanes y Barcelona, nº 10: 8 de enero de 1926. Celebrando el décimo número del periódico, su director dedica aquí unas líneas de agradecimiento a algunos de sus más ilustres colaboradores: el veterano anarquista italiano Errico Malatesta (1853–1932), quien propagara su ideario anarcocomunista, participara en acciones de revuelta y organización y conociera exilios y cárceles en media Europa occidental durante medio siglo, y del que dijera años después Buenacasa –quien lo conoció en el Londres de 1911– que era «la figura entonces más destacada del anarquismo internacional» («Figuras ejemplares que conocí», recogido en la edición de Júcar, Madrid, 1977 de M. Buenacasa, *El movimiento obrero español 1886–1926. Historia y crítica*, p. 186). Majno (1889–1935), el caudillo de filiación ácrata que, tras luchar por la revolución contra alemanes y «blancos», lideró una revuelta anarco–campesina y un ejército partisano que pusieron en jaque al Ejército Rojo en Ucrania hasta agosto de 1921, para sobrevivir después en el exilio, donde también se trató en 1926 con Buenacasa (*ibidem*, pp. 186–7). Mratchuy, otra voz alzada contra un régimen bolchevique que encarcelaba a los anarquistas. Y por último, Ghiraldo y Abad de Santillán, representantes de la FORA argentina y de su órgano *La Protesta*, que se contaban entre los principales apoyos y valedores de *El Productor*.

de ello, no podemos resistir a la tentación de escribirlas y publicarlas como un acto de obligado agradecimiento.

¿Que nuestros colaboradores han cumplido un deber y ello debe bastarles? Bueno: pero, ¿por qué no decirlo nosotros?

Enrique Malatesta

Este veterano se las trae; véase lo que nos dice al aceptar nuestra invitación de colaborar en *EL PRODUCTOR*.

Son sus cartas bastante extensas y escritas en buen castellano; de ellas extractamos:

«Amigo Buenacasa: En mi poder la tuya; te envío unas cuartillas que creo pueden servir de contestación a lo que me pides. Siento haberlo de hacer en italiano, pero lo hago así porque si lo hiciese en español, me parece que tendrías más trabajo en corregir del que tendrás haciendo una traducción en regla...»

«He recibido el número 7 de EL PRODUCTOR, no todavía el 8.

«Haré por vuestro periódico todo lo que pueda; no se os ocurra ni hablar de pagarme algo –nosotros le

decíamos el sentimiento que nos causa no poder pagar las colaboraciones– pues esto es cosa que jamás me pasó por la cabeza».

«No me digas «maestro» ni otras alabanzas convencionales; yo no soy ningún maestro; soy un compañero como los demás y me gusta ser tratado como tal».

Así se expresa este hombre.

Hablar de Malatesta, es hablar del movimiento social del mundo entero en los últimos cincuenta años. Aunque él no quiera, es la figura más eminente del proletariado universal. Sus 73 años no parece que le pesen gran cosa; tan joven y animoso se nos presenta.

¿Por qué no habrían de suicidarse los viejos idealistas de veinte abriles? ¡Tantos como vegetan por ahí, alicaídos y enfermos del alma!

EL PRODUCTOR, que ya saludó el día de su aparición al veterano internacionalista, le reitera su saludo.

Néstor Makhno

El héroe de Ucrania, el que sublevó numerosas legiones de campesinos contra la opresión de los zares bolchevistas y el

que defendió la revolución rusa contra la invasión de los ejércitos europeos.

Afianzada la revolución, se revolvía contra los amos de Moscú; cuando la revolución peligraba hacía frente a los estranguladores del exterior.

Trotsky le llamaba unas veces hermano y amigo y otras bandido y contrarrevolucionario (?)

Hombre de multitudes, rudo como todos los trabajadores conscientes de la gleba, nos parece una figura legendaria; como héroe de leyenda le deben considerar los campesinos y trabajadores ucranianos. A punto de ser fusilado en Rusia y en Polonia, logró escapar no ha mucho de las manos de sus verdugos.

Makhno nos envía una cuartilla por el intermedio de Abad de Santillán, el cual nos dice: «Corregid el trabajo que os adjunto; su autor, como ya debéis saber, maneja mejor las armas que la pluma».

Así lo creemos efectivamente, pero no puede negarse que si Makhno sabía bien lo que se hacía y lo que se hace, es porque sabe pensar prácticamente.

M. Mratchuy

Queríamos saber algo de lo que los hombres del partido gobernante de Rusia hacen allí contra los hombres de ideas.

Lo que nos cuentan los periódicos de la burguesía o de los partidos reaccionarios, no lo creemos.

Tampoco habríamos de creer lo que nos contasen «testigos presenciales», esos testigos que están en todo y en ninguna parte aferrados al fanatismo de las sectas.

Y nos dirigimos al Comité defensor de los anarquistas presos en Rusia. El Secretario de dicho Comité es hombre serio e imparcial; de cultura nada común, conocedor profundo de cuantos problemas se suceden en la vida social, espíritu sutil, fiel observador, veraz en sus juicios, nos ha remitido unas cuartillas. Tienen el valor documental de los hechos probados y por tanto innegables. Profundamente humano, toma interés por la defensa de los no anarquistas víctimas del poder ominoso de los déspotas rusos.

Que esas cuartillas plenas de humanismo, que ese grito a la solidaridad internacional en pro de los oprimidos del ex imperio zarista, halle eco en el generoso corazón de los hombres buenos del mundo entero.

Ese es el deseo del entrañable amigo Mratchuy; ese es también nuestro deseo.

Alberto Ghiraldo

De origen burgués, poeta de altos vuelos, gran pensador y notabilísimo escritor, ha sido el «alma mater» del movimiento intelectual del anarquismo sudamericano en los cinco años más negros del periodo opresor de la burguesía argentina. Ha sido director del diario *La Protesta* de Buenos Aires; fundador y director de la notable revista americana *Ideas y Figuras* –de la que publicó un número extraordinario en Madrid con motivo del Congreso de la CNT de España–. Sus libros *Tiempos Nuevos*, *Crónicas Argentinas* y sus obras teatrales *Alma Sancha* y *La Columna de Fuego* entre otras, le acreditan como uno de los escritores más brillantes de la época. Actualmente reside en Madrid, y aunque ausente de las luchas que tanto agigantaron su figura allá en América, está empeñado en varias empresas editoriales, trabajando por enriquecer el emporio de la literatura social de nuestro tiempo y colaborando con los principales rotativos de la capital de España.

Galante con la invitación de *EL PRODUCTOR*, nos ha correspondido enviando unos versos cuya magnificencia apreciarán nuestros lectores.

Abad de Santillán

Redactor de *La Protesta* de Buenos Aires, gran escritor, de estilo comprensible y vibrante; delegado por la Federación Obrera Regional Argentina para permanecer al lado de la AIT, en Berlín, al efecto de imprimir una orientación definitivamente anárquica al movimiento obrero de todos los países. Mejor dicho: es el defensor por antonomasia del movimiento obrero anarquista.

Autor de numerosos trabajos sociales y literarios, destaca su figura como polemista sin par; es uno de los elementos más activos, inteligentes y prácticos del proletariado internacional y el más decidido colaborador en España de las directivas y orientaciones de nuestro periódico.

Una buena parte de las colaboraciones con que hoy se enriquece EL PRODUCTOR nos llegan por su conducto. Por cierto, que nos hacía mucha falta una ayuda de tanta importancia.

No conociendo límites su actividad, nos ha remitido ya para el próximo número un precioso trabajo –refutación a Federica Montseny– titulado «Sobre la proletarización de la anarquía» que publicaremos a la vez o antes que el diario bonaerense, del cual es redactor. A la vez nos anuncia su propósito de discutir en nuestra encuesta con Malatesta y su deseo de enviarnos otros valiosos trabajos doctrinales y de información internacional.

Otros colaboradores

Los otros colaboradores de *EL PRODUCTOR* no los mencionamos por no incurrir en imperdonables omisiones. Conocidos algunos, anónimos la mayoría y otros desconocidos fuera de nuestros medios íntimos, los hay de gran valía; ellos son numerosos y lo mismo que aquellos a los que acabamos de hacer especial mención, aportan su grano de arena para el embellecimiento de esta obra maestra, que si algún sacrificio y no pocos sinsabores nos cuesta, la ayuda de los buenos nos estimula a continuarla impertérritos y dispuestos a darle cima.

Los modestos redactores, fundadores y administradores de esta hoja –convertida hoy en flamante extraordinario– agradecen, rendidos, su simpatía hacia los que tan desinteresada y lealmente nos traen su apoyo.

Aunque se enfaden y aunque nos llamen lo que quieran, teníamos necesidad de desahogarnos en este día en que *EL PRODUCTOR* se viste con sus galas mejores.

Iconoclastas empedernidos no hemos podido resistir la tentación del agradecimiento; cosa que no hay que confundir con los sistemas del autobombo y de la idolatría.

ENCUESTA DEL GRUPO «LOS ICONOCLASTAS» DE STEUBENVILLE, OHIO.

RESPUESTA DE M. BUENACASA [I] ⁴⁵

45 *La Protesta*, Suplemento Semanal, Buenos Aires, n° 236:16 de agosto de 1926. A partir de su número 235 (9/8/1926), las páginas del suplemento semanal de la publicación bonaerense *La Protesta*—que como hemos visto era el órgano de la poderosa FORA argentina y tuvo esos años entre sus directores al español Abad de Santillán— recogieron las sucesivas respuestas a una gran encuesta propuesta a un buen número de magnas figuras del anarquismo internacional. Entre ellos, como vemos, Manuel Buenacasa. O también, por no citar sino a quien le antecede en cada «respuesta», M. Nettelau, el mismo que dos años después prologara la principal obra de nuestro autor: *El movimiento obrero español*, *op. cit.* La encuesta, ideada y propuesta a la redacción de *La Protesta* por el grupo anarquista hispano—norteamericano «Los Iconoclastas» —del que se hablará unas notas más abajo—, fue apareciendo a lo largo de dos años, hasta 1928, y versaba sobre «los problemas actuales del anarquismo, tanto desde el punto de vista de la teoría como de las realizaciones inmediatas sujetas a nuestra concepción del problema social...» («Los problemas actuales del anarquismo»: *La Protesta*, Suplemento Semanal, 13/9/1926). El cuestionario al que los colaboradores iban respondiendo sucesivamente constaba de los siguientes puntos: «1°— Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria. 2° La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria? 3°— Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria ¿a anarquía? 4°— ¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación? 5°— ¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo? 6°— ¿Qué concepto

La reacción autoritaria: He aquí el problema más grave y agudo de cuantos el anarquismo está obligado a resolver sin demora. El problema en cuestión, es sin duda alguna el que más afecta al corazón del anarquismo por cuanto prácticamente se demuestra que ataca la entraña y el fundamento de nuestra base ideal: la libertad.

No entramos a discutir los motivos del actual recrudecimiento de la reacción autoritaria, con toda su secuela de represiones y atentados al libre desarrollo de las propagandas y prácticas libertarias; no es tal el propósito que nos anima al escribir este trabajo. Digamos no obstante, aunque alguien nos tilde de demasiado optimistas, que la entronización, por parte de los Estados del viejo y del nuevo mundo, de los métodos represivos que ya parecían olvidados y en desuso en los años que precedieron a la gran guerra, tienen su justificación en los determinismos de todo orden legados por la horrorosa conflagración.

La idea de la defensa nacional echó por tierra, anulándolas brutalmente, la mayor parte de las teorías que fueran, hasta

merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero actualmente? 7º— ¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirla? 8º— Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?». En esta primera entrega, Buenacasa contesta a la cuestión inicial.

el año 1914, la razón de ser de los partidos y escuelas políticas disconformes *literariamente* con las prácticas de los Estados que provocaron la guerra.

Las mismas ideas de los socialistas de Estado, ajenas al principio estatista más que a los postulados de humanidad, se derrumbaron estrepitosamente, perdieron sus esencias, hasta cierto punto universales, y pasaron, con todo su bagaje autoritario, a formar corriente común y amalgamada en los cauces del estrecho canal burgués y nacionalista. Las uniones sagradas fueron cosa hecha y los resultados –al fin de la catástrofe los hemos notado– fueron los que todos los hombres libres habíamos previsto: reacción brutal, recrudecimiento del principio autoritario, anulación de las preceptivas legales que consagraban las democracias en cincuenta años de parlamento y de motines y por fin la aparición de la dictadura y del retorno al absolutismo de los poderes personales.

Afirmemos, sin embargo, que el progreso no puede estancarse eternamente y que todo el recrudecimiento de la reacción autoritaria que actualmente somete a los pueblos, no pasa de ser un accidente histórico, muy lamentable y perjudicial para el desarrollo de las libertades humanas, pero que fatalmente ha de desaparecer por error fundamental de su propia inconsistencia y ante la disconformidad o el empuje fatal de las fuerzas del progreso.

Todo lo que ocurre, pese a los platónicos, a los secuaces del pesimismo y a los fatalistas, no supone –aunque las apariencias y los hechos parezcan demostrar otra cosa– que las teorías del Estado se hayan fortalecido, sino todo lo contrario.

Si los Estados del mundo entero hubieran salido bien librados –tanto como ellos suponían ante el derrumbe de las instituciones socialistas, marxistas y sindicalistas– de la gran contienda, a buen seguro que no habrían recurrido a los procedimientos que, anulando las ñoñeces democráticas, nos han conducido al estado actual de cosas.

Más claro aún. Los Estados, débiles de por sí antes ya de la guerra –y sus concesiones a los pueblos demostraban esta debilidad– han salido más debilitados aún y sobre todo desprestigiados de la horrible prueba.

La idea de una transformación radical de la sociedad tomó cuerpo, como nunca, en el alma colectiva de los pueblos.

Y ante el temor del estallido que la preparación adecuada podía llevar a vías de hecho en plazos muy próximos, los gobiernos no encontraron otra salida para impedir su derrota que el procedimiento medioeval, el sistema antiguo de la imposición por los medios de violencia.

Vemos pues, que los Estados en su agonía no hacen más –pues que ofender no pueden– sino ponerse a la defensiva

con el fin de desviar, retardar o entorpecer ya que no impedir la acción popular en sus ansias radicalmente transformadoras.

Los Estados son hoy más débiles que ayer: la teoría de que los fuertes no precisan de la violencia para mantener sus posiciones, es muy lógica a nuestro juicio. Es, pues, porque no se creen fuertes los Estados, por lo que recurren a la violencia para subsistir lo más posible, aunque sea artificial y aparentemente. Hay Estados que ya viven hoy de modo tan artificial y absurdo –tal como los del Occidente europeo– que necesitan mancomunarse entre sí y aun requerir la ayuda de los más débiles para no hundirse por sí mismos. Son tan raquíticos que bastaría un pequeño empujón para sepultarlos. Pero el empujón no lo da nadie. ¿Por qué?

• • •

La revolución social, la única revolución en que hoy creen los pueblos, después de tantas y tan menguadas revoluciones políticas que de nada sirvieron, como los hechos actuales demuestran, es una revolución que no puede ser limitada a una sola nación ni siquiera a un grupo de naciones. Precisa que el alcance de esa revolución se extienda a todos los continentes o por lo menos a uno de ellos, al más oprimido. De otro modo el esfuerzo sería estrangulado o restaría improductivo e ineficaz.

Se hace necesaria por tanto, y urgente –aprovechando todas las disponibilidades que todavía no han sido destruidas por la actual reacción autoritaria– que los anarquistas del mundo entero formen, por encima de todas las diferencias de apreciación del problema que quieren resolver, una alianza sólida e independiente; que afirmen sus máximas aspiraciones sobre los anhelos liberadores de los pueblos; que estrechen y extiendan su relación de una a otra comarca, de una a otra región, de uno a otro continente; que preparen sin precipitaciones y pulimenten la conciencia de cada pueblo en vistas de un próximo, definitivo y salvador esfuerzo anárquico. Y como en este sentido de las relaciones entre los componentes de la familia anarquista, se habló mucho y se hizo muy poco, ha llegado la hora de entrar de lleno en el terreno de esta acción.

Aparte Congresos y Asambleas, tan costosos y poco eficaces por lo regular, lo más práctico ahora y siempre ha de ser que un organismo cualquiera tome a su cuenta con carácter permanente la iniciativa de convertirse en el centro receptor y transmisor de las aspiraciones comunes, realizando los referéndums necesarios, recogiendo y lanzando iniciativas, generalizando la discusión de todos los problemas, acoplando los que teóricamente resuelvan la mayoría a fin de aconsejar y coadyuvar, por el esfuerzo del común acervo, a la realización práctica de todo lo acordado.

Este es el medio más eficaz, en principio, para preparar «el esfuerzo anárquico internacional» que provoque el hundimiento de la reacción autoritaria.

El procedimiento para realizar la operación, no creo que pueda señalarse ni hacerse público en un trabajo periodístico. Sería demasiado infantil. Bueno será también hacer constar que, para terminar con la reacción autoritaria, se hace preciso acabar igualmente con la autoridad y con el principio de autoridad. Y esto sólo puede ser logrado – téngase en cuenta que la autoridad es de por sí misma reaccionaria– mediante la obra persistente, tenaz, ordenada y extendida a todos los sectores del pueblo, de la propaganda y de la acción anárquica.

El esfuerzo demandado en la escala internacional para dar fin a la reacción autoritaria, no puede ser otro que la revolución social, por la que, sin método ni programas, el pueblo, estimulado por las instituciones libertarias, haga y deshaga todo cuanto le venga en gana hasta la implantación de regímenes nuevos surgidos del libre acuerdo de los pueblos mismos.

Ahora bien; si los que han puesto a discusión el tema que nos ocupa pretenden solamente determinar los grados de ayuda necesarios y las condiciones requeridas para salvar a los pueblos del extremo occidente europeo, Italia, Portugal, España y a los del centro y norte, Hungría, Polonia, Rusia, etc., de las dictaduras que hoy sufren ello es otra cosa. Pero

no creemos que se trate de esto, ya que para conseguir este simple objetivo se haría necesario movilizar los métodos violentos de todos los pueblos sin distinción de Europa y América. Lo que supondría en realidad el desencadenamiento en ambos continentes de la revolución social. Así, pues, nos mantenemos firmes en el primer punto.

Relación estrecha, propaganda a todos los vientos, profunda y extensa, sin discutir demasiado en público la táctica a emplear para provocar el estallido; preparación de la conciencia colectiva con vistas bien determinadas a la transformación completa de todos los estamentos políticos y económicos, hacia la anarquía y el bien.

He aquí a grandes rasgos lo que urge hacer para poner término a la reacción autoritaria, al reinado de la Autoridad. Una conferencia panamericana anarquista y otra europea deberían celebrarse prontamente al efecto de designar en uno y otro continente los dos centros de relación para la obra de la propaganda y la preparación revolucionaria en todos los países. Pero, por el momento, surja en América ese grupo de entre los miles que hay constituidos, que tome a su cargo la iniciación seria y tenaz que lleve a cabo las iniciativas que surjan en continua relación del seno de las agrupaciones libertarias y de las organizaciones obreras que sostengan la tendencia anárquica.

Nuestra opinión está expresada. No diferirá gran cosa de la que otros camaradas expongan. Vayamos, pues, a la

realización de nuestros objetivos, antes de que sea demasiado tarde.

RESPUESTA DE M. BUENACASA [II] ⁴⁶

46 *La Protesta*, Suplemento Semanal, Buenos Aires, n° 237: 23 de agosto de 1926. En esta segunda entrega, se pasa revista a las cuestiones segunda y tercera; es decir, aquellas cuyo enunciado era «*La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?*» y «*Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?*». Con tales preguntas, las respuestas a tan amplia y ambiciosa encuesta merecen un indudable interés. Interés respecto del anarquismo en general, por cuanto ofrecen una sistematización de sus argumentos, planteamientos y disquisiciones teóricas, a la altura de 1926–1928, en boca de algunos de sus principales autores del momento. Y atención, asimismo, en lo relativo a Buenacasa, puesto que se nos muestra una versión del mismo diversa de la de la brega diaria en la prensa y la propaganda. Inquirido sobre cuestiones de ese calado, Buenacasa debe ofrecer un discurso y un tono distintos, menos «organizativos» y tácticos –que es a los que estaba acostumbrado y dominaba– que teóricos y abstractos. El resultado será dispar según los casos y temas abordados. Pero, como se ve en esta segunda respuesta, se tocan asuntos de relevancia como la violencia en el tránsito hacia la sociedad libertaria; o como la vidriosa relación entre anarquía y proletariado, que estaba en el núcleo de la gran polémica de la CNT de esos años acerca del grado de anarquismo y «pureza ácrata» que convenía insuflar al sindicato. Y, por otro lado, se ejemplifican las pervivencias, variantes, luces y sombras del anarquismo hispano, cuyo edificio teórico se había configurado en las décadas anteriores. Para ello, sigue resultando imprescindible acudir a José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868–1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991 [1976],

II

Como doctrina y como principio de organización, la anarquía es, a nuestro juicio, revolucionaria.

Digamos antes lo que entendemos por revolución. Para muchos, la revolución es el acto de fuerza, la consagración de todos los instintos de nuestra animalidad desatados un día por la consecución de un objetivo más o menos determinado. Y sin embargo, la revolución violenta o, por mejor decir, el acto violento es tal vez el signo menos importante de la revolución.

Podemos afirmar con Mella que la violencia en la revolución es lo de menos, ya que ella es ciega porque ciegos son la inmensa mayoría de los que, por lo general, se lanzan a morir y a matar instintivamente y sin saber por qué.

Tenemos, pues, que la anarquía, ideal supremo con perspectivas ilimitadas e infinitas, que no contiene un programa cerrado de realizaciones, es, ha de ser, forzosamente revolucionaria, aun después de implantarse sobre la tierra lo que hoy se considera posible en su esencia.

Así pues, «desde el punto de vista de la organización de las sociedades», la anarquía es revolucionaria. Si no fuese revolucionaria, sería fósil, y la anarquía no puede fosilizarse, so pena de perder su significación.

No ocurre otro tanto con las diferentes escuelas políticas que se disputan el predominio y la hegemonía de los pueblos.

Para los socialistas autoritarios, por ejemplo, o para los republicanos, todo estriba en destruir el Estado burgués o la monarquía; conseguido su objetivo, como su acción limitada ha logrado el *sumun* de aspiraciones, lo que antes fue revolucionarismo en cierto modo, queda convertido en instrumento conservador. El socialismo y el republicanismo, en tal caso, dejan de ser organizaciones revolucionarias. Han implantado e impuesto su método y su patrón a todo bicho viviente y el ideal, que por restringido y limitado en sus perspectivas se ha convertido en hecho, se pierde y pasa a la historia como una antigualla. La Revolución muere.

Alguien objetará: Pero y si mañana se implanta el ideal anarquista, ¿no le ocurrirá igual que a los demás? De ningún modo. Ya hemos dicho que la anarquía no ha trazado sino rutas para llegar hasta la idea, pero no ha formulado ningún programa concreto de convivencia, ni ha limitado, porque es imposible hacerlo, ninguna aspiración. Cuando más nuestras teorías forman diversos esquemas planteados de modos muy diferentes, según el sentir, el temperamento o la concepción de cada anarquista.

La anarquía, ideal de concepciones vastísimas, simples y complejas a la vez, llegaría a realizarse en la proporción máxima contenida en nuestra enciclopedia hasta el día, y

aun así seguiría siendo la idea revolucionaria eternamente y a medida que nuevas visiones del porvenir fueran haciendo necesaria la ascensión de nuestras ansias ilimitadas hacia las cimas inmarcesibles del espíritu inquieto que anida en los poseedores de nuestro ideal.

Son legión los que critican acerbamente a los teóricos del anarquismo, por reconocer que la mayoría de ellos discrepan entre sí al apreciar, no el ideal en su esencia, sino el procedimiento y la implantación o constitución de las futuras sociedades.

Anarquía –no gobierno– supone, en todos los órdenes del pensamiento y de la vida, lo absoluto. Libertad absoluta, igualdad absoluta, felicidad absoluta.

Aquí se nos dirá que el absoluto en moral es lo imposible, y que por lo tanto la anarquía es un sueño, una quimera. No importa. Contestemos a los «positivistas» que lo absurdo no es lo anárquico, y preguntémosles ¿qué harían ellos, cómo vivirían, y como pensarán el día que la autoridad y el régimen de las coacciones materiales deje paso a la sociedad del libre acuerdo? Sobre todo, debe interesarnos saber si los detractores del anarquismo son o no capaces de vivir sin gobierno y sin autoridad, bien entendido que el gobierno y la autoridad son organismos perniciosos para el desarrollo general de las sociedades.

Preguntad a un campesino si no sería más feliz cuando el amo o el gendarme no existan, y de seguro que contestará afirmativamente.

Pero nos desviamos del tema. Interesa repetir que siendo la anarquía, de por sí y desde el punto de vista de la organización de las sociedades, una idea que concretamente rechaza el estancamiento mientras preconiza las superaciones ilimitadas, no puede por menos que ser revolucionaria eternamente.

Hemos dicho que los actos revolucionarios de la violencia colectiva son los signos o los accidentes menos importantes de la revolución.

Desaparecida la violencia y su necesidad, el día que desaparezcan las causas que la engendran, la Autoridad, la Religión, la Propiedad, etc., habremos llegado a la era en que la simple coacción moral, el «boicotage» o el aislamiento contra los seres anormales, malvados o perniciosos, que lo sean por herencia o por naturaleza, serán estimulantes que sustituirán a las violencias materiales de hoy. La coacción simple ejercida con la buena intención de mejorar la vida de las sociedades, no deja de ser una expresión revolucionaria.

Y esta expresión de la anarquía, de la Sociedad anarquista, es una manifestación revolucionaria que subsistirá tanto como el mundo.

De lo que se deduce que «como principio de organización de las sociedades» la anarquía es verdaderamente revolucionaria.

Así creemos que es y debe ser. Así lo entendemos nosotros.

III

Nos vemos en un trance apurado, sin saber cómo expresar nuestro pensamiento acerca de tan interesante cuestión. Por otra parte, acostumbramos a no recurrir nunca a los libros como no sea a los que nos pueden ilustrar sobre materias concernientes a la historia. Se hace imprescindible en estas cuestiones –a mi juicio– que cada individuo piense por sí mismo y no acuda a los demás.

La anarquía, ideal humano, ¿es o no proletaria? He aquí el dilema al que hay que responder, sí o no, de manera concreta y categórica.

En efecto que la anarquía es un ideal humano, pero entendámonos: La anarquía no acepta parásitos humanos en la sociedad cuya implantación preconiza. La anarquía

mantiene el principio comunista de que cada cual consuma según sus necesidades –esto es un principio humano–, pero reconoce las bases compensadoras: No es posible que todos los hombres consuman según sus necesidades si no producen según sus fuerzas.

En el régimen actual, basado sobre el absurdo, la injusticia y la contradicción más arbitraria de la vida, se produce la paradoja criminal de que consuman lo que necesitan, y más aún, los que no producen, en tanto que los productores mueren de hambre.

Queremos que todos vivan felices, pero ¿cómo alcanzar esta felicidad si a la vez no se crean medios que la hagan posible?

No restrinjamus el significado de la palabra «producción» exclusivamente a los medios producidos para atender las necesidades físicas y materiales. La vida del hombre que se limita a comer o a cubrir sus desnudeces, a vivir en habitaciones confortables y a viajar –por ejemplo– no es la vida amplia y completa que los anarquistas propagamos. La anarquía, ideal de superación y perfeccionamiento constantes, concibe bastante más de lo que la simple vida animal presupone. La anarquía no sería lo que sus propagandistas manifiestan, si no fuese el estimulante pertinaz, la avidez continua por la consecución y el disfrute de todas las dichas que proporcionar pueden los encantos innumerables y excelsos de la naturaleza, las

manifestaciones esplendorosas de las artes en todos sus variados aspectos y las demás que pueden recrear y satisfacer todas las ansias del espíritu avizorador y sanamente egoísta de los hombres.

Recordamos las palabras de un diputado socialista cuando declamaba ante sus electores: «El socialismo será la sociedad perfecta, humana y libre en la que todos los seres humanos tendrán pan, pero también flores».

Concretemos, pues, nuestro pensamiento. Rechacemos ya la idea de «proletario» aplicada al que actualmente produce cosas útiles y bellas obligado por la ley del bronce y sustituyámosla por las palabras y la idea de «productor» libre y artista.

Los seres de la sociedad comunista y anárquica serán, habrán de serlo forzosamente, y acéptese la calificación impositiva como cosa irremediablemente necesaria, serán, repetimos, seres útiles realizando el esfuerzo necesario individualmente cada uno según sus aficiones y sus fuerzas, al efecto de coadyuvar al desenvolvimiento, al desarrollo y a la consecución de las satisfacciones de la vida humana.

Digamos, por tanto –pues de lo expuesto así se desprende– que la anarquía, ideal humano, es «proletaria» en el sentido que nosotros entendemos esta calificación.

Adstarquía o Aristocracia proletaria, proletariado humano o humanidad proletaria; he aquí la definición que aplicamos a la idea por la cual pretendemos expresar nuestra opinión: La anarquía es proletaria, pues que la idea de los humanos no puede desglosarse de las necesidades humanas condensadas en el esfuerzo productivo útil y bello de los proletarios, de los hombres. Y además, ¿es que los hombres no han de ser productores a la vez que hombres? ¿O es que se concibe en anarquía un hombre que no trabaje, siendo apto para trabajar?

Cuando alguien diga que pretendemos proletarizar la anarquía, nuestra respuesta no se hará esperar: Lo que pretendemos es anarquizar al hombre, al proletario, que, como se ve, es lo contrario de lo que nuestros detractores presuponen en nosotros.

Pero todo esto no quiere decir que la anarquía no sea proletaria o, mejor dicho, que el proletario no haya de ser anarquista.

Precisamente nuestro anhelo es este, porque si no la sociedad en la que los productores no fueran anarquistas, no podría ser anarquista; cuando más sería una institución cuyas ideas comunes no serían muy diferentes de las que rigen las sociedades actuales.

En la actualidad mismamente muchos obreros anarquistas propulsamos la idea del movimiento obrero anárquico, por

la sencilla razón de que consideramos que los trabajadores deben hallarse capacitados para regirse en sociedad, como tales y como hombres, tal como corresponde a seres emancipados y libres. Los proletarios instruidos y aleccionados por las ideas de libertad y de emancipación integrales, serán en el mañana los más fuertes y útiles sostenes de la sociedad anárquica. Por esto, los sindicalistas y los libertarios que repudian la anarquización del movimiento obrero, pretendiendo que los trabajadores organizados se mantengan en el puro terreno de la acción económica como diciéndoles: «Comed, y lo demás vendrá por añadidura»— cometen un funesto error, a nuestro entender. Que el obrero piense como quiera —el hombre es libre de pensar y de obrar como mejor le plazca— pero no cometamos el pecado de dejar hacer sin exponer las conveniencias que a los trabajadores ha de reportar la aceptación de nuestro ideario.

Se puede afirmar que en las clases medias e incluso entre las clases mejor acomodadas existen más individuos conocedores de la anarquía que entre la clase obrera.

Pero no nos engañemos y digamos, aunque parezca una herejía, que hay anarquistas y anarquistas. Los que se cobijan entre la clases media y la burguesía son en su mayor parte anarquistas «dilettanti», «sportsmen» del anarquismo. Como nuestras ideas son buenas y bellas —las más bellas y buenas de todas las conocidas— las aceptan de grado y hasta los hay que las propagan y las apoyan desde el

periódico y la revista, desde luego sin dar el nombre por el perjuicio que podría reportarles la publicidad. Mas estos anarquistas no desean la anarquía por ahora, en tanto su logro haya de motivar una revolución que les arroje a ellos de sus actuales posiciones sin la garantía segura de mejorar de situación.

El proletariado sí que desea la revolución y aguarda, cada día más anhelante, el momento de lanzarse en la hoguera revolucionaria, el instante de dar el salto gigantesco, tenebroso, que le conduzca desde la nada al todo, desde las sombras a la luz, desde el mal hasta el bien. Y esto como sea, sin preocuparse del resultado de su gesto, de su esfuerzo que no le importa que sea ineficaz, porque tiene fe ciega en sus propios destinos, en su ideal y sobre todo mucho odio, más que los literatos del anarquismo, contra la sociedad que lo esclaviza.

El proletariado es el pueblo; sólo en el proletariado anarquista –decía Pelloutier– puede tenerse confianza para la acción presente y futura de la emancipación humana.

Si ello es así –y nada nos demuestra lo contrario– ¿por qué no desear que la anarquía, el anarquismo, sean proletarios, sin que ello suponga que se proletarice?

Conviene no jugar con las palabras. La anarquía puede ser proletaria y debe serlo, seguros de que por ello no perderá

ni una sola de sus esencias ideales, revolucionarias, humanas.

He aquí nuestra opinión, por si vale.

RESPUESTA DE M. BUENACASA [III] ⁴⁷

IV

El enunciado de este tema entra de lleno en los problemas de la pedagogía.

Los que han lanzado la idea de la encuesta, a la cual concurrimos con estos modestos trabajos, no se han dado ciertamente cuenta de lo variados y complejos que son los temas de que consta el cuestionario.

⁴⁷ *La Protesta*, Suplemento Semanal, Buenos Aires, n2 239: 6 de septiembre de 1926. En esta ocasión, Buenacasa responde a la parte del cuestionario referida a «¿qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?», y a «¿por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?». Alejadas de los ámbitos sobre los que su pluma estaba más habituada a transitar, son estas las cuestiones a las que Buenacasa responde con menor seguridad. Merece la pena subrayar, no obstante, que, contrariamente a lo observable en otros autores, el optimismo del autor respecto de la extensión de la educación emancipadora y del arte al común de la población no está exento de matices y de apuntes sobre la responsabilidad en la situación de los propios individuos y medios anarquistas. Para un primer acercamiento a ello, *vid.* J. Álvarez Junco, *op. cit.*, Alejandro Tiana Ferrer, *Educación libertaria y revolución social (España, 1936–1939)*, UNED, Madrid, 1987; y Lily Litvak, *La mirada roja. Estética y arte del anarquismo español*, Serbal, Barcelona, 1988.

Sería necesario que cada uno de los asuntos cuya discusión se interesa –importantes a cual más– fuese desarrollado por camaradas aptos y especializados en las cuestiones puestas a debate.

Así, por ejemplo, el tema con que encabezamos estas líneas habría de ser tratado por profesores de enseñanza o por hombres interesados más particularmente en las ciencias pedagógicas.

A ser sinceros, hemos de decir que nosotros sólo nos consideramos aptos para exponer algunos juicios sobre cuestiones de organización y orientación obrera, pues además de ser escasa nuestra inteligencia, nuestra cultura demasiado deficiente aunque general, no nos permite lanzarnos al más insignificante de los ensayos para discutir materias tan delicadas como las que se nos proponen. A pesar de lo expuesto, como no podemos dejar de ser gentiles –virtud la de la gentileza que no es corriente en hombres de mayor cultura y suficiencia– vamos a opinar, dispuestos a rectificar nuestros juicios en cuanto un contrincante cualquiera nos demuestre el error en que podamos incurrir.

• • •

«¿Qué orientación debe darse a los niños para que ellos mismos labren su emancipación?»

¿Se trata de enseñar e instruir, o bien de orientar y educar?

¿Se pueden separar los problemas instructivos de los problemas educativos? He ahí la cuestión: educar, enseñar; instruir, orientar. Hay quien pretende que convendría desglosar el problema al efecto de simplificarlo. No vemos que se simplifique nada con ello. Lo interesante es que se instruya y se eduque alternativamente.

Cierto, como muchos han demostrado, que existen analfabetos en posesión de una educación exquisita o humana racional, en tanto que hay hombres sapientísimos que son verdaderos brutos.

El ambiente influye tanto o más en la educación del niño que las enseñanzas del preceptor.

Es más; los ambientes que no sean una continuación del aula, mediatizarán y anularán –esto es muy frecuente– toda la obra de los educadores, sean éstos escolásticos o neutros.

Conocemos las diferentes escuelas que se disputan la hegemonía en la conquista de los cerebros infantiles. Por regla general, admitida por los hechos demostrados, de la escuela religiosa salen los sacerdotes del culto; de la escuela socialista surgen los modestos educadores de la masa popular en los núcleos de trabajadores; de las escuelas oficiales salen los maestros oficiales; de la escuela neutra provienen generalmente los adversarios de dogmas, etc., etc.

Mas no hay regla sin excepción. El que este trabajo escribe era fraile franciscano –profeso ya– a los diez y ocho años de edad. Hoy siente verdadera repulsión por todas las doctrinas religiosas y particularmente por la católica, que es la que más estudiara.

Conocemos alguien que ejerce las funciones de policía, a sueldo del Estado burgués, a pesar de haber concurrido en su infancia a las escuelas neutras y racionalistas.

¿Qué significa esto?

Pues esto significa que el ambiente que se manifiesta fuera de la escuela corrompe e inutiliza la obra de escuela.

Es por tanto difícil en grado sumo conseguir que los niños labren su emancipación, por sí mismos, sea cual sea la orientación que se les pretenda inculcar a dicho efecto.

Por manera que el problema de la emancipación de la infancia no está en los medios a emplear para lograrla, sino en la imposibilidad de que esos medios puedan resultar verdaderamente eficaces.

No se crea, por lo dicho, que somos pesimistas, todo lo contrario; pero nos debemos a la verdad y por ella nos manifestamos.

Interesa, pues, en primer término –y entramos ya en el terreno de las proposiciones– señalar que, en el presente, la

base principal para insuflar una buena orientación educativa en los niños, es el hogar.

Es esta la antesala de la escuela; en ella se puede pulimentar la personalidad moral de la infancia, a la vez que se la instruye, pero en aquél se dan los primeros y los últimos pasos hacia la finalidad perseguida. –Advirtamos que la educación de los niños debe conllevarse en sentido contrario a todos los dogmas, sin excepción.

Alguien nos dirá: «No perdáis de vista que hay padres cuya supina ignorancia corre pareja con la buena fe y que en tal caso la obra iniciada en el hogar, en el hogar será destruida; la influencia de la escuela resultará nula».

Esto quiere decir que, mal pueden educar bien a sus hijos los padres que carecen de buena educación y que por desgracia son los más.

Si pudiéramos conseguir que nuestro sistema fuese aceptado por cuantos colocan el culto a la razón y a la naturaleza por encima de los dogmas y de las creencias, se iría mucho en el camino deseado; se trata de que cuando un padre cree llegado el momento de llevar a sus hijos a un centro de educación y de cultura, él mismo aceptase la idea de ser un discípulo más en la escuela. A la escuela deberían asistir conjuntamente padres e hijos, al efecto de igualar en lo posible las condiciones morales cuya perfección es siempre anhelada. Se podrían dedicar las horas

del día que se considerasen precisas a la enseñanza simple de cuanto el niño debe saber para triunfar en la vida; pero por las noches, una segunda «sesión», familiar, en la que se discutiese entre alumnos, padres y maestros todos aquello que al libre desarrollo de la personalidad moral de los hombres se refiere, daría los mejores resultados.

Entonces la escuela y el hogar casi serían una misma cosa; quedaría, no más, al cuidado de los padres la obligación de acompañar a sus hijos a las buenas diversiones y a los recreos en que la fortaleza básica de los niños se desarrolla. La naturaleza ofrece para todos mil encantos distintos. Si los padres se cuidaran de hacer vivir a sus hijos en el amor de las cosas naturales, el vicio y la crápula serían para ellos motivo de odio y anatema.

Digamos con sinceridad que la mayoría de nuestros camaradas, que creen hacer mucho bueno en pro de sus hijos, hacen bien poco, ciertamente. Domina el prejuicio en los medios anarquistas, tanto como en los medios burgueses. Hay quien mantiene como una gala el prejuicio de no haber bautizado un hijo, pero luego le abandona al ambiente corrompido de la escuela oficial, y al ambiente más corrompido aún de la calle y de los espectáculos morbosos del teatro o del cine ramplón –atentado continuo contra el arte. El padre de ese niño, que no fue bautizado, tiene que ir con los amigos al club, al centro obrero, al Ateneo. ¡Los amigos! ¿Y por qué nuestros mejores amigos no han de ser nuestros hijos? ¿Quién tiene para ello mayor derecho?

Para que los niños labren su emancipación es preciso que los hombres se emancipen antes. A menos que pretendamos que los niños nos emancipen a nosotros. Lo cual constituiría un verdadero colmo.

V

El pueblo –dijo uno de nuestros grandes pensadores– no sabe de cosas de Arte, pero siente el arte y la belleza. Hasta los seres depravados que desprecian las inquietudes del espíritu reconocen el valor de lo bello.

Interesa extender nuestras actividades hasta los dominios del arte para que el pueblo, que sabe sentirlo, llegue a interesarse por amar y comprender todas las manifestaciones artísticas.

En la contemplación de la naturaleza y de las artes reside el supremo bien del espíritu; pero el disfrute de esas manifestaciones, de lo bellamente útil y necesario, para tornar exquisita el alma de los humanos, sólo está el alcance de los poderosos.

El monopolio de los goces espirituales que el arte proporciona, corresponde solamente a los detentadores de la riqueza; lo que quiere decir que el pueblo, pese a sus

buenos deseos de superación y a sus ansias de mejoramiento espiritual, se halla lejos de poder solazarse y disfrutar los encantos del Arte.

Los artistas en general, los productores y divulgadores del arte son, como los obreros manuales, seres sometidos a la férula del estipendio monetario, a la fatídica ley del bronce; y sus producciones, salvando muy honrosos casos, son asequibles solamente a los que pueden comprarlas.

Existe, pues, el arte para los poderosos mas no para los humildes, cuya condición de tales les imposibilita disfrutar de las cosas bellas, tanto como de las demás, necesarias a la vida. ¿Puede hacerse algo práctico por que el pueblo tenga acceso hasta la contemplación de las múltiples manifestaciones artísticas? Sí.

¿Quién es el más obligado a realizar el esfuerzo necesario, o por lo menos posible, para conseguir tan buen propósito?

Teniendo en cuenta que los artistas se hallan demasiado apartados del pueblo, ha de ser el pueblo mismo, y de su seno las avanzadas más dispuestas, quienes pongan manos a la obra, demostrando la capacidad creadora de que se dispone. Estas avanzadas son las falanges anárquicas, las cuales pueden formar, conjuntamente con los artistas del pueblo –porque los hay aunque no sea en la proporción deseada– las instituciones adecuadas al objeto.

Estudiemos las posibilidades con que contamos en el presente.

Existen poderosas organizaciones de trabajadores que cuentan con numerosos órganos de expresión en la prensa; hay innumerables centros culturales repartidos por todas las naciones del viejo y nuevo continentes.

¿No creen los camaradas, pues, que podría hacerse mucho si nos lo propusiéramos en el sentido que lo estamos insinuando?

En ciudades importantes y en pueblos pequeños hemos realizado algunos buenos ensayos de divulgación artística, cuyos resultados han saturado el ambiente de anarquismo tanto como era de esperar.

Bajo la protección y por iniciativa de los sindicatos y los periódicos obreros y anarquistas de París, hemos presenciado las mayores manifestaciones artísticas de nuestra vida. Podemos decir otro tanto de lo que logramos apreciar en poblaciones de inferior categoría.

Grandes conciertos musicales, excelentes veladas teatrales, visitas colectivas a los monumentos y a los museos, excursiones desde los llanos y las playas hasta los panoramas incomparables que nos ofrecen las montañas; conferencias divulgadoras sobre diversos motivos de las ideas en el arte y del arte en las ideas.

No hace muchos meses aún que, en Barcelona, se ha fundado una Asociación Popular de amigos de la música con la cooperación de la famosa orquesta Casals.

Una cuota reducida –cincuenta céntimos al mes por asociado– permite a todos ellos el placer de seis u ocho conciertos anuales a cargo de dicha excelente masa orquestal. Las galerías y los salones donde exponen sus obras los artistas se ven invadidos por gentes del pueblo interesadas en cultivar el espíritu. Pero no asiste todo el pueblo aún a solazarse con esas manifestaciones. Se precisa un estimulante, una base de acercamiento, una organización, en fin, que canalice y ordene con el método necesario las peregrinaciones populares hacia los lugares donde el arte se manifiesta.

Esta base para la educación artística deben constituirlos los sindicatos de trabajadores y sus publicaciones, creando en su torno y por su influencia las instituciones culturales y artísticas necesarias. Existen muchos organismos como el de Barcelona ya mencionado, en los que el elemento trabajador se halla brillantemente representado, pero ello no basta. Precisa, como insinúa el tema que estamos discutiendo, que los ambientes del arte se saturen de anarquismo.

Mal, pues, podríamos conseguir tan nobles propósitos si no fuesen los anarquistas quienes más influyeran con todas sus aportaciones a la creación de los organismos adecuados.

Porque hay que tener presente que sin la crítica severa y acerba de nuestra idealidad a la obra de los artistas, la producción de éstos, que tantos prejuicios contiene, restaría, como resta hoy, sometida a los halagos de la crítica oficial; y bien sabemos que, en cuestiones de arte, como en todas las demás de la vida, suele ser pernicioso al ambiente de la anarquía y a los designios del pueblo, cuanto consagrar suele esa crítica subvencionada y rastrera.

Existen artistas eminentes que se tornan mediocres ante el halago de las ruindades de la reacción que nunca se aviene a aceptar las rebeldías del arte desnudo, porque desprecia el realismo las explosiones naturales.

Nuestros juicios, nuestros estímulos, la intervención de nuestra prensa, que no se vende a nadie, ha de lograr, si nos lo proponemos, que el arte vaya por las buenas vías del bien y que el ambiente del pueblo se sature de anarquismo por las realidades bienhechoras.

Si los artistas en el presente no son todo lo que debieran ser, culpa es tanto de los críticos oficiales como de nuestras despreocupaciones en materia de arte.

Las grandes manifestaciones del genio humano sólo fueron excelsas e infinitas cuando llevaron el asenso de la «vox populi». Y llegaron a tanto, porque el pueblo era ariete, estímulo, voto hacia la perfección.

Los poetas griegos, como los pintores latinos, como todos los artistas del mundo, fueron empujados por los pueblos – a veces con verdadero frenesí– a producir las más grandes creaciones de la belleza en todos sus aspectos.

Vale mucho el voto del pueblo; es el voto de más valor; los mismos artistas no lo niegan.

Vayamos, pues, intervengamos todos en las cuestiones artísticas. Fundemos las instituciones requeridas para gozar del bien y para estimular su crecimiento, su perfección.

El teatro popular no es de imposible creación; créemoslo. Los artistas aun cuando hayan de ser pagados por su trabajo –pues derecho tienen a comer– han de favorecernos pasado el tiempo con la mejor voluntad, a medida que puedan apreciar que su mejor amigos no es el que le paga espléndidamente a cuenta de una labor mediocre y comprimida por las conveniencias del estancamiento, sino el pueblo que ve y va más allá en sus concepciones humanas y por tanto liberadoras del prejuicio en que el arte se desenvuelve y que ellos como sus creadores deben estar empeñados –y lo están de seguro– en que sea puro y fuerte, como la vida misma, libre y exquisita.

Los anarquistas debemos orientar el arte, sin mistificaciones ultraístas, hacia el realismo de la naturaleza, único modo a nuestro entender –y conste que somos profanos en esta materia– de conseguir que el ambiente

general se vea cada día más y más saturado por las emanaciones generosas de nuestro ideal.

El arte, para ser tal, en toda su pureza y extensión, debe ser por antonomasia anárquico, rebelde a los convencionalismos.

Para que así sea, corresponde a los anarquistas que entiendan de estas cosas, a los simples «amateurs» y a los artistas del pueblo, emprender la acción común en vistas de alcanzar para el pueblo y para el arte mismo la manifestación fuerte, bella, esplendorosa e independiente que necesitamos todos para subsistir con dignidad.

RESPUESTA DE M. BUENACASA [IV] ⁴⁸

VII

El valor de la tradición es demasiado grande, por desgracia, para que podamos prescindir de los mitos tradicionales de manera absoluta.

Las más grandes batallas deberíamos lidiar para dar fin a todos los prejuicios de la tradición.

En el recuerdo de las tradiciones vive el mundo sometido a todos los atavismos, a todas las corruptelas.

48 *La Protesta*, Suplemento Semanal, Buenos Aires, n° 240:13 de septiembre de 1926. La participación en la encuesta planteada por el grupo «Los Iconoclastas» finaliza con la respuesta a los dos puntos finales: «¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirla?», y «para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?». Más allá de la previsible diatriba contra la *Biblia* –definida como «una solemne tontería» y cuyos ejemplares se recomienda quemar– y en general contra la tradición, opuesta al progreso emancipador, merece la pena atender a las reflexiones que sugiere a Buenacasa la cuestión de lo que hoy se denominaría memoria. En particular, acerca del peligro de que, al conmemorar pública y puntualmente hechos y figuras del pasado, se acabe creando «iconos, dioses o ídolos» y se escamotee la energía emancipadora. Una reflexión cuya lucidez, e incómoda actualidad, no nubla el hecho de que el propio Buenacasa, como veremos más adelante, debiera plegarse en una determinada circunstancia a tales ceremonias del recuerdo en el caso de Durruti.

El anarquista no debe guardar ningún respeto a la historia, porque la vida, en nuestras concepciones ideales, tiene un principio siempre ascendente hacia las prácticas de la perfección.

Podemos y debemos decir siempre que nunca los tiempos pasados fueron mejores que los presentes, pues de otro modo negaríamos las leyes inflexibles del adelanto y los progresos de la humanidad.

La tradición sólo puede recordarse para combatirla y anatematizarla y, cuando más, para extraer de ella la lección que nos lega de sus grandes errores.

Hay, no obstante, algunos aspectos muy estimulantes de la tradición, que nos pueden servir de guión en ciertos momentos de nuestra vida. Las obras de un hombre o las gestas de un pueblo, en cuanto fueron conscientes y rebeldes, pueden recordarse como ejemplos en ciertos sentidos comparativos. Así, por tanto, cuando hablamos de las manifestaciones artísticas, recordamos los esplendores de Grecia y sentimos admiración por el arte y los creadores de aquellas épocas. Cuando, por otra parte, pretendemos estimular la rebeldía de los hombres de hoy contra la injusticia y la opresión, recordamos a Espartaco, el célebre tracio que sublevó a los esclavos de Italia contra el poder de los Césares. Cuando hablamos, por fin, de los héroes del deber, de los mártires que ofrendaron su vida y la libertad por el triunfo de las ideas de humanidad en el orden de la

filosofía, de la moral o de la ciencia, recordamos a los santos varones, legión inmensa de ellos, que aportaron para la construcción del bello edificio del porvenir las piedras básicas y angulares.

En algo, pues, queremos aceptar, que debe valorizarse y recordarse la tradición. Mas no cometamos el error, cuando presentemos a la consideración de nuestros contemporáneos las figuras sobresalientes de las épocas pasadas, de elevarles un pedestal en nuestra memoria. Ensalzar las obras buenas, sí, pero no crear iconos, dioses o ídolos, porque al fin de cuentas, el principio religioso arraigaría en nosotros el más letal de los prejuicios.

Y de otra parte, ¿a qué extremos no ha conducido el seguimiento de las tradiciones?

¿Cuántas veces no hacemos degenerar hasta el ridículo, con nuestras recordaciones, los hechos más salientes de la historia?

¿Qué dirían de los trabajadores de este siglo –y hacemos excepción de los anarquistas– los mártires de Chicago, si desde sus tumbas pudieran presenciar las manifestaciones militarizadas del 1º de Mayo, todos los años, las borracheras de los borregos políticos y el contento de los burgueses ante tantas y tales demostraciones de imbecilidad?

Iconoclastas empedernidos, nosotros sólo podemos rememorar las tradiciones para señalar nuestro desprecio subversivo a cuanto se opone al libre desarrollo de la vida humana.

Podemos señalar la rebeldía de Espartaco, excitando a la rebeldía de los tantos oprimidos de la tierra.

Podemos ensalzar las figuras de Servet, de Galileo, de Giordano Bruno y de tantos hombres célebres, para estimular a nuestros coterráneos a que cumplan el deber si vacilaciones.

Podemos recordar, en los aniversarios eternos –cada hora y cada minuto de nuestra vida de luchadores– las figuras preeminentes de los hermanos de Chicago, de Ferrer y de tantos otros, cómo murieron por la emancipación de los humildes, de qué manera los hombres deben ser humanamente egoístas en el sacrificio de la propia existencia en pos de las grandes ideas que se vinculan en el progreso y en la libertad.

Sólo hasta ese punto y en tal medida puede seguirse y valorizarse la tradición, pero fuera de esto, que será siempre estímulo y señal de avanzar más y más, sin intermitencias ni desmayos, por la senda que trazaran los precursores, la tradición que, por ser lo que fue, supone estancamiento, debe ser combatida sin piedad y sin descanso.

Bien están los dioses de todas las religiones en sus sepulcros; no desenterremos, pues, a nuestros amigos para convertirlos en dioses.

Los anarquistas, que podemos gozosos recordar de qué modo se manifestaban las masas laboriosas en los Primeros de Mayo de este siglo, como explosiones violentas del odio de los pueblos contra las tiranías del privilegio, debemos dirigirnos cada día a las falanges productoras para decirles cuan poca es su vergüenza y de qué manera olvidan, por seguir la tradición precisamente, cómo les traicionan sus jefes políticos, cómo por dignidad la fecha de las revoluciones y de las reivindicaciones humanas no se puede confundir con los aniversarios fríos, solemnes y oficiales de las castas poderosas.

Hasta aquí podemos llegar en el culto a la tradición. Aunque mejor sería que el culto a esa tradición, a todas las tradiciones, se hallase concentrado y silencioso en la conciencia de cada hombre y que no se manifestase sino el gran día –cualquier día– del formidable estallido destructor de la injusticia.

Porque hay que contar con que, a fuerza de hablar y de gritar un solo día del año, para hacer como que recordamos una epopeya, un hombre o una cosa, el gas se nos escapa todo en un instante, y luego, alicaídos e inconscientes, sólo nos queda fuerza para recordar la *fecha* del griterío y la

impotencia de nuestros espíritus cansinos, desgastados vanamente.

La tradición hay que soterrarla; mas, si por fuerza de nuestra acción cotidiana nos viene a la memoria como un descanso lo que otros hicieron, en cuanto sea generosidad, rebeldía, bondad o conciencia, recojámonos devotamente en la meditación y en el estudio y tomemos para nuestro gobierno el ejemplo que estimula, la gesta que hay que imitar, la vida que interesa superar.

No vemos otra manera de valorizar las tradiciones ni hallamos otra medida con que seguirlas.

Los idólatras de todos los tiempos, acostumbran a celebrar los aniversarios del nacimiento o la muerte de sus ídolos, dedicándose un banquete y unas francachelas conmemorativas.

Nosotros no podemos seguir esa repugnante costumbre.

Y conste que tal como acontecen hoy las cosas en todo el mundo, vamos camino de caer en los mismos vicios y en los mismos errores que combatimos y señalamos.

Matemos, pues, la tradición y limitémonos exclusivamente a estudiar las obras y las virtudes de los grandes hombres procurando imitarlos y superarlos.

VIII

Una advertencia preliminar. Nuestra erudición en materias como las que presenta este tema, es absolutamente nula. Si tuviéramos a mano la Enciclopedia «Espasa», por ejemplo, nos podríamos permitir, sin ningún esfuerzo por nuestra parte, el lujo de aparecer como eruditos. Sería mejor, pues – dirán algunos de nuestros amigos y lectores– que no discutáis acerca de lo que no sois capaces. Aceptado el consejo, pero aceptado también que hemos tratado sin conocerlos otros temas, otras cuestiones de esta encuesta; queremos cumplir nuestro propósito de hablar de lo que apenas conocemos, aunque sólo sea para emitir el juicio y la opinión que el asunto nos merece.

Adelantemos que hemos ojeado la Biblia alguna vez y digamos: *La Biblia es una solemne tontería.*

Podría terminar aquí nuestro trabajo, recomendando a los camaradas en general que se dispongan a quemar todos los ejemplares existentes de este famoso testamento de los dioses como buen medio «de deshacer las viejas creencias petrificadas en las mentes».

Creo que Pompeyo Gener en su «Historia de la Literatura» –que no conozco– y en la cual expone las bases y orígenes

de la Biblia, debía haber recomendado otro tanto; puede que lo hiciera, pero yo lo ignoro.

Digamos en honor de los que inventaron la Biblia que (como nada en el mundo se hace porque sí, y puesto que todo lo creado en la esfera de la inteligencia responde a una necesidad, aunque sólo sea a la del placer que un hombre suele experimentar cuando escribe) el testamento viejo, tanto como el nuevo, forman dos volúmenes de muchas páginas (lo que supone un esfuerzo mecánico muy estimable en quienes lo concibieron, escribieron y confeccionaron semejante absurdo montón de letras.

Cuando se habla de la Biblia habría que pluralizar, porque Biblias hay muchas. Veámoslo, pero antes digamos lo que son las célebres sagradas escrituras.

Las sagradas escrituras comprenden los libros canónicos del antiguo y del nuevo testamento. En los libros del Antiguo Testamento –esto debe ser la Biblia vieja– dícese que constan todas las majaderías que Dios padre reveló a los hebreos; y en el Nuevo las que Dios hijo enseñó más tarde por mediación de sus doce u once –porque Judas ya no debía formar parte de la sociedad apostólica– apóstoles.

Adán y Eva, que vivían en el paraíso (?) tuvieron previa la correspondiente aproximación de la carne –la manzana bíblica, signo de discordia y de pecado, fue, como se ve,

demasiado apetitosa— dos hijos: Caín y Abel. Dios ha combatido siempre el incesto, pero nosotros, que también lo combatimos, debemos decir —o Dios es mentiroso— que Caín y Abel hubieron de fornicar con su madre, pues no tenían hermanas, a fin de que se reprodujese la especie humana. Porque lo de que Caín mató a Abel por celos —y así parece desprenderse del Viejo Testamento— no es cierto según se desprende de la Biblia nueva. Los libros de la Biblia están clasificados en *morales, históricos, sapienciales, legales, protocanónicos, denterocanónicos*, etc., etc.

Esta relación de nombres raros, casi todos referentes a la metafísica, dicen bien claro cuál puede ser el valor del libro que nos ocupa.

Sin embargo —y en serio— hemos de aceptar que los autores de la Biblia tuvieron al escribirla el mismo honrado propósito que tuvieron los poetas o los filósofos y moralistas de todas las épocas al escribir sus obras.

Es innegable que aquellos hombres quisieron legar a las generaciones posteriores el bagaje de una moral por la que la humanidad debería regirse eternamente.

Esta pretensión muy humana para ellos, la mantenemos también, los anarquistas, hasta cierto punto, con respecto a nuestra obra. Podríamos decir que todos los amantes de la Biblia son tontos, pero no nos atreveríamos a afirmar que los que la escribieron tuvieran tal intención o sea la de que sus

secuaces fueran tontos. Sería cuestión de discutir si la tontez excluye la bondad.

Los que inventaron y escribieron la Biblia, como los que más tarde o antes propulsaron los ideales de redención integral de la humanidad, poseyeron igualmente la intención de hacer que los hombres fueran buenos.

Eso sí, conviene para que el hombre sea bueno que no se le enseñen tonterías, y como la Biblia es un cúmulo de tonterías, resulta que los que de ella toman enseñanzas, fatalmente han de ser tontos, aunque ellos no lo crean. La Biblia acepta y ensalza a Dios y al tirano; con esto solamente y por el confusionismo que campea en ella está demostrado cuál es la moral del tal libraco, que, dicho sea de paso, tiene algo que tal vez, bien expurgado, pudiera extraerse para asimilarlo a nuestras concepciones morales. Pero en conjunto la Biblia no vale ni sirve para nada.

Algunos trozos del antiguo testamento deben datar de tiempos muy remotos, pero, que nosotros sepamos, el «gran libro» no fue confeccionado y puesto en circulación hasta que San Jerónimo tuvo a bien hacer la gran refundición de la obra dispersa; y esto ocurrió ya en el siglo IV de nuestra era. Los libros mencionados estaban escritos la mayoría en hebreo, menos el de la *Sapiencia* y el segundo de los Macabeos, que lo estaba en griego.

Las obras de la Biblia traducidas por San Jerónimo al latín corrigiendo la edición «Vetus Itálica» se condensan en una sola «montaña de papel» con la denominación genérica de «Vulgata».

Dicha edición es la única autorizada por la Iglesia católica.

Pero la autoridad de la Iglesia, en este caso, debe ser muy poca por cuanto se sabe que, a pesar de todas las prohibiciones, se han publicado numerosas biblias por hombres santos y no santos, arregladas según el capricho de cada traductor, arreglador o editor.

Así, sabemos que existe la Biblia de Pedro de Vaux (Francia, 1160); la de Malermi, Italia (1471); las del rey Jacobo y Guillermo de Tindal (Inglaterra, 1526). En España han editado la Biblia un hermano de San Vicente Ferrer (el lemosín Bonifacio), Ambrosio de Montesinos y el calvinista Casiodoro; el cardenal Jiménez de Cisneros escribió una Biblia políglota, etc., etc.

Nos enteramos estos días de que el ex ministro de la plutocracia catalana, Cambó, está escribiendo una Biblia en catalán.

Y aunque nuestros lectores lo tomen a guasa, les diremos que, también por estas tierras hubo quien acertó con la ocurrencia –que más tarde constituyó un chiste muy madrileño– de «*poner*» *la Biblia en verso*. Ahora hay quien

pretende musicarla. El colmo, como pasatiempo, por cuanto resulta estéril y acaso pernicioso el esfuerzo mental y físico que representan esas transcripciones de la obra de dios padre y dios hijo.

Hablando de Dios está dicho todo.

La idea de los propagadores y autores de la Biblia, nos trae a la memoria el caso peregrino de los protectores de animales de nuestro tiempo, que quieren que no se maltrate a los perros ni a los pájaros, pero mantienen a los pajaritos en sus jaulas y a los perros –para que no se les haga ingerir la estricnina– los llevan ataditos con una cadena al cuello. A los burros les hacen trabajar elegantemente.

Camaradas: haced desaparecer la biblia, sus fundamentos y sus bases, sus orígenes y su recuerdo inclusive, y habréis coadyuvado a que desaparezcan en mucho, de las mentes atrofiadas, los prejuicios del acerbo ancestral que al libraco referido aportaron todas las ideas falsas.

Propagad en tanto el ideal razonable, humano y excelso de la anarquía.

PROBLEMAS SOBRE VARIAS COSAS... ⁴⁹

Las enfermedades, como las revoluciones, la reacción autoritaria, como todas las manifestaciones de la vida humana, siguen el ritmo de los contagios.

Para evitar las invasiones morbosas se recurre a los asépticos y a los aislamientos.

49 *Revista Única*, Steubenville, Ohio (Estados Unidos): enero de 1928. Diez años después de la revolución rusa, Buenacasa se muestra inequívoco en su condena de la deriva dictatorial y terrorista –entonces ya difícilmente soslayable– del régimen soviético. Añade a ello la consideración del otro gran fenómeno que convulsionaba la Europa de esos años, como era el fascismo. Y liga esas reflexiones con el cierto optimismo que, ante la decepción rusa, el peligro reaccionario y la supuesta sumisión colectiva, ubica en un pueblo considerado como consecuente y fuente de esperanza revolucionaria. El artículo aparece publicado en la *Revista Única*. Editada en 1928 en Steubenville (Ohio, Estados Unidos), aunque impresa en Buenos Aires, esta publicación fue una creación del grupo «Los Iconoclastas» y contó con numerosos colaboradores exiliados o desde España. El citado grupo, promotor de la «Encuesta sobre los problemas actuales del anarquismo», y que luego promoviera otra en 1934, tenía como animador principal a Juan Louzara de Andrés (1883–1973), un gallego muy pronto emigrado a Estados Unidos y que, con el seudónimo de Rudolf Lone, desempeñó allí durante décadas una prolija labor de propagandista del anarquismo y de aglutinador de círculos exiliados y emigrantes hispanos.

Las enfermedades del cuerpo pueden, hasta cierto punto, ser evitadas; no así las inquietudes espirituales que adquieren mayor incremento, interno o externo, a medida que más se las pretende comprimir o evitar.

El cordón «sanitario» colocado en torno a Rusia en los momentos en que la revolución soviética era una revolución de verdad, no sólo no evitó ésta, sino que la represión de los Estados capitalistas contra la gesta del proletariado eslavo fue el mejor vehículo de propaganda a favor de aquel hecho trascendental. Como consecuencia de ello, se produjo en el mundo justamente lo contrario de lo que los capitalistas pretendían: la ola mundial de simpatía hacia el pueblo ruso y un ambiente revolucionario sólo comparable al que produjo la Revolución Francesa cuando la Europa reaccionaria pretendía aniquilarla y hundirla en el descrédito.

• • •

Si las grandes revoluciones de la historia hubiesen sido completadas según el ansia y la aspiración libertadora de los pueblos que las provocaron, las reacciones contrarrevolucionarias no hubieran podido producirse.

Estrangulada por los jacobinos la Revolución Francesa y por los sanguinarios sacerdotes bolcheviques la Revolución Rusa, la reacción devino fatal.

¿Reaccionan contra las revoluciones solamente aquellos a quienes la justicia popular de una hora derribó de sus mansiones privilegiadas? No. Contra las revoluciones populares reacciona el mismo pueblo en cuanto aquéllas no fueron lo que debían, en cuanto provocadas para conseguir la felicidad común fueron convertidas en trampolín que entronizó nuevos amos, nuevos verdugos, nuevos privilegiados. Que esto demuestra que el pueblo no es consciente es cosa que tendrían que probar los que a todo suceso popular apellidan versatilidad.

El pueblo no es tan inconsecuente ni tan ignorante como suponen los eternos pastores. Un pueblo que, como el francés o el ruso se alzan contra el terror nuevo, no hacen sino ser consecuentes con el espíritu sensible de los justos. El terror es terror, sea éste burgués o proletario.

• • •

Al contagio revolucionario, sigue el de la peste reaccionaria de los Estados. Italia con sus fascios crueles y asesinos tiene imitadores sin cuento en el mundo.

Ni las grandes y sesudas democracias suizas, inglesas o americanas pueden resistir la idea de imitar a los Estados más liberticidas. Ahí está la presente reacción universal, contra la libertad, que lo demuestra.

Pero volvamos por pasiva a la oración. ¿Influyó la inmensidad de Rusia con sus revoluciones de Marzo y Octubre de 1917 en los ambientes europeos surgiendo a la luz en el mundo la idea oculta de imitar el hecho ruso?

Indudablemente: pero si en vez de una Rusia grande, surgiera hoy un pueblo pequeño, un Mónaco, una Andorra, un Portugal, realizando la revolución por nosotros soñada, el mundo entero manifestaría «ipso facto» deseos vehementes de lanzarse a la revolución, de imitar al país sublevado. Los ambientes alicaídos y pesimistas, consecuencias de las dominaciones actuales de un fascismo criminal, se trocarían en explosiones admirativas e imitativas de las nuevas gestas revolucionarias. Tal vez hayamos incurrido en contradicción al juzgar la idea de los contagios y de los ambientes a cuenta de las intervenciones populares en los hechos subversivos: conviene destruir la contradicción si la hubiera: los pueblos intervienen en las revoluciones y reaccionan contra las tiranías de los falsos dioses revolucionarios, pero aguantan el fragor del crimen imperialista, como si estuviesen sometidos a la contrarrevolución. ¿Es que el pueblo se traiciona a sí mismo como dicen algunos charlatanes del revolucionarismo ocasional? No. El pueblo no traiciona. Quien traiciona tal vez son los que cuando llegan los momentos difíciles no se saben conducir como lo hacen en los momentos en que no corre peligro la integridad física del yo. ¿Quién es, pues, inconsecuente? He aquí el problema de estas cosas que acabamos de plantear y que parecen sin

importancia. Interesa no olvidar que el Pueblo no es el Estado, y que el sufrimiento no es sumisión voluntaria.

SOBRE EL LIBRO «EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL».

CONTESTACIÓN A SOLEDAD GUSTAVO⁵⁰

En el número de *LA REVISTA BLANCA* correspondiente al 1º de abril del presente año, Soledad Gustavo me hace el honor de ocuparse del libro con cuyo título encabezo estos

50 *La Revista Blanca*, Barcelona, nº118:15 de abril de 1928. Contesta aquí Buenacasa desde Calella a la reseña que se dedica en el número 117 de *La Revista Blanca* a su libro *El movimiento obrero español 1886–1926 (Historia y crítica)*, publicado ese mismo año 1928 y en el que venía trabajando desde 1924. La autora de la nota crítica, también reproducida más adelante en este volumen, era Soledad Gustavo (Teresa Mañé), compañera de Federico Urales (Juan Montseny) y madre de Federica Montseny. Solicitada por el propio Buenacasa, la reseña mostraba algunos errores y lagunas del libro, en particular respecto de su escaso tratamiento del periodo 1886–1906, «el más agitado del movimiento obrero español...» Pero no cuestionaba en ningún momento el tono y fondo último de sus argumentos. De la respuesta de Buenacasa, llama la atención que se excusara atendiendo a su trabajo manual y al no suministro de materiales por otros compañeros, y también que previera completar la obra con otra u otras que, sin embargo, no se materializarían nunca.

renglones. Aunque ella diga que no tiene la pretensión de hacer crítica, lo cierto es que la hace, severísima, dura y acerba. Tal se desprende del hecho de que, en las cuatro columnas de que consta su documentada refutación a mi obra, no haya una sola frase que pueda servir para reconocer lo que aquella tenga de buena o de útil. Recojo, sin embargo, las últimas palabras con que termina Soledad Gustavo su trabajo y declaro –tal como ella desea– que por nada me doy por ofendido en la presente ocasión. Más me ofenden algunos elogios que ciertas censuras, sobre todo si estas se inspiran en la buena intención, que yo aprecio, en las que Soledad Gustavo me dirige.

Hay, a pesar de todo, algo, en el trabajo que motiva la presente réplica, que yo debo contestar, para hacer la rectificación conveniente y para borrar de la mente de los lectores de esta revista lo que, de no ser suficientemente aclarado, podría en efecto ser motivo de ofensa para el veterano y buen camarada doctor García Viñas.

Conste, pues, ante todo, que yo no he dicho ni he podido decir de ningún modo, por cuenta propia, que Viñas fuese *«el anarquista autócrata que tantos daños causara a la organización»*. Es lamentable y triste que yo me haya de remitir para justificar tan absurda declaración a los testimonios de otro gran hombre del anarquismo: Anselmo Lorenzo. Invito, pues, a mis lectores a que se detengan sobre las páginas 280, 297 y 301 de «El Proletariado Militante» (II

volumen), y sobre otras del mismo libro, y verán que Soledad Gustavo se muestra en extremo injusta conmigo.

En lo que sí tiene razón mi contrincante es en lo que se refiere a la época en que Viñas entra a actuar en la organización de la Federación Regional. Yo mismo no me explico este error de fechas en que incurro. He leído más de una vez ambos volúmenes de «El Proletariado Militante» – las tres últimas páginas del II volumen, suscritas por *Solidaridad Obrera*, las he escrito yo mismo–; y he leído, también aunque ya hace mucho tiempo, la obra de Magalhaes Lima «*O socialismo na Europa*», con los datos aportados a la misma por Salas Antón. En ambos libros consta, en efecto, que García Viñas ingresó en el núcleo de los que en Barcelona constituyeron «La Internacional» y «La Alianza», el año 1871 o tal vez el 1870, junto con el doctor Gaspar Sentiñón y el abogado Riu.

Era pues en 1871 y no en 1881 cuando Viñas, estudiante de medicina a la sazón, y otro estudiante de medicina también, González Meneses, juntos con Sentiñón y Riu entraron a reforzar el núcleo organizador. Mi error, pues – que no se asienta en la ignorancia–, sólo es explicable por una razón: yo he escrito ¡seis veces! –según cambiaba métodos de ordenación, ampliaciones o reducciones– las cuartillas de mi libro. De puro sabido y releído lo que copiaba, recurría frecuentemente a la memoria. He aquí pues explicado el error en cuanto se relaciona con esta cuestión y con otras que tal vez otros camaradas

encontrarán también erróneas. Además, no solamente Soledad Gustavo, sino cuantos sepan reconocer el esfuerzo que requiere la redacción de un libro como el que nos ocupa, convendrán conmigo en que este esfuerzo se hace casi insurmontable, en sus dificultades cuando el que lo va a realizar se halla sometido a un régimen de vida que pugna con la erudición y la literatura.

Un hombre –y esto lo hago constar en el libro mismo– que se encuentra sujeto a la explotación en un taller donde el trabajo más duro agota las mejores energías, no puede producir cerebralmente en las mismas condiciones que otro cuyo trabajo sea llevadero.

Yo ya sé que Soledad Gustavo y los que como ella piensan habrán de decirme: «Pues si no te hallas en condiciones de escribir, no escribas». Admirable el consejo, pero yo para mí no lo acepto. Yo quiero hacer todo lo que pueda, cuanto más mejor. Mal será que no haga algo bueno aunque sea poco.

Por lo que hace referencia a las grandes *lagunas* que se notan en el libro «*El Movimiento Obrero Español*», sobre todo en lo que se refiere a la época 1886–1906 estoy de acuerdo con Soledad Gustavo. Todas las gestas que ella me indica y otras muchas de entonces y de tiempos más recientes, se han quedado sin reseñar. Repito que en 300 páginas no he podido ni sabido hacer más. No sé de nadie que pueda ni sepa en igual espacio decir más cosas. Tal vez hay algún episodio al que atribuyo demasiada importancia,

mientras hechos importantes quedan por señalar o bien se señalan demasiado a la ligera. Esto es una cuestión de apreciación personal. Sin embargo –y perdonad camaradas de *LA REVISTA BLANCA*– yo os pedí a su tiempo materiales, notas y datos para hacer mi obra más perfecta e interesante. Vosotros, aduciendo que habíais estado apartados del movimiento en los años sobre los cuales yo os requería vuestra aportación histórica me negasteis aquellos materiales, materiales que yo pretendo saber que no os faltan. Ahí está el trabajo de Soledad Gustavo para demostrar mi razón.

De todas las maneras, para los que opinan que el libro está plagado de errores y lagunas, debo decirles una cosa: hace ocho años la CNT anunció la publicación de un volumen de 400 páginas para reseñar el Congreso del Teatro de la Comedia (diciembre de 1919). Al efecto se recaudaron algunos miles de duros. El libro costaría cuatro pesetas. Las pesetas se perdieron y el libro no vio la luz. Aunque sólo fuese por el capítulo que yo dedico al memorable comicio, valió la pena publicar mi obra; en este aspecto vale por un libro. Por manera que algo útil he producido, aunque Soledad Gustavo no lo diga.

Ahora bien; lo demás, vaya como un simple ensayo que me propongo mejorar y completar mediante la publicación de uno o varios volúmenes hasta llegar por lo menos a mil páginas.

Creo que en tal espacio bien podré insertar cuanto Soledad Gustavo indica y mil hechos más que en la presente ocasión, han tenido que quedar apartados aunque listos para ser incluidos en la próxima.

Y termino agradeciendo a la excelente y cultísima compañera la severa crítica que ha hecho de mi libro. Ello ha de servirme de estímulo para, en empresas futuras, superar y mejorar mi obra actual.

Nada más.

Nota— Por la presente queda contestado también el trabajo del camarada Simón Pérez, de Bilbao.

• • •

Cuatro palabras nada más, sobre las cuartillas que se acaban de leer por lo que a Soledad Gustavo y *LA REVISTA BLANCA* se refiere.

Nosotros tenemos demasiadas iniciativas y demasiado trabajo propio, para ponernos al servicio de las iniciativas y del trabajo ajeno, y si nuestra compañera de redacción Soledad Gustavo, ha puesto, con mucha medida, algunos reparos al libro de Buenacasa, es por dos razones muy principales: la primera para advertir que había un gran movimiento obrero español que Buenacasa no señalaba en su libro y que no debía quedar ahogado y la segunda porque

el propio amigo Buenacasa pidió que nuestra compañera de Redacción hablase de su libro.

Aquí lo único que lamenta Soledad Gustavo, *LA REVISTA BLANCA* y quizá el propio autor de «*El Movimiento Obrero Español*», es que las palabras que se esperaban de Soledad Gustavo, no hayan podido ser de alabanza, aunque tampoco eran de censura, puesto que se limitaban a señalar lunares, que habían de ser señalados, necesariamente.

DOS PALABRAS COMO FINAL ⁵¹

Por no robar espacio a una revista cuyas columnas deben servir únicamente para la difusión de cuestiones más

51 *La Revista Blanca*, Barcelona, nº121:1 de junio de 1928. Segunda y última intervención respecto de su libro, se vuelve aquí a remitir a una posterior obra o edición de la misma, así como a emparentaría implícitamente con la de Anselmo Lorenzo. *La Revista Blanca*, en la que tienen lugar ambas intervenciones, fue una de las más notables e influyentes publicaciones periódicas del anarquismo español en sus dos épocas de 1898–1905 (Madrid), y de 1923–1936 (Barcelona) cuando fue revista quincenal y desde finales de 1933 semanario. Dirigida y controlada por los prolíficos publicistas ácratas que eran los Urales, la revista contaba con colaboraciones de prestigiosos autores (Unamuno, Mella, Malatesta, Réclus, Gorki, Huxley...), pero simbolizaba sobre todo el radicalismo anarquista, individualista y hostil a la organización sindical propio de esa familia. Cfr. Annalisa Corti, «*La Revista Blanca, 1923–1936*», *Estudios de Historia Social*, 40–41 (1987), 1–11, pp. 103–264.

interesantes, no he querido contestar a los contradictores de mi obra.

Y si lo hago hoy –muy brevemente por cierto– es porque no quiero que mi silencio se achaque a desaire o falta de cordialidad para con aquéllos.

Antes de que *El Movimiento Obrero Español* apareciese, conocía y tenía ya contados a los camaradas que habían de hacer objeciones al libro.

En este, como en todos los casos, existen dos clases de contradictores –lo que no quiere significar que también en el anarquismo haya clases–; los unos contradicen documentalmente, enriqueciendo de tal suerte la obra que critican; los otros, por el contrario, contradicen porque sí, por gusto de hacerlo o por fastidiar al autor, contra el que sienten alguna cordial antipatía, o algún rencorcillo menos cordial.

Pero vayamos al grano y no divaguemos. En mi *Contestación a Soledad Gustavo* en estas mismas columnas, se me olvidó decir que yo no trato de la huelga metalúrgica de 1902 en Barcelona como lo haría un adversario, según la citada compañera insinúa. Véase si no el final de la página 286, donde consta –por cierto con lamentable brevedad– el relato de aquellos hechos y se verá que tengo razón. Vaya de paso, repetido, el testimonio de mi más viva simpatía al veterano luchador y hombre de ciencia García Viñas, cuya

gran bondad –como la de Lorenzo– soy incapaz de poner en entredicho.

A los camaradas y organizaciones de Mallorca les diré que lamento, más que ellos mismos, la ausencia de aquella región en las monografías del libro; pero debo insistir en que escribí a dos amigos de Palma; mas, como no obtuve respuesta, creí, o bien que no simpatizaban con mi trabajo o que habían cambiado de dirección.

Me quedaba el recurso de pedir señas de alguien a los compañeros de La Revista Blanca, pero consideré más oportuno, teniendo sobre todo en cuenta el exceso de original con que ya contaba, dejar la historia de las Baleares para una próxima edición de mi obra. Sensible que se haya sacrificado –quepa la frase– por estas causas una región, pero también Asturias y Cataluña se encuentran en el mismo caso.

Alguien me ha dicho que *El Movimiento Obrero Español* debiera haber constado de mil o más páginas para que fuera nada más que un tanto completo; pero no deben ignorar los que así opinan que el editor he sido yo mismo. Con esto –para los que comprenden lo que tal esfuerzo significa– queda dicho todo.

Al culto camarada Pedro Sierra –que tan gran decepción ha sufrido al leer el libro– y que ya antes de conocerlo lamentaba que la monografía de Asturias no fuese escrita

por Quintanilla, he de decirle que si no me dirigí en su día al mencionado profesor gijonés, fue porque sabía que no había de ayudarme a causa de sus muchas ocupaciones.

Eusebio Carbó y Galo Diez, decepcionados también por lo incompleto de mi trabajo, me han hecho por carta numerosas observaciones, han señalado defectos y lagunas que yo, al contestarles, les he prometido llenar o rectificar, según los casos, cuando llegue la hora de hacer más completo el simple esbozo publicado.

A los demás, a los que lamentan que no se hable de la huelga tal, del mitin de aquel ramo, «que no recuerdo en qué fecha se celebró y qué oradores hablaron –hay uno que tiene el tupé de decirme eso–, del atentado contra el patrono Fulano, de la detención de unos compañeros, etc., etc.,» sólo les diré que hay cosas cuya importancia no merece pasar a la historia.

Y, por fin, el camarada Pizana, en la revista *Prismas*, de Beziers, hace constar que no anduve muy acertado en la elección de colaboradores para componer las monografías regionales. En esto no transijo.

Los que colaboraron en el libro para componer las monografías del Norte, Aragón, Andalucía, Galicia y Valencia, camaradas Galo Diez, Juan Beraza, José Sánchez Rosa, Sebastián Oliva, Manuel Fandiño y Tomás Cano Ruiz, son personas cuyo prestigio –sin querer aminorar el de los

demás amigos de dichas regiones— no es superado por nadie—, como tampoco sus conocimientos de las luchas sociales en las respectivas comarcas.

Solamente Carbó pudo haber informado de la región levantina con más competencia que Cano; pero Carbó, hallándose en el extranjero, no hubiera podido, tal vez, realizar el trabajo que se le encomendara, esto en el supuesto de que hubiera aceptado colaborar en mi obra.

He hablado y respondido solamente para los que pusieron reparos a mi modesto trabajo. Mi saludo y mi agradecimiento para ellos. Para los otros, para cuantos encontraron bien lo hecho, sin reparo alguno, que son los más, el testimonio de mi rendida amistad. Sabios o no sabios, han comprendido mi esfuerzo y repetido con Samblancat: «La obra podrá tener sus defectos, pero es útil. Y tanto que así, que desde *El Proletariado Militante* de Anselmo Lorenzo, no ha visto, a nuestro juicio, la luz una obra que con más provecho, gusto y emoción puedan leer los trabajadores»⁵².

52 De una editorial que debió aparecer en *El Diluvio* el 15 de marzo de 1928.

OPINANDO ⁵³

Numerosos camaradas y colectividades, entre otros y otras de Vizcaya, me han escrito numerosas cartas, pidiéndome que les ilustrara a propósito del pleito que el llamado Comité de la CNT ha entablado contra los redactores y administradores de *LA REVISTA BLANCA* y su obra. Se explica el buen

53 *La Revista Blanca*, Barcelona, nQ136:15 de enero de 1929. Desde el exilio francés, alejado de la brega sindical y organizativa, y con la Dictadura de Primo de Rivera entrando en su último año de vida, Buenacasa muestra en estas líneas estar situado en el punto álgido de su radicalismo anarquista. Son de ello buena prueba los duros reproches que dirige contra el «llamado comité de la CNT», cuya secretaría general ocupaba desde 1927 Joan Peiró. Y lo es también que salga en defensa de la familia Urales–Montseny y su *Revista Blanca* en general, y de Germinal Esgleas en particular. En realidad, lo que hace es posicionarse con meridiana claridad en el litigio entablado desde 1928 entre ese CN de la CNT y los Urales. El conflicto giraba en torno al control de los fondos recogidos por dicha revista para ayudar a los presos, con los que su familia rectora pretendía convertirse en una suerte de Comité Pro–presos alternativo y autónomo, en esos tiempos de clandestinidad, respecto de los organismos de la CNT y FAI (cfr. Teresa Abelló, Enríe Olivé, «El conflicto entre la CNT y la familia Urales– Montseny en 1928. La lucha por el mantenimiento del anarquismo puro», *Estudios de Historia Social*, 32–33 (1985), pp. 317–332). Esgleas (1903–1981), aupado a la primera plana del mundo libertario por su matrimonio con Federica Montseny, defendería siempre el purismo ácrata; y, sobre todo desde 1945, aunaría en torno a su figura la tendencia más oficialista y ortodoxa de la CNT en el exilio, cuyos comités dirigiría en varias ocasiones y que es a la sazón la que sería objeto de la crítica del último Buenacasa.

deseo de aquellos amigos si se tiene en cuenta que el mentado Comité les instaba a un «boicot» y otras cosas contra las personas y la publicación que nos ocupa. Yo opiné a tiempo sobre el caso y mi opinión en forma de *carta abierta* fue enviada a esta Revista para su publicación. Mis cuartillas no vieron la luz, lo que me ha extrañado grandemente, por lo cual hoy insisto en mis propósitos ante el temor de que se me tache como a individuo de los que nadan y guardan la ropa.

Declararé ante todo –y aquí podrían terminar mis opiniones– que suscribo en absoluto el escrito publicado por Germinal Esgleas y sus amigos en el último número de LA REVISTA BLANCA. Pero hay que decir algo más.

Germinal Esgleas –y aquí no hay bombo para nadie– es uno de los jóvenes más ecuanímenes, autorizados y puros con que cuenta hoy el anarquismo y el movimiento obrero español. Esto, que es preciso que se diga, para que sus declaraciones adquieran el valor que merecen, lo han de reconocer los mismos que hoy se habrán puesto en contra suya.

Y ahora repetiré en público lo que esta Revista no tuvo a bien publicar hace un mes.

En primer lugar: Ningún pleno regular ni irregular, nacional ni universal, es quien para acordar el apropiarse de un dinero que no le corresponde. Primero: porque el acuerdo resulta ilógico y segundo: porque por lo que a nuestra CNT respecta,

ésta acostumbra a no dar a los presos lo que para ellos se recauda. Tal vez por esto mismo el buen instinto solidario se suele canalizar por conductos ajenos al Comité arriba mencionado. Los hechos hablan con más elocuencia que las palabras; y si no que se repita la prueba y se verá cuanta razón asiste a los compañeros de *LA REVISTA BLANCA* y a los que a los mismos entregan cantidades para presos.

Y ahora otra cosa para los que han manifestado su extrañeza al no verme incluido entre los colaboradores de la proyectada *Revista Obrera*. Alguien ha dicho: «Si tú fuiste el primero que lanzaste la idea de esa Revista, ¿cómo se explica...?, etc.».

Pues sencillamente: Yo lancé esa idea hace más de tres años porque consideraba que *LA REVISTA BLANCA* era demasiado exclusivista y poco dispuesta a aceptar determinadas colaboraciones.

Más tarde cambié de opinión: *LA REVISTA BLANCA* ya no negaba sus columnas, y en esto hace bien, más que a unos cuantos enemigos ya declarados de su obra.

Vi entonces –cuando la primera iniciativa fue lanzada– que a algunos de los que me rodeaban no les guiaba otro propósito que el de la ruin competencia.

Ante esto hice mi primera objeción: «Esa obra, *LA REVISTA BLANCA* y sus ediciones, no puede ser destruida por una

competencia de pequeñas pasiones, sino por otra que la supere y la mejore; hacedla si sois capaces»; y volví a mi casa. Hoy que veo más claro aún que sólo se trata de una cuestión de competencia por lo que han sido arrastrados algunos camaradas de buena fe y que el llamado Comité de la CNT y la publicación proyectada son con pequeñas variantes personales los mismos individuos, me afirmo más en mi deseo de permanecer alejado de ellos, mientras no rectifiquen sus propósitos.

Y que no se nos diga por esto que al obrar así, nos ponemos frente a la CNT Precisamente, mal podemos menospreciar un organismo del cual somos fundadores y a cuyo engrandecimiento cooperamos desde la masa asociada y desde los más altos puestos, en una proporción que nunca igualarán los que decretaron el «boicot» contra LA REVISTA BLANCA y sus redactores. Si no dijésemos esto pecaríamos de falsa modestia, la cual repudiamos tanto como la pedantería y la suficiencia ridículas.

Ninguna amistad me une a la familia Urales; más bien puedo invocar contra ella algún motivo de queja, pero ésta debe ahogarse cuando ese motivo se justifica en el alto deseo de servir la idea.

Y claro está: obligado a opinar y a tomar partido a instancias de camaradas y organizaciones que me han requerido a ello, termino suscribiendo, aparte lo dicho por

mi cuenta, el escrito de Germinal Esgleas suscrito ya por los obreros y anarquistas conscientes de Calella, Canet y Blanes.

Quedan contestados los amigos de la organización de Vizcaya –y todos– por segunda vez.

AL VADO O A LA PUENTE ⁵⁴

Yo quisiera que las columnas de *LA REVISTA BLANCA* fuesen sólo ocupadas por los camaradas capacitados; que se escribiera solamente sobre la doctrina del ideal anarquista, sobre las tácticas a él inherentes, y en última instancia sobre el problema social, abarcando todas sus generalidades útiles.

54 *La Revista Blanca*, Barcelona, suplemento del nº169:1 de junio de 1930. Con Primo de Rivera defenestrado y la Monarquía evitando similar suerte confiada en el ínterin de la «Dictablanda» de Berenguer, a mediados de 1930 corrían por doquier ruidos de sables y rumores de conspiraciones para derribar el régimen alfonsino. El nuevo marco abría nuevas posibilidades a una CNT cuyos sindicatos volvían, no sin trabas, a la legalidad. Pero también hacía aflorar todas las diferencias y tensiones generacionales que existían en su seno y la ponía ante la disyuntiva de cómo afrontar los nuevos retos. De ahí este artículo donde, desde la sección «Tribuna de criterios opuestos», Buenacasa censura con toda severidad retórica las actitudes de quienes, al participar en las tramas antimonárquicas, incurrirían en las «desviaciones» de «pensar en político y en electorero». Como se sabe, representantes cenetistas fueron invitados al llamado «Pacto de San Sebastián», y Ángel Pestaña acabaría fundando años después su propio Partido Sindicalista. Pero el panorama no era tan sencillo. Junto a los «sindicalistas», apoyaban asimismo las conspiraciones y cambio político otros sectores, faístas incluidos. Quedaban así restringidos los reparos puristas antipolíticos a determinados círculos entre los que descollaban, de nuevo, los Urales y sus publicaciones, con los que se alinea aquí nuestro autor.

Pero, amigo lector, mi deseo no puede ser cumplido. Hay algo vivo y del momento que conviene matar antes de que crezca y se desarrolle, antes de que su sombra o su acción funesta malogren el esfuerzo común de medio siglo de lucha y propaganda.

Quiero referirme al reformismo, a los políticos y a los sistemas de *vadear* o de *hadar que por* lo que veo, leo y sé, han comenzado a infestar y a infectar el movimiento obrero de finalidad libertaria.

LA REVISTA BLANCA, sus redactores, harían muy mal, si no abriesen sus columnas de par en par, para que yo y otros podamos opinar públicamente en estos críticos momentos. No es conveniente decir, como viene a hacerlo esta Revista, que para dirimir ciertas cuestiones relacionadas con el movimiento obrero, hay bastante con las columnas de los periódicos obreros.

No, camaradas, no. Esos periódicos obreros, a los que se alude, no son lo bastante independientes, ni valientes para que en ellos pueda decirse cuanto conviene decir.

Sería necesario un «Productor» como el que yo fundé con los amigos de Blanes hace cuatro años; sería necesario un «Tierra y Libertad» de sus primeros tiempos o como el que salía en Barcelona en su última época; pero como ni uno ni otro existen, *LA REVISTA BLANCA* habrá de suplirles por el momento, si su Redacción desea de veras que la CNT no se

hunda entre el descrédito y la vergüenza de ciertas actuaciones.

Confiando pues en la benevolencia de los que estas columnas redactan y dirigen voy a entrar en materia.

Ante todo es preciso que yo diga, para que se enteren los jóvenes y viejos que lo ignoran, que el firmante de estas cuartillas es un obrero auténtico –como Germinal Esgleas–, que trabaja todos los días, hace muchos años que ha sido secretario de algunos sindicatos y federaciones, redactor de varios periódicos obreros –como Esgleas– y hasta secretario general de la CNT

Con este autobombo pretendo demostrar que mi calidad de militante es bastante apreciable y se halla autorizada para enjuiciar conductas y señalar desviaciones.

• • •

Afirmemos para empezar, a fin de deshacer equívocos, y con la esperanza de que nadie se ha de entristecer con ello, que la CNT no existe. Murió en Barcelona hace unos cuatro años a raíz de la constitución de aquel célebre Comité cuyos componentes no eran ni siquiera sindicados.

De entonces acá los Comités que se han sucedido han sido algo así como el que acabo de mencionar, con pequeñas variantes.

Es seguro que, si los delegados de los Plenos hubieran sabido que aquellos que ellos nombraban para ocupar tan altos cargos, no eran ni siquiera sindicados y que si alguno lo era no contaba con el aval ni la conformidad del Sindicato respectivo, a buen seguro que no hubiesen ocupado esos puestos de responsabilidad las dos docenas de compañeros que desde Noviembre de 1926 hasta hoy hemos padecido.

Conste, pues, que en puridad, la CNT no existe y que aun aceptando que exista, siquiera sea desarticulada y fraccionada, no tiene quien la represente regularmente, lo que quiere decir que los flamantes Comités que dicen representarla, no representan a nadie más que a sí mismos o cuando más a un pleno, puesto que los obreros, los Sindicatos, no han delegado a nadie para tales funciones desde hace algunos años.

Y si no veamos: Creo, si no estoy mal informado, que por los diversos Comités que se sucedieron en los últimos cuatro años, desfilaron entre otros compañeros, Monteagudo, Plaja, Bono, Alella, Alegre, Xifort, «Dionisios», Pestaña, Parés, Andrés, Peiró, etc.

¿Pueden decir los Sindicatos a los cuales los mencionados pertenecían o debían pertenecer, si ellos les nombraron para ocupar cargos en la CNT?

Ignoro si el Sindicato del Vidrio de Mataró ha designado a Peiró, pero de los otros puedo afirmar que no.

¿Y es en estas condiciones que se nos puede venir hablando en nombre del glorioso organismo entre cuyos fundadores me cuento?

Y menos mal si todos ellos, regular o irregularmente designados, se hubiesen circunscrito a propagar las ideas de la CNT y a defender los acuerdos de sus Congresos.

Pero no ha sido así. Hombres representativos aunque sin representar a nadie, han suscrito manifiestos políticos, han fundado organizaciones enfrente de la Confederación, y han hecho declaraciones que ponen en mal lugar todos los principios, toda la ejecutoria, todo el historial revolucionario de nuestra valiente central obrera.

En una palabra: muchos de los nombrados van a remolque de las izquierdas políticas y algunos de ellos se verían contentos si les hiciesen diputados.

Y en el bolsillo de la chaqueta llevan el sello glorioso de la CNT.

Todo esto cuando se trata de agradar a los electoreros, todos enemigos de la Confederación, y atenuando un poco el color de la colaboración política, aduciendo motivos de oportunidad revolucionaria, ante los Plenos.

Pero ¡ah! Cuando han de presentarse ante el pueblo, ante el estado llano del movimiento obrero, ante los sindicatos y

trabajadores auténticos, entonces la harina blanca del politicismo se convierte en sangre roja de revolucionarismo.

Ante el pueblo declaran que ellos no consentirán nunca que la Confederación se mezcle en política, que lucharán para impedir que el proletariado sea engañado como otras veces, etc., etc.

En realidad, esto es un doble juego que conozco porque yo también soy gato viejo aunque sólo jugué con una baraja.

• • •

Voy a terminar. No soy de los que opinan que la CNT ni el anarquismo deban estar al margen de las inquietudes populares de la hora presente.

Hasta me parece bien que se declare en alta voz que la Confederación está dispuesta a jugarse su existencia por la conquista de la libertad y la justicia. Pero nada más.

Tampoco me parece mal que se presenten diputados anarquistas (?); pueden serlo quienes les plazca si hay quien los nombre.

Lo que encuentro mal es que éstos y los que como ellos se conducen, invoquen los principios de la CNT y lo hagan en nombre de ésta.

Yo estoy seguro de que un congreso de verdad de nuestro organismo nacional, los pondrá a todos al margen de la Confederación, porque por fortuna para nuestras ideas, los obreros anarquistas españoles y los simpatizantes que forman la inmensa mayoría de nuestras organizaciones son personas demasiado serias para tolerar los desatinos enunciados, la duplicidad de procedimientos, y los juegos malabares de los eternos piruetistas.

Que hablen los sindicatos constituidos regularmente y se verá que no hablo a humo de pajas.

Alguien dirá que voy a malograr una oportunidad «revolucionaria» diciendo todo esto.

Bien sabe quien tal diga que se equivoca.

La revolución es más cuestión de conciencia, consecuencia y honradez, que cuestión de oportunidad. Opinar de modo distinto es opinar en político y en electorero.

Lo que precisa es ser o no ser como dijo el gran príncipe Hamlet de Dinamarca.

Ahí esta el dilema. «Al vado o a la puente».

A servir al pueblo de la única manera que pueda servírsele bien –y ya se sabe cual es ésta– o a engañarlo con las monsergas habituales. Yo sé que aún hay hombres, como

Baudin, capaces de morir por una idea política, pero los obreros no ganarán nada por ello.

Lo que más debe interesar a la CNT es estos instantes es que nos definamos sus adherentes, de manera que podamos decir luego: Nosotros somos nosotros. Y aquellos son aquellos.

A MODO DE PREÁMBULO (LA CNT, LOS TREINTA Y LA FAI)⁵⁵

Dedicatoria

A los trabajadores que piensan por cuenta propia.

55 Manuel Buenacasa, *La CNT, los Treinta y la FAI (La crisis del Sindicalismo en Cataluña. Sus causas, sus efectos, sus remedios)*, Talleres Gráficos «Alfa», Barcelona, 1933, pp. 5–13. Esta obra, aparecida cuando ya se había producido la escisión «trentista» de la CNT, representaba un intento de mediación por parte de Buenacasa, bien es cierto que no equidistante, entre las dos partes en liza. Sublimación de las muchas tensiones previas, pero consecuencia de cómo fueron activadas por el complejo escenario de expectativas e insatisfacciones que alumbró la II República, el conflicto se había desencadenado cuando treinta figuras del sindicalismo cenetista firmaron un texto en agosto de 1931. El «Manifiesto» subrayaba la orientación revolucionaria de la CNT pero apostaba por una vía basada en la «organización» antes que en «minorías audaces», y tenía como objetivo denunciar el creciente dominio del sindicato por parte de la FAI y los riesgos de su deriva maximalista. En la pugna abierta por el control de la CNT, fue esa segunda vía la que triunfó, ocasionando un cisma que acarreó la expulsión o salida de decenas de sindicatos y miles de afiliados entre 1932 y 1933. *Vid.* sobre ello el clásico de José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971, vol. 1; y, para una panorámica general del periodo, Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931–1939)*, Crítica, Barcelona, 1997, y Eulàlia Vega, *Entre revolució i reforma. La CNT a Catalunya (1930–1936)*, Pagés, Lleida, 2004. El esfuerzo de Buenacasa, ciertamente no muy logrado, no ha pasado a la posteridad sino por estar escrito en plena batalla. El preámbulo está fechado el 15 de julio de ese 1933.

A cuantos detestan filias y fobias de todo género. A los amigos de la tolerancia y de la cordialidad.

A los que saben comprender y amar al semejante, aunque no comparta las propias opiniones.

A los que prueban –con actos y con palabras– que están prestos a sacrificar, no solamente la vida y la libertad, sino también las propias pasiones en beneficio de los oprimidos.

A los que se sientan y sean capaces de prestigiar el movimiento emancipador de la clase obrera, representado por la Confederación Nacional del Trabajo de España.

A los hombres de buena voluntad.

Y a los anarquistas que sean tales, créanlo o no lo crean ellos mismos, dedica este modesto trabajo

Manuel Buenacasa

Barcelona, 15 de Julio de 1933.

Unas explicaciones previas

Hace ya algunos años leí un libro del anarquista francés Lourolot, traducido y publicado en España por mi buen amigo Eduardo Barriobero. Se titula aquél: «Entre lobos», y es una diatriba formidable contra los manes de los

anarquistas entre sí, mejor dicho: contra el proceder de los llamados anarquistas, que por llamárselo precisamente, sin serlo, causan –causamos, si se quiere– enormes perjuicios al ideal libertario.

Lo que dice Lourolot en su famoso libro, es triste, amargo y a veces denigrante; pero es verdad.

Tan verdad como que Enrique Malatesta fue herido de un balazo por un anarquista, porque aquella gran figura del anarquismo no opinaba como su insensato antagonista.

Más tarde he leído también en un trabajo interesante –el que más sobre la materia– debido a la pluma de Luis Fabbri, titulado: «Influencias burguesas en el anarquismo».

• • •

A través del tiempo, aquellos juicios que parecían ser emitidos para enjuiciar el proceder de los camaradas franceses, italianos o sudamericanos –pongamos por caso–, podrían reproducirse actualmente, con el mismo fin, para evidenciar la conducta de una buena parte de los libertarios españoles.

España había sido en realidad, durante muchos años, algo así como un mirlo blanco, en el concierto del anarquismo y del movimiento obrero revolucionario de Europa y América.

Si la insensatez, los exclusivismos, la intolerancia, los personalismos o el abandono del deber, por parte de los anarquistas, habían destruido el formidable movimiento emancipador de los trabajadores franceses, por ejemplo, no ocurría lo mismo en España, donde los compañeros en general, parecían no tener otra preocupación que la de prestigiar las ideas comunes que imbuyeron, siempre unidos, al movimiento obrero de nuestro país.

• • •

Hoy las cosas han cambiado notablemente.

Las normas de exposición de las ideas y de las tácticas libertarias, han sido suplantadas muchas veces –con la mejor buena fe, desde luego– por los métodos impositivos y sectarios.

Afortunadamente, estos procedimientos, que ocasionan daños sin cuento a las ideas y a los intereses de la clase obrera, no están generalizados en todas las comarcas del país, sino circunscritos a muy pocas.

Pero el daño tomaría una mayor extensión si no hiciésemos lo posible por impedirlo, denunciando hechos y conductas y llamando a las cosas por su nombre.

• • •

No soy «treintista» ni «faísta» ni «centrista». Mi única ilusión es la de ser solamente anarquista. Y para lograrlo he procurado honrar las ideas y pertenecer siempre a la organización de los libertarios.

Y digo más: Pienso aún pertenecer a la FAI mientras ella exista, pero esto no hipoteca, ni mi libertad de pensamiento, ni mis amistades, ni mis opiniones, ni mi conducta particular.

Responsable de mis actos individuales, atendido siempre a mis propias determinaciones en pro de la Idea, no considero necesario acatar otras disciplinas que las que la propia Idea me señala y especifica.

Nos hemos pasado la vida hablando, escribiendo y actuando, contra todo y contra todos, pero no nos hemos preocupado nunca de actuar, escribir y hablar contra nosotros mismos.

Permítasenos, pues, por una vez –ello lo creemos necesario–, señalar nuestras faltas, ya que nuestras virtudes, de tanto que han sido ensalzadas, se hallan en desuso.

Polibio ha dicho: «Si no sabes aplaudir al adversario, y no sabes censurar a los amigos cuando lo merecen, no hables».

Esta observación va dirigida a todos aquellos que no se crean comprendidos en la cordial dedicatoria con que empezamos estas páginas.

Considero, por otra parte, que el presente trabajo, de indiscutible actualidad ahora, puede tenerla también en otros tiempos, lugares y circunstancias. Lo que significa que puede ser útil en cualquier momento.

Y que los lectores perdonen mis faltas, mi atrevimiento e incluso mi ignorancia, en orden a mi buena intención.

SITUACIÓN REVOLUCIONARIA ACTUAL A CAUSA DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO, Y MISIÓN DE LOS ANARQUISTAS EN LA RECONSTRUCCIÓN SOCIAL.

ENCUESTA DEL GRUPO «LOS ICONOCLASTAS», DE STEUBENVILLE (OHIO). RESPONDE MANUEL BUENACASA ⁵⁶

56 *Tiempos Nuevos*, Barcelona, año II, ns 8:1 de diciembre de 1935. Tras la encuesta que fuera planteada en 1926, el mismo grupo «Los Iconoclastas» de Steubenville (Ohio) propone otra similar sobre «*la situación revolucionaria actual a causa de la crisis del capitalismo y la misión de los anarquistas en la reconstrucción social*» que es publicada en *Tiempos Nuevos* a partir del 5/5/1934. En la presentación de la encuesta, se aclara que comenzaba a publicarse más tarde de lo previsto y en ese periódico «*por la brutal y despiadada reacción desencadenada en la República Argentina, en donde habíamos acordado primeramente publicarla, aprovechando las columnas del Suplemento de la Protesta*». Y se anticipa la nómina de los que responderían a ella: «Fabio Luz, Campio Carpió, M. Pierrot, Luis Fabbri, Pierre Ramus, Hugo Treni, Max Nettleau, Tacashi Okada, L. Herrera, F. Barthe, Paul Gille, J. Grave, E. Armand, E. Relgis, I. Puente, Fernando Lies, E. Malatesta, Javier Serrano, P. Musoiu, Paul Reclus, Adrián del Valle, Cristian Cornelisen, María Lacerda de Mouar, M. Jiménez, P. Ordóñez, R. Magriñá, John Dos Passos, Manuel Buenacasa, Costa Iscar y otros». En su respuesta, Buenacasa no deja de reflejar la típica idealización ácrata acerca de los beneficios que acarrearía la revolución social. Pero muestra un indudable realismo, signo del momento en que escribe, a la hora de valorar con escaso optimismo las posibilidades reales de que el anarquismo se extienda en otras zonas de Europa, o de que esa revolución tenga lugar de forma inminente. Saldado en fracaso el ciclo insurreccional de la CNT de 1932–1933, poco podía hacer prever que medio año después, en verano de 1936, estallaría el episodio revolucionario definitivo.

La situación revolucionaria actual en todo el mundo, es cosa que apreciarán de muy distinto modo los camaradas. Un español con residencia en España, ha de estimar esta cuestión de manera muy diferente a como la apreciará un inglés, un americano o un alemán, pongamos por caso, al referirse al asunto en relación con los diversos países de la tierra.

Aunque, por simples referencias, pretendo adivinar que, la situación revolucionaria del mundo –con excepción de un reducido número de naciones– es, desgraciadamente, muy precaria.

Entre los países que forman esa honrosa excepción podemos incluir a España; o mejor podríamos decir que España es el único país donde existe verdaderamente, en la actualidad, una situación revolucionaria.

Había de producirse la revolución social en Iberia para que, por repercusión –como ocurrió ante el hecho ruso– se produjese un estado revolucionario que a mi juicio sólo ganaría a las naciones latinas del occidente europeo –y a los países del Centro y Sudamérica. Sin el hecho revolucionario en España, no vemos producirse una situación revolucionaria en el mundo, y aun ésta, como queda dicho, se restringiría a una parte solamente de los continentes de América y Europa.

Se sobreentiende, cuando hablamos de revolución o de estados o situaciones revolucionarias, que una u otras han de ser *producto social* y por ende de influencia anárquica.

¿Cuáles son los países donde esta influencia puede determinar una situación revolucionaria?

He aquí una cuestión que no habrá escapado al proponente del tema.

El anarquismo, por desgracia, no posee una verdadera influencia –una influencia superior a la del Estado– sino entre muy contados pueblos, como ya hemos insinuado.

Esto no quiere decir que dicha influencia no aumente en grados a medida que los errores de los Estados democráticos, aumenten a su vez, como está ya ocurriendo, hasta en pequeños países que parecían los más inmunizados contra las propagandas anárquicas.

Pero mientras los Estados, como ocurre con el inglés, los del norte de Europa, Australia y otros, sigan manteniendo las sinecuras socializantes, el anarquismo, como doctrina de subversión y de revuelta, no pasará de ser en esos pueblos una simple expansión literaria y platónica, buena para cultivadas inteligencias, pero nula como expansión transformadora inmediata.

El anarquismo, que en España domina en todas las esferas del país, es tanto o más el resultado de las aberraciones

autoritarias y capitalistas, como el fruto de las prédicas anarquistas, con todo y ser éstas de antiguo y constantemente pregonadas.

Padecemos el error, la mayor parte de los militantes anarquistas, de considerar en estado revolucionario a muchos países que en realidad se hallan en *estado reaccionario*.

Padecemos igualmente, en muchos casos, una especie de sugestión transformadora como cosa fatalmente inmediata.

Hace un año, aproximadamente, un buen camarada, que conoce mis cualidades de optimista recalcitrante, escribíame: «Podrás ver, por el ambiente español, que estamos próximos a que se produzca la revolución deseada y apreciarás, si estudias a fondo la situación, que el comunismo libertario habrá de instaurarse en breve, como consecuencia del estallido que faltamente se hace ya inevitable para plazo breve». Mi contestación no fue lo optimista que aquel camarada esperaba de mí.

–Creo en la revolución –le contesté– pero no se me escapa, ni debe escapar tampoco a tu consideración, que el Estado ha de hacer cuanto pueda para impedirla, máxime tratándose de una revolución *social*.

Aquel buen camarada, me mira recelosamente desde que le expuse este mi sentir.

Las simples sugerencias no bastan a determinar las revoluciones; éstas son siempre el producto de las más variadas circunstancias y en ellas intervienen los factores más diversos.

Todos convenimos en que el capitalismo, la forma más liberal del feudalismo a quien desbanca la revolución francesa en 1789, ha fracasado. Pero a pesar de ese su fracaso –que cantamos hace ya 70 años– el capitalismo sigue dominando al mundo entero, incluso a Rusia.

Porque no hay que olvidar que Rusia es un estado capitalista, a pesar de que los bolcheviques digan lo contrario. Es un Estado y basta para determinar que es capitalista. Si fuera un *Estado obrero*, aunque ello parezca paradoja, también sería capitalista.

Acostumbrémonos a no jugar demasiado con las frases pomposas de la proletarización. El sindicalismo mismamente, si no incluyésemos en él la idea de que debe desaparecer al día siguiente de la revolución social, nos conduciría al capitalismo sindical, tan ñoño como el capitalismo estatal, y como el Estado capitalista.

Hay que señalar por tanto, en el primer plano de todas nuestras propagandas y actividades, la idea única de la libertad integral de la manumisión absoluta de todas las coerciones, sin olvidar la coerción... proletaria.

Precisa señalar, como base para destruir la teoría del materialismo histórico, que el hombre no disfrutará del bienestar material en tanto no haya conseguido la libertad.

El *primum vivere* cuadra admirablemente a los marxistas, a los asnos, a los cerdos, a los capitalistas y a las gentes sin ideas elevadas, pero los anarquistas y el pueblo saben que sin la libertad no se alcanza nada útil.

¿Existe realmente –volvemos al centro del tema– una situación revolucionaria, en el mundo, con vistas al alcanzamiento de la libertad integral, y por ende con disposiciones para destruir la tiranía del Estado y del capitalismo?

Yo considero que esa situación no existe, al menos determinada para influir inmediatamente en las directrices de una revolución social, sino en muy contados países.

Son éstos, a mi juicio –como ya he dicho antes– los países del Centro y Sudamérica y los del extremo occidente europeo, Francia, Portugal, Italia y la Península Ibérica. Estas son las naciones –comprendamos todas las de raza latina en el mundo– donde el terreno se halla mejor abonado para intentar en común un último y definitivo esfuerzo liberador, que, triunfador y desbordante, podría crear, *en el mundo*, la situación revolucionaria que todos anhelamos.

Pero mientras este hecho no se produzca, es obvio afirmar que exista una situación revolucionaria; esta situación está limitada, como queda dicho, a un reducido número de países.

La situación de la India por ejemplo, aun cuando para muchos resulta esperanzadora, no puede serlo para los que aspiramos a universalizar las relaciones humanas.

La idea de independencia que germina y late en muchos hombres, si ha de ser dirigida, como en la India, o como en Irlanda, resulta que no es independencia ni cosa que se le parezca.

Que los indios o los irlandeses se emancipen del tutelaje británico, no quiere decir que, ni unos ni otros, hayan logrado su libertad.

El señuelo de la independencia nacional, no es, ni más ni menos, que una manifestación *nacionalista* y por tanto liberticida y exclusivista.

Para crear en el mundo una situación revolucionaria, pueden y deben aprovecharse todas las coyunturas que nos ofrecen los diversos países en pugna entre sí. Llevando al ánimo de todos los pueblos, de las clases laboriosas y de los hombres de espíritu libre, la idea de alcanzar para todos y cada uno esa libertad sin la cual el bienestar de los hombres se hace imposible.

Y tanto o más que la obra de proselitismo y propaganda, ganará al mundo y creará una situación general revolucionaria en todos los países, el ejemplo de una revolución verdaderamente social iniciada en un país, España, pongamos por caso, y secundada, *ipso fado*, por las naciones colindantes o lejanas, a quienes la preparación y la simpatía del hecho hayan determinado a lanzarse en la brega.

Creo, por otra parte, que ciertos regímenes, como el fascismo alemán, pueden determinar una reacción del pueblo, e ir muy lejos, puestos los trabajadores y los libertarios en el camino de la revolución. En Alemania, fracasó –como en todas partes– el capitalismo; pero también fracasó el socialismo; la experiencia de Hitler, que será en definitiva otro fracaso, puede determinar al pueblo alemán, víctima de todos los ensayos político–sociales, a lanzarse a una revuelta. Realizadas todas las experiencias, nada de extraño tendría que los trabajadores alemanes, que tantas pruebas de adhesión dieron al Estado socialista, capitalista y nacionalista, intenten, desengañados ya de todas, la experiencia social.

Si tal caso llega a darse, creo inútil decir que la revolución social en Alemania se extendería como reguero de pólvora a todo el centro y tal vez el norte de Europa, a los Balkanes y a Bulgaria indudablemente.

Podría decirse entonces, la Revolución triunfante en el Continente europeo, que el mundo entero se vería compelido por la fuerza fatal de los hechos a sublevarse a su vez contra las tiranías y a instaurar un régimen de libertad para todas las razas humanas. De todos modos no nos hagamos demasiadas ilusiones. Los prejuicios de los hombres son muchos. El santonismo tiene aún una fuerza enorme y se hace necesario destruir todo esto.

Vayamos finalmente a limitar nuestra exposición –de otro modo habríamos de escribir un libro– hablando solamente de un país cualquiera que va a lanzarse a la revolución libertadora de un momento a otro, que va a destruir todos los estamentos perniciosos y contrarios al libre desenvolvimiento de sus anhelos y que va a implantar un régimen de libertad.

Va a realizarse en el país la reconstrucción social.

¿Cuál va a ser el papel que los anarquistas van a desempeñar en la reconstrucción que se señala?

Vamos a exponer nuestras opiniones al respecto.

• • •

La reconstrucción impuesta por la implantación de un régimen nuevo –el régimen propugnado por los hombres libres– tiene dos aspectos: moral o político el uno y material o económico el otro.

La misión de los anarquistas tanto en uno como en otro de estos dos aspectos es sencilla. Existen muchos y buenos camaradas que, igual que los aspirantes a gobernar, se pasan el tiempo formulando programas reconstructores.

Los hay que tienen fórmulas para todos los casos y siempre previsores –como los hombres de Estado– se convierten en guías y mentores de la humanidad, como si los hombres en conjunto, fueran tan tontos y desprevenidos que no supieran lo que deberían hacer en cada caso.

Es creencia general en los hombres que no puede un país pasarse sin un gobierno, pero, para desmentir del modo más absoluto esa teoría, podemos presentar el caso, frecuente de que todos los países, al hallarse en crisis los Consejos de ministros, nos encontramos sin gobierno días y días sin que a nadie se le ocurra suicidarse por ello.

Es más: podríamos dirigirnos a cualquier ministro de Hacienda para pedirle que nos explicara exactamente el estado de la Tesorería nacional seguros de que no podría satisfacer nuestra curiosidad, sin antes solicitar los datos pertinentes a los empleados de su departamento. Los anarquistas –muchos anarquistas nos hablan de finanzas para el día siguiente de la revolución, ignorando acaso que la revolución debe destruir los signos de cambio, la moneda, el *financismo* y... la burocracia.

Si todo este fárrago de cosas se considera innecesario, ¿por qué insistir en que siga funcionando? ¿Se hundirán las esferas en Norteamérica ni en ninguna parte por el hecho de que la moneda desapareciese de la tarde a la mañana?

Nadie cree tal cosa, mientras los depósitos de comestibles y combustibles contengan géneros suficientes para alimentar al pueblo y mientras los órganos de distribución, transportes, etc., funcionen normalmente.

Por otra parte, ningún hombre de bien ha de tener interés en que las cosas vayan por el peor camino. Esto por lo absurdo hay que rechazarlo.

Los anarquistas tienen la misión de influir, cada uno en la demarcación en que se encuentra, cerca del pueblo para que éste se arme a fin de mantener la libertad conquistada contra todos los embates, y luego procurar porque todas las personas útiles trabajen y porque todos puedan disfrutar de lo necesario a la subsistencia.

La práctica de la libertad integral para todos y el respeto a los derechos de cada uno, bastará para que todos se avengan a la buena convivencia común convirtiéndose a una nueva mentalidad exenta de prejuicios como consecuencia del Bien que habrán recibido.

El sentido moral o político de la reconstrucción social será tanto más beneficioso y atrayente cuanto más influya en las

decisiones comunes el espíritu y el sentido moral de los anarquistas.

No creamos por otra parte que sólo los anarquistas militantes somos aptos para intervenir con eficacia en las decisiones colectivas. La colectividad humana atesora una legión pletórica de hombres que sin motejarse de libertarios tienen tanta bondad y tanto sentido común como los anarquistas conocidos.

De la mayor parte de las revoluciones han surgido, para defender sus conquistas y para reconstruir sobre las ruinas de los regímenes destruidos las bases del orden nuevo de cosas, falanges numerosas de hombres con capacidad y corazón que han admirado por sus gestas a los revolucionarios reconocidos tales largos años.

En la revolución francesa, surgieron, sobre veinte revolucionarios conocidos, más de ochenta anónimos.

Y las revoluciones no se producirían ni triunfarían ni asegurarían sus conquistas, si no fuese por las aportaciones de esos soldados desconocidos que no necesitan tener un nombre para sentir un ideal y morir por él.

Ahora bien; aunque contando indefectiblemente con los valores ignorados, conviene a los anarquistas, pues que son la antorcha viviente y eterna de todas las subversiones, estar

siempre en disposición de señalar el camino luminoso de la libertad a las masas sublevadas.

Conviene que el papel de los anarquistas y su influencia, determinen en todo momento al pueblo para que éste rechace a los eternos redentores, a los atacados por las manías del manto y de la jefatura, a los que, en fin de cuentas, consideran que sin ellos el mundo no puede ser feliz.

Hay que imbuir a todo ser viviente el amor y el respeto al semejante y el hábito al trabajo y a la solidaridad entre los hombres.

Prácticamente los anarquistas deben demostrar que ni son necesarios los órganos autoritarios –la autoridad, en el sentido exacto y puro de la palabra, radica en las asambleas populares– ni nadie es preciso, cuanto menos imprescindible, para afirmar el bienestar común.

El bienestar colectivo se afirma por la acción de todos los componentes de la colectividad, cada uno según sus necesidades y buena voluntad.

Los problemas de cultura, de la higiene, la afición a las bellas artes, los de la relación entre los pueblos federados, todos los problemas de orden moral como el de la familia, etc., como asimismo las cuestiones inherentes al trabajo, a la producción, al transporte y distribución, a las relaciones económicas, al intercambio de productos, a la importación o

exportación de materias primas, en fin, a todas las cuestiones inherentes a la mejor consecución de la finalidad libertaria y comunista, son cosas para las que cada anarquista tiene su *solución*, pero que, a la postre, se resolverán con calma o con premura, según los casos, y según si vayan presentando, en junto o por separado.

Establecer reglas absolutas sería negar los principios que nos informan además de resultar pueril el sistema.

Por todo ello se hace muy difícil contestar al enunciado del tema de la presente encuesta en los términos que el proponente tal vez desea.

Por todo ello también, es de pensar que cada uno de los que concurren a este certamen –llamémosle así– discrepará si no en lo fundamental, en una porción de apreciaciones del otro, y así sucesivamente, por la razón, sencilla razón de que, si cada *maestrico tiene su librero*, cada anarquista cree poseer también él sólo, o mejor que los otros al menos, el más buen concepto o programa de la Sociedad Futura.

De todos modos cualquier anarquista estudioso, sabe a su manera la misión que le incumbe en el orden de la reconstrucción social después de la revolución libertadora.

Desmenuzar la misión nuestra con referencia a cada uno de los problemas que nos planteará la postrevolución,

requeriría la publicación de un volumen y no pequeño sobre cada problema.

Y para ello carezco de tiempo y tal vez de condiciones. No obstante, si más tarde me lo permiten mis ocupaciones – cuando se trabaja todo el día en un taller es muy difícil escribir con verdadero provecho– acometeré la tarea de confeccionar un trabajo extenso sobre el sugestivo tema con que se encabeza este artículo, dedicando al libro –que procuraré publicar en España– a los camaradas de América que tanto empeño tienen en contribuir con su esfuerzo al mejor éxito de la próxima revolución social.

Pero eso sí: Haré constar que, para mí, es más interesante –o tanto por lo menos– señalar las posibilidades de la revolución y la conducta que los anarquistas debemos seguir para que aquella no se haga esperar allá donde las posibilidades existan, como la misión que habrán de cumplir en la postrevolución.

Cuando va a venir al mundo un nuevo ser, que engendramos con cariño, nuestra preocupación es que nazca pronto y con bien.

Después viene la alegría.

Los problemas que nos plantea la salud del recién nacido no hay padre que no los resuelva sobre la marcha de la nueva existencia. Y a fe que si es consciente lo logra con acierto.

Igual ocurrirá después del parto doloroso que alumbre la Sociedad del porvenir.

¿Es que puede acaso ocurrir de otro modo?

No.

Si las revoluciones habidas hasta hoy en el mundo, fueron malogradas, ello fue porque advinieron con sendos vicios de origen.

Los cambios políticos no cambian nada. El régimen nuevo lleva con él todas las taras del Régimen que destruye. Sólo cambia el nombre pero no la cosa.

POR TIERRAS DEL ALTO Y BAJO ARAGÓN. IMPRESIONES SINTÉTICAS DE UN VIAJE DE VEINTIDÓS DÍAS PARA SOLIDARIDAD OBRERA⁵⁷

Algunos camaradas de la CNT y de la FAI me indicaron la conveniencia de ir por las tierras de Aragón ganadas al

57 *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época VI, año VII, n2 1359: 22 de agosto de 1936. Versión para la «*Soli*» del Informe que realizara por encargo del CR de Cataluña de la CNT, da cuenta aquí Buenacasa de su viaje, actividades e impresiones durante la misión que le llevara durante tres semanas al Aragón oriental que estaba siendo controlado y «liberado» por las columnas anarcosindicalistas. La misión acarreaba una intensa labor de propaganda, orientación y control respecto de los aspectos militares y organizativos de una zona en pleno proceso de quiebra estatal y «reconquista». Y originó uno de los primeros testimonios e informes de conjunto sobre la región, cuya situación definía en términos ciertamente optimistas, un mes después de que a ella llegara la guerra y cuando estaba aún todo por definir. Pero suponía asimismo, en lo personal, el regreso de Buenacasa tanto a su región y localidad natales, que en poco se parecían a las que dejara años atrás, como a una actividad militante pública que se antojaba insoslayable en aquella inédita y vertiginosa hora: la hora de la tan soñada como imprevista revolución. *Vid.* sobre ese marco Julián Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936–1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985; Alejandro R. Díez Torre, *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo en Aragón, 1900–1938*, UNED / P.U.Z., Madrid, 2003, 2 vols.; y José L. Ledesma, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, I.F.C., Zaragoza, 2003.

fascismo a fin de llevar a los pueblos liberados las orientaciones precisas de nuestros organismos directores.

El Comité Regional de Cataluña, CNT y el peninsular de la FAI me entregaron una credencial que me acreditase como embajador suyo; y unos amigos de Barbastro me «arrastraron» hacia tierras del Alto Aragón, dejándome en Binéfar, en donde comienzo mi peregrinación «pacífica».

Además de mi credencial, los Comités me dan instrucciones escritas. Mi labor ha de consistir en mantener el frente de lucha antifascista, organizar milicias, hacer que en los pueblos se trabaje, colectivizar, procurar que la CNT y la FAI invadan todas las funciones, etc., con tacto, energía, cordialidad con todos los enemigos del fascio...

A decir verdad, mi labor ha tenido menos dificultades de las que yo había previsto.

La CNT y la FAI por las tierras del Alto y Bajo Aragón, tienen tanta o más influencia en general que en Cataluña mismo.

La influencia y la fuerza moral de nuestras organizaciones suponen más del 90% de los totales del frente antifascista.

Para no hacer interminables estas mis impresiones, haré mención de los pueblos por donde pasé: Binéfar, Binaced, Monzón, Barbastro, Graus, Tamarite, Peralta, San Esteban, Bellver y Albalate del Cinca, Albelda, Alfarráz, Almenar y Alguaire (Lérida), Tarragona y Tortosa, Peraltilla, Saluenga,

Laperdiguera, Pertusa, Antillón, Besprés, Angüés y Siétamo, a cuya conquista puedo asistir junto con el coronel Villalba, el capitán Medrano y el piloto Pereira, a quien acompaño desde Graus, en cuyo pantano de Barasona había acuatizado con su hidro S.5.

Terminada mi labor en las zonas referidas, paso desde Tarragona a Caspe, deteniéndome en Mora la Nueva. De Caspe voy hasta Alcañiz y abandonando el Guadalope, recorro las riberas del Matarraña hasta Beceite y Valderrobes, comarca anarquista y confederal por excelencia, en donde se vivió ya el comunismo libertario en las jornadas de diciembre de 1933.

No pudiendo detenerme en cada uno de los pueblos por donde paso, con gran dolor mío y de los camaradas, el que me acompaña, compañero Tejedor, de Beceite, «ordena» una concentración comarcal en Valderrobes, en cuya plaza se organiza una conferencia pública, a la que asisten miles de trabajadores, que por todos los medios de locomoción y muchos a pie desde distancias lejanas asisten entusiasmados para escuchar las orientaciones anarquistas.

Asisten a dicha reunión magnífica los pueblos de Valjunquera, Valdealgorfa, La Fresneda, Torre del Compte, Valderrobes, Beceite, Cretas, Calaceite, Ráfales, La Portellada, Peñarroya, Cerollera, Mazaleón, Arenys de Lledó, Arnés, Fórnoles y otros. De regreso a Caspe, visito Chiprana, en donde el pueblo me «obliga» a dirigir la palabra desde el

altar mayor de la iglesia rebosante de gente. Igual ha ocurrido en todos los pueblos.

En resumen: En veintidós días he pronunciado treinta conferencias públicas y otras tantas a los Comités respectivos. En mi comunicación diaria con la organización de Cataluña, ésta me ordena los lugares que debo visitar. Después de saludar a Ortiz, Joaquín Ascaso Muñoz y otros camaradas del Comité Regional de Aragón, Rioja y Navarra, que han podido desprenderse de las garras del asesino Cabanellas, paso a Bujaraloz y Pina, en donde saludo a Durruti y demás compañeros, dirigiéndome sin perder instante a Tardienta, el frente más importante y peligroso de Aragón, por ser Almudévar –a ocho kilómetros de aquella población– la concentración fascista más numerosa y mejor dotada de la región. En las condiciones en que Tardienta se debate, me es imposible realizar labor constructiva; los obuses del 15,5 destruyen las casas del pueblo y los vecinos, aterrorizados ante la barbarie fascista, han abandonado la ciudad.

Nosotros –el Comité Local– que no abandona su puesto a pesar de que el lugar en el que nos hallamos es el preferido de la metralla enemiga, logramos reunirnos y dictar normas para la organización de la vida económica.

• • •

Los camaradas del Comité Local me denunciaron que el Comité Militar ha sido negligente en la represión contra los fascistas de Tardienta, todos los cuales pudieron escapar y engrosar las concentraciones de Almudévar. He denunciado el hecho tal como a mí me fue denunciado, al Comité Central de Barcelona, habiéndome dicho el camarada García Oliver que la denuncia en cuestión debe estar razonada, justificada y avalada con el sello del Comité Local, a fin de abrir el oportuno expediente. Ya lo saben, pues, los camaradas interesados.

En las últimas horas del combate del domingo contra Almudévar, fui requerido por el chófer de Asalto, Sanz, para recoger algunos heridos y trasladarlos a Sariñena y Lérida, desde donde nos trasladamos a Barcelona, desde cuyas ciudades he remitido a aquel frente todo el material sanitario que me fue posible recoger.

Hago esto público para que los compañeros de Tardienta sepan que me encuentro bien, que he cumplido mi gestión y que dentro de pocos días, si así lo dispone la organización, volveré a esas tierras para continuar mi labor.

Palabras finales

He visitado cerca de ochenta pueblos del Alto y Bajo Aragón, arrebatados al fascismo. A excepción de los centros

de operaciones o concentración de fuerzas, en los demás se vive normalmente y en pleno Comunismo Libertario. Las propiedades de los fascistas y las de los ricos en general, han sido entregadas al pueblo que las trabaja colectivamente; el dinero no existe como signo de cambio y funciona para las relaciones económicas el simple intercambio de productos. El telégrafo, el teléfono, los medios de transporte, etc., están gratuitamente a disposición de todos. La autoridad, radica en el pueblo, igual que la justicia.

En los casos probados, los Comités Locales pueden condenar y ajusticiar culpables; en los casos dudosos se recurre a las asambleas populares, que deciden en definitiva.

En los pueblos del Alto y Bajo Aragón arrebatados al fascismo, éste ha sido aniquilado.

Que yo sepa, allí no existen fascistas, ni ricos, ni curas, ni guardias de ninguna clase, excepto los milicianos, encargados por el pueblo mismo, de mantener el orden revolucionario.

LA RECONSTRUCCIÓN ECONÓMICA DE ESPAÑA ⁵⁸

Un organismo que podrá servir de modelo al mundo, es el Consejo de Economía creado por la Generalidad de Cataluña.

58 *Tiempos Nuevos*, Barcelona, año III, nº 9:1 de diciembre de 1936. *Tiempos Nuevos*, aparecido entre 1934 y 1938, fue el vehículo programático del grupo liderado por Abad de Santillán (1897–1983), una vez que éste regresó en 1933 de Argentina. Hombre fuerte de la FAI desde 1935, Abad de Santillán no sólo había dejado atrás su antipoliticismo visceral al estallar la guerra civil, cuando asumió un papel de primer orden en la organización de las milicias, el CCMA o la colaboración con la Generalitat. Había experimentado además un copernicano giro teórico desde el espontaneísmo revolucionario y agrarista de los años veinte hasta la planificación económica de la sociedad posrevolucionaria a partir de una estructura piramidal que culminaría en consejos de economía. Llegada la guerra, las dinámicas de centralización impuestas por la misma, y las de la colaboración gubernamental, impusieron su ley. Ya el 11 de agosto, la CNT conformaba con el resto de organizaciones un Consejo de Economía integrado entre otros por Santillán. Ese Consejo se integraba después en la Generalitat, quedando la cartera de Economía en manos cenetistas primero con Fábregas y luego de nuevo Santillán. Y la aceptación de esa planificación y organismos económicos devenía en tema estrella en los medios cenetistas a fines de año. De hecho, una de las mejores pruebas era que el propio Buenacasa, otrora comunista, los respaldara en el presente texto y volviera así a coincidir con su antiguo apoyo argentino. *Vid.* Xavier Paniagua, *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930–1939*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 250–278, y Antoni Castells Durán, *El proceso estatizador de la experiencia colectivista catalana (1936–1939)*, Madre Terra, Madrid, 1996.

Todas las guerras y revoluciones habidas hasta la fecha se han liquidado en todos los países de la tierra, aumentando sus horrores con el hambre y la miseria sobre los países que las sufrieron.

Pese a su falta de cultura –a un hombre valeroso no se le puede exigir más que valor–, Durruti ha dicho recientemente, para que lo oyesen todos, que de poco serviría el triunfo de las armas sobre el enemigo si después de la victoria no tenía el pueblo con qué comer. Dijo algo más terrible aún: «El encargo sagrado que nos habéis confiado, que es el de aplastar al fascismo, no lo podríamos cumplir si vosotros, los trabajadores todos y los ciudadanos en general, no os colocáis a la altura de las circunstancias. Hay que trabajar cuanto sea preciso y consumir lo estrictamente preciso también, llegando incluso al racionamiento, medio único de probar que las gentes de la retaguardia son capaces de ponerse al nivel moral de los hombres que se encuentran en el frente...»

Recogiendo el anhelo de los hombres de las trincheras, se creó en las primeras semanas de la guerra civil española un Consejo de Economía Regional que se dispone a trabajar de veras a fin de organizar cuanto se refiere a la riqueza natural del país, encauzando y racionando hasta el límite máximo las actividades del productor y las necesidades del consumidor.

Tengo la seguridad de que cuando el Consejo de Economía haya articulado su constitución orgánica, y ello es cosa de

pocos días, las cosas mejorarán considerablemente y, desde luego, se podrá probar que por primera vez en la historia de los pueblos –y dure la guerra lo que dure– Cataluña no sufrirá hambre ni privaciones.

La estructuración de este organismo económico responde exactamente al principio orgánico sobre el que se sustenta la Confederación Nacional del Trabajo de España.

No se trata de una organización burocrática más de la vieja escuela política, sino de algo que, en las relaciones económicas del pueblo, es consustancial con su misma vida, en los diferentes aspectos de las necesidades humanas.

Además este organismo se hallará regido por los hombres más capacitados de nuestra organización confederal, condición *sine qua non*, carecería de eficacia.

La economía, que sólo puede ser creada por los que trabajan *útilmente*, debe ser, en exclusiva, administrada por los trabajadores. De otro modo no sería eficiente ni en el aspecto productivo ni en el aspecto de gestión.

En ello están de acuerdo –bien que acepten a regañadientes esta gran verdad– los mismos economistas políticos que vivieron hasta hoy haciendo de los problemas económicos una merienda política.

Cataluña tiene un Consejo de Economía que no inspira a nadie desde los altos sitios de la administración, sino que,

por el contrario, pedirá la inspiración a las mismas fuentes de la naturaleza económica: a los municipios.

Estos dirán lo que pueden, lo que tienen, lo que sobra, lo que falta y lo que se puede acrecentar en el orden de la riqueza.

El grado de ascensión va desde el Consejo municipal al comarcal –Cataluña tiene treinta y seis comarcas–; la comarca transmite a la zona –nueve zonas según la nueva distribución cartográfica de la región–; y de éstas al Consejo regional, que recibe íntegras todas las sugerencias y realizaciones precisas al desarrollo natural de la riqueza: la producción, las exportaciones, los intercambios, las importaciones, créditos, avales, encajes, auxilios, distribución, etc. Y todo ello por un procedimiento mecánico sencillo, federalista y sobre todo *económico*, pues bastarán doscientas personas en toda la región, doscientos trabajadores auténticos, que no percibirán más retribución que la de un obrero cualquiera, para llevar a cabo el mayor y más noble cometido de la vida: el de trabajar, producir riqueza y administrar ésta con toda equidad, como corresponde a los hombres anarquistas, a hombres forjados en el dolor de una vida de privaciones y de injusticias.

Cuando esta pequeña colmena haya articulado y canalizado la labor que le incumbe, el mundo del trabajo se verá asombrado por una realización que será estímulo y servirá de ejemplo a cuantos deseen implantar sobre la

tierra un régimen de igualdad y de justicia social para todos los hombres.

DEBERES DE LA CNT.

LA PUBLICIDAD DE SUS PUNTOS DE VISTA ⁵⁹

Hace mucho tiempo que la CNT no dice «esta boca es mía».

Hablamos y escribimos, sus hombres significativos, hasta por los codos. Nuestras exposiciones tienen un carácter

59 *Fragua Social*, Valencia, año II, nº 136: 28 de enero de 1937. Al iniciarse el segundo año de guerra civil, cuando los ardores revolucionarios del estío de 1936 se templaban y se imponía por doquier la lógica bélica de la centralización militar —y por ende política—, el meses atrás considerado poder sin rivales de la CNT–FAI dejaba paso a las políticas de la disciplina y los compromisos. Compromisos con el resto de fuerzas políticas y sindicales del bando republicano con las que se compartía carteras en los gobiernos estatal, catalán y aragonés. Semejante estrategia, que motivaría inacabables polémicas en las filas libertarias en el exilio, distó también de ser recibida con unánime aprobación durante la contienda. Entre el amplio abanico de críticas y matices procedentes de esas filas, Buenacasa se sitúa aquí entre quienes no cuestionan en sí la colaboración gubernamental, pero sí que ésta implique una cierta debilidad; una cierta pasividad, por parte de los comités nacionales, a la hora de defenderse de las acometidas de sus socios antifascistas, llevar a cabo «realizaciones» y, antes que nada, plantear y difundir los objetivos, propuestas e iniciativas propias de la CNT. *Fragua Social*, el periódico de donde procede el texto, fue en 1936– 1939 el diario «órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Levante» (CNT) y uno de los más vendidos y sólidos portavoces de la central confederal durante la guerra civil.

«oficioso». Se nos escucha, se nos atiende, se nos discute, pero esto no resuelve nada.

Resolver «in manu» los problemas equivale a dejarlos sin solución. Lo que cuenta son las realizaciones.

Se nos ataca y nos defendemos, débilmente, que es tanto como decir que nuestras posiciones están en el aire.

Siendo los más, los más fuertes y los más honestos, pese a nuestras faltas y defectos, nos encontramos en muchas ocasiones en situación de verdadera inferioridad.

Y todo porque la CNT, los altos organismos de la misma, empezando por el Comité Nacional, no hablan «oficialmente».

En tiempos de guerra y de revolución, los órganos rectores son los que ejercieron siempre la suprema ley.

Un sindicato habla de sus intereses corporativos, pero los problemas generales, en tiempos como los actuales, corresponde plantearlos y resolverlos –sic– a los organismos superiores.

Así lo hacen los Estados Mayores del Ejército y los grupos dirigentes de los organismos políticos sin distinción. Dentro de la CNT y de la FAI el Sindicato y el Grupo, todo y siendo la base de la Organización en peso, se limitan actualmente a ciertas exposiciones muy laudables, pero que no son

atendidas por no representar «la articulación» de los deseos colectivos de la Sociedad en peso, todo y reconociendo que esos deseos son los del pueblo en general.

En la guerra y la revolución –sea esto una contradicción de los principios más elementales–, las gentes no escuchan ni obedecen otras consignas que las que emanan del organismo superior que las representa.

La CNT y la FAI representan la opinión de más de las dos terceras partes del país. Pueden ser, por tanto, nuestras organizaciones, la fuerza determinante de cuanto sea preciso resolver por parte de los Gobiernos constituidos.

La lealtad que debemos a los pactos y a las alianzas en que estamos comprometidos, no nos obliga a silenciar los problemas vivos –ni a orillarlos–, sino que por el contrario, nos fuerza a plantear esos problemas y, mejor dicho, a presentar soluciones y, en última instancia, a resolver por nosotros mismos si los encargados son negligentes, y si es preciso, operando contra viento y marea.

Nadie más que nosotros representa el sentir y los intereses del pueblo en general. Nadie más obligado que nosotros, por esas mismas razones, «a imponer» la obligación de cumplir los dictados del pueblo a los que están a nuestro lado, aun cuando no opinen como nosotros.

Con toda la lealtad que nos caracteriza, y con toda la responsabilidad que sobre nosotros pesa en los momentos actuales –y siempre–, la CNT y la FAI –los Comités Nacional y Peninsular– están obligados, desde hoy, a lanzar un Manifiesto diario –a reproducir y distribuir por los Comités Regionales–, opinando sobre cada cuestión urgente y latente, y proponiendo la ejecución inmediata de cuantas sugerencias se presenten y propongan.

Con tal proceder, los Sindicatos y los Grupos, en primer lugar, y la opinión pública en general, se verán representados y asistidos al día, y sobre todo, nuestras posiciones, minadas por el ataque y la alevosía de los grupos políticos, se verán fortalecidas constantemente.

Que es lo que la CNT y la FAI deben lograr, no para vencer al aliado de hoy, sino para conseguir el bien y la libertad del pueblo, condensados en el triunfo contra el fascismo, ganando la guerra y reconstruyendo la vida económica, política y social según el deseo de la gran masa del pueblo español.

Que quien debe recoger estas sencillas y modestas sugerencias las recoja: que las realizaciones lo son todo en estos momentos graves y decisivos de nuestra historia.

EL GOBIERNO DEL PUEBLO ⁶⁰

La frase o el título que antecede, no tiene desperdicio.

60 *Fragua Social*, Valencia, año II, nº 162: 27 de febrero de 1937. El 8 de febrero de 1937, después de unas semanas de dura ofensiva, las tropas franquistas entraban en Málaga. La caída de la capital malagueña resultaría un duro golpe para todo el arco republicano y antifascista. Y no lo era sólo por la importancia de la ciudad, la mayor y la primera importante perdida desde verano del 36. El hondo impacto procedía asimismo de que vino acompañada de la dramática huida de unas cien mil personas por la carretera de Almería –ametralladas y bombardeadas por la aviación y la escuadra franquistas–, así como de una implacable represión por parte de los nuevos conquistadores. Tenía también su origen en el hecho que, a pesar de las disposiciones del Comité de No Intervención, la ofensiva se había acometido no sólo con grandes suministros bélicos italo–alemanes, sino además con numerosos efectivos del C.T.V. italiano. Y provenía, de igual modo, del carácter sin paliativos de la derrota, cuyas mejores muestras fueron la agónica falta de armamento y la desbandada y abandono por parte de las fuerzas defensoras (Antonio Nadal, *Guerra civil en Málaga*, Argúval, Málaga, 2003 [1984], pp. 368–467; Juan A. Ramos, *Guerra civil en Málaga 1936–1937. Revisión histórica*, Algazara, Málaga, 2003, pp. 316–388 y 483–514). La sombra y ecos de esa derrota, y la grave crisis de confianza que acarreó, constituyen el marco de esta severa crítica de Buenacasa; crítica contra la Sociedad de Naciones y, sobre todo, contra el Gobierno de Largo Caballero (septiembre 1936–mayo 1937) y su manera de llevar la guerra, frente a lo que opone un idealizado concepto de «gobierno» del «Pueblo» que sin embargo casaba arduamente con la crítica realidad del momento.

No puede invertirse el significado como es, o era, de rigor, hacerlo.

Queremos significar que el pueblo se gobierna por sí mismo. (El pueblo español antifascista.)

Lo que quiere decir que el otro Gobierno (con mayúscula) no tiene de tal más que el nombre.

¿Que hace la guerra? Misión la más apropiada para ser ejercida por un Gobierno –pues nos pone en el trance de perderla.

¿Que se lía con los teje manejes de la alimentación del pueblo? De seguro que habremos de pasar con media ración o menos. A pesar del oro.

En esto de la guerra contra el fascismo el Gobierno ha ido de tumbo en tumbo; podemos decir que no ha dado una en el clavo.

Que si los mandos no ofrecen bastante confianza; que si las Milicias no son bastante disciplinadas; que si verdes las segaron...

En resumidas cuentas: Un día Badajoz, otro Toledo, otro Irún y la bella Easo, y por fin también la bella Málaga, caen una tras otra en poder del ejército fascista, ese ejército de cobardes –como decían las notas oficiosas.

Pero el pueblo, que es valiente y que tiene un fino instinto, se pregunta un día: «Si tan cobardes son esos fascistas, ¿cómo se comprende lo que está pasando?»

—Vamos por cuentas, se dijo el pueblo a sí mismo.

Y un buen día se reunió y acordó unas cuantas cosas, sabrosas, y se las comunicó al Gobierno. El Gobierno dijo que bueno, que ya vería.

Pero como el pueblo comprendió —bien educado como es— que el Gobierno haría como que hacía, pero no haría, díjose: «Prescindimos del Gobierno y gobernamos nosotros mismos».

Y comenzó a organizar «su» ejército propio, el suyo, el del pueblo. Se buscó él mismo sus mandos y sus instructores; hizo sus levas generales y se lanzó a las vías urbanas y en las llanuras campestres a instruirse.

¡Qué edificantes los espectáculos que ofrecen las grandes arterias barcelonesas, con sus escuadras, sus compañías, sus batallones populares, haciendo la instrucción para combatir con mayor eficacia cuando hayan de dirigirse a los frentes sangrientos, que no son los frentes del Gobierno por cierto.

Luego viene la «Gaceta» (?) y publica una orden llamando a filas a los reemplazos del 31 al 36. Las gentes se han reído de lo lindo.

Llaman a filas a la juventud, cuando jóvenes y no jóvenes se están hinchando ya de hacer instrucción y de tirar tiros, los que pueden, porque hay muchos que no pueden tirar porque no tienen con qué. Otra cosa que las gentes sencillas empiezan a comprender.

Hay un nombre clásico, en política, que justifica la mar de cosas: ¡Ginebra! ¡Hay que mirar a Ginebra!

¿Y quién ha dicho al Gobierno que el pueblo no mira a Ginebra? ¡Ya lo creo que miramos!

Pero no vemos. No vemos más que la imbecilidad, la mala fe y la cobardía de los piratas de todas las latitudes. Yo estuve una vez en Ginebra.

La Sociedad Capitalista y Armamentística estaba allí reunida en Pleno.

Un miembro de la Sociedad –¡España!– cantaba un himno a la paz.

Fue aquel sermón de Zulueta el de aquel desierto famoso.

Todos los presidentes de la Sociedad famosa, sus secretarios y sus escribas, que son los turiferarios de la prensa, empezaron a sonreír cuando España clamaba por la paz y la fraternidad universal.

Mientras España clamaba su gran ideal, los «socios» de marras abandonaban el salón y acordaban la ejecución de Abisinia. ¡Pobre Abisinia! ¡Pobre España!

¿Y qué? ¡Pobre Europa también!

Porque España, que sabe mirar a Ginebra, el gobierno del pueblo español –gobierno sin mayúscula–, España, puede hinchar sus narices y pegar fuego a Europa y salvar a sus pueblos oprimidos.

Porque España tiene su gobierno, su pueblo, sin mayúsculas, que no nos hacen falta.

Y si no al tiempo, señores bandidos. España es así.

MI HIJO HA MUERTO ⁶¹

A consecuencia de una terrible enfermedad contraída en el frente, acaba de sucumbir mi hijo en el hospital militar de Alcañiz.

61 *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época VI, año VIII: 10 de julio de 1937. El 6 de julio de 1937 la guerra, que estaba siendo el campo de experimentación revolucionaria al que los anarquistas siempre habían aspirado, mostraba a Buenacasa su rostro más atroz. Moría ese día, a consecuencia de la enfermedad respiratoria que le asaltara el invierno pasado en el frente oscense, su joven hijo Antonio. Cuatro días después publicaba en *Solidaridad Obrera* este sentido recordatorio, cuyo cierre («mi hijo y mi compañero ha muerto, ¡Viva la revolución!») no dejó de causar hondo impacto entre sus compañeros y lectores. El emocionado texto de Buenacasa sería reproducido semanas después en *Amanecer*, nº 10, agosto de 1937, acompañado de una nota de la redacción («E/ hijo de nuestro entrañable camarada y director de nuestra escuela Manuel Buenacasa murió en Alcañiz, el 6 de Julio. Mejor que otras notas necrológicas que podrían parecer de idolatría, insertamos, con nuestro pésame más profundo a nuestro maestro y compañero, el siguiente artículo».) y de una asimismo afectada respuesta dada por el también veterano militante Manuel Pérez, que «suscribimos emocionados todos los alumnos». Esa respuesta se incluye también en la última sección de este volumen.

Tenía veinticinco años.

Había vivido intensamente, desde su más tierna infancia, la tragedia de nuestras luchas, que supo comprender y amar.

Por eso se forjó hombre consciente y valeroso, dentro del mayor anonimato.

Buen padre –deja compañera y dos retoños– fue igualmente buen hijo y mejor compañero.

El 19 de Julio luchó junto a mí en Barcelona, y días más tarde a las órdenes de Medrano, fue al Alto Aragón, interviniendo en la toma de las posiciones fascistas de Siétamo, Montearagón y Estrecho Quinto.

La metralla le respetó la vida, pero no así el clima riguroso del invierno en aquellas montañas, donde contrajo la enfermedad que ha terminado con su enorme fortaleza física.

El que no quiso ser soldado de la burguesía –prófugo de los ejércitos mercenarios de Francia y España– hubo de ser soldado de la Revolución y lo ha sido hasta morir, pues no quiso en ningún momento abandonar su puesto de honor y de peligro.

Hace solamente ocho días –cuando la Brigada 139 fue designada para marchar al frente de Jaén– quiso despedirse de su compañera e hijitos, a la sazón en Alcañiz y fue allí, en

donde hospitalizado de urgencia, a su llegada, ha dejado su preciosa vida, vida ejemplar, de abnegación y de sacrificio, que todos debemos imitar.

Al acto de su entierro modesto y sencillo, como el gran desaparecido –yo lo quise así– asistieron sus íntimos amigos, los Comités Regionales CNT–FAI de Aragón, Rioja y Navarra en pleno, y los de Cataluña, representados por mí mismo.

Fuimos ambos dos excelentes camaradas que manteníamos fieramente el orgullo de serlo por encima de los lazos de la sangre. Su madre –que es mi compañera– su esposa, sus hijitos, mis nietos, su hermana, que es mi hija y cuantos vivimos con su afecto, llenaremos el enorme vacío que su ausencia deja, recordando sus virtudes, siendo buenos como él y colaborando como mejor podamos al aplastamiento del fascismo asesino, causante de todos los dolores. Mi hijo y mi compañero ha muerto ¡Viva la Revolución!

A NUESTROS LECTORES ⁶²

El boletín de propaganda de la Escuela de Militantes de la CNT–FAI no sale a la lucha con la estúpida jactancia, con la ridícula pretensión de marcar rutas, de indicar sendas, de

62 *Amanecer*, Barcelona, año II, nº 10: agosto de 1937. De regreso del referido viaje al frente aragonés, y siguiendo el encargo de la dirección de CNT y FAI, Buenacasa se embarcaba en la que sería su principal tarea durante la guerra y acaso la más importante y novedosa labor de formación y propaganda acometida por los libertarios durante la contienda: organizar la «Escuela de Militantes de Cataluña» en Barcelona. La Escuela, que él mismo llamará en otro texto «Universidad de la Militancia obrera y anarquista», consistía en una variada gama de cursos, conferencias, debates, prácticas y exámenes, y tenía como función «formar militantes», «crear hombres de verdadera confianza y afines a las ideas ácratas» (*Amanecer*, 1: noviembre de 1936, p. 19). O, más concretamente, proporcionar gestores y secretarios de sindicatos y colectividades, organizadores, propagandistas y oradores, periodistas, escritores, maestros y otros puestos y cuadros para las múltiples labores que urgía llevar a cabo en la retaguardia en pleno esfuerzo bélico y revolucionario. Junto a Buenacasa, que era su «delegado–responsable», existía una comisión administrativa de la Escuela formada por un presidente (M. David), un secretario (M. Caicedo), 4 redactores y un bibliotecario. Con posterioridad, parecidos centros surgieron en otros lugares de Cataluña o incluso en Aragón, e importantes testimonios dejaron constancia de la necesidad de una tal Escuela: Félix Carrasquer, *La escuela de militantes de Aragón*, Foil, Barcelona, 1978; Carrasquer, en Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1979, vol. I, pp. 147–148; Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978, p. 224.

trazar caminos, no; el mencionado boletín es sólo y sencillamente una hoja de estímulo para una juventud anhelosa de ensayar unas posibles aptitudes para que mañana pueda hacer una labor altamente provechosa, y al mismo tiempo poder relevar a los ya agotados y viejos camaradas.

En estas humildes hojitas, los voluntariosos compañeros, podrán ir plasmando sus sentimientos y sus creencias de un modo sencillo y claro, y a través de ese ejercicio continuo, perenne, ininterrumpido, se encontrarán a sí mismos y hallarán sin proponérselo la estética y el estilo que ha de convertirles en vigorosos escritores del mañana, paladines desinteresados del bello y humano ideal anarquista.

Sin estas hojas de divulgación y estímulo, quizás quedarían en la oscuridad, infinidad de brillantes periodistas y escritores en germen.

Todos los hombres y mayormente los jóvenes, gustan (aunque de un modo noble) ver sus nombres estampados en letras de molde y ante el deslumbramiento espiritual sienten el acicate y a la vez el entusiasmo de escribir para los demás.

Sus yos, ante este espolique venturoso, adquieren un interés saludable en querer decir a sus hermanos los hombres, de sus sensibilidades, de sus concepciones, y de sus amarguras.

Así pues, cuantos pongáis los ojos en estos renglones quizás, mal hilvanados, sed bondadosos y a pesar de sus muchas faltas y errores no empleéis una crítica mordaz, porque la crítica, entristece y descorazona, sin proponérselo, inconscientemente destruiríais el rosal de ingenuos perfumes que mañana puede embalsamar el jardín de nuestros ensueños y de nuestros ideales.

Militantes

Escuchad Compañeros, las palabras de vuestro amigo, que no maestro. Los hombres hombres, se emocionan presto. Yo siento la emoción de ser el encargado por la CNT y la FAI de aconsejar a los jóvenes. Por algo tiene uno más de medio siglo de vida pletórica de experiencia.

¡Hacer militantes! Eso no se hace. Los militantes podemos decir que nacen, como los poetas.

Así que, nuestra Escuela, no tiene otro objetivo que el de indicar al militante, que es siempre el poeta de la vida la manera de poner música a sus concepciones propias.

Vosotros, muchachos y muchachas de hoy, que mañana seréis la vanguardia de todos, algo así como los caudillos de la causa manumisora, debéis saber, entender, y sostener orgullosos, que estáis llamados a realizar una obra necesaria y útil.

Hablar al pueblo, instruyendo y deleitando, es obra de grandes personas. Volcar el intelecto y el corazón sobre vuestros semejantes, es labor humana y noble.

Llevar al libro o al periódico nuestras ideas, también es faena tan preciosa y precisa como la que realiza el artífice, el artista, el artesano o el campesino.

Y organizar hombres productores, llevando al conjunto organizado las afinidades del ideal salvador, es igualmente producir obra ineludible y humana.

Sin la organización y agrupación de los hombres útiles, sin el baño de todos en los mares profundos del ideal, nunca limitado, que es la Anarquía, y sin vuestra intervención y ayuda para hacer posibles tan bellas finalidades, la vida no tendría objeto alguno.

¿Comprendéis ahora la importancia de vuestra misión?

Sí que lo comprendéis, y la prueba está en que, más de treinta de vosotros sois ya orgullo de la CNT y la FAI, ocupando sus tribunas y colaborando en las labores de organización en varios lugares.

Seguid pues, siendo tenaces a ver si logramos dotar a nuestros organismos superiores en la ciudad y en el campo, de tantos elementos militantes activos como alumnos asistís a nuestra Escuela.

Os abraza y así lo espera de vosotros, vuestro compañero y amigo.

LA MISIÓN DEL MILITANTE ⁶³

Definición: Militante se llama a la persona que milita, que actúa, que trabaja y activa en una organización.

63 «A guisa de prólogo. La misión del militante», en [M. Buenacasa,] *Manual del Militante*, Ediciones de las Oficinas de Propaganda CNT–FAI, Barcelona, 1937, pp. 9–18. Los objetivos, enseñanzas y obra de la Escuela de Militantes quedarían sintetizados en el *Manual del Militante*. Basado en el curso «Organización y normas sindicales específicas y confederales» impartido por la Escuela, el *Manual* constituye un compendio único de los conocimientos, normas y códigos de conducta requeridos al buen militante cenetista. Sus ocho capítulos estudian el organizador, el grupo de afinidad, los sindicatos de Ramo o Industria, los órganos intersindicales, la legislación y reglamentos, los plenos y congresos, la propaganda y la organización de municipios, colectividades y escuelas. A pesar de lo que sugiera su subtítulo —«El libro de la organización para la organización. Redactado por la Escuela de Militantes de Cataluña»—, tras el libro resulta indudable, como él mismo reconocería en artículo posterior (1963), la autoría de Buenacasa. Todo ello se constata en este prólogo, del que había sido publicada una primera versión en *Amanecer*, nº 10 (agosto de 1937) que, como el resto de la obra, había sido discutida en la Escuela y leída en público ante delegaciones de CNT–FAI y de la AIT. De esa primera versión desaparecen algunos párrafos, como aquel en el que se da cuenta de los 46 «camaradas» que colaboraron con sus charlas en la Escuela, entre ellos García Oliver, J. Negre, F. Montseny, G. Esgleas, J. Peirats, M. R. Vázquez, A. Souchy, J. Peiró o Abad de Santillán. Véase, para un primer análisis del *Manual*, Anna Monjo, *Militants. Democracia i participació a la CNT als anys trenta*, Laertes, Barcelona, 2003, pp. 228–234.

Cuantos militantes, dignos de serlo, reciben el encargo de actuar, tienen una doble misión: saber sus obligaciones y ser consecuentes con los principios y la conducta moral de la organización a la que se obligan a servir.

¡La conducta personal! ¡El conocimiento de los deberes propios! He aquí la doctrina, y la actuación a que el individuo debe someterse.

Para hacernos dignos de la misión que nos compete, como militantes, se fundó, por necesidad imperiosa, una Escuela: nuestra Escuela

Era endémico en España el analfabetismo espiritual, pero mayor aún la ignorancia de las letras y de las premisas, y obligaciones organizadoras.

Existió, cierto es –desde la Internacional–, en los medios del movimiento obrero libertario y organizado, un guión que nos sirvió de mucho para realizar con cierto provecho nuestra obra orgánica y proselitista. Se enseñaron por los maestros del Sindicalismo y del Anarquismo de antaño muchas cosas, pero fueron pocos los que aprendieron algo y menos aún los que rindieron el provecho necesario y exigido por las circunstancias a que nos arrastró en todas las épocas el Estado y el Capitalismo.

La mejor voluntad no puede suplir al analfabetismo en muchas ocasiones. Hombres llenos de fe y de entusiasmo,

voluntariosos y dispuestos a morir por la causa de los trabajadores, hubieron de fracasar como consecuencia de su desconocimiento de las letras.

Otros en cambio –y no pocos–, capacitados y letrados, fracasaron igualmente por su abulia, por su pereza mental, por su desgana, por su falta de voluntad, por mil defectos más, en una palabra.

Y otros muchos, sabios o ignorantes engreídos, malograron las mejores posibilidades porque su conducta privada y pública se hallaba en contraposición con las propias ideas y con la moral de las organizaciones, que eran y son norte y guía de los intereses espirituales a defender.

El Militante sólo puede tener una vida, pública y privada, y a ella debe atemperar sus actos, su moral y su conducta.

Un Militante político, religioso o autoritario, puede hacer lo contrario de lo que predica y no causará por ello daño alguno a la Sociedad, sino todo lo contrario.

Cuanto más desacrediten a la política, a la autoridad o la religión sus falsos o auténticos sacerdotes, mejor para la causa que los trabajadores defendemos.

Pero un Militante anarquista u obrero, no es lo mismo.

Dañará más la causa que defiende, y dará más armas y argumentos al adversario, en cuanto no ajuste sus actos y su conducta al ideal que debe servir.

El Anarquismo, sin ser una religión, ni mucho menos un órgano político en el sentido que nosotros comprendemos la política, no puede albergar en su seno sino a hombres que tengan madera de apóstoles, mártires y héroes.

El movimiento obrero y libertario de España, el de más alto valor del mundo entero, debe su influencia, entre las masas irredentas del país, a sus héroes, a sus apóstoles y a sus mártires. ¡Bella conducta la de estos hombres, que han sido, desde hace setenta años, ejemplo y admiración de sucesivas generaciones!

Por ellos vive, en la entraña del pueblo, el amor y la confianza para nuestros organismos representativos: la Confederación Nacional del Trabajo, continuación en línea recta de la Federación Regional Española –la Primera Internacional–, y la Federación Anarquista Ibérica.

• • •

Dijimos hace algún tiempo y lo repetimos hoy que, «de entre todas las instituciones nacidas al calor de la Revolución Ibérica, es la Escuela de Militantes –aunque por desgracia desconocida de muchos trabajadores– la que mejor ha probado ya, en su corta existencia, el sentido constructivo y

creador de la CNT y de la FAI. No es una escuela de parlanchines –como alguien ha insinuado maliciosamente–, sino una agrupación de hombres serios, llenos de voluntad por saber y aprender nuestros postulados de emancipación integral y, sobre todo –esta es la finalidad específica y principal de la Escuela–, por adaptar sus condiciones intelectuales, morales y combativas a los variadísimos aspectos de la organización confederal y específica.

Así lo han manifestado numerosos hermanos de Europa y América que, en plan de estudio sobre las diversas particularidades de nuestra Revolución, han visitado este Centro de la militancia obrera y anarquista.

Nos enorgullece decir que los intentos de los camaradas ingleses, producidos hace cincuenta años, como así los de los compañeros de Francia, en lo que va de siglo, no pudieron lograr el objetivo alcanzado felizmente por nosotros, y ello en el ambiente incierto y de inquietud en que los Comités Regionales de CNT–FAI de Cataluña decidieron llevar a cabo la noble iniciativa. Ahí es nada: constituir en tales circunstancias una Escuela de Militantes, formar militantes y adaptar las condiciones personales de cada uno, para su intervención en las lides de la organización. Pues esto se ha logrado, ya que, docenas de nuestros, sirven a la causa común desde los puestos de responsabilidad a donde han sido designados. Escritores, organizadores y oradores prueban sus aptitudes allá donde sus servicios son necesarios.

Queremos que tan satisfactorios resultados se multipliquen, y para ello nos decidimos a condensar en un breve volumen todo lo que el Militante obrero y anarquista debe saber a propósito de su intervención en las lides de la organización y la propaganda.

• • •

Cuanto la práctica nos ha enseñado, y las buenas lecciones que nos dieron los camaradas más destacados de nuestro movimiento, va explicado en este MANUAL DEL MILITANTE.

De esta manera, cuanto son prácticas y normas de organización confederal y específica, en sus variados aspectos, estarán al alcance de todos los trabajadores a quienes sus propios organismos designen para ocupar un cargo o cumplir una misión específica cualquiera.

Diremos cómo se organiza un hombre, un grupo de afinidad, una sección de oficio, un Sindicato, una Federación, una Asamblea, un Congreso, una Escuela, una Colectividad, un Municipio, un boletín, un periódico, una revista. Cualquiera que hojee nuestro MANUAL podrá saber cuál es la misión de un organizador, de un secretario, de un presidente, de un tesorero o contador, de un bibliotecario, etc.

Cómo se forma el conferenciante, el periodista, el orador.

De todo ello hablaremos, para poner al alcance de los menos preparados los materiales precisos, a fin de que se conviertan en hombres útiles para cuanto sea propio al desarrollo natural de las facultades de cada cual.

Labor al parecer sencilla la que vamos a exponer a la consideración de nuestros compañeros, sobre todo de los jóvenes que deseen crearse una capacidad que les permita ser conscientes en la gran tarea que la Sociedad les tiene encomendada para estructurar la nueva vida que anhelamos.

Ahora bien; conviene que los hombres encargados de hacer marchar el engranaje mecánico de nuestras organizaciones no se limiten a los menesteres «funcionales» exclusivamente.

El mecánico de la organización –que de alguna manera hemos de titular a nuestros dirigentes y funcionarios– ha de ser, ante todo, fuerza motriz espiritual de sus funciones; ser funcionario es preciso, pero tanto o más que esto, hay que ser orientador.

La obra que pudiéramos calificar maravillosa, a cuenta de un hombre, el que fuere, sería aquella en que coincidieran en el mismo sujeto las ideas y las realidades.

Por eso el Militante obrero y anarquista ha de cuidar, con todo esmero y cariño, de comprender su doble misión espiritual y organizadora.

El espíritu es la razón, las fuentes íntimas del ser consciente.

Pero las razones espirituales del ser humano, aun siendo las más poderosas de la vida, por sí mismas no lograrían ser atendidas por la Sociedad y menos por sus fuerzas rectoras y opresivas. Precisa, por tanto, después de aceptar la fatalidad de semejante alegato, que el hombre consciente, busque, la relación con sus hermanos de iguales condiciones y se asocie con ellos, creando, de tal suerte, esta fuerza sin la cual sería imposible el triunfo de nuestras ideas.

Uno de los hombres más destacados del Sindicalismo Libertario, el malogrado Salvador Seguí, lo dijo en más de una ocasión: «La razón, por sí misma, no triunfará si no creamos la fuerza que la imponga». Este axioma, aplicado a la Sociedad actual, es irrefutable.

A ello tienden, pues, nuestras organizaciones confederal y específica: a crear la fuerza eficiente que nos coloque en condiciones de vencer todos los obstáculos, todas las trabas, todas las premisas y todas las fuerzas que los enemigos de la humanidad oponen a las ansias redentoras de Pueblo oprimido.

No pretendemos elevar los poderes de la fuerza y de la violencia a la categoría suprema, única, pero sí diremos que sin la violencia de nuestras gestas, sin nuestro heroísmo y sin nuestra organización, los militares traidores y sus aliados, no

hubiesen capitulado en las gloriosas jornadas de julio de 1936.

Y sin esa misma fuerza, ingente de nuestros Sindicatos y grupos –fuerza creadora aglutinada por los ideales de mayor altura espiritual–, tampoco hubiésemos construido, sobre las bases sólidas anheladas, la vida social política y económica que ha causado la admiración del mundo.

• • •

Después de todo lo expuesto, sólo caben unas premisas finales: El Militante debe, primero, ser digno de sí mismo; si no puede saberlo todo –el hombre nunca sabrá bastante–, debe procurar saber lo más posible; es obligación suya adaptar sus facultades y sus condiciones personales, de la manera más precisa, a las tareas que se le puedan encomendar; ha de ser fuerte y consciente, cordial y humano, igual a los mejores, sin prurito de superioridad sobre los que considere más humildes; los seres superiores son los que se conducen con mayor sencillez, los que trabajan más por su redención propia y la de sus semejantes, los que ajustan su conducta privada y pública a las ideas y a la causa que deben defender con el sacrificio de todos sus esfuerzos o, mejor dicho, con el esfuerzo de todos los sacrificios.

Lo más envidiable fuera que cada militante pudiese alternar en todas las actividades propias de la organización;

pero puesto que ello es difícil y casi imposible, que cada uno realice aquello que esté más de acuerdo con sus aficiones y aptitudes.

Por ejemplo: Organizador, escritor, orador, conferenciante, secretario, maestro, etc. El organizador, sobre todo, es el elemento de más valía y en cualquier puesto, según las condiciones requeridas, puede realizar la obra más provechosa.

El militante digno, en una palabra, es el todo para el presente y el porvenir de la causa de la Humanidad.

Hagámonos merecedores del aprecio y de la estimación del mundo proletario y libertario. Seamos lo que debemos ser: conscientes, buenos y capacitados.

Así lo desea y espera de todos los trabajadores

La Escuela de Militantes de Cataluña

CNT – FAI

LA JORNADA DEL MILITANTE ⁶⁴

Atenta siempre al cumplimiento de su misión educativa, nuestra Escuela, primer centro cultural de la militancia obrera y libertaria de la región, ha organizado una *Jornada del Militante*, que tendrá lugar en los Centros obreros de Barcelona y sus distritos, mañana viernes, día 27, a las seis y media en punto de la tarde.

Alumnos de la Escuela, dicho día y hora, en los locales que se indican, pronunciarán una breve conferencia, versando sobre el tema «La misión del militante», dando cuenta, a la vez, de las actividades específicas que la Escuela desarrolla.

Como decimos más arriba, todas las conferencias serán dadas en los centros designados y a la misma hora, excepción hecha de la organizada para los obreros del Espectáculo, que habida cuenta de las condiciones del trabajo que realizan, tendrá lugar a las diez y media de la mañana, del mismo viernes.

64 *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época VI, año VIII: 26 de agosto de 1937. Precisamente para difundir las labores de la Escuela de Militantes, su responsable Buenacasa ideó una «Jornada del Militante» que, celebrada el 27 de agosto, tuvo además entre sus actos la lectura por treinta de sus alumnos, en otros tantos locales obreros de Barcelona y sus distritos, del *Manual del Militante* al que se referían el texto y nota precedentes. Este texto de llamamiento a dicha jornada aparecería asimismo reproducido en *Amanecer* (nº 10, agosto de 1937).

Advertimos a todos que es norma de nuestra institución empezar los actos que celebramos exactamente a la hora que se anuncian.

Quedan invitados a dichas conferencias todos los trabajadores, a los que rogamos sean benévolos para los conferenciantes, teniendo en cuenta la falta de experiencia de muchos de ellos para la obra propagandista que les hemos encomendado.

Por los Comités Regionales CNT–FAI y por la Junta de la Escuela de Militantes de Cataluña.

Manuel Buenacasa, delegado responsable.

UN VIEJO MILITANTE DE LA CNT, MANUEL BUENACASA, HABLA DE NUESTRO DURRUTI ⁶⁵

Es único y será único nuestro gran Durruti.

Le conocí en Gijón, hace casi veinte años. Era un perseguido que se acogía al fuero hidalgo de los trabajadores de Asturias.

⁶⁵ *Más allá*, Frente de Huesca, nº 12:11 de agosto de 1937. Fechado por el propio autor el 27 de junio de 1937, en este escrito se suma Buenacasa a la subida a los altares anarquistas de Durruti llevada a cabo por el movimiento libertario en pleno después de su muerte en circunstancias todavía confusas en el frente de Madrid el 20 de noviembre de 1936. El mismo texto aparecería reproducido en varios lugares, como su contribución «Durruti es único» a la obra coral *Durruti*, Comité Regional CNT–FAI, Barcelona, 1937, pp. 7–9; sus «Figuras ejemplares que conocí» (en M. Buenacasa, *El movimiento obrero español 1886–1926*, op. cit., edic. de 1977, pp. 230–231); o el periódico *Amanecer*, nº 9 (julio de 1937), donde se añadía que «estas cuartillas debieron ser leídas con ocasión de descubrir una lápida en la Avenida que lleva su nombre [Durruti], en la casa de CNT–FAI, lo que me fue imposible a causa de la muerte de mi hijo en Alcañiz» arriba vista. No obstante, lo tomamos de *Más allá*, donde se da la circunstancia que la publicación es «Portavoz de la División ‘Francisco Ascaso’, a la que daba nombre otro «mártir» del mundo cenetista como Francisco Ascaso; y que es publicada el mismo día en que aparece en la *Gaceta de la República* el decreto de disolución del Consejo de Aragón, lo que acarrearía desde esa misma fecha la desarticulación del mismo y de la experiencia colectivizadora en la región, y tal vez el último jalón decisivo en el proceso de pérdida de poder político de la CNT.

No congeniamos. Yo era más estudioso; él más rebelde. No me fue simpático, entonces, nuestro hombre, ni yo a él tampoco. Me pareció que no tenía ideas propias.

Cuando nos encontramos en San Sebastián, de Guipúzcoa, tres años más tarde, vi en él otro hombre, mejor formado. Le buscamos trabajo en Rentería. No se avino a sufrir los rigores de la explotación en aquella fábrica.

Consideró a sus camaradas de trabajo como a un rebaño, y dejó su empleo por no sufrir las vergüenzas del explotador y las más tristes aún de aquellos explotados.

Malos tiempos los de entonces para los hombres de temple y de corazón como Durruti.

Por otra parte, le resultaba pequeña aquella región levítica. Necesitaba él horizontes más amplios, ambientes más propicios.

Le recomendé a Barcelona, no sin prodigarle antes mis mejores consejos.

Por aquel tiempo arribaron también a Cataluña y en las mismas condiciones y de las mismas tierras del Norte, dos hombres que fueron aquí prematuramente asesinados: Gregorio Sobrevida y Andrés del Campo. Dos hombres de los que hubiera podido decirse más tarde –este es mi criterio– que hubiesen sido otros Durruti.

Y con ellos, desde tierras de Aragón Francisco, Alejandro y Domingo Ascaso, dinastía auténtica de héroes del pueblo a los que, nosotros, hombres veteranos, nos cabe el orgullo de haber señalado las rutas luminosas del más grande de los ideales humanos, ideales por los que han dado la vida casi todos ellos.

De la existencia trágica y azarosa de Durruti y sus amigos en Cataluña, en Aragón, en el Norte, y más tarde en las naciones de los continentes europeos y americanos, no he de decir nada; nómada y perseguido siempre, mantuvo enhiesta en toda ocasión la enseña del valor y de sus ideas.

Quiero solamente señalar algún episodio de su vida ejemplar, de su conducta que le convierte en hombre único, es decir, que nadie fue como él, que nadie fue tan hombre.

¿Quién podía concebir que aquella persona, al parecer tan violenta y apasionada, tan audaz, tan valerosa, dejase de lado estas virtudes para perdonar y olvidar los mayores agravios?

Cuando Primo de Rivera reclamaba al gobierno francés la extradición de Ascaso y Durruti, yo fui invitado por los que defendían en Francia la causa de nuestros camaradas a colaborar en aquella campaña en nombre de la CNT española.

Mis escrúpulos, mi concepto de la disciplina y de la moral anarquista me obligaron a declarar que, si personalmente – yo era también un perseguido en Francia– estaba dispuesto a gestionar y a ayudar por la liberación de Ascaso y Durruti, no lo estaba para hacer nada en nombre y representación de la CNT de España ni de la FAI

Llovieron sobre mí los denuestos y los insultos de numerosos camaradas. Durruti y Ascaso se enteraron de todo.

Durruti y Ascaso fueron liberados merced a la campaña llevada a cabo por el proletariado francés. Yo también contribuí personalmente.

Cuando, algún tiempo más tarde, me encontré con Durruti, quise excusarme; no lo consintió; me abrazó llorando, como un niño, y me dijo: Has hecho bien; los hombres responsables de la CNT y de la FAI que se estimen no pueden hacer ni deben hacer más de lo que has hecho tú. La organización ha de estar siempre por encima de ciertas cosas.

¡Lección ejemplar de nobleza, la que Durruti nos da en este caso!

Y eso que Durruti, entonces, no se consideraba responsable. Otro hombre cualquiera, en una ocasión igual, me hubiese odiado toda su vida. Durruti era –¡y quién lo diría

de no conocerle a fondo!– el prototipo del hombre disciplinado y obediente.

Cuando la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña le dijo que Madrid estaba en peligro y que se le designaba para defender la capital, Durruti sólo hizo una objeción, objeción lógica, que hubiera tal vez cambiado el curso de los acontecimientos en la guerra si se le hubiese atendido: Durruti quería llevar a Madrid todos sus hombres, su columna entera, y pertrechados según él deseaba. Sólo a medias se atendió a sus buenos deseos. Si se le atiende como él quería –lo repito– la situación de Madrid y de los demás frentes sería muy otra.

Disciplinado, valeroso y estratega sin par, fue a Madrid: perdió cientos de sus mejores camaradas en la colosal empresa y se perdió él mismo. Pero la capital de España fue salvada. Esto es en resumidas cuentas lo que a él le interesaba.

Horas antes de que lo asesinaran, la buena Emiliana, su compañera, vino como enojada: «He llamado a Durruti por teléfono y no me ha hecho caso; está furioso, me ha despedido violentamente». «Yo le hablaré luego, dije a Emiliana». Desde un despacho del Comité Regional llamé a Madrid; a la media hora Durruti, desde el aparato, renegaba como un carretero; gritaba «¿Quién eres tú?» «Soy tu padre, ¿no me conoces?», le contesté, gritando y jurando más fuerte que él. Observé presto, cómo se desmoronaba y

disolvía la furia de aquel gigante. Con voz ya melodiosa y suave díjome: «No te extrañe mi conducta; cuando he de habérmelas aquí a cada minuto contra el fascismo de España entera en avalancha sobre la capital. Di a Emiliana que me perdone, bésale en mi nombre, explícale todo esto, y dispensa que me retire, tengo mucho que hacer; saluda a los compañeros. ¡«Abur viejo»!

Al día siguiente, Durruti, el único, –la Historia lo esculpirá como tal en sus libros cuando lo conozca bien– caía atravesado por el plomo de los asesinos.

Gritemos ahora, alentados por la fe del gran desaparecido, parodiando a la vez el optimismo de los dioses: ¡Durruti no ha muerto! ¡Viva Durruti!

¿CÓMO GANAR LA GUERRA? ⁶⁶

La Escuela de Militantes de Cataluña CNT–FAI tiene una misión específica que cumplir.

Y la cumple a satisfacción de todos.

Se dan las clases y se explican las lecciones con la más estricta puntualidad.

66 *Amanecer*, Barcelona, año II, nº11: septiembre de 1937. A la altura de septiembre de 1937, no sólo se hacían cada vez más evidentes las dificultades de la República para ganar la guerra civil, sino que además se podía ya dar por perdida la revolución que triunfara en la Cataluña de un año atrás. Algunas de esas dificultades –internas e internacionales, políticas y económicas, resolubles o no– así como un cierto pesimismo implícito consecuencia de todo ello, afloran en un texto como éste, en el que Buenacasa, firmando con uno de sus varios seudónimos, se sirve del recurso de ponerlos en boca de sus alumnos para verter sus comentarios críticos en este editorial de *Amanecer*. *Amanecer*, Boletín mensual de la Escuela de Militantes de Cataluña editado y repartido gratuitamente desde noviembre de 1936, era uno de los resultados e instrumentos formativos principales de la Escuela de Militantes, y se nutría esencialmente de trabajos y artículos de los propios alumnos.

Al terminar nuestra labor, diariamente, los alumnos, por grupos, discuten acerca de los problemas más palpitantes de la hora.

Que la guerra por aquí; que los aprovisionamientos por allá; que el Gobierno tiene la culpa de todo lo habido y por haber... Y así, respectivamente, se enfocan los asuntos, se proponen soluciones...

Tal como las cosas se presentan, a la discusión y el estudio, no consideramos humano interrumpir *las deliberaciones* de nuestros alumnos.

Es más: en alguna ocasión, nos sumamos al coro y metemos baza en las discusiones, sobre todo cuando se exponen sugerencias o iniciativas útiles.

—¿Cómo creéis —preguntamos— que se pueda ganar la guerra pronto y bien?

—Pues muy sencillo —objeta un muchacho de dieciséis años—. La guerra se gana... haciéndola.

—La guerra ni es un juego político ni un juego de niños, sino la tragedia del pueblo; un *hecho* colectivo sangriento y brutal, que sólo puede ser resuelto por hombres decididos.

—Quien quiera ganar una guerra debe dejar de lado toda consideración que pueda malograr el propósito.

–Si hay que destruir se destruye; si hay que matar se mata; sin contemplaciones de ninguna especie.

–¿Qué Huesca intenta resistir? ¡Incendiadla!

–¿Qué el Pilar de Zaragoza hace milagros? Volad el templo y veréis que terminan los milagros y hasta la guerra misma.

–¡Estaría bien que los ateos se detuviesen ante una iglesia, por respeto a sus santos, vivos o muertos, cuando los religiosos y los deístas matan y destruyen a mansalva!.

–¿Y los tesoros artísticos? Otra tontería, ante lo que supone la gran tragedia humana que es la guerra.

–El resumen de todos los tesoros, el tesoro único de la vida es la libertad, por la cual se lucha. Todo lo demás resulta entelequia pura.

–Georges Clemenceau, cuando cogió en sus manos los destinos bélicos de Francia, en la gran carnicería de los años 1914–1918, hízose célebre con una afirmación, que repetía a diario y era esta: «Yo hago la guerra».

–Y a fe que la hacía: «Avance sobre tal sector; tome usted la población X, por el camino tal, que es donde encontrará el mayor número de enemigos a quienes matar; y no vuelva usted aquí sin haber logrado los objetivos propuestos. Ya puede retirarse».

–¡Pobre del que no cumpliera las órdenes del mando! El mismo mariscal Jofre, tal vez la gloria militar más pura de la Francia de entonces, vencedor del Marne, fue procesado una vez por no haber «sabido» o podido cumplir una orden del ministro. Al «tigre» le pidieron indulgencia un día y su contestación fue la frase consabida: «¡Je fais la guerre!».

–El mando faccioso en España –italo–aleman– ordena: «destruya usted Durango, Guernica y Las Arenas, y tendrá libre el camino para entrar en Bilbao, ¿enterado? Vaya pues».

–El Generalísimo dicta para la retaguardia: «Las horas de trabajo diarias serán diez para todo el mundo; los comestibles se venderán a los precios señalados; los contraventores serán castigados a la pena que corresponda, según la importancia de la infracción; el ministro del ramo debe saber las existencias de trigo, carne y patatas que hay en el país y adquirirlas al precio que se indica; quien se resista a vender en las condiciones que se señalan, será fusilado; entre el interés de todos y el de unos cuantos, no existe el derecho de opción; si hay que adquirir petróleo, café, cañones o «voluntarios» y no hay *dinero auténtico*, enajénense las obras de los museos e hipotéquense las provincias A y B, porque interesa, por encima de todo, ganar la guerra y aplastar a los “rojos” para siempre jamás».

–Teorías secas y brutales son estas, pero son las únicas que señalan el camino de la victoria



–En la España leal puede *mejorarse* el sistema –si no se supera, estamos perdidos–. Si lo que se afirma aquí y fuera de aquí es cierto, somos ricos; y tanto, que podríamos sostener la guerra seis o siete años más, con sólo ir gastando, a medida de lo preciso, del oro y de la colección de tapices que son patrimonio nuestro, y bien *nuestro*.

–Hay que hacer notar que en infinidad de pueblos de la España republicana se pasa hambre y esto, por ser una tremenda injusticia y crimen de lesa humanidad, favorece, en gran manera, los designios del fascismo.

–«Solidaridad Obrera» de Barcelona, en su edición de 14 de Septiembre de 1937, publica una crónica que firma un tal Della Rosa, que dice que en Santander, después que las tropas de Mussolini entraron allí, se podía comer estofado de cordero tierno –y abundante– por cuarenta y cinco céntimos.

–Yo considero que si nuestro oro y nuestros tesoros de arte, no pueden ser *comidos*, porque nos producirían una indigestión, bien podrían ser intercambiados por comestibles, por armas y por camiones, para distribuir *normalmente* los dichos artículos de guerra y boca.

–Hubo una época en España en que el Ayuntamiento de Sevilla se ufanaba de ser el único de la nación, que sobre no

tener deudas, contaba en sus cajas con unos centenares de miles de pesetas. Atraído por novedad tan insólita fue mi padre allí –a Sevilla– con ánimo de ver, por si mismo, semejante maravilla.

–Ya fe que no quedó defraudado; el ochenta por ciento de los habitantes de la ciudad del Betis, paseaban airosamente sus garbos gentiles por las calles tortuosas y estrechas, por los paseos y jardines. La inmensa mayoría de los paseantes, famélicos y astrosos, contrastaba con la turba de señoritos repantigados en las terrazas de los cafés y los casinos.

–En los suburbios y barrios obreros, los niños, desnudos, enseñaban su flaccidez y su miseria; raquíticos y escrofulosos.

–Pero el Ayuntamiento de Sevilla se sentía feliz; había logrado una obsesión: no deber nada a nadie y además tener en sus cajas –*por si acaso o por si las moscas, como se dice en Cataluña*– unos centenares de miles de pesetas.

Lo demás no le interesaba.

–La burocracia, los sueldos fabulosos, los de los...

–¡Alto ahí, camarada!

–Pero... ¿No preguntabas lo que hay que hacer para ganar la guerra?

–Exacto; pero es lo que tú explicas o quieres explicar, lo saben ya hasta los chicos de teta.

–Pues así no vale la pena que continúe; quiero, no obstante, que me dejes exponer aún algunas sugerencias.

–Venga.

–Escucha, pues: En oro o sus equivalentes, contamos en España con unos seis mil quinientos millones *disponibles*', hay muchos más, según las estadísticas *oficiales*, pero no quiero agotar el recurso.

Somos en la zona leal unos trece millones de personas; de toda esta gente sólo una quinta parte producen *utilidad económica*, valorada en unos veinticinco millones de pesetas diarias.

Para alimentar la guerra y *todo lo demás*, necesitamos cincuenta millones cada día a base de racionar y distribuir bien los alimentos, pertrechos sueltos, etc.; lo que supone que el déficit diario es de veinticinco millones.

–¿Está claro lo que convendría hacer para ganar la guerra pronto y bien?

–Cuenta y sacarás consecuencias exactas y, con ellas, el procedimiento expeditivo para impedir el *crac* económico, que sería la derrota.

–Aún hay trigo por trillar en los campos de Cataluña; y, en las poblaciones, pequeñas y grandes, más de un millón de *obreros industriales* (!) de todas clases, comprendidos en la edad de diez y siete a cuarenta y cinco años. Hay mucha gente que cobra por no hacer absolutamente nada y mucha más que podrían cambiar de oficio.

–Los barberos, camareros y funcionarios, comprendidos en la edad que hemos mencionado, podrían ser sustituidos por mujeres, y junto con los artistas de teatro, cine, músicos, pelotaris, cabaretistas y demás, no tan altruistas, ser enviados al campo a sembrar patatas, judías, etc., y a criar bestias de lana, pluma y pelo, que es lo que hace falta para comer y acrecentar la economía del país.

–Y los obreros de la construcción a hacer trincheras todos; y los batallones y brigadas *de los frentes* de Barcelona, Sitges y otras hierbas y retaguardias apacibles, a las líneas de fuego.

–No sería difícil encontrar voluntarios antifascistas de treinta y tres a cuarenta y cinco años, que podrían suplir, acaso con ventaja, en estos frentes *de atrás*, a los soldados de veinte a treinta primaveras.

–Y cerrar bares y tugurios y oficinas y...

–¿Te van bien todas estas sugerencias?

–Perfectamente bien, camaradas.

–Pues otro día te explicaré otras.

–Por hoy basta.

UN MILITANTE DE BUENA FE

¡ASTURIAS! ¡ASTURIAS!⁶⁷

Este escrito ha sido escrito y compuesto cinco días antes de ser conocida la evacuación de Asturias, pero no por ello dejará de resultar interesante.

67 *Amanecer*, Barcelona, año II, nº12: octubre de 1937. Cuando se cumplía el tercer aniversario de la Revolución de Octubre en Asturias (1934), la misma región se veía ante la nueva encrucijada que suponía la ocupación por las tropas de Franco. La coincidencia da pie a este texto de circunstancias de un Buenacasa que trata de combatir al mal tiempo político y bélico poniendo buena y nostálgica cara, y que para ello recrea el carácter heroico y batallador otorgado a menudo a la región rememorando pasadas gestas de rebeldía y lucha social (en particular la huelga de diciembre 1919–enero 1920). En efecto, la asturiana fue durante la historia del movimiento obrero de preguerra una de las más activas, además de la que en mayor grado cuajaron tradicionalmente los acuerdos entre la CNT –cuya principal figura regional fuera Quintanilla– y otros sectores sindicales y políticos de la izquierda obrera (cfr. Ángeles Barrio, *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890– 1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1988 y Pamela B. Radcliff, *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900– 1937)*, Debate, Barcelona, 2004). Pero todo ello resultaría barrido precisamente desde las fechas en que aparece publicado el artículo. Finalizaba con una derrota republicana sin paliativos la ofensiva franquista que, iniciada en junio, había ocupado sucesivamente Vizcaya, Cantabria y Asturias y dejado así expedita la zona norte peninsular para los sublevados. Quedaba sólo, como apunta proféticamente el autor, la inhóspita esperanza de la guerrilla –los *maquis*– que tendría en efecto durante la década siguiente en estas tierras uno de sus principales escenarios de lucha.

Considero de gran interés, y más en estas horas trágicas por que atraviesa España, que los jóvenes Militantes conozcan a los obreros asturianos.

De este modo comprenderán el porqué de sus gestas de hoy y de siempre.

La región asturiana está muy alejada, geográficamente, de los grandes centros revolucionarios del Sur y el Levante español. Por esta razón, Asturias es, socialmente, poco conocida por las masas trabajadoras. Sin embargo, tiene una historia social no superada por ninguna otra región peninsular.

La potencia ideal de los trabajadores astures, corre parejas con su poderío de resistencia en las luchas sociales.

En mi libro «El movimiento obrero español», reseñando lo que fue el histórico Congreso Confederal del año 1919, celebrado en Madrid, en el Teatro de la Comedia, hago notar que, ninguna de las delegaciones que al mismo asistieron, ni la catalana, ni la andaluza, ni la aragonesa, ni la levantina, con todo y ser las más nutridas, no llegaron, ni con mucho, a igualar por su capacidad, inteligencia y cohesión a la delegación asturiana. «Inteligente y unida, como una fortaleza inexpugnable»... decía yo entonces.



Luego fui a Asturias y conocí, de «visu», a todos sus hombres representativos y a sus masas obreras.

Las fuerzas sindicales señalaban, con el mismo entusiasmo, las dos tendencias del movimiento emancipador del proletariado.

Los anarquistas estaban representados en todas partes. La CNT era organización absoluta en La Felguera y en Gijón, en cuyos centros no existía un solo socialista organizado al margen de nuestra central.

Los socialistas dominaban en Oviedo y en las cuencas mineras, pero era frecuente que, en las luchas que se desencadenaban contra los explotadores, los explotados de ambas tendencias llegasen a un acuerdo para organizar la propia resistencia.

Pocas huelgas se han perdido en Asturias; sus masas obreras, no se lanzaban a una lucha como no fuese para vencer, costase lo que costase, fuere en las minas o en la industria.

Las grandes huelgas de Moreda, Gijón y la Felguera, han sido históricas –lo son– y ejemplares como ninguna. El malogrado José María Martínez, muerto en octubre de 1934, hizo la apología de aquellas y otras notables gestas del proletariado astur.



Cuando Layret fue asesinado en Barcelona y deportados a Mahón los hombres más destacados del movimiento obrero en Cataluña –entonces no existía en nuestra región la UGT– yo me encontraba en Asturias.

El Comité Confederal Nacional, del que yo era delegado en aquella Región, me comunicó el acuerdo de declarar la huelga general en toda España, como protesta por los crímenes de Barcelona.

Convocamos a las comarcas y a los pueblos a una reunión urgente en Gijón, en donde se acordó secundar la huelga nacional «con todas sus consecuencias, hasta lograr que los deportados sean devueltos a sus hogares». (Así reza el acta.)

El movimiento se llevó a cabo en contra de la voluntad de los socialistas dirigentes. Los mineros enrolados en la UGT, sin contar para nada con sus jefes, secundaron la gesta confederal.

La huelga se dio por extinguida, en toda España, a los pocos días de haberse declarado. Yo intenté que Asturias, que tan noblemente secundara aquella protesta, la diese por terminada a la vez que las demás regiones. No fui escuchado. Se me objetó, no sin cierta violencia: «Si hemos ido al movimiento para lograr la libertad de los deportados de

Barcelona, mal podremos dar por terminado nuestro esfuerzo, sin haber conseguido el propósito que nos guía»..

Quise hacerles comprender que ellos solos no podrían alcanzar lo que todos los trabajadores de España habían abandonado por imposible; que su sacrificio resultaría estéril... Todo en vano. Tras no pocos forcejeos, logré, por fin, que se aceptara una proposición que consistía en que Vizcaya, que no había secundado el movimiento general, se sumase entonces a la huelga que los asturianos querían sostener a todo trance.

Mientras se hicieron las gestiones pertinentes al caso en Bilbao, que fracasaron por culpa de Largo Caballero que se opuso al movimiento, junto con toda la organización ugetista del Norte, Asturias heroica, consciente y constante, mantuvo enhiesta la bandera de la rebelión durante ocho días más.

Sólo cuando vieron y palparon la defección de Vizcaya, se dieron por vencidos, ya que no por convencidos.

Sostenían aquellos bravos luchadores la buena teoría de que Asturias y Vizcaya solas, negando a las industrias su hierro y su carbón, el Gobierno acabaría por capitular. Y tenían razón.

Los puentes y túneles de Pajares, estaban ya «a punto para producir el aislamiento; los obreros del Musel habían

vaciado en Gijón todas sus tripulaciones; la resistencia se organizaba científicamente»...

• • •

En aquel movimiento fracasaron todos. Sólo los asturianos habían triunfado orgánica y *moralmente*.

Que también se triunfa fracasando, cuando hay quien fracasa en el triunfo.

Había en pro de los héroes de Asturias un precedente: Agosto de 1917, fecha gloriosa en la que resistieron tres semanas, mientras el resto de España se *rajaba* a los tres días.

Y después... ¡Octubre de 1934!

• • •

¿Comprendéis ahora, jóvenes camaradas, la gesta actual del proletariado astur?

Ninguna de las Regiones que se han rendido al empuje criminal del fascismo, ha luchado con las dificultades que Asturias ha tenido que luchar.

Dos batallones sólo de aquel bravo ejército, han producido –sin armas apenas y sin alimentos de boca– a las mesnadas

de Franco, más de diez mil bajas en ocho días. Éstas, armadas hasta los dientes; aquéllos mal pertrechados y peor comidos.

Todo eso ha costado al fascismo un avance de ochocientos metros en determinado sector.

Los asesinos internacionales quieren suprimir de Asturias hasta la misma raza de los Pelayos.

Cuentan con elementos para ello, pero se me antoja que les será difícil, si no imposible, lograr tan criminal intento.

Asturias, es la primera región en esta guerra que alcanza los honores de la Epopeya.

• • •

Dos criterios dominantes hay en aquella región mártir: los dos de estirpe numántica.

Uno: Resistir hasta la muerte; vencer o morir y en tanto evacuar humanitariamente, como se pueda, a los ancianos, niños y mujeres.

Otro: Impedir la evacuación y, a la hora de las grandes decisiones finales, cuando la situación sea considerada del todo insostenible, convertir la región en una inmensa hoguera y perecer todos en ella; ¡como en Numancia!

Ignoro, a la hora en que redacto estas cuartillas, cual es la verdadera situación de Asturias, si bien la reputo gravísima.

El enemigo representa en la lucha, por los hombres y elementos con que cuenta, más del noventa y cinco por ciento de la totalidad.

Noventa y cinco contra cinco; esta es la terrible comparación.

Pero Asturias, a pesar de ello, no caerá *totalmente*. Conozco zonas de aquella región, en las que una sola guerrilla de diez hombres, sin más alimentos que la hierba de las praderas y sin más armas que las piedras y algunas arrobos de dinamita, podrían resistir años enteros como resisten las guerrillas de Galicia, y tener en jaque a los más poderosos ejércitos de la tierra y del aire.

Las riquezas mineras de la región, será difícil que puedan ser explotadas por gentes extranjeras, porque no se encontrarán hombres ni minas a quienes explotar.

El Consejo Soberano de Asturias, que representa allí al Gobierno de la República, podría incluso gestionar una rendición honrosa, pero dudo que tal solución fuese aceptada, *por toda* la población.

De este pueblo heroico y único, en el mundo de hoy, surgirán núcleos numerosos de hombres gigantes, que se opondrán a todo y lucharán por su propia cuenta y con sus

propios medios, por la libertad y la dignidad comunes. Y por tanto tiempo como sea el que dure la lucha en los demás sectores de la España revolucionaria. Es decir: Que al fin saldrán vencedores. Pese a todo y a todos.

¡Camaradas de Asturias! Si la cobardía de muchos y la imposibilidad de los más por otra parte, os han restado ayudas, sepáis que nosotros estamos a vuestro lado de todo corazón. ¡De todo corazón!

FALTAN MILITANTES ⁶⁸

Esta es la frase que por doquier se oye cada día: ¡Faltan militantes! Y es verdad.

Un organismo del volumen y la envergadura de nuestra CNT necesita más valores de los que tiene.

Hablamos de valores «personales», naturalmente.

Cuando nos asomamos a otros partidos y sindicales, podemos observar, a la primera vista, que esas organizaciones cuentan con muchos menos militantes que nosotros. Y no nos extraña. Esas organizaciones se pasan perfectamente con unas pocas docenas de individuos aptos; con pocos tienen bastante porque ni la mentalidad ni la

68 *Amanecer*, Barcelona, año II, ns 13: noviembre de 1937. Con más de un año de labor de la Escuela de Militantes de Cataluña de la que era responsable, Buenacasa muestra aquí que el contexto de reflujo de la presencia política de la CNT, los reveses bélicos o las dificultades económicas no mermaban la entusiástica dedicación a la misión que ese centro de «formación militante» debía desarrollar. De ahí esta agria petición, no exenta de asomo crítico, de mayores medios con los que profundizar en la labor a la que veía destinada esa Escuela a la que dedicó la mayor parte del tiempo y esfuerzos durante la contienda.

moral de esas organizaciones tienen la aspiración ni los alcances que la nuestra.

De aquí que nosotros necesitemos lo que otros no necesitan. A un organismo de tendencias autoritarias le interesa mucho rebaño y pocos pastores.

A nosotros nos interesan los hombres, no el rebaño. Cuando se quiere crear y construir, se precisan creadores y constructores, sin los cuales no hay creación posible.

Si se tratase de «ir tirando» la cosa cambiaría. Fuera cuestión de elegir diputados o representantes, nos bastan treinta nombres y los tres millones de votantes que la Organización puede volcar en las urnas. Pero... ¡No! La cuestión es otra:

La CNT necesita que todos sus miembros sean elementos activos, militantes, en una palabra. El gran prestigio de que nuestra organización goza en el mundo, se debe precisamente al gran número de luchadores que nutren sus filas. Pero es preciso desear más, siempre más.

La Escuela de Militantes, que ha comprendido y sentido esta necesidad, desde el día que se fundó, ha dado muy estimables resultados, pero no tantos como de ella cabía esperar.

Tres o cuatrocientos camaradas de los que han asistido a nuestros cursos desde el primer día, han aprendido muchas

cosas; todos ellos sirven a nuestra organización allá donde fueron designados. Se nos dice que cumplen bien su cometido. Perfectamente; y de ello podemos estar orgullosos; pero no estamos aún del todo satisfechos. Queremos más; queremos y exigimos que la organización cuente con tantos valores individuales como necesite.

De otro modo resultaría amorfa e inútil, como lo son las otras organizaciones.

Y que nos perdonen los que se consideren aludidos por la afirmación que acabamos de hacer, puesto que tal es la realidad.

• • •

Es muy frecuente encontrar un secretario, un orador, un periodista, un bibliotecario, un administrador, un maestro, un propagandista, un hombre de organización, en fin, que cumplen su misión como saben y pueden; lo cual, con ser mucho, no es suficiente.

Cada compañero, en aquello cuyas actividades quiere ser fuerte, ha de probar una competencia absoluta; y permítasenos la frase.

No abarcar más de lo posible por cuanto el anhelo resultaría absurdo.

Además existe otro problema que es básico; el de conocer las ideas a las que servimos y, como es natural, sentir esas ideas.

En nuestro «Manual del Militante» ya se hace la afirmación de que, el servidor de nuestras organizaciones ha de ser, más que funcionario, orientador.

El conocimiento de nuestras ideas hay que adquirirlo en los libros, lo mismo que la cultura general.

¿Cómo habremos de juzgar a un camarada que venga a nuestra Escuela con deseos de ser escritor sin conocer la ortografía y la sintaxis?

Este hecho nos plantea un problema serio, por cuanto, no ya los jóvenes aspirantes a militar, si no que los mismos militantes veteranos, son analfabetos, en el sentido literal de la palabra, más del setenta por ciento.

Ignoramos hasta qué punto, la organización confederal y anarquista, a la que pretendemos presentar el caso, reconocerá ésta triste realidad.

Hemos propugnado por que, quienes vengan a la Escuela posean los rudimentos más corrientes de la primera enseñanza, pero vemos que ni eso conocen la mayoría de nuestros alumnos.

En tales condiciones se hace difícil que la Escuela pueda realizar su misión específica.

¿Será posible que sea un buen secretario, aunque tal sea su vocación, aquel o aquellos que desconocen las reglas de la escritura y el bien decir?

¿Podrá ser un buen contador quien no sepa contar?

¿Podrá estar al cargo, dignamente, de una biblioteca, nadie que desconozca la bibliografía?

Esta es la cuestión.

Corresponde a todos, sin excepción, hacer lo posible porque la Escuela de Militantes, que a pesar de cuanto señalamos, es el organismo que más provecho ha rendido a la causa, sea lo que nos propusimos al fundarla: La universidad de la militancia obrera y anarquista: el aula popular, donde se transformen en valores aptos y positivos, cuantos camaradas anhelan servir a la organización.

A eso van a tender nuestros esfuerzos, porque, como decimos al empezar, «Faltan militantes»

Por los Comités Regionales CNT– FAI

El Delegado Responsable

LA FORMACIÓN DEL PERIODISTA OBRERO ⁶⁹

Con esta fecha, la Escuela de Militantes de Cataluña, remite a los Sindicatos de Barcelona la siguiente circular. (Lo mismo deben hacer nuestras Filiales a los Sindicatos y grupos donde se hallan radicadas, «Al Sindicato de...

Estimados amigos:

No ignoráis la existencia de, la Escuela de Militantes de Cataluña cuya labor, pese a nuestra modestia, ha sido la más eficaz de cuantas en el orden de la cultura social han llevado a cabo los diferentes organismos de la CNT y la FAI creados al calor de la Revolución Española.

⁶⁹ *Martillo*, Barcelona, año I, nº 13:15 de diciembre de 1937. Se trata aquí de una circular firmada y remitida por Manuel Buenacasa en noviembre del 37 a los sindicatos y periódicos cenetistas barceloneses, en nombre de la Escuela de Militantes de Cataluña que dirigía, subrayando y propagando una de las principales actividades formativas de la misma como era la del militante periodista–propagandista. Aunque también aparecería en otras publicaciones como *Amanecer*, nº 13 (noviembre de 1937), p. 20, recogemos aquí la aparecida en *Martillo*. Portavoz del Sindicato de la Industria Siderometalúrgica, Barcelona nº 13 (diciembre de 1937).

No es nuestra intención decir cuál ha sido nuestra obra en el decurso de más de un año que nuestra Escuela funciona. De ello os daremos datos si queréis.

Lo que nos interesa hoy, es decir lo que pensarnos hacer en el futuro. Vamos a mejorar la estructura de nuestras clases, principalmente la que hace referencia a la formación profesional del periodista obrero.

Nuestra prensa, empezando por los órganos más difundidos de la CNT y la FAI, deja mucho que desear. En unos casos por hallarse, dichos órganos, redactados por compañeros sin competencia alguna, y en otros porque los redactores vienen del campo burgués carentes de ideas y de honestidad.

Estos últimos, salvo raras excepciones, servirían al fascismo –si el caso llegase– de la misma manera que nos sirven a nosotros, e igual que antes sirvieron al enemigo.

Queremos formar, pues, entre nuestros compañeros, aficionados a escribir, las aptitudes necesarias. De acuerdo con la Agrupación Profesional de Periodistas de la CNT, vamos a mejorar nuestra sección de periodistas y escritores.

Vamos a enseñar la taquigrafía, los métodos de redacción literaria y los sistemas más corrientes en la mecánica de la imprenta a fin de formar lo mejor posible las aptitudes

profesionales del periodista que haya de servir a nuestras ideas y a nuestra organización.

No queriendo alterar nuestras normas de enseñanza, mantendremos, además de la sección de que hablamos, las otras secciones existentes, tales la de organización, y las lecciones sobre temas económicos, sociales y de historia, a fin de proporcionar al periodista y al organizador una cultura general sin la que tampoco podría cumplir delicadamente su misión.

Os rogamos, pues, que invitéis particularmente a los camaradas de vuestro Sindicato con aficiones literarias para que vengan a nuestras clases y muy principalmente a los que dirigen vuestro órgano profesional o sindical, en la seguridad de que, en el plazo de cuatro meses, aquellos que demuestren aptitudes volverán al seno de la organización en condiciones de servirla satisfactoriamente.

Tomad el interés necesario sobre lo que es nuestro deseo y recibid nuestros saludos anarquistas.

Por los Comités Regionales CNT –FAI de Cataluña. Por la Escuela de Militantes,

M. Buenacasa

Delegado responsable».

ESCUELA DE MILITANTES ⁷⁰

No todo ha de ser belicismo. También ha de haber algo que hable al cerebro, que cultive el espíritu. Y aunque esta labor en estos momentos tenga algo de relación con el fragor de la lucha que sostenemos contra quienes comercian con la honra de España y la dignidad de la libertad, tiene un sabor de paz constructiva. He aquí la misión: Edificar, o formar, o ayudar a desarrollar las conciencias de la juventud de hoy para que sean los hombres del mañana. Y esa honrosa labor

⁷⁰ *Ilustración Ibérica*, Barcelona, año I, nº1: febrero de 1938. El artículo corresponde a una entrevista realizada a Buenacasa por un periodista de *Ilustración Ibérica* donde resume los orígenes y realizaciones de su Escuela de Militantes. El tono general y las escasas intervenciones del entrevistador –casi testimoniales– configuran un texto en el que nuestro autor lleva el peso de la totalidad del relato. *Ilustración Ibérica*, de la que fuera director Jeremías Roig y redactor jefe el propio Buenacasa, «salta al palenque de la prensa», según afirmaba la «Presentación» de su primer número, «para defender en sus páginas cuanto sea creación social y espiritual de nuestra revolución...» Sin embargo, lo hacía en un momento tan complicado para la causa revolucionaria como febrero de 1938, cuando Teruel había sido recuperado por las tropas franquistas y éstas estaban a punto de comenzar la gran ofensiva sobre el frente aragonés. Razón por la cual, tal vez, se añadía que «no nos casamos con nadie, para de este modo servir mejor a la causa antifascista», y eso «nos obliga, por nuestra independencia, a luchar y laborar para el pueblo entero, sin distinción de partidos».

es la que está llevando a cabo de manera silenciosa pero eficaz la Escuela de Militantes de la CNT–FAI de Cataluña, al frente de la cual se halla un hombre, viejo en las lides proletarias, pero joven en las concepciones sociales. El compañero Manuel Buenacasa.

Hemos creído conveniente para los lectores de «ILUSTRACION IBÉRICA» entrevistar a dicho compañero para que nos informase acerca del desenvolvimiento de la Escuela de Militantes, cosa que hemos obtenido inmediatamente debido a su amabilidad.

–Dime, compañero Buenacasa, ¿cómo surgió la Escuela de Militantes?

El veinte de septiembre de 1936, Mariano Rodríguez Vázquez, me ordenaba, con tono un tanto autoritario: «Los Comités Superiores de la Organización Confederal y Específica, han decidido crear una Escuela de Militantes en Cataluña; fíjate bien en lo que esta labor significa; y para llevarla a cabo se te ha designado a ti. Pide lo que necesites y *en avant*.

Soldado de fila en la CNT y en la FAI desde hace treinta años; llegado en aquel día de los frentes de Aragón, acepté el encargo. No me arrepiento de ello. Sólo una cosa lamento: Que nuestra labor no haya sido estimada en su justo valor, por las mismas organizaciones que nos encomendaron realizarla.

¿Y cómo la organizasteis?

–Organizamos la Escuela, de prisa, como convenía a la premura con que los acontecimientos nos atropellaban. Comenzaron a funcionar rápidamente tres secciones: La de oradores, la de organización y la de escritores.

Gestiones hechas por nuestro primer Secretario, Martínez Davia, hicieron afluir a nuestro Centro varios profesores, cuyo renombre y valía debo significar altamente: Joaquín Montaner, José Pérez Hervás, Menéndez Caballero, Menéndez Aleixandre y Luisa Prat. También ingresaron como alumnos los buenos artistas del Teatro Orduña y Giner; a este último le nombramos para la dirección de las clases de oratoria.

–¿Qué fruto está dando vuestra labor?

–El resultado de nuestra gestión en la primera etapa de nuestra vida docente fue halagüeño, más aún de lo que se esperaba. Luego, pasado el turbión de los primeros meses, comprendimos que habíamos ido más allá de donde nos propusimos, y llevamos a cabo una nueva estructuración de las clases. Lo que empezó atropellada y abarulladamente, devino algo así como una Universidad de la Militancia Confederal. En la prensa podrán observar nuestros lectores la organización de nuestros planes de estudio, que sólo tienen una finalidad: Formar Militantes.

Y creo que lo lograremos.

• • •

—Más de mil son los alumnos inscritos en Barcelona y las treinta filiales que la Escuela tiene en la Región. Hemos ayudado a formar organismos similares en el resto de España, pero parece que no han tenido lo que debieran.

Como síntesis de nuestra obra orgánica en el aspecto específico sindical, hemos publicado un libro titulado el «Manual del Militante», que ha constituido un éxito de librería.

Es una simple cartilla, donde los trabajadores pueden aprender las cosas más necesarias en el orden moral y legal.

Para que los muchachos que deseen formarse una capacidad periodística puedan desarrollar sus actividades, la Escuela hace una revista mensual que se reparte, gratuitamente, desde hace quince meses.

• • •

Los resultados generales prácticos obtenidos por nuestra Escuela pueden expresarse del modo siguiente:

A las Oficinas de Propaganda CNT–FAI les hemos proporcionado una veintena de oradores.

A las Escuelas Racionalistas de la organización, una docena de maestros.

Varios secretarios a los Ayuntamientos y colectividades.

A los Sindicatos les hemos devuelto, sabiendo muchas cosas que no sabían, más de doscientos alumnos, que sirven cada uno en los cargos a que han sido destinados.

Además ha organizado tres festivales pro-refugiados que han constituido un verdadero éxito económico y moral.

Ha intervenido, como organizadora en los grandes actos de la CNT y la FAI –mítines y manifestaciones– celebrados en Barcelona.

Y sus profesores y alumnos aventajados, han intervenido dentro y fuera de la Escuela, en Barcelona, en la Región y en otras Regiones, en más de cien mítines y conferencias. A raíz de los actos de adhesión y ayuda a Madrid, en noviembre de 1936, nuestros profesores y alumnos tomaron parte en ciento cincuenta de aquellos mítines relámpago, en sólo tres días.

–Mira, considerando ocioso continuar el rosario de la vida y milagros de la Escuela de Militantes de Cataluña, orgullo de la CNT y de la FAI., damos fin a estas notas, para decir que, a cuenta de nuestra obra no fueron presentadas facturas a la organización.

Los alumnos mismos pagaron hasta hace tres meses, de su peculio, la revista «Amanecer», órgano de la Escuela. Con motivo de la movilización militar, muchos jóvenes alumnos se hubieron de incorporar a los frentes, por lo que nuestra menguada economía se resintió, como es lógico. Sólo entonces nos aventuramos a pedir una pequeña ayuda a los Sindicatos de Barcelona, ayuda que se nos acordó sin discusión alguna.

• • •

Y así vivimos.

Nuestra Escuela tiene también sus mártires. Algunos de nuestros alumnos han muerto o han sufrido graves heridas como consecuencia de la guerra criminal que el fascismo tiene declarada al Pueblo Español.

Honor, pues, a nuestros héroes. Y como final, nuestra gratitud a los profesores de la Escuela que de modo tan desinteresado y continuo, sirven a la causa del proletariado emancipador.

He ahí las palabras sinceras de un hombre que ha consagrado su vida por la liberación proletaria. Sencillez y elocuente palabra. Pero más elocuente aún, es el acierto que tuvo ese formidable «Marianet» al pensar en la creación de la Escuela de Militantes.

CUESTIÓN CANDENTE, DE VIDA O MUERTE.

LA ALIANZA OBRERA EN ESPAÑA ⁷¹

¿Se han dado cuenta los dirigentes de la CNT y de la UGT españolas, de lo que estos organismos son y representan?

⁷¹ *Ilustración Ibérica*, Barcelona, año I, n2 2: marzo de 1938. Es uno de los tres artículos que firma Buenacasa en este número de la publicación, junto a otros dos más descriptivos sobre «Una creación cultural de nuestros obreros: la Escuela “Natura”», en el Sindicato Fabril y Textil barcelonés, y sobre «Industrias colectivizadas del esparto, la palma, esterería y anexos». Plantea una cuestión que será recurrente en el Buenacasa de sus últimos años y que, como aquí se afirma, ya venía preocupándole desde meses atrás: la fusión entre las dos grandes centrales sindicales obreras. Cabe recalcar cómo el escrito muestra la falta de realismo de muchos militantes acerca de los determinantes militares e internacionales de la guerra, en la medida que concibe esa fusión como una suerte de fórmula mágica para la victoria. Refleja, sobre todo, los crecientes apoyos cenetistas a la unidad de acción con la UGT, reforzados particularmente después de que los «hechos de mayo» de 1937 supusieran para ellos una acusada pérdida de influencia y un alejamiento de los espacios de poder que convertían el terreno económico y sindical en el último reducto desde el que podían aspirar a influir en la marcha política y bélica del país. Y merece la pena comprobar, por último, cómo el curso de los acontecimientos hacen virar a quien años atrás fuera tan crítico con todo pacto con la UGT, como se viera en un texto previo. Según se especifica en una nota al pie del propio autor, «un pacto ha sido firmado entre ambas centrales después de escrito el presente trabajo. ¡Bien! Pero insisto: La fusión sería mejor».

La pregunta no es capciosa, aunque lo parezca.

Porque, es lo que dirán las personas sencillas: «Si el dirigente de una entidad no sabe, él mismo, de qué va la cosa, ¿quién lo va a saber?»

El 19 de julio de 1936 los trabajadores se unieron, sin distinción de matices ni tendencias, para hacer frente a un enemigo que se había sublevado contra el pueblo.

Los hombres de la CNT–FAI «arrearon candela» afirmando, que no borrando, su inconfundible personalidad colectiva. Los UGT y PSOE hicieron otro tanto por su parte. Nadie se merendó al amigo porque a quien había que merendarse era a los fascistas traidores.

Y vencimos al enemigo del único modo que se puede vencer, con la unión, la inteligencia consciente o instintiva y el coraje de todos.

Luego empezó la obra proselitista; los unos a un lado, los otros a otro lado. ¿Por qué?

Y unos y otros, creyendo conjurado el peligro, empezaron a rehacer sus ranchos al margen o en contra del camarada vecino.

Después se obligó a los indiferentes e incluso a los adversarios, a encuadrarse en la CNT o en la UGT ¿Por qué?

El proletariado de las vanguardias, la militancia veterana y no dirigente, y todos los trabajadores de buena fe, empezaron a escamarse.

Un instinto fino de comprensión les advertía que si el fascismo había sido derrotado en algunas ciudades y pueblos de España, la victoria definitiva no se vislumbraba tan fácil. Y empezó a dudar del sistema de un juego a dos, que era lo que, en resumidas cuentas, suponía la política del exclusivismo y del proselitismo, iniciada por hombres de ambas Centrales obreras y de los Partidos políticos.

Yo estuve en desacuerdo con el sistema y, sin abandonar la disciplina de mi organización, me lancé por el mundo a proponer que la UGT y la CNT se debían fundir en un solo organismo. ¿Por qué dos, si era mejor uno solo?

En una conferencia celebrada en noviembre del 1936 en Reus, ante el pueblo entero, congregado en el Teatro Fortuny, dije: «Si los obreros de la UGT y de la CNT no hacemos la unidad, podremos perder, no solamente la Revolución, sino también la guerra».

El primero de mayo de 1937, ante más de diez mil trabajadores de Tarrasa, en un mitin organizado por la UGT y la CNT aunque sólo tomamos parte compañeros cenetistas, entre ellos Jacinto Borrás, dije más: «Ni la unión ni la alianza de nuestras centrales puede satisfacerme. Si bien la CNT me recomienda preconizar este buen sistema –añadí– los pactos

se rompen en cuanto cualquiera de las dos partes los denuncia por un desacuerdo. En consecuencia propongo que la UGT y la CNT se fundan ambas –como a la autógena–, pues es condición indispensable ésta para no perder la guerra.

«Si no hacemos lo que yo propongo –soy socio fundador de la CNT y de la FAI– lo perderemos todo».

Al terminar estas sencillas frases –que por cierto vengo pronunciando desde noviembre de 1936 por todos los pueblos de la España liberada– los trabajadores, en gesto unánime y absoluto, enardecidas de comprensión y anhelos de lucha, aprobaron mi propuesta.

Y dije más: «Si esta fusión –o pacto en última instancia– no se realiza en seguida, estamos perdidos todos, ya que, luego, sería tarde».

• • •

A pesar de lo que ha llovido desde que la guerra empezó, nuestros responsables no han comprendido la trágica y gran verdad de las horas que vivimos.

Discutir sobre qué bases se pretende la unidad, proposiciones o contraposiciones de una y de otra central, lo considero exageradamente político si nos atenemos al pensamiento dominante entre las masas trabajadoras.

«Hágase la unión –dicen– y como sea. Si somos lo suficiente imbéciles para separarnos o dividirnos, una vez terminada la guerra, ya veremos lo que más conviene. Pero ahora, si no queremos perecer nos tenemos que unir».

Los socialistas tienen su Partido. Los anarquistas tenemos el nuestro. Pero los trabajadores sólo tienen uno: El Sindicato.

A él debemos ir todos, sin perder de vista que, los trabajadores, unidos de verdad, representamos en el área total de España el 85% de los habitantes.

¿Quién en estas condiciones podrá derrotarnos? Nadie en absoluto. Todas las potencias de la fuerza y del dinero en Europa, no se bastan para vencer al pueblo español si los trabajadores de este país llegan a unirse.

Y luego otra cosa: ¿Se han dado cuenta los dirigentes de la CNT y la UGT de España de lo que representaría ante el proletariado de Europa y América –que no hace nada por nosotros invocando nuestra desunión (excusas de mal pagador)– si nosotros le diésemos en las narices con un pacto de unidad nacional condicionado para triunfar contra el fascismo y asegurar las conquistas del proletariado según las consignas de la FSI y de la AIT puestas previamente de acuerdo?

Nos parece que hemos dicho algo para ilustrar a quienes ostentan la alta dirección de la UGT y de la CNT

Y una observación final: Nos permitimos opinar en nombre de más del 80% de los trabajadores de ambas centrales obreras. Lo que probaremos si hace falta.

LA POLÍTICA... Y LA POLÍTICA ⁷²

Demos de lado al diccionario, que tan mal define, a veces, el significado de ciertos vocablos.

72 *España Libre*, París: mayo de 1946. Semanario editado primero en París, y en Toulouse desde 1947, *España Libre* fue desde la escisión de la CNT a finales de 1945 el periódico portavoz de la fracción «posibilista» en Francia, la liderada por Ramón Álvarez o el otrora faísta Juan Manuel Molina. Era por tanto el *alter ego* de las opciones ortodoxas encabezadas por Federica Montseny y su compañero Germinal Esgleas y de su órgano *CNT*. No resultará por tanto extraño que en él se defendieran las posiciones del ala contemporizadora de la CNT en el exilio así como de la del interior, incluidas las más abiertas a la «colaboración» con otros sectores antifranquistas. Tampoco lo será que, apenas unos meses después de dicha escisión, aparezca en sus páginas este artículo matizando el radical antipoliticismo ácrata. Y tampoco lo será que, refiriéndose a los citados líderes «ortodoxos», censure la práctica de vivir de los cargos en la CNT, lo que chocaba con el tradicional mito anarquista. Lo firma Buenacasa; el mismo que sin embargo, como veíamos antes, compartía dos décadas atrás argumentos y tribunas periodísticas con los Urales y polemizaba sin contemplaciones con los entonces representantes del posibilismo, caso de Pestaña o Peiró al que significativamente defiende aquí. Su caso es una muestra más de cómo la coyuntura de perpetuación del Franquismo podía aconsejar un frente común con los sectores «políticos». Para comprender el laberíntico mundo de la CNT de la posguerra, y en particular el proceso de escisión en el exilio y sus facciones, resulta imprescindible acudir al completo trabajo de Ángel Herrerín, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939–1975)*, Siglo XXI, Madrid, 2004.

Vamos a empezar por convenir que la política, en su acepción pura, no es el arte de gobernar, ni el de engañar a los pueblos, sino el de ilustrarlos y administrarlos.

Parécenos que es esta y no otra la finalidad política del anarquismo. Porque el anarquismo, dígase lo que se quiera, es la entidad más política que concebirse pueda.

Que existe la política usual –la de los profesionales y vividores– y la otra política, la de las personas decentes, ¡que duda cabe! Conviene andarse con ojo y no confundir la política usual –degeneración de la política buena, la que el pueblo ejerce por si mismo– es decir, los políticos de oficio y los que no lo son.

Se considera políticos de oficio a los que hicieron de la política una profesión o «modus vivendi» a largo plazo. Estos profesionales se dan a todos los climas, latitudes y organismos.

Incluso el anarquismo y el sindicalismo de España, que hasta 1930 podía tachar de pillos a los políticos de las otras tendencias, sectas o doctrinas, ha caído en el error grave de haber creado la profesión política a su vez.

Podemos tratar a Dios de tú y al Estado de ente criminoso los que nada debemos a esas entelequias, los que siempre combatimos la colaboración con ese monstruo absorbente y

los que nunca abandonamos las herramientas del trabajo útil, si no es en circunstancias muy raras y breves.

Político profesional, y por tanto mal político –aunque se diga enemigo de la política– es todo aquel que chupa del bote, bien sea si percibe emolumentos del Estado o de sus organismos independientes, como si embolsa las cotizaciones de los partidos o de las organizaciones sindicales y libertarias de manera permanente, como ocurre con esos insustituibles que se pasan años y años sin querer trabajar, amorrados a la teta ubérrima de los órganos a los cuales dicen servir. Con genes de tal jaez no hay política buena ni salvación posible para los pueblos.

Juan Peiró, que fue ministro una vez, cuando dejó de serlo, se fue derecho a la fábrica de vidrio, y estamos seguros de que si se le hubiese propuesto para ocupar nuevamente aquel cargo lo habría rechazado, más que por otra cosa, porque consideraba que el oficio de vidriero era una profesión más digna que la de político o chupa-cuotas. Nos viene a la memoria ahora la época trágica y difícil en que este compañero fue secretario general de la CNT de España –cuya misión desempeñó gratuitamente– y la época actual, en que nuestros compañeros del interior se conducen de la misma manera en la lucha despiadada que el enemigo le entabla.

La conducta de esos hombres –«pese a sus errores tácticos»– tiene que causar, forzosamente, la admiración de propios y extraños.

Al político no se le puede denigrar porque lo sea, si no es un pillo o un vividor. Entre el profesional que vive de la política o el militante libertario u obrero que vive, igualmente, de los dineros de sus asociados, ¿qué diferencia existe? Ambos harán política mala porque tanto el uno como el otro van a los suyos y lo prueba el hecho de que ninguno de ellos quiere dejar «lo que tiene», aun a sabiendas de que la recalcitrancia destruye las mejores posibilidades y las más firmes esperanzas de redención humana.

Hace casi cuatro años hicimos un viaje a una capital del Midi, en donde topamos con un muchacho de veinte años. Le pregunto:

¿Y de qué trabajas?

Sirvo a la organización –nos contestó.

El año pasado volvimos al mismo lugar y topamos de nuevo con dicho compañero. La misma pregunta salió de nuestros labios y de los suyos idéntica respuesta. Aún no hemos salido de nuestro asombro.

En el famoso Congreso de París interpelamos igualmente a uno de nuestros compañeros, del que sabíamos que hacía doce años que no había pisado el taller.

¿Y qué piensas hacer ahora?

Desde mañana tiraré de pico y pala.

Comprendí enseguida que el interpelado nos tomaba el poco pelo que nos queda. ¿Por qué tirar de pico y pala cuando se tiene un oficio menos rudo y el trabajo abunda?

Hemos sabido ayer que nuestro hombre no fue al «chantier» ni... al taller. Estos dos compañeros –y nosotros también– pertenecen a la FAI, pero estamos tan distantes de ellos como si pertenecieran a la Falange Española. Ellos y nosotros estamos de acuerdo, sin embargo, en una cosa: en combatir la política usual. Pero como no es lo mismo predicar que dar trigo, sonreímos contra esos profesionales de nuestras bellas ideas, cuando despotrican contra los oficiantes sentados de las ideas opuestas. De lo que se deduce que la política será buena o será mala según sean malos o buenos sus servidores.

Hay política y... política, como hay políticos y políticos. Entre éstos existen –sin distinción de ideas– hombres decentes y sujetos que no lo son ni poco ni mucho.

NUESTRA GRAN REVOLUCIÓN ⁷³

La gran revolución francesa de 1789, y la no menos grande revolución rusa de 1917, han sido simples granos de anís comparadas con la que el pueblo español supo hacer en el verano de 1936.

73 *Exilio*, Aynes, n2 29:19 de julio de 1946. Conmemorando el 102 aniversario del inicio de la «revolución española», Buenacasa recrea aquí el «sueño» libertario iniciado con la sublevación militar y la consiguiente guerra civil en el estío de 1936. Y lo hace, como era de esperar, con tintes épicos y desde la inequívoca exaltación de su significado. Pero también defendiendo la pervivencia de su legado y la confianza en la continuación de esa experiencia revolucionaria; o lo que es lo mismo, declamando frente a la nostalgia y las inclemencias del exilio, que el sueño estaba vivo. Siquiera por un día de tanto simbolismo, parecía necesario dejar de lado las divisiones y dudas que cuarteaban el exilio cenetista, y afirmar la identidad libertaria. Ese era precisamente también uno de los *leitmotiv de Exilio* («Tercera Regional. Boletín Interior de la CNT – M.L.E. en Francia»), el primer periódico confederal en el país galo. Dirigido por Manuel Rico, este mensual había surgido en los confusos momentos de julio de 1944 para contrarrestar la propaganda comunista de *Reconquista de España* y frenar así la sangría de militantes que se unían a esa y otras formaciones rivales, y perviviría hasta 1947.

Esto que dijimos en más de una ocasión, acaso arrastrados por el entusiasmo que nos produjo la gran epopeya que entonces vimos, lo mantenemos hoy.

De acuerdo, concluirán algunos de nuestros antagonistas, pero ya veis en qué ha quedado la revolución española.

Nuestra objeción les responderá: –la revolución española no ha terminado aún, ni terminará en mucho tiempo.

Las otras dos revoluciones, con las que se quiere comparar la nuestra, liquidadas con la promulgación de sus constituciones respectivas, ya se ve dónde han ido a parar.

«Los derechos del hombre», en Francia, son respetados según el potencial político, o económico, de aquellos a quienes la ley se ve en el trance de enjuiciar.

«Los derechos del trabajador», en Rusia, se aplican según el entender del partido gobernante que los monopoliza a todos. Quien sostenga otra cosa miente a sabiendas.

Por el contrario, en España, tanto los derechos del hombre como los del trabajador, fueron respetados de manera absoluta, por la razón sencilla de que el pueblo impuso por sí mismo la justicia.

La ley en España no fue otorgada por las oligarquías del leguyelismo político, sino adquirida por el sentimiento

humano de las grandes masas populares conscientes de su misión.

La diferencia, pues, entre el valer efectivo de la nuestra y de las otras revoluciones, salta a la vista.

Y es que, en España, pese al Franquismo y al antifranquismo de *pan llevar* el pueblo existe en potencia como entidad pensante, independiente y actuante.

El pueblo español tiene criterio propio y se siente capaz de hacer lo que piensa mientras que los demás pueblos que se llaman civilizados, piensan y actúan según sus representantes (?) lo entienden.

Nuestro pueblo es una rebelión permanente y los otros pueblos una sumisión constante. Cuestión de fatalismo, que impone a unos la queja y la obediencia y a otros la rebeldía y la acción propia.

La revolución española –y lo hemos dicho y repetido– la más grande de todas, y de ello dan buena fe sus grandes gestas constructivas, no ha terminado, ni terminará hasta que sean satisfechas las aspiraciones del pueblo que la anima con su savia generosa y con su sacrificio.

La CNT, va a honrar tanto como pueda, una vez más, los ideales de la libertad plena y entera, sin adjetivos, realizando una política cuya misión esencial habrá de consistir en arrumbar para siempre, de izquierda a derecha y de arriba a

abajo, el profesionalismo político y el profesionalismo clasista, en el Estado y en los Partidos, en tanto existan unos y otros. Logrado este objetivo primordial, los demás bienes humanos vendrán por añadidura.

Y nuestra gran revolución, habrá triunfado plenamente, sin que sus enemigos de dentro o de fuera lo hayan podido impedir.

«RERUM NOVARUM»⁷⁴

Cosas nuevas –título de la famosa encíclica del Papa León XIII– y «*cosas veredes*» de las que nos repugna hablar. Modos o modismos nuevos de gentes sin caletre que apellidándose anarquistas repiten a porfía el sonsonete de nuestra Marsellesa:

Y muera quien no piense
Igual que pienso yo

⁷⁴ *Exilio*, Aynes, ne 34: 19 de diciembre de 1946. Cuando la escisión había cumplido su primer año, el ya veterano anarquista de Caspe censuraba amargamente el sectarismo de la fracción «purista», sugería su responsabilidad en la división y apuntaba la causa inmediata de la misma. En efecto, como se desprende de este artículo, durante el Congreso de París, en mayo de 1945, el punto 18 del acuerdo ratificado por el mismo dejaba sentado que «el MLE–CNT en Francia no reconoce más Comité Nacional del Movimiento Libertario Español que el de nuestra organización en España» (cit. en Á. Herrerín, *op. cit.*, p. 67). Pero la estrategia de colaboración con el resto de la oposición antifranquista –acaso más realista en aquel contexto– seguida por la CNT clandestina en el interior de España, y su plasmación en la entrada de dos libertarios en el Gobierno en el exilio de Giral ese verano, precipitaría las cosas. El Comité elegido en París pasaba ahora a desautorizar al comité del interior. Y la desautorización del primero con que respondía a su vez el segundo, y junto éste el grupo posibilista del exilio, inauguraba la escisión.

¡Pues no, señor! A mí, que se me figura que nací para ser anarquista, no me entra el sentido de la famosa cantata.

El que piensa de buena fe, sin segundas intenciones, sin ambición personal y sin fines particulares, piense como piense, si su conducta y sus hechos se ajustan al ideal de su corazón, merece mis respetos y mi afección.

Porque el anarquismo, siendo por su grandeza buena y bello, amoroso y tierno, debe ser tolerante y comprensivo.

El anarquista que por añadidura es trabajador y se entrega, por ende, al interés de las organizaciones obreras, está obligado a respetar los acuerdos que éstas adopten aunque pugnen con las ideas propias del individuo.

Siempre fue así en España; de ahí nuestras glorias y nuestras gestas inimitables y únicas, pero... «Rerum Novarum».

Hace casi año y medio que los anarquistas españoles residentes en Francia... el ML– CNT nos reunimos en París y tomamos, por unanimidad absoluta, el acuerdo de no reconocer otro Comité director de nuestro Movimiento para el mundo entero, que al de España.

Luego nombramos un Comité para que, como es de ley, cumplimentara las decisiones adoptadas.

Ha resultado después que, como los amigos del Interior no obran según lo entiende el Comité de Francia éste, fallando a su más sagrado deber, no reconoce al de la Organización de España.

¡Y ello, en nombre del anarquismo!

En fin, «Rerum Novarum».

EDITORIAL ⁷⁵

Entre el correo detractor que recibimos, respondiendo a nuestro Manifiesto, una carta en particular, nos impresionó. Venía de un viejo militante y era correcta. Pero exhalaba un deje tal de sinceridad y amargura, que nos prometimos comentarla aparte. Aquel hombre –un equivocado más– debía llorar cuando la escribió.

75 *Uno*, Bourg–les–Valence, nº 3: abril de 1958. Tras tantos años –desde finales de 1945– de escisión del Movimiento Libertario en dos bandos, que reflejaban además no pocas de las contradicciones y enfrentamientos que habitaran en la CNT desde sus inicios, a fines de los años 50 surgieron algunas iniciativas encaminadas a la reunificación que finalmente llegaría en 1961. Una de ellas, procedente de los márgenes de los órganos directivos, sería la de M. Buenacasa y su boletín mensual, de título tan explícito como *Uno*. Aparecido desde principios de 1958 a 1960, y editado en la propia casa de su director en Bourg–les–Valence, *Uno* venía a ser órgano del denominado «Consejo pro–Unidad de la CNT». compuesto por varios militantes como G. Oliván, P. Malsand, J. Martí y otros, aunque todo parece indicar que quien llevó casi todo el peso de escritura y edición fue Buenacasa. Adentrado en sus 70 años, el viejo militante volvía a la carga para tratar de combatir el declive de una militancia cada vez menor y más pasiva y desilusionada por las luchas intestinas de sus comités. Y lo hacía a su manera, como en este impenitente editorial, repartiendo sus dardos dialécticos entre los santones y dogmáticos incapaces de asumir la menor autocritica y la más mínima evolución para el movimiento libertario. Especialmente, como se ve en la crítica que hace aquí a la «santa tríada» de «principios, tácticas y finalidades», a la fracción ortodoxa que más obstáculos ponía a la unidad.

Le habíamos destruido su Iglesia y, envueltos en sus ruinas, sus ídolos, aquellos que él adoraba sin saberse idólatra. Porque muchos cenetistas no se han dado cuenta aún de cómo son idólatras y dogmáticos. El menor gesto de autocrítica les parece blasfemia. La idea de adaptar sus doctrinas al tiempo presente, reformismo y herejía. Sin darse cuenta, –¡quién osará discutir su patente de corsos libertarios!– cometen a diario delitos de lesa libertad.

La Libertad de quien puede discutir y demoler todo, pero se detiene al umbral de su dogma y a la actuación del libertarismo a su manera. Aquí: ¡tabú! Y así, sin saberlo, esos libertarios se equivalen a comunistas y católicos.

La CNT se ha hecho una Iglesia y unos santos por desgracia, de estilo San Sulpicio. Quien, aun no osando destruir la idea del templo, les habla de un domo a la Corbusier, con frescos de Picasso, Matisse o Rouault será anatemizado al punto. Se estancan allí donde el sector moderno del catolicismo ha desbordado.

Rezan a diario a San Bakunin, pero olvidan que si nuestro coronel viviese hoy –¡y que falta nos está haciendo!– no se le ocurriría dejar tranquilo a Franco y menos aún, combatirle con las barricadas del 48.

Se aprenden el catecismo Kropotkine pero no tienen en cuenta que éste hubiera adaptado su ciencia a los descubrimientos de Einstein, Openheimer y Jean Rostand.

Esos libertarios no se dan la pena de analizar, de seguir y ayudarse, con el curso de los tiempos, para llegar a la Revolución. Como el pueblo ignorante, necesitan de la fe, creer en algo. Y, guay de los iconoclastas ¡Es tan cómodo creer! ¡Tan fácil esperar los milagros de los santos!

En España, pese a que la guerra nos cogió al imprevisto, sin preparación, hicimos, a la pata la llana, luchando con un medio y circunstancias en parte desfavorables, una experiencia revolucionaria meritoria. Debimos pues de haber deducido consecuencias y asegurado nuestra actuación para un futuro posible y posibilitado por nosotros. ¡Ni por pienso! Volveremos a nuestro país tan faltos de preparación como hace veinte años, y volveremos a cometer los mismos errores.

Pero, eso sí: periódicamente en los días fastos de nuestro santoral, volvemos a oír a nuestros santones y predicadores con respeto y veneración. Volverán al tema dogmático de «nuestros principios, tácticas y finalidades» (principios = lugares comunes sobados y manoseados; tácticas = carencia de tales; finalidades = no realización de ninguna). Volveremos a oírles mentar «los mártires de Chicago» sin que se nos ocurra exigirles que tenemos necesidad de nuevos héroes y mártires y son ellos, en tanto que responsables, los primeros a dar el ejemplo, pues las 48 horas ya están conseguidas desde hace muchos años en el Mundo, pero Franco sigue en España. ¡Y a recordar a Durruti, cuando éste preferiría tener sucesores!

Y, como los gamberros del campo ibérico, nos liaremos a estacazo limpio para decidir cual santote de palo, el del uno o el del otro bando, ha de salir primero en la procesión.

SUFRO CON ELLOS. A LOS MÁS Y A LOS MEJORES ⁷⁶

Al margen o dentro de nuestra organización, forman inmensa multitud los compañeros que sufren.

Son los más y los mejores.

¿Y cuales son las causas de ese sufrimiento?

¿Las dificultades del vivir cotidiano acaso? No.

¿La falta de pan en el hogar? Tampoco.

¿Por qué sufren pues?

76 *Uno*, Bourg–les–Valence, nº 5: junio de 1958. Buenacasa ofrece aquí un expresivo texto en el que, permitiéndose un tono lírico, compila en apretadas líneas los móviles que le mueven a bregar de nuevo en la vida militante y propagandística activa. Móviles que eran, además, causas principales, o al menos los síntomas más manifiestos, del declive incontestable –en efectivos, compromiso y resultados– del movimiento libertario en el exilio: el alejamiento de la realidad de la España de esos años y el hastío y desazón producidos en la gran mayoría de militantes por el hecho que la años atrás poderosa fuerza anarcosindicalista quedara ahora reducida a fútiles litigios donde las rivalidades y enconos personales representaban un nada nimio papel.

Sufren por algo más humano: Sufren porque la esperanza en un mundo mejor la están perdiendo, al contemplar la desorientación, las luchas intestinas, la carencia de responsabilidad y las querellas intestinas –más de personas que de ideas– motivo de nuestra desunión y la consiguiente impotencia de un Movimiento otrora fuerte y respetado.

Por esto, más que por otra cosa, sufren esos compañeros.

Los conozco bien, los trato a diario, los comprendo y claro está, sufro con ellos.

Algunos no me miran muy bien; incluso creen que soy de los menos y de los peores; y por tanto culpable de sus dolores.

Puede que tengan razón; pero si no la tienen, es igual.

Lo que yo quiero, con toda mi alma es, que aquellos que desesperan recobren confianza en sí mismos.

Que comprendan de una vez, que son tan responsables, o más que los «otros» de lo malo que ocurre a todos.

¿Y puesto que son la mayoría y los mejores, a qué aguardan para terminar con la división que tanto les hace sufrir?

El Creador de todas las cosas –el Hombre fuerte– cuando le vino en gana, hizo la luz.

Esta está en vosotros compañeros: Haced la Unidad de la CNT; imponedla si es preciso. Es la manera de que vuestros sufrimientos terminen y vuestras esperanzas renazcan.

Fraternalmente.

LOS UNITARIOS AYER... (I) ⁷⁷

Publicamos a continuación el extracto de un escrito presentado a una Reunión Plenaria de la Región 4ª–5ª; es decir, antes ya de nuestra escisión.

Dice así:

77 *Uno*, Bourg–les–Valence, ns 5: junio de 1958. En este interesante artículo, Buenacasa reproduce el escrito que firmara y presentara en octubre de 1945 él mismo junto con J. Calvo y R. Juliá, en representación de varias federaciones locales y del departamento de Lyon, a la reunión plenaria de la Región Alpes– Ródano. Significativo es el contexto que reflejaba, cuando dominaban los encontrados ecos del Congreso de París del mayo anterior, que había sancionado la toma del poder en el MLE por los sectores ortodoxos ligados a Esgleas y Montseny, apoyados por la FAI y contrarios a toda «colaboración política». Dignos de interés son asimismo la respuesta de Montseny también reproducida –y cuyo formalismo contrasta con la iniciativa de Buenacasa y recuerda el dirigismo burócrata de los partidos políticos–, y sobre todo el tema abordado por el escrito, en el que se desautorizaba al comité surgido de dicho congreso y se pedía nada menos que su dimisión por haber marginado a los militantes del Interior. Y relevante es, por último, el momento preciso en que se fecha, apenas una semana antes de que se publicara el documento «Con España o contra España» que sancionaría la creación de un opuesto Subcomité de Francia y que, por tanto, abriría las puertas a la escisión de la CNT. Sobre la Montseny en general, y en estos años en particular, véase Susanna Tavera, *Federica Montseny. La indomable*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.

Al Pleno Regional Ródano–Alpes del M.L.E–CNT en Francia.

Estimados compañeros.

A través de las circulares de nuestro Comité en Francia y de otras informaciones en nuestro poder, sacamos la consecuencia de que entre dicho Comité y la organización de España existen diferencias que de no ser allanadas inmediatamente, podría romperse la Unidad de nuestro Movimiento.

Así se desprende también de lo ocurrido en la Plenaria de Toulouse, celebrada el 30 de septiembre y los días 1 y 2 de los corrientes, en donde faltó al respeto debido a la delegación de España...

Cierto es que el Congreso de París acordó que la CNT no debe colaborar en ningún gobierno y que los compañeros de España habían acordado lo contrario.

Nosotros entendemos que los que huimos de nuestro país carecemos de autoridad moral para enjuiciar a los que en España quedaron, aunque las decisiones de estos, las consideramos equivocadas.

Los exiliados podemos discutir y acordar lo que más nos plazca pero, los acuerdos y normas de acción inmediata para liquidar al fascismo, son cosas que solamente pueden ser resueltas y ejecutadas por los compañeros del Interior.

Pretender lo contrario –desde aquí– es injusto e indelicado.

Y que conste que, en el Congreso de París, fuimos de los que votamos contra la colaboración con el Estado.

Por considerar –después de lo expuesto– que nuestro Comité de Francia, carece de la comprensión necesaria para mantener la Unidad espiritual, moral y organizativa del MLE–CNT, que pugna en España, por liberarse del fascismo, sea como sea, nos permitimos proponer que dicho Comité resigne sus funciones.

No olvidamos que este fue nombrado en un Congreso, pero entendemos que, cuando el bien del Movimiento lo reclama, todos los sistemas protocolarios están de más.

(Los firmantes proponen las modalidades a emplear para la designación de los miembros que deben sustituir a los dimitidos)

En lo que afecta a nuestra Región, por las mismas razones y causas ya expuestas, al requerir la dimisión del Comité de Francia, reclamamos también la de nuestro Secretario Regional Bernardo Pou y proponemos para sustituirle al compañero José Camps.

Hacemos constar que, los móviles que nos guían a presentar este escrito, están únicamente inspirados en el bien de nuestro sufrido pueblo, en la salvación de nuestro

Movimiento Único, y en el respeto, ayuda y amistad que debemos a los compañeros de España, cuyas decisiones estamos obligados a respetar, si no a cumplir.

Esperamos por tanto que el Pleno apruebe nuestra proposición y que la haga conocer a los Comités Superiores de Francia y de España.

Por si así no fuese, copias del presente documento serán enviadas directamente a dichos Comités y a nuestra prensa.

Por las Federaciones Locales de Livron, Valence, Donzere y Romans.

El Secretariado Departamental, Lyon, 20 de Octubre de 1945.

Habiendo sido rechazadas las anteriores proposiciones por el Pleno Regional, fueron remitidas estas a los organismos referidos.

El Comité de Francia respondió lo siguiente:

MLE–CNT en Francia, Toulouse:

A los compañeros Joaquín Calvo, Manuel Buenacasa y Ramón Juliá. Valence (Drome).

Hemos recibido vuestra carta que no debiéramos contestar por no venir por la vía orgánica.

No obstante os hacemos saber que no aceptamos vuestra proposición de dimitir de nuestros cargos, porque contamos con la confianza de toda la organización.

Por el Comité del MLE–CNT en Francia.

Firmado

Federica Montseny.

Nota.— Algunos días después se produjo la escisión de nuestro Movimiento; demostración de que lo de la confianza era un cuento.

En nuestro próximo número publicaremos una interesante comunicación, dirigida al Secretario de dicho Comité, en septiembre de 1946, por nuestro compañero Buenacasa.

LOS UNITARIOS AYER... (II) ⁷⁸

La carta que publicamos a continuación y que no obtuvo respuesta, fue remitida a Germinal Esgleas, por nuestro compañero Buenacasa ¡¡¡hace doce años!!!

78 *Uno*, Bourg–les–Valence, nº 6: julio de 1958. Como continuación del anterior, Buenacasa incluye aquí una carta escrita por él mismo a Germinal Esgleas, secretario general de la fracción ortodoxa de la CNT tras la escisión y confirmado como tal en el Pleno Nacional de Regionales de la misma de Toulouse en agosto de 1946. La misiva, datada días después de dicho pleno, cartografía el estado de la escisión cuando ésta se acercaba a su primer aniversario y adquiriría visos de realidad estable. Muestra las principales líneas de fractura que la habían generado –querellas y ambiciones intestinas, «tutelaje» anarquista, tácticas «violentas» o «políticas»–. Vaticinaba no sin acierto las desastrosas consecuencias que su consolidación acarrearía para el movimiento. Aparecía como una de las primeras iniciativas y alegatos directos «en pro de la Unidad». Y, en suma, proponía los caminos a seguir para «reconstruir» esta última, que pasaban por que las dos fracciones se respetaran mutuamente y, más en concreto, por la creación de una Ponencia mixta. Más aun, el propio Buenacasa se ofrecía como «intermediario» para esa labor. Pero, como en su intento de mediación entre «frentistas» y maximalistas en 1933, su esfuerzo sería baldío. Esgleas ni siquiera contestaría, confirmando la actitud exclusivista que –más allá de los encontrados testimonios militantes– confieren a su grupo los más recientes estudios (Á. Herrerín, *op. cit.*). La escisión se perpetuaría y Buenacasa, tal vez por esta decepción, pasaría a un, cuando menos, segundo plano de la vida militante del exilio.

He aquí la carta un poco abreviada:

A Germinal Esgleas, Toulouse.

Estimado amigo y compañero.

Quiero hacer, hoy, lo que desde largo tiempo está en mi ánimo: escribirte, para que sepas lo que pienso respecto a la situación de nuestro Movimiento en Francia.

Es mi deseo que informes al Comité que presides sobre lo que vas a leer, y luego espero que me digas el juicio que os merecen mis opiniones para saber si debo o no continuar la gestión que inicio con la presente carta.

Hay que convenir en que, unidos todos nosotros, como lo estuvimos hasta ayer, nuestro Movimiento puede considerarse indestructible, mientras que, separados o escindidos, seremos unos y otros devorados por quienes en ello tienen interés.

No olvides que el único Movimiento serio, poderoso y solvente, imbuido de ideas de emancipación integral con que cuenta el mundo oprimido es el nuestro; y sería desastroso que, por falta de comprensión, este Movimiento desapareciera o quedase reducido a la impotencia, como ha ocurrido a otros núcleos afines de Europa o América.

Organización de tipo libertario, que pueda ufanarse de poseer en España más fuerza e influencia que el resto de los

partidos y organizaciones del país, sólo hay una: La CNT, nuestra CNT

La pérdida de esa influencia y de esa fuerza, supondría un desastre de consecuencias irreparables. Hagamos por evitar que tal desgracia ocurra.

Por lo que a Francia respecta –y temo que en España suceda otro tanto– nuestra situación no puede ser más lamentable.

Tendencias o apreciaciones distintas, personalismos, ambiciones de hegemonía, etc., han producido entre muchos de nuestros compañeros rencores y desconfianzas, inexplicables entre hombres que se reclaman de un ideal superior a todos los ideales humanos.

Amistades que debieron ser imperecederas se han quebrado al choque de una discusión que, en vez de ser objetiva, fraternal y serena, degeneró en disputa apasionada y tanto que, en muchos de los nuestros, el amor debido al compañero ha cedido su plaza al odio.

En una palabra: Los hermanos de ayer, son hoy enemigos, que llegarían a ser irreconciliables, si no acertamos a discriminar razonadamente las causas profundas que han motivado el cisma que nuestra organización padece actualmente.

Creo, pues, que hay que elevar el debate hasta las cumbres de la razón pura; y dejando de lado pequeñeces y miserias, detenernos a analizar las causas motivo de nuestras diferencias. Y de tal análisis, estudio profundo y sereno, podrá surgir, sin duda alguna, la solución que anhelan la mayoría de nuestros compañeros.

Quiero razonar en pro de la Unidad, exponiendo algunos de mis puntos de vista sobre el problema que nos ocupa; a saber:

La CNT será, en el futuro, la que ella quiera y no la que queramos unos cuantos. La CNT es ya mayor de edad desde 1916 y puede ocurrir que, en más de una ocasión, decida prescindir del tutelaje que sobre Ella ejercimos, antaño, los anarquistas.

Aceptaré, seguramente, nuestras directivas, siempre y cuando, éstas, no contraríen los designios propios de las masas productoras.

Con el pensamiento fijo en la Unidad, hagámonos la idea de que la CNT acuerde rectificar sus métodos tradicionales de lucha, porque así lo entienden la mayoría de los federados.

¿Qué haremos, en este caso, los que no estemos de acuerdo con dicha determinación?

¿Separarnos de la CNT, haciendo rancho aparte, como prueba de la pureza de nuestros principios ideales?

Viceversa: Supongamos que un Congreso Nacional Confederal decida reafirmar, con mayor tesón que nunca, las tácticas de acción directa y anticolaboracionista.

¿Qué harán, en tal caso, los partidarios de la colaboración?

¿Separarse de la organización para practicar sus ideas reformistas o reformadoras?

En ambos casos. ¡No!, porque la separación, la escisión, el rompimiento de la Unidad, resultaría una catástrofe para los intereses generales de la clase obrera.

En ambos casos también –si la escisión se consumase– los «violentos» y los «políticos», la mayoría y la minoría, cada cual por su lado, fracasarían estrepitosamente.

Los unos y los otros, a la hora de practicar sus métodos respectivos, regocijarían a los enemigos de la CNT.

Y del fracaso se acusarían, mutuamente, los dos bandos. Tal es el panorama que nos ofrece una escisión de las fuerzas confederales.

Para obviar los peligros apuntados, sólo existe una solución: Mantener la Unidad de la CNT o mejor dicho: Reconstruirla. Veamos cómo resuelvo yo el problema:

Dentro de una sola CNT cabemos todos los que la amamos, pensemos como pensemos.

A suponer que, por acuerdo de la mayoría, se encomienda la dirección confederal a los «antipolíticos». Es normal y obligatorio el respeto a los acuerdos pero, la minoría, tiene el derecho natural de no practicar métodos en pugna con sus ideas.

Si por el contrario: los llamados a representar a la organización fuesen los «políticos», «los otros» podrían ejercer sus propias tácticas pero, entiéndase bien que, en uno y otro caso, *la minoría actuante, en oposición, contra los acuerdos generales no podría, de ninguna manera, ostentar la representación de la CNT*

Estos mis puntos de vista, claros, como el agua cristalina, conjuran, a mi juicio, los peligros y las consecuencias fatales que acarrearía una escisión.

No creo, aún considerando que habrá que revisar y rectificar profundamente algunas de nuestras actuaciones pasadas, que nuestra CNT descienda al terreno que descendieron casi todas las centrales obreras de tendencia anarquista.

Por creerlo sinceramente así, y no porque ciertas inconsecuencias me pueden afectar, como libertario, no tengo temor alguno a las desviaciones.

Cuando se sabe hermanar nuestro gran ideal, «con las realidades, los anhelos y las aspiraciones que apasionan a las masas en momentos determinados» –según Bakunin– nada hemos de temer.

No sé hasta qué punto pueden ser útiles las consideraciones que acabo de hacer, pero las hago por lo que valgan.

Urge, de manera imperiosa, restablecer nuestra Unidad interna.

La mayor prueba de confianza y ayuda que podemos ofrecer a nuestros compañeros del Interior, consiste en realizar nuestro regreso a la Península, todos unidos, como un bloque granítico, como un solo hombre.

...No veo más que un procedimiento para lograr la finalidad deseada: Reconsiderar todo lo ocurrido en nuestro seno, desde el Congreso de París, hurgando hasta la raíz del mal que nos corroe; y luego buscar las soluciones que se imponen, como ley de vida para nuestro Movimiento. Propongo pues, que se nombre, de inmediato, una Comisión –una Ponencia– cuyos miembros serán designados, de acuerdo, por ambos sectores de la CNT en Francia.

Dicha Ponencia, compuesta por dos o tres compañeros de cada sector y presidida por uno neutral –Quintanilla por ejemplo– tendría por misión estudiar las causas que han

producido la situación actual, proponiendo, a la vez, los medios más eficaces de llegar a la Unidad.

Estoy seguro de que el simple nombramiento de dicha comisión crearía un ambiente favorable a la reconciliación.

Todos los militantes que lo desearan, podrían ilustrar a la ponencia presentándole sugerencias y proposiciones.

Esta dictaminaría en el plazo de treinta días.

Durante este tiempo –algo así como un «armisticio»– nuestra prensa se abstendría de atacar a los compañeros, dedicando el espacio necesario a preparar los ánimos a favor de la Unidad.

Cuanto acabas de leer, ha sido concebido por mi propia y particular iniciativa.

Esto me obliga, según mi lógica, a ofrecerme a ti como intermediario entre vosotros y los amigos del otro Sector cenetista.

Y nada más.

En espera de tus gratas noticias, me reitero vuestro y de la libertad.

M. BUENACASA

Valence, 7 de Septiembre de 1946.

¿QUE PARA QUÉ LA UNIDAD? ⁷⁹

Algunos cerebros obtusos nos hacen esta pregunta, a la que es necesario contestar.

En efecto; la Unidad por sí misma, sin finalidades bien determinadas, no nos interesaría.

79 *Uno*, Bourg–les–Valence, n816: julio de 1960. Dos años después, Buenacasa vuelve a la carga respecto de la necesaria reunificación del movimiento libertario español, cuando ésta ya se estaba fraguando. Con militancia y dirigentes hastiados de enfrentamientos, todos eran conscientes del peligro real de convertirse en una comparsa en el panorama político del exilio, máxime cuando predominaba una dinámica de acuerdos entre todos los sectores antifranquistas plasmada en la Alianza Sindical (1961) y la Unión de Fuerzas Democráticas. Así, 1960 contemplaba la aceleración de los pasos hacia la reconstrucción de la unidad, que era aprobada por sendos plenos de las fracciones posibilista –en marzo– y ortodoxa –agosto–, para influir en el cual se concibe tal vez este artículo. Finalmente, la unidad recibía su sanción con la firma de los secretarios generales de ambas fracciones el día de Todos los Santos de ese año. Ahora bien, la reunificación tendría menos de abrazo y acuerdo recíprocos que de subordinación del grupo posibilista al más «purista» y, por tanto, de solución en falso que habría de acarrear una nueva escisión en 1965. Y desde luego no se produciría en el sentido de aunar reales esfuerzos con el Interior y con el resto de formaciones no libertarias del exilio, tal como sugiere aquí nuestro autor.

Que la CNT se encuentre dividida no es lo más grave que le puede ocurrir. Lo más grave fuera que dividida o unida vegete sin hacer nada realmente grande y provechoso.

Los que procedimos a recuperar el Movimiento en Francia, durante la ocupación nazi, tuvimos en cuenta, antes de exponernos a los riesgos de una actuación peligrosa que había que hacer lo necesario para que la CNT recuperada se ocupase exclusivamente del caso español.

En los varios Plenos clandestinos celebrados en Rive-de-Gier, Aurillac, Marsella, etc., nos ocupamos del problema de España, y no de cosas secundarias.

Los delegados al Pleno de Aurillac estamparon sus firmas, todos ellos, al pie de un documento en donde consta que, «la CNT en el exilio no tiene otra misión que la de ayudar, por todos los medios, a los compañeros del Interior en su lucha contra el fascismo».

El Congreso de París refrendó la misma posición en el mitin de clausura celebrado en el Teatro de la Gaité Lyrique.

Y podemos afirmar que, de no haberse producido el rompimiento de octubre de 1945 en Toulouse, nuestra premisa «¡todo por España!» hubiera dado los mejores resultados.

Los que nuestra desgraciada separación ha producido no es cosa de mentarlos en estos momentos, ¿para qué?

Aceptemos –a regañadientes– que todo y habiendo mantenido nuestra Unión, Franco hubiera podido durar algún tiempo a causa de ciertos imponderables, como dicen algunos compañeros; pero la prueba de lo contrario nadie nos la puede dar. Los hechos son los que cantan y cuentan.

¿Que para qué la Unidad?

¿Puede nadie dudar –ni siquiera los imponderables– que la división de la CNT no haya posibilitado considerablemente la supervivencia del Régimen español?

Esta verdad que nadie debe desconocer, nos obliga a todos, (si es que se quiere que el fascismo desaparezca) a rehacer la Unidad confederal y a luchar, codo a codo, con todos aquellos que sienten nuestras mismas aspiraciones de Libertad.

Para este fin concreto, que no está reñido con el anarquismo militante, debemos realizar los mayores esfuerzos.

¿Qué para qué la Unidad?

¡Pues para esto, compañeros, para esto!

¡Ah!; y para algo más importante aún: ¡Para salvarnos nosotros! Porque, si la CNT no se salva, será difícil la salvación de España.

Ahora bien: Pudiera ocurrir que el Pueblo español se arriesgue un día a sacudirse el yugo fascista, sin contar con una Confederación Nacional del Trabajo que, por dividida, la considerará inexistente.

Y luego a llorar nuestra impotencia; y a escribir contra el Pueblo «que se deja engañar» por los políticos y por el Nuncio.

¿Qué para qué la Unidad?

Pregunta ociosa que merece respuesta.

Ya la hemos dado.

Y allá los que no piensen igual que yo.

NUESTRO EXILIO Y LOS «OTROS» EXILIOS ⁸⁰

Según la historia moderna –en lo que va del presente siglo– el honroso «record» de los destierros políticos lo ostenta, con orgullo, el pueblo español en lucha constante por la Libertad.

Prueba evidente de que ese Pueblo, al que pertenecemos, no es como los otros.

80 *Le Combat Syndicaliste*, París, año I, nº 173: 28 de diciembre de 1961. Tras 17 años de tirada y casi un millar de números, en 1961 era cerrada la *Solidaridad Obrera* del exilio francés a causa de las presiones diplomáticas franquistas que encontraban cada vez mayor eco en la Francia de De Gaulle. Tras varios intentos baldíos, los cenetistas franceses la sustituirían por el semanario bilingüe *Le Combat Syndicaliste*, en el que habrían de colaborar la mayor parte de los grandes nombres de la CNT de esa década y la siguiente. Entre ellos, como vemos aquí, el veterano M. Buenacasa, quien firma aquí un texto sobre un exilio que frisaba ya los 23 años. Un exilio que resulta ensalzado en sí mismo y con los necesarios tonos épicos para combatir el creciente desprestigio y agotamiento que sufría; pero también por contraste con otros exilios, caso del que protagonizaban por esa época algunos sectores tildados de «fascistas» como el del propio Serrano Suñer.

Los exilios rusos –después de 1905– antizaristas los primeros, el zarista y luego el kerenskista, el italiano y el alemán (demócratas) después no han llegado conjuntamente a igualar a los ibéricos, ni en número, ni en tenacidad, ya que, exceptuando el exilio compuesto por los hombres de Lenine, Lunarchasky, Zinovief, vencidos sin resistencia, se dislocan y desaparecen en poco tiempo adquiriendo, así, la calificación de «blancos».

Tal vez, para distinguirnos de éstos, a los hoy desterrados de Iberia, se nos tacha de «rojos», pero en fin dejemos esto de lado.

• • •

El primero de nuestros destierros –en masa– lo constituyen, en el Rosellón francés, los revolucionarios catalanes, huidos de la «Terra Mare» a raíz de la Semana Trágica de Barcelona en julio de 1909.

Afortunadamente, estos desterrados pueden regresar libremente a la patria, un año más tarde, merced a la agitación Peninsular y universal, contra el gobierno Maura–Cierva que había asesinado, entre otros hombres del pueblo, a Francisco Ferrer y Guardia.

• • •

Al exilio catalán siguen, con pasmosa regularidad, otros exilios, entre ellos el de 1917, como consecuencia de la huelga general revolucionaria de agosto de dicho año.

Este, también breve destierro nuestro, se confunde con el portugués, impuesto anteriormente por la dictadura de Carmona y continuado, ¡hasta nuestros días!, por la de Oliveira Salazar.

El ejemplar exilio lusitano –el más largo, terrible y casi ignorado de todos los del siglo XX– es el único cuyos miembros han muerto o sido exterminados casi todos, a partir de los asesinatos de Cabo Verde.

• • •

La «etapa» Primorriverista (1923–29) bautizada al principio, con el nombre chungón de «Dicta–blanda», se endurece, gradualmente, al extremo de devenir inaguantable; hecho que nos fuerza –una vez más– al abandono de nuestra tierra.

• • •

Pocos meses más tarde de haber sido derribado el dictador jerezano, el pueblo de España –magnífico y tremendo– sin que una sola gota de sangre lo mancille, destruye la monarquía y proclama la República en abril de 1931.

El régimen republicano, en vez de afirmar su poderío, de origen indiscutiblemente popular, chalanea con sus adversarios y, como consecuencia fatal, se entroniza en España lo que dimos en llamar «el bienio negro». Presidido por Lerroux–Gil Robles.

Contra un tal gobierno reaccionario, se alzan unánimes los trabajadores de la región asturiana.

No menos de ciento cincuenta mil de ellos –los muertos están fuera de esta lista– van la cárcel o al destierro (octubre 1934) pero no por mucho tiempo; porque nuestro pueblo, otra vez victorioso, vuelve a abrir, de par en par, las puertas de los presidios y las fronteras, el 16 de febrero de 1936.

• • •

Exactamente cinco meses después, los elementos derrotados, con el ejército a la cabeza, se insubordinan contra la «legalidad» republicana y, en acuerdo con toda la reacción de la Península, con los gobiernos de Alemania, Portugal e Italia y con el consentimiento de las democracias le declaran la guerra al pueblo español, el 18 de julio. Pero este pueblo nuestro, bien que inerme, responde al ataque y, por primera vez en la historia del mundo, vence, en pocas horas, al ejército de la Nación (?) en las tres cuartas partes del país.

La guerra civil española y nuestra Gran revolución, terminan «oficialmente», por decreto de las autoridades (?) fascistas, el primer día de abril de 1939.

• • •

Con motivo de la derrota republicana, más de medio millón de españoles –la flor y nata del pensamiento, de las artes y del trabajo creador– se ven de nuevo obligados a tomar los caminos del destierro. ¡Y qué destierro! Va a hacer de esto veintitrés años.

• • •

A partir de aquel momento, el mundo no ha conocido, ni conocerá ya más de dos exilios políticos concretos: el republicano, democrático, socialista y libertario –representando a pueblos enteros– y el fascista, que no puede representar otra cosa que el ancestro de esta sociedad moribunda.

• • •

Dicho esto –que se pasa de todo comentario– el exilio republicano español no ha pretendido nunca que los gobiernos democráticos, que un día nos dieron asilo, nos consideren a nosotros mejores y más honestos que a los fascistas. Ello sería tanto como pedir peras al olmo. Lo que sí queremos es que no se confunda a las personas decentes con las que no lo son, porque, entre el sujeto liberticida, vago

profesional, enemigo del pueblo y el hombre trabajador, que aspira al bien y a la fraternidad de todos los seres de la especie humana, la diferencia es demasiado patente.

Sin embargo, los «expertos» juristas –los de Iberia y los de fuera– cuando son llamados a discernir sobre ese problema de los exilios políticos, nos meten a todos en el mismo saco.

La formulación que al respecto se hacen dichos señores es la siguiente: «Entre elementos voluntariamente exilados en un país cualquiera –digamos España– en donde viven a cuerpo de rey, solícitamente atendidos, por sus compadres de la península Ibérica, y los desterrados forzosos de dicho territorio, en otros países de la Tierra, no puede existir distinción alguna, por estimar –los «expertos»– que ambos núcleos conspiran contra los regímenes que les son adversos».

«Por esta y otras razones supremas, ambos exilios, el fascista y su contrincante deben ser medidos con el mismo rasero», etc.

¡Ah! Si al menos fuese así, la justicia «política» demostraría que sabe distinguir entre lo que tiene de legítimo un régimen constitucional elegido por la voluntad expresa de una gran mayoría de la población y el carácter –ilegitimo– de un sistema de gobierno impuesto a un pueblo –el de España– por la fuerza de las armas «nacionales» y extranjeras.

Y hecho este distingo, según las reglas de la misma justicia «legal», los dos exilios en presencia serían tratados en razón de lo que uno y otro son y representan, por sus alcances humanos. Pero –«á quoi bon?»– si el purismo de los «expertos juristas»...

• • •

Vengamos ahora a nuestro exilio actual, tan traído y llevado por propios y extraños.

Y no para pasar factura a nadie, porque los exilados de España que aún quedamos con vida carecemos de autoridad suficiente para ello.

Pero esto puede hacerse en nombre de nuestros muertos –los novecientos enterrados en Narvik, los dos mil que también murieron «lors» de la liberación de París y del Mediodía francés y muchos más en la Europa entera– y sin contar los ocho mil y pico de compañeros españoles arrojados vivos en los hornos crematorios de la Alemania nazi.

¿Y qué más aún?

• • •

En resumen: Al exilio republicano español se le pueden reprochar bastantes «fallas», a saber: Se sacrificó por la liberación de todos los pueblos –más que por la misma del

pueblo a que se debe— en la creencia de que los liberados con nuestra ayuda nos ayudarían —a su vez— a liberar del fascismo a la Península Ibérica.

Según Kaminsky los exilios, mirados de lejos, son más ejemplares que si se los contempla de cerca.

Pues bien: nuestro exilio, se mire como se mire, y pese a lo que pueda separar a sus componentes, les une a todos la virtud de haber durado. Y más aún: la de ser «buenos chicos» —por cierto muy neutrales— al «égard» de las leyes de asilo políticas.

El más grande de los reproches que se nos hacen, es el de querer continuar existiendo, contra viento y marea, seguros de que nada, ni nadie, podrá impedir esta continuación gloriosa, honra y prez de cualquier exilio que se estime, tal el nuestro.

He ahí nuestra decisión inquebrantable.

NUEVA VERSIÓN DEL ASESINATO DE GARCÍA LORCA ⁸¹

Acaba de aparecer en Alemania un interesante libro, del cual es autor Günter W. Lorenz.

81 *Espoir*, Toulouse, año I, nº 3: 21 de enero de 1962. Es esta la primera de una variada serie de participaciones de Buenacasa en *Espoir*, «Organe de la Vle Union Régionale de la CNTF», es decir, de la CNT en Francia. *Espoir*, semanario editado en Toulouse, nació con el año 1962 y venía a sustituir dos meses después a *CNT*, portavoz semanal del cenetismo ortodoxo suspendido por las autoridades francesas en noviembre de 1961. No había sido el único caso, pues sucedía lo mismo en diciembre con *Solidaridad y Despertar*. Tal vez por ello apareciera en la cabecera como su primer director Antoine Turmo, aunque quien se encargó de *Espoir* —como hiciera con *CNT* desde 1959 tras la salida de José Peirats— fuera Federica Montseny. Y tal vez por ello, de igual modo, buena parte de cada número viniera editado en francés. Eso sí, como afirmaba el editorial del número 1 (7/1/1962), *Espoir* «acogerá a todos los españoles que, dirigiéndose a nosotros para expresar sus problemas, solicitar nuestra ayuda e incluso consejos, nos enviarán sus comunicados y sus artículos escritos en su lengua, puesto que no conocen ninguna otra». Uno de ellos sería nuestro autor, que comentaba aquí la obra de Günter Lorenz sobre la muerte de Lorca. El original de la misma es *Federico García Lorca*, Stahlberg, Karlsruhe, 1961 (las circunstancias del fusilamiento, en pp. 133–168).

Dicha obra contiene revelaciones inéditas y sensacionales sobre la muerte del gran poeta español, al principio de nuestra guerra civil.

Lorenz se ha podido entrevistar con las hermanas de Lorca e interrogado a los testigos más al corriente de aquel crimen horrible, pudiendo así reconstituir, hora por hora, los últimos momentos del poeta, enterrado –según su amigo y compañero nuestro, Oliván– «a la sombra de un olivo de Viznar».

García Lorca había llegado a Granada, el 16 de julio de 1936, para pasar sus acostumbradas vacaciones al lado de su familia.

Cuarenta y ocho horas más tarde, los militares y los falangistas se adueñaban de la población granadina, empezando por matar gente a diestro y siniestro.

Al constatar dichas masacres, Lorca, bien que aparentemente no tenía nada que temer, por no estar afiliado a ningún partido, decidió refugiarse en la casa de un amigo de su infancia, Luis Rosales, falangista notorio y escritor.

El poeta del pueblo andaluz se veía ya seguro de que no tenía por qué temer –«¿Por qué me han de matar a mí?»– decía; pero, el 17 de agosto, aprovechando que su amigo Rosales se encontraba en el frente, un tal Ruiz Alonso,

diputado derechista, al frente de un grupo de pistoleros, irrumpió en el domicilio del falangista y detuvo a Lorca. La madre de Rosales avisó inmediatamente a su hijo. Este regresó a Granada a toda prisa, visitando acto seguido al gobernador de la provincia para exigirle la inmediata libertad del detenido.

El Poncio respondió brutalmente a Rosales:

–Ha venido usted demasiado tarde, Lorca ha muerto ya...

En realidad, el gobernador había mentido, pues el poeta, no fue conducido a Viznar sino al día siguiente, en donde lo fusilaron por orden personal de Ruiz Alonso, que odiaba a Lorca «por su liberalismo como escritor».

Esta es, en síntesis, la «nueva» versión, que nos ofrece Lorenz, sobre el asesinato de que fue víctima el gran poeta español.

Acerca de la significación de este grave suceso, el escritor alemán mencionado emite el siguiente juicio:

«El reproche más grave que pueda hacerse al gobierno franquista, es el de no haber pedido jamás cuentas a los asesinos del poeta...».

Este juicio suyo, Sr. Lorenz, ha sido ya expuesto miles de veces, antes de que usted lo hiciera, por todas las personas

decentes que estudiaron el «affaire» Lorca... en España y fuera.

Pero ninguna fue escuchada porque el fascismo ibérico no puede traicionar sus propias esencias.

¿La Justicia? ¡Quién sabe! El Pueblo, tal vez... un día...

N. del A. – Extractos comentados de una publicación francesa

A PESAR DE TODO... ⁸²

Unos cuantos amigos me escriben, interesándose por mi «preciosa» salud: Merci!

Y todos ellos –cosa que me parece rara– se lamentan de que el exilio español no haga nada. Esta opinión, es

82 *Espoir*, Toulouse, año I, n2 21:27 de mayo de 1962. Desde una perspectiva similar a la observable dos textos atrás, Buenacasa hace aquí alusión a las sombras del exilio y de la acción antifranquista –represión, presiones franquistas en Francia, querellas intestinas–. Pero también a sus luces; o, al menos, a las esperanzas y optimismo que en el viejo combatiente despiertan y merecen tanto la continuidad de la militancia del exilio como las primeras y todavía inarticuladas muestras de disenso colectivo que se manifestaban en la España de la dictadura, como en una oleada, en esa primavera de 1962. No era para menos. En efecto, como indica un historiador, «1962 fue... un antes y un después, [y], especialmente para la gente común de las principales zonas industriales del país fue el año de las huelgas»: Xavier Doménech, «El cambio Político (1962–1976). Materiales para una perspectiva desde abajo», *Historia del Presente*, 1 (2002), pp. 46–67 (citas en pp. 48–49). Cfr. Carme Molinero, Pere Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Siglo XXI, Madrid, 1998.

compartida por infinidad de compañeros. Yo no la comparto. Y aquellos tampoco.

¿Por qué? Porque, a pesar de todo, este exilio nuestro, que al parecer dormita negligentemente, hace algo: EXISTIR, contra vientos y mareas.

Además de esta noble existencia, no hay un solo exilado que no esté, con España, compenetrado.

Y nada de optimismo exagerado.

«Una acción –dicen dichos amigos– es lo único que puede convencernos. Muy bien; amigos.

Este solo deseo –accionar– demuestra que los interesados, en su mayoría, quieren hacer algo.

¿Dónde? En España. ¿Cuándo? En el momento que se cuadre. ¿Cómo? De la manera que creamos más eficaz a los fines que perseguimos.

Esto lo llevamos en nuestras entrañas... *a pesar de todo.*

• • •

Como si adivinásemos que el Interior estaba presto a reavivar nuestros mortecinos rescoldos, escribíamos hace unos días: Jamás, la CNT, colaboró, en huelgas de origen

capitalista, como ocurre, de algún tiempo a esta parte, en ciertos países de nuestro planeta.

• • •

Sin esperar, a conocer el sentido que, en el presente podía significar nuestro aserto, los trabajadores del norte de España y con ellos el estudiantado madrileño, han respondido a la cuestión:

¡Aquí Asturias, aquí Vizcaya, aquí Beasain, aquí Madrid! A pesar de Franco y de todo el aparato represivo que dicho régimen suspende sobre nuestras cabezas, ya lo veis, compañeros desterrados: aquí no se tiembla; la acción continúa».

El exilio comodón, se remueve; prueba evidente de que, *a pesar de todo*, no dormía.

Esto se ha comprobado esta y otras veces; y se comprobará de nuevo, cuando se presente la *ocasión última*. Y si no al tiempo. «Malgré» la Télé, el Frigo y lo demás...

HOY COMO AYER. HONOR Y JAQUE A LA VIEJA MILITANCIA⁸³

Califico, como militantes viejos, a los que viven, exclusivamente, de los recuerdos del pasado. Y, de lo mismo, a todos aquellos compañeros que, por pruritos de negra honrilla, quieren hacer creer a las gentes lo capaces que se sienten –¡a sus años!– de aguantar el tipo, para que no se diga que claudican o se rajan.

83 *Espoir*, Toulouse, año I, nº 29: 22 de julio de 1962. No deja de llamar la atención, por poca empatía que se tenga al personaje, el vigor autocrítico, cuando menos, que se muestra en este escrito. En el otoño de su vida, Buenacasa no se limita ni resigna, como pudiera resultar más fácil y en todo caso más habitual, a volver los ojos hacia el pasado y contemplar con el consabido tamiz de la idealizadora nostalgia una larga trayectoria de lucha, sinsabores y esperanzas. A sus 76 años recién cumplidos, el veterano militante aragonés pone el dedo en la llaga de toda su generación de militantes libertarios exiliados al mostrar la ficción de un movimiento sin base social, espacio de lucha ni sindicatos; y, por eso mismo, al asegurar que los suyos viven a menudo «de espaldas a la realidad». Sobre todo – justificando que pervivieran las pasadas críticas– aquellos que seguían arguyendo purismos ideológicos para afianzar inmovilismos estratégicos y políticos, como volvía a hacer en buena medida el sector triunfante de la reunificación.

Aludo aquí, de manera particular, a los más antiguos, es decir, a los que vivieron, actuando, las duras batallas sostenidas en España por la CNT a partir de la primera guerra mundial.

• • •

Cuando estalla la nuestra –que es civil– muchos de los ya entonces veteranos, empuñan las armas, se lanzan a la calle y, codo a codo con los luchadores más jóvenes, lo dan todo por la Libertad.

Entre los milicianos confederales que ocupan los frentes de batalla, se cuentan numerosos cincuentones y no pocos de mayor edad.

• • •

Ahora bien: la Revolución, que va de par con la guerra, los necesita en otros lugares, y claro está, una buena parte de nuestros viejos, tienen que abandonar su «condición guerrera» para situarse allá donde les designa el Movimiento.

Lo que más honra a estos hombres, en el desempeño de sus nuevas funciones, es la facilidad asombrosa con que se adaptan al ambiente, creado por la Revolución en marcha.

Después de todo ¿no fueron ellos –idealistas cien por cien– los que mayormente habían contribuido a la gran eclosión del verano del 36?

Aquí, el porqué no les sorprende el advenimiento del nuevo Régimen, dentro del cual viven y trabajan como el pez en el agua, adaptados al singular empuje de las actividades creadoras.

La conducta ejemplar de dichos compañeros no se sabe que haya sido igualada –¡por nadie!– en ningún país, ni en ningún tiempo.

• • •

Sí, amigos, sí; desde el verano del 36 hasta el invierno del 39, estuvisteis, más que nunca –en vuestra larga vida de luchadores– a la altura de las circunstancias.

Lo mejor de la historia del mundo trabajador –en el plan político–social, económico y humanista– es obra vuestra.

Este gran honor corresponde, en primer término, a nuestros viejos, los que ya murieron y los pocos que aún quedan.

Por orden cronológico sigue, a éstos, la espléndida generación representada por Sobrevida, Ascaso, Andrés del Campo, Durruti y miles de compañeros más de la misma

estirpe, muertos –la mayoría– en el cumplimiento de sus peligrosas obligaciones. Los que quedan en vida, todos peinan canas.

Honor también a ellos y a la juventud que supieron arrastrar a los más altos destinos de nuestra historia.

• • •

Después de este obligado introito, el viejo que escribe las presentes líneas, a la intención de sus iguales, quiere pedirles perdón, por lo que va a decir a continuación:

El viejo os habla amorosamente. Escuchadle con cariño:

–¿Estamos hoy «los de la vieja guardia» –como ayer lo estuvimos– a la altura del momento que vivimos?

–¡No!

–¿Somos los mismos de antaño?

–¡Tampoco!... Pacientad un poco!

Esta «cuestión» se ha planteado muchas veces en nuestros medios y, ¡cosa emocionante!, en cada ocasión el coro de nuestra más antigua veteranía, responde con indignada altanería:

–¡Seguimos siendo lo que fuimos y por nada del mundo cambiaremos!...

• • •

A los compañeros de mi promoción y a sus inmediatos seguidores, que emplean un tal lenguaje alentador, me atrevo a decirles que están equivocados o se engañan a sí mismos. Lo mejor fuera –ajustándonos a la realidad– declarar noblemente que, hoy por hoy, no somos más que la sombra de lo que hemos sido. Desde luego, una sombra simpática, que todavía puede ser muy benéfica.

Esto lo afirma un optimista inveterado.

Razonemos sobre ello: Para que nuestra vida y nuestra conducta presentes fuesen lo que antaño fueron, sería menester que ciertas circunstancias, que vosotros supisteis fomentar otrora, se pudieran reproducir ahora. Por ejemplo: nuestros Sindicatos, nuestros Ateneos, nuestros Grupos de defensa –o de ataque, según los casos– y en fin, aquel ambiente ideal, tan contrario al del exilio, que se nos traga enteros aunque otra cosa digamos.

Además, esto hay que comprenderlo bien: Al complejo de la vejez y del desgaste, impuesto por los muchos lustros que llevamos a cuestas, son muy pocos los hombres que logran escapar.

• • •

¿Quiere esto decir que estamos ya para el arrastre, y que nuestra misión sobre la Tierra ha terminado?

¡Oh no, de ninguna manera: todo lo contrario!

El militante –no importa su edad– tiene deberes sagrados a cumplir, mientras le quede un soplo de vida.

Ahí está, por no mencionar otros casos abundantes, el ejemplo reciente de un Luis Lecoin –74 años– practicando una huelga de hambre contra el servicio militar obligatorio. La acción efectiva, de todos los Lecoin que en el mundo han sido, nos maravilla por su realismo, como acto concreto de consecuencia y de fe en la propia determinación del hombre.

A mi entender, el militante libertario español viejo está viviendo de espaldas a la realidad. No hay más que constatar cómo la soslayamos, aferrándonos a los recuerdos del pasado, sin hacer nada por preparar un porvenir que concuerde en lo posible con nuestras ideas.

Estas, que hay que conservarlas como oro en paño, tienen que ser consagradas con hechos contundentes y no con simples declaraciones de intención que, por buena que sea no resuelve los problemas.

¡Problemas! Los que suscita el «caso español» –que abarca y engloba todas las aspiraciones nobles del universo humano– revisten un interés grandioso.

Los viejos iberos podemos, aún, hacer mucho por que dichos problemas sean resueltos.

• • •

Voy a concluir: Paréceme necesario y urgente –después de lo dicho y lo por decir– que nuestra vieja militancia tome, una vez más, la responsabilidad de actuar, de tal manera que, el Movimiento Libertario Peninsular adquiera, de nuevo, la influencia preponderante de que gozó, en otros tiempos, entre la gran masa de nuestro Pueblo.

Ante la eventualidad –¡fatal!– de que los acontecimientos esperados se precipiten en nuestro país, nada tan justo, conveniente y lógico, como atender y escuchar la voz colectiva de la vieja generación militante. ¿Qué menos que esto?

A este efecto, quiero proponer la celebración, en Francia, de un «cónclave» que, bajo la égida y la presidencia del S.I. reúna a *cincuenta hombres, los más viejos de la CNT* (mientras no chocheen, como me ocurre a mí).

¿Para qué? Para decidir, en principio al menos: «qué medios conviene emplear –desde luego prácticos y

hacederos– para que el fascismo desaparezca de España y Portugal?»

Una sola condición a esta consulta: Que los encargados de responder, sin salirse por la tangente, formulen sus conclusiones en unas síntesis concretas, cuya brevedad excluya todo divertimento filosófico o literario.

• • •

Compañeros del S. I.: Dadle jaque a nuestra vieja Militancia; ponedla a prueba, sacudiéndola hasta sacarla de sus goznes. Y hacedla trabajar en el sentido que mejor cuadra a su «estado», a su experiencia, a su ponderación, a sus conocimientos y a su deseo ferviente de servir –hasta el fin– al Ideal de toda una vida: Confiadles esa misión honorífica», seguros de que la cumplirán con el mayor orgullo

Y veréis cosa buena: Los «viejos» devendrán hombres «nuevos».

¿Cómo no?

EL «CASO» SAMBLANCAT... NO DEBE REPETIRSE ⁸⁴

Tú, Federica, y lo mismo digo de los demás directores de nuestra prensa –que acaparáis «el totum» de nuestras figuras nobles– permíteme que yo diga también algunas palabras, acerca de ese gran amigo que hemos perdido.

Y otras, más breves, sobre mí mismo, que fui su amigo.

• • •

84 *Espoir*, Toulouse, año II, nº 71: 12 de mayo de 1963. Se detiene aquí Buenacasa en el curioso caso del también aragonés, éste de Huesca, Ángel Samblancat; o, más bien, el de lo acaecido después de su muerte ocurrida apenas tres meses atrás, y en una serie de reflexiones no menos insólitas que ello genera en nuestro autor. Samblancat (1885–1963), nacido y fallecido un año antes que el propio Buenacasa, había seguido como éste estudios religiosos, lo que después de dejar el seminario le abrió las puertas a una notable y agitada carrera como prolífico escritor, periodista, político republicano y defensor de militantes cenetistas. Esto último, junto a su anticlericalismo radical, su federalismo y sus contactos con el anarquismo a través de sus muchas amistades en ese campo, harían de él una figura respetada entre las filas libertarias y un asiduo colaborador en su prensa e iniciativas editoriales.

Cuando Peiró, y otros antifascistas ibéricos, fueron entregados por Pétain a Franco para que se les fusilase, como así ocurrió, Ángel me escribió:

«Maño: yo también estoy en la lista negra, pero te juro que, esta vez, no me pescarán vivo porque antes de que lleguen mis enemigos, abriré el gas y me suicidaré».

Mi respuesta no se hizo esperar:

«Oye, Ángel: ¡No hagas eso! Esta misma semana, que debo ir a Agde, me detendré en tu casa, y entonces hablaremos. Entre tanto, espérame tranquilo».

• • •

¡No!; mi prometido viaje era una engañifa (cuestión de ganar tiempo). Lo que hice, de inmediato, fue escribir al coronel Tejada, antiguo embajador de Méjico en nuestra España, explicándole la tragedia. Ignoro si otras personas hicieron la misma gestión, pero no ignoré que el coronel – todo un hombre– recomendó el asunto, al Ministro mejicano en Vichy, con toda urgencia.

• • •

A los ocho o nueve días –que fueron, para mí, otros tantos siglos– Samblancat me volvió a escribir, lleno de alegría:

«Maño, pasado mañana embarcamos. Barrunto que este milagro es obra tuya o de la CNT, que viene a ser igual. Lo que habéis hecho por mí, nunca lo olvidaré. Abraza a Blanquita y a tu Simona. Salud, suerte y hasta más ver.

– Ángel».

Conste que lo que acabo de explicar, no es para darme importancia, sino todo lo contrario; y que, de haber solamente sospechado lo que le «aguardaba» en Méjico a Samblancat, hubiera yo preferido que éste hubiese muerto a manos del fascismo y en España mismo.

Lo que puedo asegurar es que de habérnoslo guardado en Francia nuestro «Ángel exterminador», ateo cien por cien, habría muerto en el seno de la CNT y no en el de la Iglesia católica.

• • •

El caso de Samblancat no es único: Lo mismo que su mujer, yerno, etc., y la Iglesia, han hecho con él –«in articulo mortis»– quiso hacerlo, con Joaquín Costa, el carcunda de su hermano D. Tomás pero el pueblo de Aragón, con la Federación obrera zaragozana a la cabeza, se opuso a ello, mandando a paseo al carca, e incluso a los ministros de

Madrid que se querían llevar al muerto al «Panteón de Hombres Ilustres»...

• • •

Concretando: Bien que a nuestro Samblancat –una vez muerto– le sea igual «dormir en tierra sagrada» o en el vientre de un chacal, el Ateo, ya enterrado y todo, opina con nosotros: –¿Cómo y por qué respetar la decisión de unos familiares –los que sean y aunque lo «mande» la ley– cuando éstos no quisieron respetar la voluntad póstuma, sagrada y soberana, del «ser querido» que va a morir? ¿Qué manera de querer es esa?

• • •

Ángel Samblancat y Salanova –además de ser una excelente persona– gran pensador y escritor, el más culto y talentado de tiempo y, como consecuencia, más perseguido de todos por amor a las clases desheredadas, era también un racionalista consciente, razón por la cual, no podía creer en ningún Dios.

He aquí el por qué algunos –que no todos– de sus familiares, y su mujer la primera, que nunca quisieron a nuestro amigo como él se merecía, han pretendido deshonorar al hombre Idealista, sin apercibirse de que eran ellos y la Iglesia los que cargaban con la deshonra. Que con su pan se lo coman.

• • •

De todas maneras, el «caso» Samblancat no debe repetirse.

Cuando una «ocasión» igual se presente, la CNT, que se debe, por entero, a sus más grandes o más modestos servidores, ha de procurar porque éstos, en el trance supremo de abandonar la vida, sepan que hay alguien –por encima de la propia familia– que les asegura una muerte digna y tranquila.

Esto es lo menos que la CNT puede hacer.

AQUELLOS TIEMPOS... VOLVERÁN ⁸⁵

Y diremos por qué, como lo dijimos otras veces: Las Revoluciones populares, dignas de tal nombre –como lo fue la nuestra de 1936– tienen de común el ambicioso afán de crear todo aquello que las pueda ennoblecer y darles eficacia «durable».

La creación de una Escuela de Militantes Libertarios, en España, respondió a ese afán.

• • •

«Marianet» nos transmite, secamente, el acuerdo de la organización: «Hay que poner en marcha –enseguida– un

⁸⁵ *Espoir*, Toulouse, año II, nº 83: 4 de agosto de 1963. Tanto tiempo después, Buenacasa echa la vista atrás y la detiene en la que acaso fuera la labor de la que mejores recuerdos y más orgullo mantuviera: de nuevo la Escuela de Militantes de Cataluña. A lo ya conocido añade algunos datos concretos sobre cuestiones como los profesores y colaboradores con que contó. Y reconoce explícitamente la autoría del *Manual del Militante*, «que yo mismo [...] redacté», y cuya reedición juzga aconsejable. No acabará, sin embargo, sin aprovechar sus líneas para el enésimo llamamiento a la renovación de los cuadros de la CNT en el exilio.

organismo, cuyo objeto será el de formar militantes aptos al servicio de la Revolución. Apáñate como quieras».

El hombre hacha –sin siquiera esperar nuestra respuesta– se va por donde ha venido.

• • •

Dos compañeros, que están junto a mí –que no los conocía– se exclaman: «Ese gitano es un dictador, pero, redíos, tiene razón; no vaciles, echa «palante», que aquí estamos nosotros para ayudarte.

• • •

Estos dos hombres –José Seral y Juan Blasco– serán los primeros y más fieles artesanos de aquella creación revolucionaria titulada: «Escuela de Militantes de Cataluña CNT–FAI».

• • •

Formada, en pocos días, la plantilla fija de nuestros profesores –los Menéndez, padre e hijo, filósofos; Luisa Prat, estenógrafa; Pérez Hervás, redactor principal de la Enciclopedia Espasa; y Joaquín Montaner, honra de las letras españolas, que nos explicará, durante casi un año, la «Historia de las Civilizaciones Ibéricas»– se procede a la inauguración «oficial» de la nueva entidad docente, en la que se inscriben en menos de dos semanas, más de mil

alumnos. ¡Con qué emoción recordamos la solemnidad de aquella inolvidable jornada; y las otras, igualmente, inolvidables!

• • •

Aparte las Asambleas, las controversias, los exámenes públicos de aptitud militante y los cursos corrientes de cada profesor, la Escuela organizó más de cuarenta Conferencias dedicadas –exclusivamente– a la explicación del tema general siguiente: «Organización y normas Sindicales, Específicas y Confederales»

A partir de la formación del «Hombre de base», destinado a las funciones militanciales, hasta la cima de los organismos superiores –la AIT y la FAI– que nos comprenden a todos, nada quedó por explicar. A cada conferenciante solicitado, le atribuimos en el temario –¡empezando por abajo!– la parte explicativa que mejor correspondía a sus conocimientos particulares.

• • •

¡Y qué conferenciantes! Autodidactas, todos ellos, cumplieron su misión de manera admirable: Muchos aún viven y continúan militando. De entre los que pasaron a mejor vida, daré dos nombres: Jaime Aragó –la sana alegría del anarquismo militante– que inició el ciclo de aquellas conferencias.

El último que ocupó nuestra tribuna pero ya en temas de otra sustancia fue el ilustre sabio Gonzalo de Reparaz.

• • •

Los nombres de todos los demás, están impresos en el «Manual del Militante», editado, en 1938, por la Oficina de Propaganda CNT–FAI de Cataluña (dos tirajes). Este libro – que necesita algunas correcciones, de las que yo mismo, que lo redacté, me encargaría– debiera ser reimpresso por nuestro Movimiento en el Exilio.

• • •

Y bien, compañeros: Aparte de ese volumen –desconocido para muchos– ¿se puede saber qué es lo que hoy queda de aquella realización que tan emocionadamente recordáis? ¡Sí! Queda lo mejor que nos podía quedar: Una esperanza justificada. Escuchad:

De los alumnos de la Escuela que no murieron en la guerra –la mitad se quedaron en España, por consejo nuestro. Y la otra mitad andan por tierras del exilio.

• • •

Ninguno de ellos, ya está dicho, ni en el interior ni en el destierro, ha renunciado –que yo sepa– a sus ideales de libertad, que son los nuestros, ni a su condición de militantes activos y durables. ¿Os parece poco esto? A muchos los

podéis ver cada día allá donde se encuentran ocupando cargos responsables en el seno del Movimiento. ¡Y con qué orgullo los ostentan!

• • •

En mi deambular por esta dulce Capúa –la «France éternelle»– los he visto trabajar «por la causa», voluntariosos, incansables y serios. ¡Y qué majos son! ¡Y con qué cariño recuerdan lo que aprendieron allá!

• • •

La última vez que me topé con algunos de nuestros «estudiantes», fue el 61, en Limoges. El más joven representaba a la nutrida Federación Local de Burdeos. Los otros venían de poblaciones más lejanas, para presenciar –como simples espectadores– las «faenas» del Congreso. Todos ostentaban –en su corazón– la misma cédula personal: «Alumno de la Escuela de Militantes de Cataluña CNT–FAI».

Y todos afirmaron la misma fe en un porvenir mejor:

–Estos barullos que se arman por aquí ya pasarán, y aquellos buenos tiempos... volverán.

• • •

¡Sí que volverán! por ser, quienes son, los que mantienen esta determinación. Pero eso sí: La CNT debe contar con ellos; sobre todo, cuando se habla de insuflar sangre nueva a los órganos superiores de la administración confederal... y libertaria.

CARTA A FERNANDO GÓMEZ PELÁEZ (I)⁸⁶

A F. Gómez Peláez:

Estimado compañero:

Hace hoy, exactamente un año, que me escribiste demandándome algo en relación con esa bibliografía de nuestra guerra en la que trabajas después de largo tiempo. Recuerdo que –a este efecto– te recomendé al amigo Padrós

86 Bourg–les–Valence, 17 de diciembre de 1963. En esta carta, como en la siguiente, se dirige Buenacasa a Fernando Gómez Peláez (1915–1995), director de *Solidaridad Obrera* en el exilio francés entre 1946 y 1954 y hasta la reunificación cenetista destacado miembro de la fracción ortodoxa. Para entonces, sin embargo, y como otros compañeros, inició un viaje de alejamiento crítico del núcleo duro de Esgleas. En 1961 creaba y organizaba un Centro de Estudios Sociales y Económicos de la CNT, con sede en París, que se convertiría en espacio de reunión, debate, actos culturales y actividades de los cenetistas al margen del rígido control, y aun «censura», de los cuadros directivos. El objetivo de la misiva no es otro que tratar de convencerle para que dicho centro publique un trabajo de nuestro autor. Se trataba de una versión mejorada del texto de una conferencia, pronunciada en distintos lugares del Sur de Francia como Valence, Montpellier, Grenoble o Toulouse entre 1963 y 1964, y que versaba sobre las «Perspectivas del Movimiento Obrero Español». Ambas misivas manuscritas se encuentran en el archivo del IISG (Ámsterdam), fondo Gómez Peláez. El mismo fondo cuenta con otras comunicaciones entre ambos veteranos libertarios.

de Lyon, del que ignoro la ayuda que te pudo prestar: Tratándose de ayudas, voy ahora a pedir la tuya.

Recordarás que, en mayo último y presidida por ti, pronuncié una conferencia en vuestro Centro de Estudios Sociales sobre «Perspectivas del Movimiento obrero español». Un mes más tarde, pronuncié la misma conferencia en la CNT de Perpignan, y el domingo último debí también pronunciarla ante todos los trabajadores que integran las entidades de la Alianza Sindical en Montpellier. Por repentina indisposición del «conferenciante», hubo que suspender el acto aplazándolo para fecha próxima. La Conferencia en cuestión, algo expurgada –aunque no más corta– de ciertas redundancias, y corregida en su aspecto literario, contiene ya las refutaciones –breves y muy argumentadas– a las objeciones hechas por algunos compañeros contra mi tesis unitaria. Al decir de los amigos inteligentes que han leído mi modesto trabajo –«sans parti pris»– consideran éste irreprochable y digno de la más extensa publicidad.

Para mí –¡y la cosa es muy humana!– un tal trabajo lo considero como la obra más importante de mi vida. Que ya es decir, y perdona el jabón que me doy.

Ya te darías cuenta de que mis proposiciones acerca de la Unidad Obrera se inspiran –cosa rara hoy, ¿verdad?– en las Ideas del Anarquismo, aplicables a un Movimiento Obrero Unido.

En resumen: Si el «S.I.» fuera yo, que nunca me dejé despistar por las rigideces del tipo «orgánico», la conferencia de «marras» obraría ya en poder de la base para consideración y estudio de la misma, recomendando además, la adopción, por las FF LL de las resoluciones consiguientes. De todos modos –y esto no es sátira– como que el «S.I.» no tiene jurisdicción fuera de la CNT y yo dedico mi obra a las entidades de la Alianza Sindical, lo mejor fuera que vuestro Centro de Estudios Sociales por su misma condición de independencia vis-á-vis de toda entidad no social patrocínase, imprimiese y distribuyera la obra –un folleto de 40 páginas– en todos los medios de la clase obrera organizada. En este caso, si aceptas la encomienda, el «Centro», o tú en su nombre, preficiarías el «bouquin» justificando la necesidad de darlo a conocer a todos los trabajadores de la Alianza a través de sus respectivas organizaciones. Lo que esto pueda tener de protocolario en su ejecución y el precio del folleto, etc., etc. lo discutiríamos luego.

Te participo que no falta quien está interesado en hacerse con el original de mi obra a fines publicitarios pero sigo creyendo que el Centro de Estudios Sociales de París es el más indicado a lanzar iniciativas como esta que nos ocupa. Si vuestros medios financieros son escasos, yo pediré prestados –a mi hija– 500 francos nuevos.

Dicho, aunque un tanto deslavazadamente, lo que quería decir, espero tu respuesta y si es favorable, pondremos

manos a la obra. Y esto es todo. Como ves os propongo trabajo suplementario y acaso poco grato, pero las Ideas – me cago en San– ¡pueden tanto!

Bueno Gómez; perdona la tabarra y, si nada puedes, en el plan que te solicito, por eso tan amigos. Saluda a tu gente y a los compañeros con abrazo fraternal para ti.

Tuyo y de la libertad

M.Buenacasa

Felicidades navideñas *et salutem pluriman.*

CARTA A FERNANDO GÓMEZ PELÁEZ (II) ⁸⁷

Querido Gómez: Tu carta de anteayer me ha emocionado de punta a cabo. Pienso que las excusas que me das te han causado pena. Y la comparto porque sé cuan buenas intenciones tienes a «mon égard».

Me inclino ante las razones que en tu misiva expones; según éstas el «Centro» no puede publicar mi conferencia. Pero hay una razón ante la cual no me inclino. ¿Cuál es esta? El temor que se tiene a chocar con las «altas y medianas instancias orgánicas» de la CNT. Si éstas fuesen lo que fueron antaño, los temores de «ahora» no existirían ¿Por qué?

87 Bourg–les–Valence, 5 de marzo de 1964. En esta segunda epístola, y ante las perspectivas poco halagüeñas de publicación de su texto, Buenacasa abunda con insistencia en el eventual interés del mismo; detalla el proceso de discusión de la conferencia con las bases en distintos foros del exilio español; da rienda suelta a sus resquemores e incluso ira respecto al boicot de las «altas instancias» y del «clan dominante» del que sería supuesta víctima; y por último, muestra su urgencia por tratar de editarlo «por si acaso me tengo que ir antes de tiempo». Con casi 78 años, el viejo militante veía cercano su final, que no en vano llegaría apenas 8 meses después. Finalmente, el escrito aparecería publicado ese mismo año 1964, aunque en Méjico, como *Perspectivas del Movimiento Obrero Español* y con el expresivo subtítulo de *Por la unidad CNT–UGT*.

Porque ellas mismas eran –por su propia voluntad– las que ilustraban a la base en cuantas cuestiones afectaban a la vida de la organización. Yo lo hice así siempre que hizo falta.

Hoy es todo lo contrario: cualquier iniciativa que no salga del clan dominante esta condenada de antemano por buena que sea. Esto lo sabes tú tan bien como yo. Por esto llevé la cosa a sus «cauces normales»: Primero a una Asamblea de mi F.L. Luego me presenté ante vosotros y acto seguido ante la F.L. de Perpignan.

Más recientemente, siempre observando las «normas corrientes» y de abajo hacia arriba, una Asamblea General conjunta de las organizaciones que integran la Alianza Sindical (Drome–Ardèche) escuchó mi conferencia y, comprendido el interés que la misma encierra, acordó, por unanimidad, enviar el texto de mi modesto estudio al Comité Coordinador de la Alianza en Toulouse «para su conocimiento y efectos consiguientes», etc., etc.

Y aquí viene lo bueno: El Secretario de esta Asamblea envía breve reseña de la misma a «Espoir» y a «El Socialista». La reseña, breve y concisa, contiene un párrafo que dice: «El conferenciante, hecho un análisis de lo que fueron y son los pactos y Alianzas UGT–CNT y estudiado a fondo la presente situación, llega a la conclusión de que ambas entidades deben fusionarse, formando una sola Unidad, antes de que otros la hagan a espaldas nuestras»

El párrafo éste motivó una reunión del Comité de la «Alianza». Su secretario general, compañero Pascual Tomás, nos devolvió la reseña, dirigida al «Socialista», con una nota oficial en la que se nos comunica que «nuestra proposición no puede ser considerada más que por un Congreso, reunido libremente, en España».

El caso es que este acuerdo del Comité Coordinador de la Alianza ha sido tomado sin siquiera aguardar la recepción del texto completo de la Conferencia de «marras» cuya copia se encargó al compañero Barranco como ya sabes. Te participo que «todas estas gestiones normativas», las propuse deliberadamente con el objeto principal de saber concretamente lo que ya sospechaba...

O sea que, la solución «regular» de los problemas que nos ofrece, a todos los trabajadores, el futuro de Iberia consiste en mantener el «status quo» actual. Y luego, cuando lleguemos allá, nos encontraremos con que los comunistas – por culpa nuestra que no de ellos– lo habrán hecho todo. El único consuelo que nos quedará, a nosotros, será el de construir un nuevo Muro de lamentaciones y etc., etc. A pesar de los pesares, aún quiero confiar en ti mismo y en tantos otros compañeros de los que miráis la realidad «sin las gafas ahumadas de convencionalismos o prejuicios doctrinales» como dijo Orobón.

No amargado pero si tozudo –como Anarquista y como trabajador– seguiré adelante en mi empresa, todo y

sabiendo las dificultades con que voy a tropezar: «Boicotage» oficial de los organismos Superiores y de su prensa; escasez de medios de difusión por carencia casi total de direcciones «ad hoc». Si mi modesta F.L. poseyera todo esto, el «problema» quedaría reducido al mínimo. Veré como salgo del apuro pidiendo «eso» a quienes puedan proporcionármelo en la medida de lo posible. La cuestión imprenta la considero resuelta, pero lo demás no. ¿Que me aconsejas tú en este caso? ¿A quién puedo recurrir para que el papel impreso no se pierda?

Bueno Gómez: No te canso más, porque bastante has sufrido por mi causa. Un solo favor te pido: Si no has visto ya a Barranco, procura verle enseguida y lee inmediatamente mi «bouquin» en su versión definitiva. Y acto seguido me dirás qué te parece la cosa y qué es lo que me aconsejas antes de dar mi último paso.

Todo esto me corre mucha prisa por si acaso me tengo que ir antes de tiempo. Perdóname las molestias que te causo y, en espera de tu pronta respuesta, te saluda con un cordial y fuerte abrazo y un «grand merci».

Fraternalmente,

M. Buenacasa

Ayer escribí a Barranco. ¿Sabes ya que ha muerto Alfarache? Acabo de recibir las copias de Barranco.

ANTES DE QUE LA LIEBRE SALTE...⁸⁸

Envío a José Peirats

⁸⁸ *Le Combat Syndicaliste*, nº 288: 12 de marzo de 1964. Con este artículo, responde Buenacasa al publicado por José Peirats en la misma tribuna periodística (nº 283: 6/2/1964) titulado «Por si acaso salta la liebre», un interesante texto en el que prevenía Peirats contra la abulia e imprevisión de un movimiento libertario que debía prepararse para la eventualidad de que la caída de Franco abriera en España un profundo proceso de cambio político. J. Peirats Valls (1908–1989) se había curtido hasta la Guerra Civil como anarquista ortodoxo en los grupos de afinidad, la prensa, las JJLL y la División Durruti. Tras varios años en Centroamérica, se instaló en 1946 en Francia, donde dirigió *CNT* y *Espoir* y militó en la fracción ortodoxa, de cuyo comité nacional fue secretario en dos ocasiones, para alejarse de las posiciones de Esgleas a partir de 1960. Entre sus múltiples obras, destaca *La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971, 3 vols. *Vid.* los monográficos a él dedicados en la revista *Anthropos*, nº 102 (1989) y su *Suplemento* nº 18 (1990). En su respuesta, Buenacasa abunda en esa necesaria previsión y organización, más allá de los meros principios, y no deja de ser altamente significativo que se sirva de un texto de Orobón de 1933 escrito en plena refriega frentistas–ortodoxos. Pero urge para que esa labor tenga lugar, como sugiere el título, antes de que se acerque la ocasión. Lógico resultaba tal cosa en quien, aunque mostrando todavía una notable disposición de trabajo y discusión, intuía por su edad y estado que su final llegaría antes que el del dictador. Como así fue, apenas unos meses más tarde, en noviembre de ese año 1964.

Pues sí, compañero, sí. Tu liebre de marras puede saltar de un momento a otro y en Iberia. ¿Dónde será si no? Pero temes y tus motivos tienes, que la trampa sobre la cual pivota la bestia acorralada ceda al peso que aguanta hundiéndose con ella sus inexpertos acosadores. Nosotros, para hablar más claro, tenemos en el alma, por razón de nuestro iberismo, un bello ideal, el anarquismo.

Y bien, amigo Peirats: Sobre esta sólida base, contando con que la trampa al ceder no nos engulla a todos, que es lo que tú quieres evitar, mucho y bueno será posible en nuestros vastos dominios, a condición, claro está, de que siendo lo que decimos ser los anarquistas, nos sintamos, por esta vez, perfectos realistas. Otra cosa fuera si el anarquismo estuviese reñido con el realismo.

• • •

A propósito de esto, e invocando justamente nuestros sanos principios, el joven y llorado compañero Orobón Fernández, nos decía ya en 1933: «Los principios (?), incluso los más sagrados, no deben ser mandamientos de ley, sino fórmulas ágiles para captar y moldear las realidades de cada momento»...; y luego añadía: «¿A qué, pues, seguir cabalgando sobre purismos teóricos, cuando una realidad revolucionaria llama constantemente a nuestras puertas?».

Volviendo a lo de la liebre, pensamos como tú, amigo Peirats, pensando a la vez en esa Iberia de nuestros amores,

que la idea de los camaradas Galindo, Serafín y otros aspirantes a levantar de sus ruinas al anarquismo mundial – *belle gageure*– es una idea noble y casi genial. Pero la nuestra, que aunque más modesta, es compartida de seguro por los compañeros mencionados y por algunos miles más, no, menos evolucionados, resulta también una idea que, por su naturalismo tiene derecho de prioridad. Hecha la distinción conveniente de que una cosa es vivir vegetando y otra, muy distinta, existir bregando.

En concreto: El Movimiento Libertario ibérico, todo y herido como se encuentra hoy, es el único que existe en el mundo, y ello, por méritos de su larga continuidad y por sus influencias, tanto en Iberia como fuera de ella.

Demos por cierto, amigo Peirats, que la salvación del anarquismo, como entidad actuante e influyente sobre la tierra, depende en gran parte de los anarquistas ibéricos. Todo es cuestión de querer conservar nuestra fiera existencia, engrandeciendo y ensanchando sus bases morales colectivas, previo restañamiento de nuestras propias heridas.

Yendo, pues, a lo más urgente, dediquémonos todos, porque en el fondo del problema todos pensamos como tú, a la tarea ingente de consolidar la «Domo nostra», nuestra casa pairal, en cuyo hogar común y a través de varios continentes, se cobija todavía, aunque algo desvertebrado, un

movimiento obrero y anarquista, con un buen historial mil veces probado.

Va de sí, compañero Peirats, que no «por si acaso salta la liebre», sino para antes de que salte, es menester que así tiene que ser.

• • •

Ahora bien, mientras esa vertebración se realiza, interesa, para ganar tiempo, que a partir de hoy mismo y por si acaso... nuestros hombres competentes empiecen por explicar sus severas lecciones a quienes dan valor a las improvisaciones, etc.

Si se tratase solamente de abatir la liebre, la cosa no tendría importancia mayor, pero, caramba, aquí se trata del porvenir del anarquismo, del futuro de nuestra CNT y del mañana de los Pueblos ibéricos, como quien no dice nada.

Y estos problemas, tan ligados entre sí, demandan en el plan resolutivo que, para cada caso concreto incluso en los imprevistos (?), porque hay que pensar en todo, sepamos fijamente lo que habremos de hacer cuando la ocasión se presente.

• • •

El método propuesto, ¡qué caray!, es normal, anárquico y confederal. A este respecto quiero creer, compañero Peirats,

que tus buenos juicios los compartimos todos los trabajadores conscientes (incluidos los que tú consideras como cemento inerte).

No ignores que ese cemento esté amasado con materiales humanos, y que esa masa, por tal razón, tiene también un corazón susceptible de vibrar y de sacudirse el yugo de sus letales inercias. ¿Y cómo? Tú mismo lo insinúas: Por insuflación e influjos de humanas competencias.

Estas, por fortuna verdadera, abundan en nuestra casa solariega. No hay más que ponerlas en juego, antes que se extinga el mortecino fuego.

• • •

Pues sí, compañero, sí. Cuando abundo contigo en lo que has dicho en *LE COMBAT SYNDICALISTE*, al proponer que nuestra Ágora se reúna en la Plaza Mayor, es porque estimo que hay otra mejor.

Esa plaza pública tiene que ser nuestra prensa periódica, desde cuyas columnas nos hablarán claro y en formas coherentes algunos compañeros competentes. Y no para que Franco se entere de lo que sabe al dedillo, sino para que nosotros, obreros y libertarios en general, seamos ilustrados de manera formal, en las cuestiones que más directamente nos afectan, en lo económico, en lo social, en lo político y, sobre todo, en lo moral. Porque en esto está la madre del

cordero, ver las cosas como son, sin las gafas ahumadas, y entre tanto ¿qué es lo que vamos a hacer los de la base orgánica? ¿Pues qué quieres que hagamos? Leer, pensar, discutir, estudiar y meditar lo que nos enseñen aquellos compañeros. Y en última instancia, puestos ya en condición de experiencia, resolveremos, porque esto es cosa nuestra, nuestra obligación, cada caso concreto, y con buena conciencia.

• • •

No, Peirats, no, Los directores de nuestra prensa, pese a tus prevenciones, no se opondrán a tus buenas pretensiones. Más bien harán lo contrario. Yo creo que un Viadiu, una Federica y un Ferrer, se sentirán orgullosos colaborando en tan noble empresa. Y con mayor razón porque el tema a desarrollar no puede prestarse a polémicas sin sustancia ni a desahogos personales, como ha ocurrido con frecuencia en nuestra prensa. Esto se acabó para dar paso a una obra más seria. ¡Sús y a ella, Peirats, que otros seguirán!

Fraternalmente,

M. Buenacasa

ALGUNOS PERSONAJES



Ángel Pestaña y Salvador Seguí, «el noi del sucre»



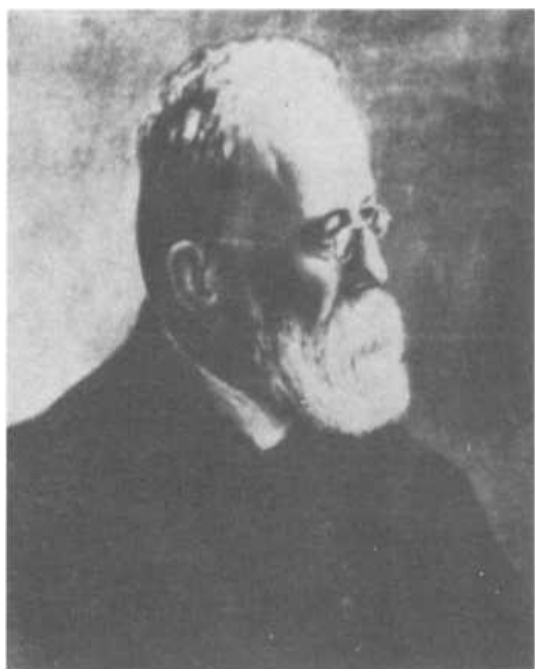
Ángel Pestaña



Juan Peiró y Federica Montseny



Max Nettlau y Buenaventura Durruti



Anselmo Lorenzo y Diego Abad de Santillán

OTROS AUTORES, OTROS TEXTOS

«UNA CONTROVERSIA» ⁸⁹

89 *Solidaridad Obrera*, Barcelona, época IV, año XI: 1 de febrero de 1917. El presente texto constituye la reseña elaborada por un redactor de *Solidaridad Obrera* sobre el careo público mantenido entre su director José Negre y Buenacasa. El motivo de la controversia era el conflicto laboral entablado entre la propia «*Soli*» y el veterano sindicato «Arte de Imprenta» al que pertenecían sus tipógrafos. El litigio, que se unía a los crónicos problemas económicos del periódico, partía de una serie de exigencias salariales no satisfechas por éste. Pero a ello se sumaban la concurrencia lerrouxista, críticas ideológicas e incluso acusaciones de malversación de los fondos pro-presos. Y la implicación de Buenacasa convertía el debate en una representación casi dramática del recambio generacional que se vislumbraba ya en la CNT. No en vano, y aunque el redactor otorga el triunfo dialéctico a su director, el relevo no tardaría en llevarse a cabo. Negre, gran figura de la primera generación de sindicalistas revolucionarios y secretario general de la CNT (1910–11), abandonaba a mediados de ese 1917 la dirección de *Solidaridad Obrera*, que por entonces sufría una evidente crisis de tirada y prestigio. Y en noviembre, todo el equipo redactor era sustituido por otro encabezado por Ángel Pestaña, con el que pasarían a colaborar notorios anarcosindicalistas cual el propio Buenacasa. Al día siguiente de que el nuevo grupo se hiciera cargo del periódico (11/11/1917), nuestro autor comenzaba en el mismo sus encomiásticos artículos sobre la Revolución rusa.

Tuvo lugar el sábado y el domingo últimos la anunciada controversia entre los compañeros José Negre y Buenacasa, en el Centro Obrero de la calle Mercaders.

Como era previsto, la concurrencia al acto que tanta expectación había producido fue extraordinaria, deseosos los compañeros de conocer la verdad de lo que hubiera en el fondo del conflicto de Arte de Imprimir, que, lo mismo que el dinero de los presos, había sido explotado por los perversos impotentes, que ven con rabia mal encubierta la existencia del órgano de la Confederación.

Presidió la controversia el camarada Barragán, del Ateneo Sindicalista, entidad que la patrocinaba.

Queremos ser sucintos y concretar en breves líneas lo más sustancial de lo que allí se expuso. Como correspondía, ocupó la tribuna Buenacasa, siendo extensísimo, al punto de ocuparla durante dos horas.

Debía sostener Buenacasa que el conflicto que se discutía, Arte de Imprimir tenía razón. Pero muy antes de entrar en materia, historió los trabajos preliminares y la propaganda realizada para publicar SOLIDARIDAD OBRERA diariamente. Fue minucioso en este punto y no estuvo desacertado, a nuestro entender, cuando hizo exposición de los trabajos que debían conducir a la creación de un diario sindicalista.

Notemos de paso que no era esto lo que se discutía, y hasta estaba fuera de lugar todo eso, por cuanto no le dio ni una sola razón sobre el conflicto que con mucha ulterioridad provocó Arte de Imprimir.

Buscando cuantos recursos pudieran serle útiles, Buenacasa sacó a relucir la inmoralidad de los anuncios. Y esto lo hizo sin duda ignorando que los delegados de los Sindicatos trataron y acordaron que se obtuvieran los tales anuncios mientras la vida económica del diario lo exigiera.

No consiguió con esto echar ninguna sombra sobre la actuación de los compañeros de la Redacción y Administración. Y señalemos por segunda vez, y con la misma mala fortuna para Buenacasa, que no era este el asunto en debate.

Arte de Imprimir, sostenía Buenacasa, tiene razón en el conflicto, e hizo bien en retirar el personal de los talleres.

La tarifa, cuyo cumplimiento quería esa entidad, tenía que ser respetada y el personal pagado con el salario en ella estipulado.

Habla del voto de censura que los sindicalistas lanzaron contra la Junta de Arte de Imprimir y se muestra indignado que tal se haya hecho contra un Sindicato.

En cuanto al retiro del personal, dice también que estaba bien hecho, y cita un precedente, que parece tener alguna

analogía. La Cooperativa de producción de Vidrio, en Albi (Francia), en una de las fábricas de la entidad tuvo una huelga del personal; con todo y pretender ser una entidad obrera, la C. G. del T. de Francia dio la razón a los obreros huelguistas.

Después habló del juego, queriendo sacar punta a esa infame calumnia, y se fundaba en que cobrando todos los salarios del juego todos menos uno, SOLIDARIDAD OBRERA cobraría también, puesto que un diario había publicado un suelto diciendo que no cobraba, y ese diario no era el órgano sindicalista.

Dijo también algo sobre la capacidad de los que redactamos y confeccionamos este diario, llegando a la conclusión de que podía ser mejor y tirar muchos más ejemplares.

La refutación que hizo el compañero José Negre fue contundente.

El descalabro de la argumentación de Buenacasa la hizo nuestro compañero Negre con toda la fuerza que podía asistirle a quien defendía la verdad, conociéndola.

En vano podría quererse buscar la razón de Arte de Imprimir en lo dicho por Buenacasa.

Negre, en su refutación, se atiene al punto en debate y expone cómo surgió el conflicto.

Señala que algunos de los promotores del conflicto, sabiendo la situación difícil, se comprometieron a trabajar en aquellas condiciones, hasta tanto no se saliera de los agobios que ponían en peligro la vida del diario.

Seremos brevísimos también en concretar lo que dijo nuestro compañero de Redacción.

Historió las diversas reuniones de delegados que tuvieron por objeto tratar del asunto y la conducta de Arte de Imprimir, que llegó en dos ocasiones a pedir votos de censura contra la Redacción.

Dice que un individuo o una entidad pueden hacerse acreedores de un voto de censura cuando no proceden bien, por lo que no explica la indignación de Buenacasa. Si un Sindicato procede mal, ¿por qué no se le podrá censurar? Y si tanto teme a la censura y no la quiere para él en ningún caso, ¿por qué pide votos de censura para los otros? ¿Es que acaso un Sindicato es intangible?

En cuanto a la capacidad de los que confeccionan y redactan el diario, dice que las pruebas están a la vista. Antes, con el personal de Arte de Imprimir, cada dos días se perdían dos correos y por cada errata de imprenta que ahora sale, antes había cinco. Esto se puede comprobar, confrontando el periódico de ahora con el de antes.

Demuestra la mala fe y la sinrazón de Arte de Imprimir, cuando los Sindicatos nombraron la Comisión que debió estudiar el litigio y dar una solución. Aquella Comisión se disolvió en vista de la falta de seriedad de Arte de Imprimir, cuya Junta aceptó la solución que se le propuso, y después, en una reunión del Sindicato rechazó y combatió la proposición que habían aceptado.

Critica la pretensión de cobrar a tarifa, queriendo sacrificar a la Redacción, como si eso fuera solidaridad bien entendida.

Habla de que los mismos individuos de Arte de Imprimir que hoy hacen la guerra a *SOLIDARIDAD OBRERA* y a la Confederación, son los que pretendieron hacer lo mismo con «Tierra y Libertad», y declara que si la huelga no se planteó en la imprenta «Germinal» en aquella ocasión, fue porque él, Negre, no quiso prestarse a secundarla.

En cuanto al caso de los vidrieros de Francia, no puede servir de precedente, por cuanto allí se trataba de la producción, mientras que aquí, *SOLIDARIDAD OBRERA* es pura y exclusivamente una manifestación de la acción sindical para los mismos Sindicatos, sin beneficios para particulares, sin un explotador, por lo que no puede tener, en consecuencia, ningún explotado, por que en este caso lo serían todos los que se sacrifican por la propaganda.

Cita la canallada de los miembros de Arte de Imprimir, cuando se hizo una hoja de los mecánicos, en la que se nos

acusaba de explotarlos, quedando demostrado para los obreros mecánicos que aquello era una canallada más, que unida a las anteriores, provocaron el voto de censura.

Rebate elocuentemente la calumnia del juego y las malas artes por el estilo de que los insignificantes echan mano.

Dejó demostrado que la entidad Arte de Imprimir no tiene razón y, además, que procede como el peor enemigo que puede tener la Confederación y *SOLIDARIDAD OBRERA*.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, «LA SOCIEDAD DEL PORVENIR»⁹⁰

Lego en la ciencia creada por A. Compte y desarrollada por H. Spencer, me he preocupado muy poco o, mejor dicho, no he tenido tiempo de preocuparme de la evolución moral e intelectual del hombre, considerado en sus relaciones con la sociedad y el Estado. Abeja obrera de la gran colmena humana, me he limitado buenamente a libar en el jardín de

90 *El Productor*, Blanes y Barcelona, nº 10: 8 de enero de 1926. Incluimos aquí un texto de Santiago Ramón y Cajal reproducido por Buenacasa. Por las páginas que éste le dedica en «Figuras ejemplares que conocí», sabemos que se había carteadado y entrevistado con él en varias ocasiones, en particular unos meses antes nada menos que para proponerle la Presidencia de la República en el marco de la frustrada «sanjuanada» de 1925. Y en ese mismo lugar oímos decir a su autor que «Don Santiago siente cierta debilidad por la CNT» y constatamos la honda simpatía que despertó en Buenacasa ese «hombre bueno y generoso consagrado al bien de la humanidad» (*El movimiento obrero español 1886–1926, op. cit.*, edic. de 1977, pp. 222–229). El texto, que ya había sido publicado por *Tierra y Libertad* (nº 55, 1911) y por el propio Buenacasa cuando dirigía en su primera época la *Cultura y Acción* de 1910, supone un alegato contra el darwinismo social spenceriano y contra las tesis malthusianas fundado en el carácter antinatural de la sociedad capitalista y en un típico utopismo cientifista.

la Naturaleza, para fabricar mi pequeña e individual celdilla, dejando que otros, con visión aquilina y genio sintético, tracen la perspectiva y hagan la filosofía de la obra común, marcando los futuros rumbos del enjambre humano.

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser mezcla extraña de civilización y barbarismo. Piensa y siente, al parecer como un cristiano, pero obra a la usanza de un ciudadano de las aristocráticas e inhumanas repúblicas antiguas. La esfera de la inteligencia ha crecido tanto como menguado la de la voluntad. Cada día más refractaria al sentimiento de la justicia, la sociedad actual nos da el triste y paradójico espectáculo de un mundo al revés: arriba, entronizados y venerados, el vacío y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles: es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adaptado mejor, aguijoneadas por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas.

De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana, puesto que las organizaciones superiormente adaptadas, consumidas por el sobretrabajo y la miseria, caen en la esterilidad o dejan ruin descendencia, diezmada por las infecciones, en tanto que, por el contrario, los zánganos, los inadaptables, los indigentes del espíritu, ahitos de placeres, incuban prole robusta, perpetuando de esta suerte el peso muerto de la máquina social.

No rigen, pues, para el hombre civilizado los principios de la selección del más apto, ni prevalece en la lucha por la vida la casta de los mejores; antes bien, la adaptación se ajusta a una condición artificial extraorgánica, por cierto desconocida del resto de la animalidad y semillero inagotable de estancamientos, retrocesos y organizaciones aberrantes, a saber: la adquisición y goce del capital, con el fin excesivo de garantizar la perennidad de la holganza de unos pocos y el aumento incesante de los parásitos del trabajo. Con lo que el tipo humano oscila perpetuamente de la miseria a la abundancia y desde la anemia a la plétora. Viene a ser algo extraño e incomprensible: una especie de vesánico aquejado de la rara manía de imponer el hambre a los demás, para procurarse la soberana voluptuosidad de suicidarse de hartura.

Estimo que los únicos capitales antropológicamente legítimos son la organización humana y las fuerzas de la Naturaleza, factores de producción que no podrán marchar en consonancia con la justicia y la ley evolutiva sino a condición de ser colectivamente fomentados y administrados.

La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos; he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir.

Tiempo vendrá en que la ciencia ilumine las conciencias y eleve los corazones.

Y entonces, cuando desterrado el culto fetichista del capital, el hombre haya sido incorporado a las leyes de la evolución; cuando, escudriñando y explotando las fuerzas naturales, el Cosmos trabaje para nosotros, poniendo en acción infinitas máquinas y fabricando mercancías a precios ilusorios; cuando, descubierto el secreto de la síntesis química, el ingeniero del porvenir elabore, sin el concurso de la tierra, la fécula, el gluten, la albúmina, el azúcar y la grasa, utilizando al efecto la fuerza viva de los rayos solares o cualesquiera forma de energía natural; cuando el ocio, bien ganado, permita la universalización de la ciencia y del arte, y todos puedan saborear las inefables armonías y bellezas que palpitan en el fondo de la Naturaleza; cuando, en fin, redimidos por la solidaridad y el amor, todos nos sintamos ondas de una misma corriente vital, células hermanas de un mismo cuerpo... ¿qué significado tendrán las palabras rico y pobre, señor y esclavo, feliz y desdichado? ¿Qué importará entonces que el amor multiplique sobremanera la especie, ni que cielo adusto y tierra ingrata nos regateen sus dones?

Ahí estará, enérgico y avizor, para reaccionar contra toda suerte de accidentes cósmicos, el cerebro humano, sublimado por la fiel acomodación al mecanismo del mundo, ofreciéndonos generaciones nuevas y salvadoras, inextinguible tesoro de la hoguera solar, que la ciencia, emancipada quizá de nuestra antigua y fatigada nutriz, la Tierra, sabrá modelar y cuajar en rutilantes frutos y doradas espigas.

¿Quién teme el agotamiento de la fuerza solar, del movimiento del viento y de los mares, de las cataratas, de las cordilleras, de la soberana potencia del pensamiento?

¡Soberbio y alentador ideal que acaso un día se convierta en viva y palpitante realidad!

Creamos en él, para que tenga lugar su advenimiento, porque en este bajo mundo sólo es realizable lo enérgicamente creído y esperado.

PÍO BAROJA, «EL LABRADOR Y EL VAGABUNDO»⁹¹

El vagabundo es comunista por temperamento; el labrador es individualista.

El labrador no comprende la vida sin la propiedad; el vagabundo comprende la vida y odia la propiedad.

91 *El Productor*, Barcelona, nº1: 7 de noviembre de 1925. Pío Baroja y Nessi (1872–1956), considerado como uno de los miembros de la llamada «generación del 98» y su gran novelista, gozó de un cierto predicamento entre las filas de la CNT. A partir del radical individualismo que siempre le definió y del espíritu rebelde y «activo» que nutría los inicios de esa generación, se situó en su juventud en posturas cercanas al anarquismo. En su trilogía *La lucha por la vida* en general, y en su tercera entrega *Aurora roja* (1905) en particular, vierte su crítica social y otorga el protagonismo a los medios anarquistas del Madrid del cambio de siglo. Y en 1917 escribía que «yo siempre he sido un liberal radical, individualista y anarquista. Primero, enemigo de la Iglesia; después, del Estado; mientras estos dos grandes poderes estén en lucha, partidario del Estado contra la Iglesia; el día que el Estado prepondere, enemigo del Estado». Ahora bien, su acercamiento al anarquismo procedía más de la rebeldía y exaltación del individuo propio de aquél que de ningún tipo de compromiso político. De su sedicente postura ácrata no restaría a la postre sino la actitud iconoclasta e inconformista. Y con los años se acabaría instalando en un radical escepticismo y en un conservadurismo que le llevaría a condenar la II República y a poder vivir desde 1940 en la España franquista.

El labrador construye tapias y vallados, el vagabundo las salta. El labrador acota campos, el vagabundo los cruza.

El uno quiere que su heredad sea para ese, el otro que la tierra sea para todos.

En presencia de la tierra, la inclinación natural del hombre se determina. El antiguo pastor o el antiguo agricultor, nuestro lejano ascendiente, se manifiesta todavía con claridad en nuestros instintos.

El labrador ve, en la tapia la defensa de sus intereses; el vagabundo un obstáculo para su vida.

El uno dice: yo he comprado el campo, lo he trabajado; sus frutos son míos. El otro dice: el sol ha hecho crecer el árbol, es de todos, la lluvia que ha fecundado el campo, también es de todos ¿Por qué privar a nadie de aquella sombra, de aquel fruto, de aquella leña con que puede uno calentarse?

El vagabundo es romántico, andrajoso y espléndido; el agricultor, práctico, rico y miserable; el uno tiene familia, tiene hogar, tiene hacienda, tiene dinero; el otro no tiene más que la libertad, el cielo azul...

Y, sin embargo, al caer de la tarde es para mi más triste ver al labrador detrás de su arado que al vagabundo que cruza la carretera.

Y es que mi corazón es vagabundo.

SOLEDAD GUSTAVO: «EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL POR M. BUENACASA»⁹²

Hace días el compañero Buenacasa me invitó a que dijera algo respecto a su libro. El traslado de domicilio primero y mis muchas ocupaciones después, han impedido pudiera hacerlo antes, y aun si lo hago ahora, no es con la pretensión de hacer crítica alguna de su obra sino, únicamente, para señalar *lagunas* que observo, dignas de tenerse en cuenta, desvaneciendo a la vez algunos errores, a fin de que si otro, más adelante, basándose en este libro, pretendiese historiar el mismo asunto, no anduviera tan desorientado.

92 *La Revista Blanca*, Barcelona, nº 117:1 de abril de 1928. Vemos aquí la reseña que Soledad Gustavo dedicara al libro de Buenacasa (*El movimiento obrero español, op. cit.*), y a la que, como vimos arriba, respondiera éste también en *La Revista Blanca*. S. Gustavo, aunque su verdadero nombre era Teresa Mané (1865–1939), era en los años veinte una veterana propagandista anarquista, lo que se vierte aquí en las «lagunas» que encuentra en la obra reseñada a partir de sus recuerdos y experiencias de 1882–1906. Su militancia, y su notoriedad, habían comenzado con su casamiento con Federico Urales, y junto a éste y la hija de ambos Federica Montseny está en el centro de la ya referida e inacabable actividad activista, editorial y periodística de esa familia. Hay abundantes datos sobre ella y la familia en la obra de su hija, *Mis primeros cuarenta años*, Plaza & Janés, Barcelona, 1987.

Buenacasa no hace historia en su libro sobre el movimiento obrero español desde 1886 como indica, sino desde 1907 que es cuando empieza el que hemos dado en llamar movimiento obrero sindicalista. Hasta 1906 ni Buenacasa ni los que han colaborado en su libro encuentran grandes cosas que contar. ¡Dichosa juventud! ¡Y tantas como ocurrieron, tantas, que pudieron ser llamados heroicos aquellos tiempos!

Del 1886 al 1906 es el periodo más agitado del movimiento obrero español. Propagandas, luchas ideológicas, leyes especiales, persecuciones, extrañamientos, deportaciones, patíbulos...”

La conquista de las ocho horas con sus huelgas generales sangrientas... Los primeros de Mayo turbulentos... ¡En que debe consistir el movimiento obrero español cuando de aquella época no se encuentran grandes cosas que contar! ¡Oh, jóvenes que disfrutáis de la jornada de ocho horas de trabajo, si supierais lo que costó a vuestros padres alcanzarla!

• • •

Cuenta Buenacasa en su libro, incidentalmente, pero repitiéndolo, como si fuera un hallazgo importante, que el doctor Viñas resultaba ser, según expresión del mismo Lorenzo, el *anarquista autócrata que tantos daños causara a la organización*.

El doctor Viñas, aunque cuenta ochenta y cinco años, vive todavía, por fortuna, se relaciona con nosotros y es lector de *LA REVISTA BLANCA*. Pues bien, el doctor Viñas, que dirigió *La Revista Social*, órgano de los obreros manufactureros de España, que se publicaba en Barcelona por los años 1872 al 1880; que pertenecía a «La Alianza de la Democracia Socialista» fundada por Bakunin; que fue fraternal amigo de Kropotkine desde que convivieron juntos en Barcelona durante la estancia de este en la ciudad condal en el año 1878, hasta el punto de que cuando Fernando de los Ríos, en su ida a Rusia, visitó a Kropotkine, el gran pensador le habló calurosamente de su amigo el doctor García Viñas; que escribe a los ochenta y cinco años con pulso firme las siguientes palabras:

«Tengo la satisfacción de no haber perdido, ni pienso perder, ocasión de hacer cuanto pueda por la redención de la humanidad, que será la emancipación de los oprimidos y explotados».

De este hombre que no ha claudicado a los ochenta y cinco años, no se puede decir que haya causado grandes daños a la organización, sin saberlo ciertamente, sin estar seguro de que con ello no se le infiere una grave ofensa.

Además, dice Buenacasa, sin duda mal informado, que al constituirse en 1881 la Federación Regional aparece en aquellos momentos la figura del estudiante Viñas. Estamos conformes en que la historia, compañero Buenacasa, no ha

de ser un cuento ni una leyenda, sino la verdad, pura y simple. Y ahí van notas:

En el segundo tomo del *Proletariado Militante*, aparece la firma de S.G. Viñas formando parte de la Comisión que convocaba un mitin en la Plaza de Cataluña de Barcelona cuando la proclamación de la República en España (1873). Y en el número 9 de *El Nivel*, órgano oficial de la asociación Nacional de Trabajadores que se publicaba en Barcelona en el año 1871 en una polémica que sostenía con *La Federación*, órgano de la Internacional, *El Nivel* se encara con el redactor de aquella, señor García Viñas. Por tanto, en el año 1881 no aparecía el estudiante Viñas como gratuitamente afirma Buenacasa en su libro. Hacía más de diez años que actuaba dentro de los medios obreros, aunque fuera un proletario de levita como lo eran el medico Trinidad Soriano, el doctor Sentiñón, Celso Gomis y otros.

• • •

Dice Buenacasa que hasta 1892 pocas cosas hay dignas de mención y sin embargo, olvida una de muy importante para la historia del movimiento obrero español, cual fue el llamado Congreso Amplio celebrado en Madrid los días 24, 25, 26 y 27 de marzo de 1891.

En dicho Congreso se deseaba un pacto de unión y solidaridad entre todas las sociedades de resistencia de España para obtener la jornada de ocho horas en el más

breve plazo posible y valiéndose del primero de Mayo, declarar si fuese preciso la huelga general para alcanzarlas. El Partido Socialista, o mejor, las secciones afectas a él, no acudieron al llamamiento y la representación de las Tres Clases de Vapor manifestó no estar conforme con tales acuerdos. A pesar de ello, en junio del siguiente año (1892) entre los estampadores y fabricantes del llano de Barcelona surgió un conflicto gravísimo que degeneró, no solamente en huelga general, sino en huelga revolucionaria, como no ha ocurrido después en tantos otros conflictos obreros que se han presentado.

Luego, en el mismo año (1892) se produjo la huelga general de los telegrafistas, llamada huelga de los obreros de levita, por la que España quedó incomunicada con el mundo entero hasta el punto que Cánovas, desesperado, amenazó con disolver el cuerpo de Telégrafos.

El consulado francés instó al gobierno español a cumplir sus compromisos internacionales con relación al convenio postal y el gobierno ante tal conflicto se declaró en crisis cayendo el ministro Elduayen, causante del desconcierto, triunfando los telegrafistas.

Tampoco se habla en el libro *El movimiento obrero español* de un hecho muy importante: de la reorganización de la Federación Regional, cuyo primer Congreso, convocado por la sociedad de albañiles «El Porvenir del Trabajo», de Madrid, se celebró en el mes de octubre de 1900. En este

Congreso uno de sus acuerdos fue la declaración de la huelga general en los conflictos obreros de difícil arreglo.

En 1901 ocurrieron las huelgas generales siguientes: los tranviarios de Barcelona se declaran en huelga y como pidiesen solidaridad a las secciones adheridas a la Federación Regional se produjo una huelga general, formidable.

La fábrica de loza La Cartuja de Sevilla cerró sus puertas, dejando abandonadas más de 6.000 personas por lo cual las sociedades obreras de la capital andaluza declararon la huelga general.

Los panaderos de Cádiz no son atendidos en sus reclamaciones y se declara una huelga general formidable en la que hay hasta heridos.

Los sucesos desarrollados en La Coruña a consecuencia de una huelga general en la que hubo muertos, heridos y un centenar de presos nos dará la idea aproximada de la gravedad que revistieron.

El Centro de Sociedades Obreras de Badajoz declaró la huelga general por una serie de atropellos que contra los trabajadores se había producido resultando de ésta muertos, heridos y detenciones.

La huelga general de Morón de la Frontera bate el récord de todas; porque hasta se declararon en huelga las nodrizas,

las muchachas de servir, los gañanes, los porquerizos, etc. El ganado andaba suelto por los campos; las señoras tenían que cocinar y lavarse la ropa; las madres burguesas tenían que cuidar a sus pequeñuelos si no querían que pudiesen de hambre.

Entonces, y como alivio, a tanto malestar, presentaron en el Senado un proyecto de ley contra las huelgas, que no prosperó, porque incluso los conservadores lo encontraron reaccionario.

En cuanto a la huelga de metalúrgicos de 1902 en Barcelona, que se convirtió en general, con muertos, heridos y desmanes, que inspiró al artista Casas su grandioso cuadro titulado *La carga*, y que tanta repercusión tuvo en toda la España proletaria, en un libro que historia el movimiento obrero español debería ser tratada en forma diferente de cómo lo hace Buenacasa, pues aquello más parece escrito por un adversario que por un amigo de los huelguistas.

• • •

No hablo de las lagunas y los errores que pueda haber en el periodo que media de 1907 a 1926, porque de ellas hay muchos que pueden hablar mejor informados que yo. Y si he señalado, aunque a vuelo de pájaro, los arriba citados, es porque me duele que falten datos tan importantes en un libro que trata de la historia del movimiento obrero español.

Antes de terminar debo decir que en la monografía de la región galaica se da como escrito por José Prat en Santiago el folleto titulado *El proceso de un gran crimen*, y este folleto fue escrito en Reus y no por Prat. Quizá se le confunde con *La barbarie gubernamental*, que escribieron Prat y Mella.

Y ahora yo ruego a Buenacasa que no se ofenda conmigo.

[ANÓNIMO] «UNA ESPECIE DE CONFERENCIA DE BUENACASA REBATIDA POR LOS COMPAÑEROS»⁹³

En el Centro obrero de Flor Alta

El viejo compañero Manuel Buenacasa –viejo por todos conceptos– ha perorado ayer ante la estupefacción de los

93 CNT (Madrid), año I, nº 3: 20(?) noviembre de 1932, reproducido en Manuel Buenacasa, *La CNT, los «Treinta» y la FAI, op. cit.*, pp. 27–28. En esta severa e impenitente nota, un anónimo colaborador de CNT arremete sin concesiones y con la mayor aspereza contra un Buenacasa cuyo delito había sido pronunciar una conferencia en el Centro de Sindicatos Únicos de Madrid sobre el proceso de división que se estaba viviendo en el seno de la CNT a partir de la crisis «frentista»>. O, más bien, su culpa consistía en que en esa conferencia, como luego hiciera con su libro citado, pretendiera «terciar en esta contienda, que malgastaba las mejores energías» (*ibidem*, p. 25). La reacción en su contra mostraba la acritud de la crisis interna y parecía presagiar la que le depararía al aparecer su libro. Tratando de hallar una equidistancia imposible en pleno fragor de la disputa, Buenacasa no contentaría, antes al contrario, a tirios ni a troyanos. CNT, el otro diario confederal de alcance nacional junto a «Soli» durante la II República, comenzó a publicarse tras no pocos esfuerzos y retrasos en noviembre de 1932, y su director era Avelino González. Sobre la situación político-social del Madrid de esos años, existen los sólidos estudios de Santos Juliá, *Madrid 1931–1934: De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984, y Sandra Souto, «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933–1936)*, Siglo XXI, Madrid, 2004.

compañeros que le escuchaban, sobre «Los problemas internos de la CNT».

Este ex camarada anarquista dijo: «No es posible el Comunismo libertario y nos tendremos que conformar con una República federal».

Los camaradas Tortosa y Melchor Rodríguez, después de oír tal chuscada del ex radicalísimo Buenacasa, combatieron semejante criterio.

Los compañeros que llenaban el salón, aclamaban unánimemente al Comunismo libertario y a la FAI.

Entonces Buenacasa, balbuciente, dijo «que retiraba lo de la República federal; que venía desorientado, pues no suponía que los trabajadores de la CNT, en Madrid, fueran tan entusiastas y tan radicales».

Manolo Buenacasa, hacía tiempo que había muerto para nuestras ideas. ¿Por qué resurge? Que se vuelva a la tumba y RIP.

MANUEL PÉREZ: «TU HIJO HA MUERTO... ¡VIVA LA REVOLUCIÓN!»⁹⁴

Al camarada Manuel Buenacasa:

Acabo de leer el recuerdo póstumo que dedica en «Soli» a tu querido hijo, muerto en el hospital de Alcañiz, a consecuencia de una terrible enfermedad contraída en el frente de batalla...

Viejo militante como tú, te dedico en estos momentos unas palabras de consuelo y solidaridad... No son ellas un grito de aliento, pues sé, que militante curtido en la lucha, tienes valor suficiente para soportar el rudo golpe que la fatalidad acaba de descargarte...

94 *Amanecer*, Barcelona, año II, nº10: agosto de 1937. Respuesta que el militante Manuel Pérez, viejo conocido de Buenacasa según se cuenta aquí, da al emocionado artículo de despedida de este último a su hijo con motivo de su muerte, y que se incluye páginas atrás en este mismo volumen. La respuesta de Pérez apareció siguiendo al texto de Buenacasa en la reproducción de éste en *Amanecer*.

La historia de tu hijo, historia contada por su padre, su maestro, su compañero de luchas, está llena de sentimiento y sinceridad, por ello me ha producido una emoción profunda...

Empleas al evocarle la palabra «compañero», y esa palabra tiene en los labios de los anarquistas un sentido ideal y humano... Y la tiene, porque nosotros sabemos ser padres y maestros, condiciones excelentes para forjar buenos luchadores.

Al leer el recuerdo que dedicas a tu hijo, un sentimiento de gratitud brota de mi alma, y evoco también, momentos de amargura en los cuales no me faltó el consuelo cariñoso de tu solidaridad...

Fue allá por el año de 1927 cuando, emigrados en Francia, luchamos contra la Dictadura de Primo de Rivera... Yo me encontraba en Marsella... La compañera, gravemente enferma, con el organismo minado por la tuberculosis, quería volver a España para morir al lado de los suyos...

Con tres pequeñitas, la mayor de tres años de edad... Con el hogar deshecho y careciendo de medios, me acordé de ti, y en carta íntima solicité tu concurso...

Y tú contestaste con una carta llena de optimismo, diciéndome que marchara tranquilo a Barcelona, donde

habías escrito también, y allí, buenos amigos esperarían mi llegada...

Y así fue... Gracias a ellos pude llegar con la compañera y las chicas a la provincia de Huelva...

Después... Muerta la compañera, cuando yo me encontraba recluido en la cárcel... Recogidas mis pequeñas por unos compañeritos de ideas, en un momento de desespero declaré la huelga del hambre...

Entonces recibí tu librito sobre el Movimiento Obrero en España y con él, una carta que llevaba a aquel antro maldito un grito de aliento...

¿Te acuerdas?...

Hoy, tú y yo, aunque viejos, continuamos luchando con el mismo vigor de siempre, y ambos confiamos que hemos de vivir ese mundo ideal con el cual soñamos tantas y tantas veces al través de nuestras luchas... ¿Verdad, Manolo?

Ha muerto tu hijo... ¡Morirán tantos hijos aún!... Pero tú tienes alma fuerte y ánimos para la lucha... Ahí tienes esa Escuela de Militantes, esa legión de jóvenes que son la esperanza del mañana...

Son hijos tuyos. Son hijos míos también... Eduquémoslos, con cariño, con tenacidad, como supiste educar a tu hijo, para que, como él, sepan luchar y morir por la causa sagrada

de la libertad... Esos jóvenes son retoños en la flor de la gran familia humana...

¡Querido Manolo... Mi abrazo fraterno!...

¡Ha muerto tu hijo!... ¡Viva la Revolución!

PEDRO CAÑÉ ET AL., «POR LA UNIDAD DE LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA»⁹⁵

Manuel Buenacasa va a expresar seguidamente, con su estilo simple pero sincero, sus propias ideas sobre la

95 Extracto del Prólogo a Manuel Buenacasa, *Perspectivas del Movimiento Obrero Español*, Ediciones Salvador Seguí, México D.F., 1964, pp. 19–23. Como ya se viera arriba, tras tantos desvelos y esfuerzos, veía finalmente la luz en 1964 en forma de libro el trabajo que Buenacasa hubiera preparado, inicialmente como conferencia, sobre la situación actual del movimiento obrero en España, y sobre la urgencia de la unión de CNT y UGT en particular. Esa unión, cuestión recurrente en los debates y divisiones del exilio, sería la última batalla a la que dedicara su postrer etapa de militante. El libro, subtítulo significativamente *Por la unidad CNT–UGT*, es una publicación de apenas noventa páginas que recoge corregida la extensa conferencia pronunciada por Buenacasa en Valence, el 2 de febrero de 1964, ante una reunión conjunta de las organizaciones que componían la Alianza Sindical de los departamentos Drôme–Ardèche. La misma conferencia sería asimismo pronunciada en Montpellier, en Grenoble y en Toulouse ante una Asamblea de CNT. Le antecede el prólogo aquí reproducido, firmado por tres cenetistas (Pedro Cañé, César Ordax Avecilla y Joaquín Cortés) y tres ugetistas (Elíseo Ruiz, Pablo Gutiérrez Almarza y Manuel González) y fechado en México D.F. en la simbólica fecha de 18 de julio de 1964. Apenas cuatro meses después de editado el libro, en noviembre de ese año, terminaba la larga trayectoria vital de Manuel Buenacasa a la vuelta, cómo no, de su enésimo viaje de labor militante.

necesidad insoslayable de llegar a la constitución de una sola central sindical revolucionaria.

Sus opiniones están valoradas por su condición de artesano humilde, pero laborioso y creador, del sindicalismo libertario español: obrero ebanista, desde el Congreso Constituyente de la Confederación Nacional del Trabajo de España –celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona en el año de 1911– ha actuado en todos los niveles del movimiento cenetista al estilo de su propia vida, un estilo labrado sobre la tosca, pero noble madera de ese roble imbatible que es el hombre ibérico. Los conceptos que vais a leer en su folleto están expresados con una sencillez que es consustancial con su vida, pero que, como su propia existencia, son claros y limpios.

• • •

A los ochenta años de edad, Manuel Buenacasa –apóstol peregrino de su ideal, Quijote de alcurnia proletaria en el que se ennoblecen los apasionados afanes de un pueblo tan generoso como el español– transita día y noche sobre los caminos de Francia, rastrillando con las uñas de su pasión y de su razón unitarias la conciencia del hombre español exiliado que vive físicamente más próximo a España. Que el rastrillo de su voluntad unificadora deje hoy los surcos de sus huellas sobre la conciencia de los exiliados españoles que viven en este continente y en esta república –América y México– tan lejanos de España. La libertad cómoda que en

América y en México gozamos, si no es utilizada por nosotros como arma de la libertad que anhela despierto y sueña dormido nuestro pueblo, jamás será para nosotros un bien material ni moral; por el contrario será un estigma, una mancha de egoísmo y de cobardía que nunca podremos borrar y que nos denunciará eternamente como desertores de una lucha que, iniciada por nosotros, pesa como losa de plomo sobre la vida de los hombres de una generación española a la que la nuestra dejó como herencia un problema que supimos plantear, pero que nos negamos a resolver.

No vais a escuchar las palabras de un santón espectacular y soberbio. No vais a solazar vuestra nostalgia ante el relumbrón de la personalidad fatua de un esperpento histórico inútil. Vais a leer, simplemente, los conceptos de un hombre humilde, de un peregrino del ideal, de un auténtico hijo de la España peregrina –de la España exiliada en movimiento– que no deslumbrará vuestros ojos porque no se os presenta vestido con túnicas de seda sino con el modesto sayal de estameña parda desgarrado de tanto rozarse con los cardos y las ortigas del difícil camino de una emigración militante.

• • •

Este mensaje, compañero y amigo Buenacasa, podría ser firmado por centenares de cenetistas y de ugetistas que, estando convencidos de que la unidad de sus organizaciones

reuniría una fuerza insuperable para los enemigos del sindicalismo libre español –bandera de lucha de los huelguistas que en Asturias, en León, en Vizcaya, en Cataluña, en Andalucía, en Extremadura y en la Mancha han despreciado al sindicalismo domesticado del Estado y han puesto en evidencia las contradicciones políticas, sociales y económicas de la dictadura– están de acuerdo con tus ideas. Pero no queremos hacer de él un aparente movimiento susceptible de ser calificado como coacción, circunstancia que desvirtuaría el espíritu constructivo e integrista que nos guía. Situados dentro del círculo de la disciplina que nos impone la militancia en nuestras organizaciones respectivas, nos limitamos a ofrecerlo como una invitación a meditar tus razones. Tampoco va involucrada en él la intención de acaudillar un desplazamiento negativo de posiciones que contribuya a ahondar las fisuras abiertas por las divisiones ni, mucho menos, la representación de nuestras instituciones o la de grupo alguno de compañeros que, compartiendo nuestra militancia, estuvieran de acuerdo contigo y con nosotros; tú siembras y nosotros somos tierra que ha recogido la semilla. Quien no lo interprete así se equivocará torpemente. Manuel Buenacasa: sube a la tribuna y toma la palabra. Tus ochenta años de vida no son muchos años para un hombre que conserva el corazón caliente y la mente ágil; escucharemos tu voz como la de un joven cuya vida se abriera y desplegara hacia un largo ancho porvenir de promesas esperanzadoras.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política del anarquismo español (1868–1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1976.

ÁLVAREZ JUNCO, José, TAVERA, Susanna: «Federico Urales. El publicismo como militancia anarquista», en Joan Antón y Miquel Caminal (eds.), *Pensamiento político en la España Contemporánea, 1800–1950*, Barcelona, 1992, pp. 513–555.

AMAT I TEIXIDOR, Jordi: *L'anarcosindicalisme a examen: Germinal Esgleas (1903–1981). Una vida en rojo y negro*, Mataró, 1996.

AMOROS, Miquel: *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti*, Virus, Barcelona, 2003.

BAR, Antonio: *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910–1926)*, Akal, Madrid, 1981.

BARRIO, Ángeles: *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890–1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

BORRÁS, José: *Del Radical–Socialismo al Socialismo Radical y Libertario. Memorias de un Libertario*, Fund. Salvador Seguí, Madrid, 1998.

BRENAN, George: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977 [1943].

BUENACASA, Manuel: *¿Qué es el Sindicato Único?*, Editorial Aurora, San Sebastián, 1919.

BUENACASA, Manuel: *El movimiento obrero español 1886–1926 (Historia y crítica)*, Impr. Costa, Barcelona, 1928 (*El movimiento obrero español 1886–1926. Historia y crítica*, Júcar, Madrid, 1977).

BUENACASA, Manuel: *La CNT, los Treinta y la FAI (La crisis del Sindicalismo en Cataluña. Sus causas, sus efectos, sus remedios)*, Talleres Gráficos «Alfa», Barcelona, 1933.

BUENACASA, Manuel: *Manual del Militante*, Ediciones de las Oficinas de Propaganda CNT–FAI, Barcelona, 1937.

BUENACASA, Manuel: *Perspectivas del Movimiento Obrero Español. Por la unidad CNT– UGT*, Ed. Salvador Seguí, México, 1964.

BUENO, Jesús I.: *Zaragoza, 1917–1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora*, IFC, Zaragoza, 2000.

CARRASQUER, Félix: *La escuela de militantes de Aragón*, Foil, Barcelona, 1978.

CASANOVA, Julián: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936–1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

CASANOVA, Julián: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931–1939)*, Crítica, Barcelona, 1997.

CASANOVA, Julián: «Diego Abad de Santillán: memoria y propaganda anarquista», *Historia Social*, 48 (2004), pp. 129–147.

CASTELLS DURÁN, Antoni: *El proceso estatizador de la experiencia colectivista catalana (1936–1939)*, Madre Terra, Madrid, 1996.

CRUELLS, Manuel: *Salvador Seguí, «el Noi del Sucre»*, Ariel, Barcelona, 1974.

CUADRAT, Xavier: *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899–1911). Los orígenes de la CNT*, Ed. Revista de Trabajo, Madrid, 1976.

DIAZ DEL MORAL, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas – Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, Alianza, Madrid, 1977 [1928].

DIEZ TORRE, Alejandro R.: *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo en Aragón, 1900–1938*, UNED / P.U.Z., Madrid, 2003, 2 vols.

DOMENECH, Xavier: «El cambio Político (1962–1976). Materiales para una perspectiva desde abajo», *Historia del Presente*, 1 (2002), pp. 46–67.

ELORZA, Antonio: «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923–1930) (I)», *Revista de Trabajo*, 39–40 (1972), pp. 123–477.

ELORZA, Antonio: *La utopía anarquista bajo la Segunda República española*, Ayuso, Madrid, 1973.

ELORZA, Antonio: «La CNT bajo la Dictadura (1923–1930) (II)», en *Revista de Trabajo*, 44–45 (1973–1974), pp. 311–617.

FORCADELL, Carlos: *Parlamentarismo y bolcheuización. El movimiento obrero español, 1914– 1918*, Crítica, Barcelona, 1978.

FRASER, Ronald: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1979, 2 vols.

GABRIEL, Pere: «Red Barcelona in the Europe of war and révolution, 1914–30», en Ángel Smith (ed.), *Red Barcelona. Social Protest and Labour Mobilization in the Twentieth Century*, Routledge, Londres, 2002, pp. 44–65.

GARCÍA OLIVER, Juan: *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978.

GIL ANDRES, Carlos: *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890–1936)*, P.U.Z., Zaragoza, 2000.

GODICHEAU, François: *La Guerre d'Espagne. République et révolution en Catalogne (1936– 1939)*, Odile Jacob, Paris, 2004.

- GOMEZ CASAS, Juan: *Historia del anarcosindicalismo en España*, Aguilera, Madrid, 1977.
- GONZALEZ CALLEJA, Eduardo: *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875–1917)*, CSIC, Madrid, 1998.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917–1931)*, CSIC, Madrid, 1999.
- HERRERÍN, Ángel: *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939–1975)*, Siglo XXI, Madrid, 2004.
- JIMENO, Arsenio: *Zaragoza en la tormenta, 1936. Testimonio de un superviviente*, UGT, Zaragoza, 1987.
- JULIA, Santos: *Madrid 1931–1934: De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.
- KELSEY, Graham: *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, 1930–1938*, Fund. Salvador Seguí, Madrid, 1994.
- LACOMBA, Juan Antonio: *La crisis española de 1917*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1970.
- LEDESMA, José Luis: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, I.F.C., Zaragoza, 2003.
- LERA, Ángel M – de: *Ángel Pestaña. Retrato de un militante*, Argos, Barcelona, 1978. LITVAK, Lily: *La mirada roja. Estética y arte del anarquismo español*, Serbal, Barcelona, 1988.

LORENZO, César M.: *Les anarchistes espagnols et le pouvoir, 1868–1969*, Seuil, París, 1969. MALEFAKIS, Edward: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1971 [1970].

MARIN, Dolors: *Ministros anarquistas. La CNT en el gobierno de la II República (1936–1939)*, Random House Mondadori, Barcelona, 2005.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Ignacio: *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2005.

MAURICE Jacques: *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868–1936*, Crítica, Barcelona, 1990.

MEAKER Gerald H.: *La izquierda revolucionaria en España (1914–1923)*, Ariel, Barcelona, 1978 [1974].

MOA, Pío: *Los mitos de la guerra civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

MOLINERO, Carme, YSAS, Pere: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Siglo XXI, Madrid, 1998.

MONJO, Anna: *Militants. Democracia i participado a la CNT ais anys trenta*, Laertes, Barcelona, 2003.

MONTSENY, Federica: *Mis primeros cuarenta años*, Plaza & Janés, Barcelona, 1987. NADAL, Antonio: *Guerra civil en Málaga*, Argúval, Málaga, 2003 [1984].

PANLAGUA, Xavier: *La sociedad libertaria. Anarquismo e industrialización en el anarquismo español, 1930–1939*, Crítica, Barcelona, 1982.

PAZ, Abel: *Durruti: el proletariado en armas*, Bruguera, Barcelona, 1978.

PEIRATS, José: *La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971 [1951– 1953], 3 tomos.

PEIRÓ, Ignacio: «La consagración de la memoria»: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer*, 53 (2004), pp. 179–205.

PEIRÓ, Joan: *Escrits, 1917–1939*, Edicions 62, Barcelona, 1975 (Pere Gabriel, ed.).

PELLOUTIER, Fernand: *Autonomismo y Federalismo* (extractos comentados de *Histoire des Bourses de Travail*), adaptación y versión española por Manuel Buenacasa, Imp. de R. Altuna, San Sebastián, 1922.

PESTAÑA, Ángel: *Trayectoria sindicalista*, Tebas, Madrid, 1974 (Antonio Elorza, ed.).

PRESTON, Paul: *La destrucción de la democracia en España*, Alianza, Madrid, 1987 [1978].

RADCLIFF, Pamela B.: *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900–1937)*, Debate, Barcelona, 2004.

RAMA, Carlos M.: *La crisis española del siglo XX*, F.C.E., México, 1960.

RAMOS, Juan A.: *Guerra civil en Málaga 1936–1937. Revisión histórica*, Algazara, Málaga, 2003.

RICOEUR, Paul: *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003.

ROMANOS, Eduardo: «La acción después de la guerra. Estudio sobre las tácticas del anarcosindicalismo resistente (1939–1945)», en Javier Benítez, Alfonso Salazar (eds.), *Retrato de la resistencia: Carlos Soriano, un anarquista en la posguerra española*, La Isleta del Moro – Asociación del Diente de Oro, Granada, 2005, pp. 127–146.

SOUTO, Sandra: «¿Y Madrid? ¿Qué hace Madrid?». *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933–1936, Siglo XXI*, Madrid, 2004.

TAVERA, Susanna: *Solidaridad Obrera. Elfer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista (1915– 1939)*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1992.

TAVERA, Susanna: *Federica Montseny. La indomable*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.

TLANA FERRER, Alejandro: *Educación libertaria y revolución social (España, 1936–1939)*, UNED, Madrid, 1987.

TODOROV, Tzevetan: *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Península, Barcelone, 2002.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*, Sarpe, Madrid, 1985 [1972], vol. II.

VEGA, Eulalia: *Entre revolució i reforma. La CNT a Catalunya (1930–1936)*, Pagés, Lleida, 2004.

VICENTE, Laura: *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916–1923)*, I.F.C., Zaragoza, 1993.

SIGLAS UTILIZADAS

AHN:	Archivo Histórico Nacional (Madrid)
AHPZ:	Archivo Histórico Provincial de Zaragoza
AIT:	Asociación Internacional de Trabajadores
CCMA:	Comité Central de Milicias Antifascistas
CN:	Comité Nacional
CNT:	Confederación Nacional del Trabajo
CR:	Comité Regional
FAI:	Federación Anarquista Ibérica
FC:	Fondos Contemporáneos (AHN)
FFLL:	Federaciones Locales
FORA:	Federación Obrera Regional Argentina

FSI:	Federación Sindical Internacional
IISG:	Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (Amsterdam)
JJLL:	Juventudes Libertarias
MLE:	Movimiento Libertario Español
PSOE:	Partido Socialista Obrero Español
SI:	Secretariado Intercontinental (CNT)
UGT:	Unión General de Trabajadores